

RICARDO ALÍA



EL VUELO DE LA SERPIENTE

TRILOGÍA DEL ZODÍACO



Lectulandia

Mayo de 2013, el Año de la Serpiente, el signo más ambicioso del Zodíaco que representa la astucia, el rencor y la venganza.

Ha pasado más de un año desde que el caso del Asesino de Químicas sacudiese a la ciudad de San Sebastián, y la primavera trae dificultades para la Ertzaintza, que se enfrenta a la desaparición de dos chicas.

Para complicar aún más las cosas, un estudiante de Químicas aparece asesinado sobre una escultura del Museo Chillida-Leku.

El estado de ánimo de Max Medina, que conocía a la víctima, empeora cuando un dramático acontecimiento convierte a su compañera Erika López en sospechosa de un crimen.

Asesinatos, secuestros, extorsión y agentes secretos hacen acto de presencia en el Año de la Serpiente, el único signo junto con el Dragón que tiene la virtud de renacer de sus cenizas.

Lectulandia

Ricardo Alía

El vuelo de la serpiente

Trilogía del Zodíaco - 2

ePub r1.0

Titivillus 07.10.16

Título original: *El vuelo de la serpiente*

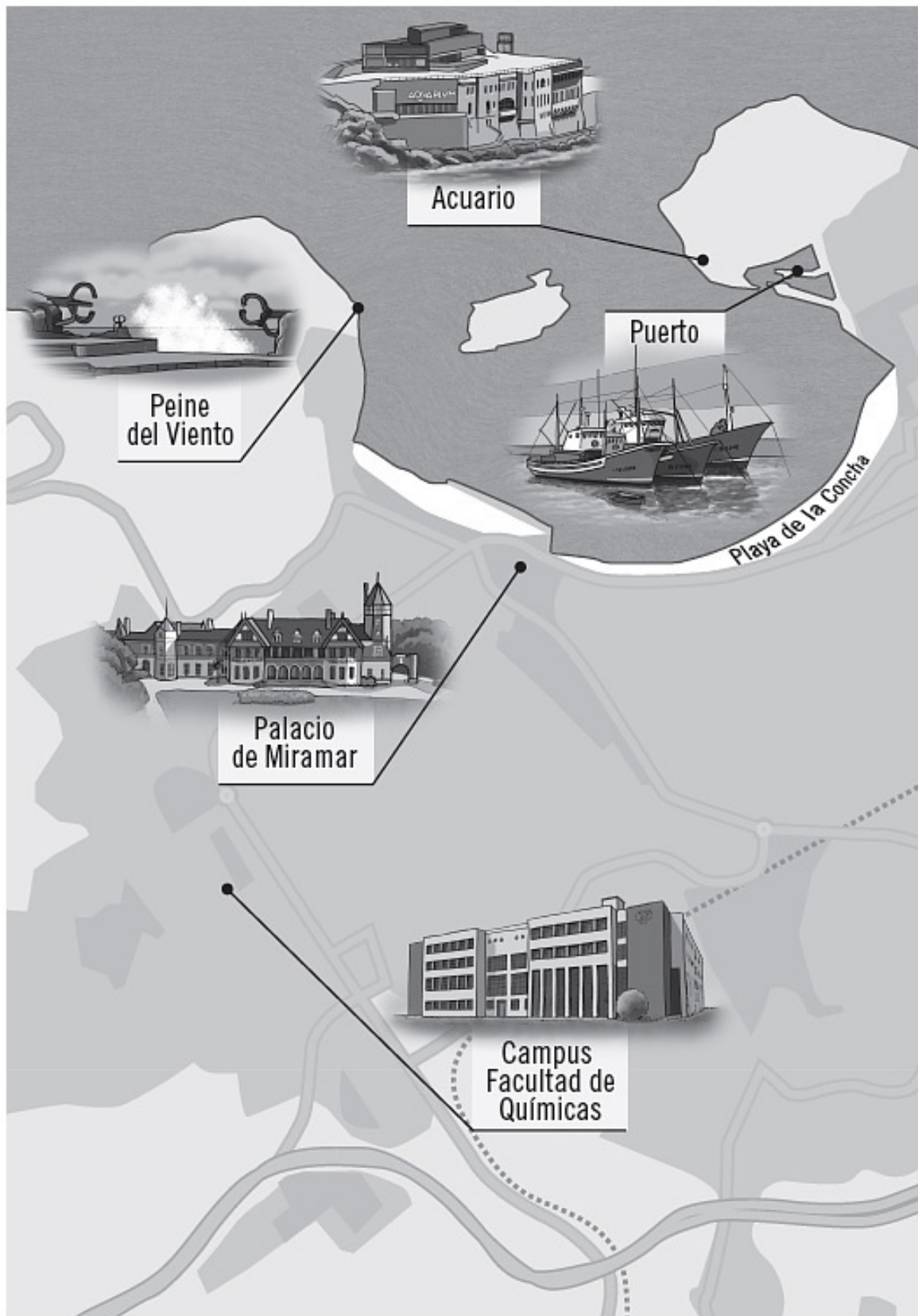
Ricardo Alía, 2016

Editor digital: Titivillus

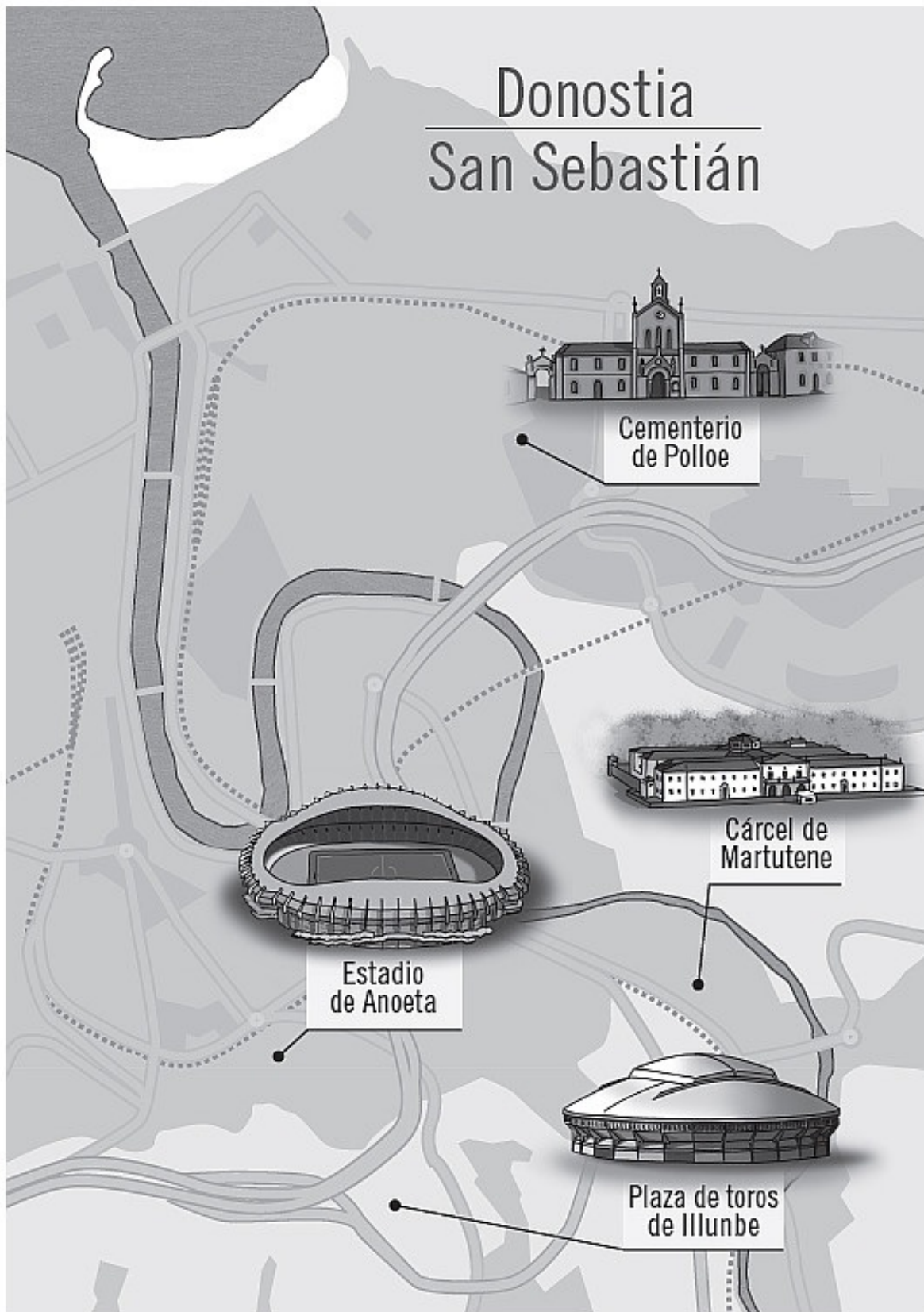
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Adriana



Donostia San Sebastián



«Hubo un trueno y relámpago rojo, y luego una lluvia amarilla; un bosque de lanzas plateadas se alzó de pronto con alaridos de batalla y cayó en el agua siseando como cien serpientes enardecidas».

El Señor de los Anillos
J. R. R. Tolkien

«Escuchó un sordo zumbido transmitido por el viento, y temeroso de tropezar con una serpiente cascabel escrutó el suelo al internarse entre los achaparrados arbustos».

El dragón rojo
Thomas Harris

«No desprecies a la serpiente por no tener cuernos, puede convertirse en dragón».

Proverbio chino

Glosario

Abertzale: patriota, nacionalista.

Agur: adiós.

Aita: padre, papá.

Aitona: abuelo.

Ama: madre, mamá.

Arrantzale: pescador.

Bai: sí.

Barkatu: perdón.

Batzoki: sede o local de un partido nacionalista.

Betizu: vaca salvaje de raza pirenaica.

Bidegorri: carril bici (camino rojo).

Gaztetxe: centro o casa donde se reúnen los jóvenes para realizar diversas actividades, como fiestas, exposiciones, etc.

Goazen: vamos.

Kaixo: hola.

Kupela: barril.

Mesedez: por favor.

Segalari: segador.

Trikitixas: tipo de baile y pieza de música que se toca con el pandero y el acordeón diatónico.

Txakurra: perro; también policía en tono despectivo.

Txakurrada: grupos policiales en tono despectivo.

Txikitero: aficionado a recorrer bares de vino en vino.

NOTA DEL AUTOR

Todo lo que sucede en esta novela es ficticio, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. No obstante, he intentado que los personajes se vean rodeados de noticias y hechos reales. Me he tomado algunas libertades con la descripción de ciertos lugares, establecimientos y edificios, pues mi mente sigue describiendo aquella Donosti que conocí hace quince años.

Solo me queda desearles una excelente lectura.

R. A.

PRÓLOGO

San Sebastián

Viernes 16 de abril de 2010

Los faros de una furgoneta iluminaron la carretera sombría y desierta. La hora intempestiva y el insistente *txirimiri* intimidaban a los animales de la noche. Los edificios afrancesados del barrio de Amara estaban rodeados de oscuridad. El vehículo se detuvo junto a un contenedor de basura situado en el margen contrario del río. Dos individuos se bajaron de la parte delantera. Ambos llevaban un pasamontañas de lana que les ocultaba el rostro. El conductor abrió las dos puertas traseras de la furgoneta mientras el copiloto buscaba entre la negrura algún rastro de vida humana. No vio a nadie en las aceras, iluminadas débilmente por el resplandor amarillento de las farolas; en las ventanas de los edificios cercanos apenas atisbó las luces de algún noctámbulo o amante de la noche. No había riesgo. Y si alguien los veía, tampoco supondría mayor inconveniente, miraría hacia otro lado o saldría corriendo para no meterse en problemas, convencido de que eran unos jóvenes de la *kale borroka* a punto de quemar un contenedor. Quizá el único peligro era que alguien se fijara en las pegatinas de las puertas de la furgoneta de reparto. Aquello los incriminaba directamente y conduciría a la Policía hasta su madriguera.

El conductor sacó un bastón de madera del interior del vehículo y se dirigió al contenedor. Lo abrió y situó el bastón en un extremo, en diagonal, de tal manera que mantuviese abierta la tapa. El camión de la basura había pasado hacía unas horas y solo había unas pocas bolsas en el fondo. Al volver a la furgoneta su voz rompió el silencio reinante.

—Venga, ayúdame.

—Tranquilo, la noche es perfecta —replicó el otro, y levantó la cabeza hacia un cielo donde la polución apenas dejaba ver las estrellas. Abrió la boca y agradeció el agua fría de la lluvia en la lengua. Le dieron ganas de aullar.

—*Goazen*, yo no estoy tranquilo.

—Tú siempre tan miedoso. —Lo miró con acritud—. No te preocupes más...

Hasta que el conductor no agachó la cabeza, el copiloto no le ayudó a tirar del cuerpo envuelto en una sábana oscura que descansaba tumbado en el amplio maletero.

—Qué poco pesa —dijo el conductor, recobrando la compostura.

—¿Te extraña? Con la mierda que cocinas...

—Si quieres haz tú de cocinero, y echas una mano de vez en cuando.

El conductor sujetaba el cuerpo por las piernas y el otro por los hombros. Subieron a la acera y se aproximaron al contenedor. Las gotas de lluvia repiqueteaban sobre la sábana, parecía que el cuerpo del interior recobraría la vida.

—A la de tres —anunció el acompañante al llegar junto al contenedor—. Una. —Zarandearon la sábana como si fuese una hamaca—. Dos. —El conductor tensó los músculos de los antebrazos—. Tres.

El cuerpo desnudo cayó como si fuese un saco de patatas, con un golpe sordo y amortiguado por las bolsas de basura. El conductor comenzó a recoger la sábana. El otro individuo asomó la cabeza dentro del contenedor. Se topó con un olor nauseabundo. Maldijo a los del servicio de limpieza del ayuntamiento antes de reparar en la posición del cuerpo. Había caído bocarriba, la cabeza ladeada hacia el exterior. Se tropezó con los ojos inertes de la chica. Se retiró; una mueca de placer se perfiló bajo el pasamontañas. El conductor quitó el bastón y rompió la magia del momento.

—Ahuequemos el ala —dijo mientras guardaba el palo y la sábana en la furgoneta. Después cerró las puertas y se subió. Tamborileó impaciente con los dedos en el volante.

Su acompañante miró de nuevo al cielo y a la lluvia con los brazos abiertos. Se desprendió del pasamontañas. Le relajaba sentir el roce del agua en la piel.

El conductor bajó la ventanilla.

—Venga, *mesedez*, se nos hace tarde.

El copiloto le hizo una seña con la mano: era su furgoneta y le apetecía conducir a la vuelta. El conductor pasó al asiento de al lado de mala gana. El otro se puso en movimiento con parsimonia, por el camino más largo, dirigiéndose hacia la parte trasera. Comprobó que las dos puertas estuviesen bien cerradas antes de subirse. En el tiempo que le llevó rodear el vehículo no paró de canturrear *Sorgina pirulina*.

CHILLIDA-LEKU

San Sebastián

Lunes 27 de mayo de 2013

Erika López siempre pensaba que al final no habría cadáver, por más que la llamada al número de emergencias no ofreciera ninguna duda. Siempre tenía la esperanza de que fuera un error, algún gracioso con ganas de molestar o un cuerpo desconocido inconsciente que, en la confusión del momento, propiciaba una llamada de socorro. Sin embargo, todas las llamadas se filtraban, pasaban por diferentes oídos, así que cuando llegaban a la central de la Ertzaintza y acababan en un agente, sabía que la probabilidad de encontrar un muerto era elevada.

Cuando se acercaba al caserío y vio la unidad de la Policía Científica y a lo lejos a varios agentes ataviados con buzos asépticos, esarpines en los zapatos, guantes de látex y mascarillas de papel, supo que la probabilidad se había convertido en certeza. Se bajó del coche y saludó al par de agentes de la Ertzaintza apostados en la entrada. Su figura escuálida se adentró en el jardín siguiendo el camino de gravilla. Le agradaba el olor del campo húmedo por la mañana, el verdor de los bosques y la ligera niebla que se levantaba a lo lejos y ocultaba parte del horizonte. Se encontró con varias esculturas a ambos lados del camino, pero solo una le hizo sonreír. Evocó el rostro de Lucía asomando entre el hueco de aquella escultura de piedra. Visitaron el Museo Chillida-Leku al mes de conocerse, aprovechando un pase especial, y disfrutaron de una tarde inolvidable. Después comenzaron a salir de manera formal, y se prometieron fidelidad. Exhaló un hondo suspiro y negó con la cabeza mientras caminaba hacia la cinta policial que delimitaba la enorme escultura que se divisaba a lo lejos. Le daba pena que el museo hubiera cerrado tres años atrás, debido a la crisis económica. Ninguna institución vasca, ni la Diputación de Guipúzcoa, ni la incompetente consejera de Cultura, ni siquiera el alcalde de San Sebastián, habían hecho nada por impedir el cierre. Si se llevase mejor con su *aita*, tal vez le hubiese pedido una donación anónima para que el museo pudiera reabrirse.

Al llegar a la escultura siguió con la mirada las dos grandes planchas de acero que se mostraban como dos manos abiertas hacia el cielo plomizo de la mañana. No tardaría en volver a llover. Los tres agentes de los buzos no paraban de sacar fotos y tomar muestras mientras que otro agente, pecosó y rubio y con traje oscuro, permanecía apartado detrás de la cinta policial observando el quehacer de sus compañeros. O'Neill la miró con indiferencia. El irlandés era orgulloso y cabezón, y no olvidaba sus diferencias personales.

—¿Vienes sola? —le preguntó Joshua.

—*Bai* —afirmó Erika.

—¿Y el inspector?

—Tenía que dejar a Cristina en el médico. Dijo que vendría luego.

—Seguro que se pierde... Bueno, todo tuyo —dijo Joshua, mostrándole con las manos la escultura.

Erika se apretó la coleta y se agachó para pasar por debajo de la cinta. En dos pasos se situó frente al hueco interior de la escultura. El cuerpo desnudo de un hombre joven se apoyaba en una de las planchas sobre su lado derecho. Con la cabeza ladeada y el pelo largo —mojado y echado hacia atrás—, miraba a la oficial con los ojos abiertos. Si no fuese porque la barba era de pocos días y no estaba lo suficientemente poblada, habría pensado en un Cristo. Alrededor no había ropa ni ningún objeto personal, como si una nave espacial hubiese depositado el cuerpo desde el cielo.

—Si te fijas bien, presenta un agujero de bala en la sien derecha —dijo Joshua.

—¿Quién será el psicópata capaz de semejante atrocidad? —preguntó ella.

—Citando a Napoleón: «El mundo sufre mucho, no por la violencia de las personas sino por el silencio de los demás».

—No empieces con tus generales.

—Tranquila, hoy no tengo ganas de pelear contigo...

—Mejor.

—No hemos encontrado ni una maldita pista, la lluvia de anoche se llevó todo rastro, pero ¿has visto el tatuaje?

Erika descubrió el tatuaje de una gárgola en el brazo izquierdo.

—¿Te suena? —insistió Joshua.

La oficial miró con más atención el rostro del joven.

—Mierda —dijo. Y tanto que le sonaba.

La llamada le hizo abandonar el libro decimonónico que estaba leyendo. Las llamadas a primera hora de la mañana, y al teléfono personal, lo ponían nervioso. Casi nadie tenía el número de su casa, y los pocos que lo tenían nunca lo empleaban para comunicar buenas noticias. Observó con pesar la formidable biblioteca que lucía ante sus ojos. Solo para mí, se dijo. Nadie a quien legar su saber. Alcanzó el teléfono inalámbrico de la mesilla sin levantarse del sillón. La leña de la chimenea crepitaba en la estancia repleta de libros.

—Han encontrado al desaparecido —anunció una voz familiar por el auricular. Destilaba gravedad, pero a la vez la tranquilidad que daban los años consumidos y las múltiples llamadas realizadas.

—¿Y por qué me lo dices por teléfono? Hace mucho tiempo que no me visitas, ¿tienes miedo de que nos vean juntos?

A punto estuvo de añadir «Xabier», pero recordó las reglas. Nada de nombres por teléfono.

—La línea es segura, ¿no?, y estoy de viaje, no volveré hasta dentro de un par de

días —mintió. En realidad había vuelto ese mismo día—. Ya sabes, siempre hay asuntos de los que uno debe encargarse en persona.

—¿Vive?

El silencio al otro lado fue sumamente elocuente.

—Entiendo. ¿Nos salpicará?

—Puede.

—Pero nosotros no tuvimos nada que ver, ¿cierto?

—Cierto, pero eso explícaselo a tu hija.

—Ni la menciones.

—Habla con ella, hazle saber que no cruce la línea, si no, nos comprometerá a todos, ella incluida.

—No me hace caso.

—Pues ahora sí debería.

Eneko calló y tras un silencio prolongado pulsó el botón de colgar. Se removió inquieto en el sillón. Todo le parecía irreal. Tanto libro a su disposición, tanto conocimiento descrito en palabras, tanta historia a su alcance, y de nada le serviría si aquel sujeto enfermizo decidía actuar contra su hija. Echó de menos los tiempos antiguos cuando al portador de malas noticias se le lapidaba.

Cuando el inspector Max Medina aparcó el viejo Ford Mustang Cobra GT a la entrada de la verja de madera, supo que una vez más llegaba tarde. Hasta la berlina de Erika estaba entre los coches del aparcamiento. Por el camino de gravilla se fijó en el robusto caserío de piedra que se alzaba a su derecha y retrocedió un año, cuando hallaron el cadáver de una mujer en aquel caserío perdido de Oiartzun. El caso del Asesino de Químicas aún coleaba en su mente.

A lo lejos vislumbró las dos figuras de los agentes en quienes más confiaba. Un *txirimiri* molesto le empapaba el cabello, corto y moreno, y caía a goterones sobre los hombros de su gabardina, con lo que apretó el paso mientras gruñía un expresivo «estúpido calabobos». Antes de llegar donde estaban los agentes, tuvo tiempo de encender uno de sus finos puros y darle un par de caladas.

—*Kaixo*, Max —le saludó Joshua con una amplia sonrisa—. ¿Problemas para encontrarlo?

—¿Qué coño es este lugar? —respondió Max.

—Un museo, inspector —dijo Erika.

—¿Un puto museo en medio del bosque?

—En efecto —confirmó Joshua—. Aunque sería más apropiado decir que fue un museo. Estuvo abierto al público durante diez años, hasta 2010.

—Las esculturas me recuerdan al Peine del Viento —dijo Max, y se preguntó qué le habría dicho el ginecólogo a Cristina. Últimamente pasaba somnolienta buena parte del día, tenía hambre a todas horas y los pechos se le habían hinchado hasta

dolerle.

—Claro —dijo Joshua—. El escultor es el mismo. Al parecer, Chillida descubrió este antiguo caserío del siglo dieciséis en ruinas y lo remodeló, convirtió su interior de dos plantas en un espacio cultural y llenó de esculturas los jardines y los bosques que lo rodean.

—Y si está cerrado, ¿quién encontró el cuerpo?

—La llamada al número de emergencias la efectuó una profesora de la Universidad del País Vasco, pero el cuerpo lo encontraron unos estudiantes que habían salido a echar un cigarrillo. El caserío Zabalaga abre para los estudiosos de la obra de Chillida, y los chicos de la universidad trabajaban en un proyecto de fin de carrera.

—¿Y qué tenemos aquí? —preguntó Max, saturado ya de información que no consideraba vital. Tres jóvenes habían desaparecido de su casa en el último mes y esperaba que el cuerpo hallado fuese el de uno de ellos. Por más que eso significase una muerte, siempre era mejor dos desaparecidos y un muerto que tres desaparecidos y un muerto.

—*Buscando la luz* —informó Joshua—. La mayor escultura del museo. Casi diez metros de altura.

—No me jodas, Joshua. Ya sabes a lo que me refiero.

Ambos agentes callaron mientras Max daba una serie de caladas rápidas al purito. Estaban solos frente a un lateral de la escultura. El resto de los agentes de la Científica aguardaban dentro de la furgoneta a que O'Neill terminase de explicar los pormenores del hallazgo al inspector. Faltaban por llegar el juez Castillo, que como siempre se hacía de rogar y esperaba que cuando se personase en el lugar de los hechos el inspector Medina ya no estuviese, y el comisario Alex Pérez, a quien no habían localizado.

—Vamos, no será tan dramático.

Max arrojó el puro al camino de gravilla, dentro de un charco. Se adentró en el césped húmedo. La escultura que se erigía hacia al cielo estaba colocada a solo un par de metros del camino pero enseguida notó el barro en los zapatos. Cruzó la cinta policial. Se asomó al interior de la escultura. No tardó en reconocer el cuerpo del joven que lo miraba con expresión vacía. Un muerto y dos desaparecidos.

—Por lo menos no le han arrancado los ojos —murmuró.

Al pasar con el coche junto al niño aminoró la marcha, se arrimó al arcén y paró unos metros más adelante. Observó por el espejo retrovisor cómo el crío se acercaba al vehículo sin apenas levantar la vista. Acarreaba por un asa una antigua lechera de aluminio y caminaba ladeado por el peso. Al llegar a su altura, siguió por el hueco que quedaba entre el coche y la valla que delimitaba los terrenos del valle frondoso y verde, plagado de árboles y vacas, que se abría a ambos lados de la carretera. Igor

Salaberria se asomó por la ventanilla y lo llamó. Contó ocho pasos de niño, cinco de adulto. El niño se giró y lo miró extrañado.

—Tranquilo —dijo Igor saliendo del coche—. No tengas miedo.

De pie en el arcén, el niño vio la manga de la chaqueta que colgaba flácida del brazo izquierdo y el parche negro que le ocultaba el ojo izquierdo, ceñido por una fina goma elástica negra que le cruzaba en diagonal la frente y se ajustaba por encima de la nuca.

—Ya sé que te han dicho que no hables con extraños, pero un tullido como yo no puede hacerte daño.

El crío continuó callado. Tenía el pelo castaño, con una forma como si le hubiesen puesto una cazuela en la cabeza y recortado todo el cabello que sobresaliese. Depositó la lechera en el suelo y se irguió. Igor se atusó su poblada barba negra.

—Verás, estoy un poco perdido. Busco un caserío, caserío Etxekapare. No sabrás de alguien por los alrededores que pueda indicarme la dirección...

La criatura negó con la cabeza, le dio la espalda, asió la lechera y prosiguió su camino. No tendría más de diez años pero hizo a Igor bufar de rabia.

—Hay que joderse...

Se introdujo en el coche y con un derrape se incorporó a la carretera solitaria. Al pasar junto al niño tuvo un impulso de girar el pomo del volante hacia la derecha y estampar el cuerpo del mocoso contra la valla. No obstante, pasó muy cerca y se conformó con hacerle tragar un poco de polvo. Vio cómo su pequeña figura desaparecía por el espejo retrovisor y una sonrisa lobuna asomó en su rostro. Tras un par de kilómetros de curvas serpenteantes, divisó un sendero a la derecha que se internaba en el valle. Conocía Oiartzun como la palma de la mano pero Hernani le era tan desconocido como Londres. Por eso había salido con tiempo, aparte de que le gustaba llegar el primero a los sitios y evaluar el terreno. Una virtud profesional que conservaba intacta. Tenía por costumbre utilizar el transporte público y pocas veces alquilaba un coche adaptado. Llamaba demasiado la atención ver salir o entrar a un manco de un coche; conducir, no tanto, puesto que mucha gente tenía dos manos pero solo usaba una y con la otra fumaba, manipulaba la radio, la asomaba por la ventanilla... El mundo de la conducción se había adaptado tanto a los discapacitados —en el volante aceleradores automáticos y electrónicos y frenos a un lado, controles de luces e intermitentes, inversores de pedales— que el eslogan de la compañía de alquiler era: «Todo el mundo tiene derecho a conducir». A él le bastaba y le sobraba con un pomo especial fijado al volante, un cambio de marchas automático y un mando único que agrupara todos los controles básicos. Había quedado con el viejo en un lugar tan apartado que no llegaba el transporte público, un taxi dejaba un rastro fácil de seguir, así que alquilar un coche con una de sus identidades falsas resultaba la opción menos problemática. No era la primera vez que lo hacía y siempre le había funcionado bien. También era agradable recuperar las viejas sensaciones de ponerse

al volante y pisar el acelerador.

A pesar de que el cartel de la entrada indicaba Caserío Barrenetxea, giró el pomo del volante y tomó el camino a escasa velocidad. El sendero estaba sin asfaltar y lleno de socavones. Aparcó cerca de la entrada pero sin llegar a acercarse lo suficiente para que alguien oyera el motor. Se apeó y se dirigió con sigilo hacia la puerta del caserío. Era una casona pequeña, de paredes blancas y tejado rojo en perfecta armonía con el verde del paisaje, carente de balcones pero con amplias ventanas, daba la sensación de que había vivido tiempos mejores. Ladró un perro, pero no le salió al paso, con lo cual supuso que estaba atado. Empujó con suavidad la puerta de madera, que se abrió de par en par. Los caseros siempre tan confiados. La entrada era amplia, de paredes desnudas y blancas, con un par de vigas de madera en el techo. Olía a pan recién horneado. Se dirigió hacia aquel olor delicioso que impregnaba la casa. Se topó con una mujer de espaldas, agachada frente a una antigua cocina de carbón. Cincuenta y dos pasos desde su coche hasta la cocina. Carraspeó para delatar su presencia.

—*Oier, utzi esne potea mahaian eta joan zaitez txakurrari zer gertatzen zaion ikustera*^[1] —dijo la mujer con un fuerte acento vasco.

—No soy Oier —se anunció Igor con una sonrisa de oreja a oreja.

La mujer se dio la vuelta y del susto dejó caer al suelo una bandeja de magdalenas.

—*Nor zara zu?*^[2]

—Es de mala educación responder en otro idioma, sobre todo a los invitados.

—¿Quién eres? —repitió ella mientras se frotaba las manos impregnadas de harina contra el delantal.

—Te he entendido perfectamente a la primera, solo que me gusta hablar en castellano. Digamos que el euskera me trae recuerdos de épocas pasadas, cuando era otro...

Igor calculó que sería un poco mayor que él, de unos cuarenta y pocos, y sin ser hermosa no resultaba en absoluto fea. Tenía los ojos castaños, al igual que el pelo, encrespado y recogido en un moño. Le bastaba para un trabajito rápido.

Mientras ambos se medían con la mirada, el ruido de unas rápidas pisadas en el camino de entrada se coló por la puerta abierta hasta llegar a la cocina.

—Vaya —dijo Igor—, tenemos visita.

El niño entró en el caserío gritando *ama*. Al ver al pirata frente a ella se quedó quieto bajo el dintel, con la lechera chorreando leche sobre el suelo de cemento.

—Oier, deja la leche y vete a dar de comer a las gallinas —le ordenó Igor, y se abrió un poco la chaqueta, lo suficiente para que su madre viese la pistola, una Remington calibre 9 milímetros Parabellum que asomaba entre el pantalón y la camisa.

—*Egin esaten dizutena, Oier*^[3].

Cuando el niño salió corriendo, Igor se acercó dos pasos a la mujer, quien reparó por primera vez en la falta de su antebrazo izquierdo.

—Secuelas de la guerra. —Sacó la pistola. No había visto rastro de ropas de hombre ni bártulos de labranza en la entrada, y aunque era posible que el hombre de la casa pudiese estar trabajando en el campo, su instinto le decía que vivía sola con el hijo, y su instinto rara vez le fallaba—. Pero con una mano me basta y me sobra.

Ella intentó alejarse de él pero trastabilló con la bandeja del suelo y su cuerpo chocó con la encimera de mármol.

—¿Adónde vas, gatita? —Igor acercó el cañón de la Remington al escote de la mujer. Debajo del delantal, y del vestido, se intuían unos pechos poderosos. El principio de una sonrisa volvió a formarse en su cara, en la comisura de los labios. Con el cañón abrió el escote y su único ojo se asomó al interior—. No sé por cuál empezar. —Pasó el cañón de un pecho a otro como si estuviese echándolos a suertes—. ¿Cuál me dará mejor leche?

Sonó un móvil. Igor se apartó de la mujer, guardó la pistola y sacó el móvil de la chaqueta.

—Lástima que no pueda hacer dos cosas a la vez —dijo.

Atendió la llamada, respondió con un par de monosílabos y cortó la comunicación.

—El viejo, siempre tan inoportuno. Tengo que irme. Busco el caserío Etxekapare. ¿Sabes dónde está?

La mujer tardó unos segundos en reaccionar. Se subió el delantal y dio gracias a Dios por la suerte que había tenido.

—El caserío —insistió Igor.

—*Bai, argibeak jarraitu*^[4]...

—En euskera no.

—*Barkatu*, está cerca del Museo Chillida-Leku.

—Sí, ya sé qué museo es, hay carteles por todas partes indicando cómo ir.

—Pues es pasar el museo *eta hartu lehenengoa*^[5] a la izquierda.

La mujer se frotó una vez más las manos contra el delantal.

—Gracias —dijo Igor, e hizo una reverencia—. Yo nunca he estado aquí. —Y antes de salir de la cocina añadió—: Tienes un hijo precioso, cuídalo, hay mucho indeseable suelto.

La luz de la tarde languidecía. A esa hora, el cementerio de Polloe tenía pocos visitantes.

—¿No puedes ser más siniestro?

Una delgada figura surgió desde las sombras de unos chopos y se mostró ante la débil luz de una farola.

—Además, aquí arriba hace un frío que pela —protestó la joven e introdujo las manos en el largo abrigo—. Echo de menos mi melena.

—Te queda bien el pelo moreno, te lo dije, el rubio no te favorecía.

—Al diablo el pelo y tu sarcasmo, ¿qué tienes que ver con los desaparecidos?

—Nada, no sé de qué me hablas.

—Donosti es una ciudad lo suficientemente pequeña como para que desaparezcan tres jóvenes y tú no sepas nada.

—Te he dicho que nada, aparte de que ya son dos los desaparecidos, al chico lo han encontrado hoy.

Una señal de abatimiento y tristeza cruzó por el rostro de la chica.

—¿Lo mataste?

—¿Galder?, te prometí que no le tocaría un pelo, y eso hice.

—Vete al cuerno, nunca cumples tus promesas, no soy ninguna mojigata.

—¡Qué sabrás tú!

Xabier Andetxaga encendió un pitillo. No estaba de humor para soportar a una cría. Un viento húmedo atravesó el camposanto. Iba a llover. Se llevó la mano a la espalda, la hernia de disco volvía a molestarle. El viaje desde Alemania había sido pesado y largo, sus huesos ya no aguantaban esos viajes en coche por más que fuese una berlina con asientos de cuero y conductor. Y ni siquiera había podido matar el tiempo con un buen libro, su mente no paraba de dar vueltas a los problemas que se le venían encima.

—Eres un cabrón. Galder era intocable.

—Te repito que nosotros no tuvimos nada que ver.

Ella le sostuvo la mirada. Sus ojos pugnaban por no llorar. Se mordió el labio inferior para contenerse.

—Entonces, ¿quién fue?

Xabier dio un par de caladas al cigarrillo.

—Eso nos toca averiguar.

—Pues cuando lo averigües, acuérdate de mí. Por una vez, trabajaré gratis.

—Eso no es bueno, recuerda que el trabajo no debe mezclarse con la vida privada.

La joven negó con la cabeza, displicente.

—No es de tu incumbencia lo que yo haga o deje de hacer.

«No, claro, que no —pensó Xabier—, siempre que a mi no me salpique».

—Tengo trabajo para ti.

—No más relaciones.

—Eso lo dejo a tu elección. Pero no, no es ningún chico, aunque en tu caso no sé si es una buena noticia. —Rio para sí por la ocurrencia.

—¿De quién se trata?

—De tu amiga, la oficial.

—¿Vuelve a ser un objetivo? Porque me encantaría...

—Nada de actuar, solo vigilancia. Pasarás un informe cada día con sus movimientos. No la pierdas de vista. ¿Algún problema?

—¿Lo dices por Lucía?

—Sigues enamorada.

—Nunca estuve enamorada. Deberías saberlo. La dejé por ti, por la organización...

—Sí, por ascender. La Brigada lo es todo para mí, bla, bla, bla... Ya me sé la historia, ahórrate la palabrería.

Miró su reloj de pulsera. Aún disponía de tiempo para llegar al caserío, pero no le gustaba viajar de noche y con lluvia por aquellas carreteras tan desiertas. Sería mejor que saliese cuanto antes. Ya lo esperaban.

—Eres un cerdo, no sé cómo llegué a sentir cierto aprecio por ti.

—¿Tú? ¿Aprecio? No me hagas reír, no sientes aprecio ni por ti misma.

—¿Sigues repartiendo brebajes entre los psicópatas que contratas? —preguntó ella, fijándose en el cilindro metálico que asomaba del bolsillo del abrigo de Xabier.

—Toda previsión es poca. —Ocultó el cilindro.

La joven se dio la vuelta e inició el camino a la salida del cementerio, sin mirar atrás y sin hacer ademán de despedirse, sintiendo en su espalda los ojos del viejo.

Por la ventana de la habitación de invitados, Max contemplaba cómo las gotas de lluvia golpeaban el cristal. Entre los regueros que se desplazaban por la ventana se vislumbraba una imagen borrosa de la aguja de la catedral del Buen Pastor. Le gustaba aquella vista y aquella habitación, por más que significara el truncamiento de la vida anterior de Cristina. Seguro que también allí su ex le había pegado y forzado. El muy cerdo se había mudado a Galdakao aprovechando una suplencia en su mediocre trabajo de funcionario de Correos. Tal vez uno de estos días hiciese una llamada a sus amigos bilbaínos de la comisaría de Deusto.

—¿En qué piensas? —le preguntó Cristina, abrazándolo por la espalda.

—En que la habitación es pequeña —mintió Max.

—Los bebés son pequeños —respondió ella.

Max se deshizo del abrazo y recorrió la estancia con la mirada. Como una sala de observación, estuvo tentado de añadir.

—Quizá tengas razón —reconoció—. Un cambiador por acá, la cunita por allá, el armario al fondo..., todos esos cachivaches que necesitan los bebés.

—Sí —dijo entusiasmada Cristina batiendo palmas—. Y todo pintado de azul celeste.

—Es verdad que habrá que cambiar este horrendo papel, pero es pronto para tomar decisiones, hasta los tres meses no sabremos si...

—Es un niño, lo presiento. Será policía, como su padre, y de los buenos.

Max le puso una mano en el vientre. Aún no tenía barriga de embarazada, pero el rostro iluminado de felicidad no engañaba. Iban a ser padres. ¿Quién lo hubiese imaginado? Hace un año perseguía a un asesino en serie y ahora estaba a unos meses de ser padre.

—Aunque en mi piso estaríamos más cómodos...

—Ni hablar, ya lo hemos discutido. No hay televisión, solo una cama, y además en ese *loft* hará un frío que pela en enero. No querrás que tu hijo se constipe en las primeras semanas. Si quieres vivir conmigo, no hay ningún problema, trae tus bártulos aquí, hay sitio de sobra para los dos.

—Lo decía por tu seguridad.

—¿Dónde voy a estar más segura que en mi propia casa?

Max asintió con la cabeza. Joshua tenía razón, con las mujeres no se podía discutir, lo mejor era una retirada a tiempo. No le había dicho nada sobre el hallazgo del cuerpo de Galder, seguro que ni siquiera se había enterado de su desaparición. La universidad albergaba a suficientes alumnos como para echar de menos a uno, y además no era extraño que un estudiante faltase unos días a clase. Tendría que hablar con el comisario para intentar silenciar un día más la identidad del cadáver, no era bueno para la Facultad de Químicas revivir el trauma del año anterior. Tal vez aguantasen unos días a la prensa, lo justo para que pudiese tomar una determinación, aunque lo que tenía claro es que no le hacía ninguna gracia que Cristina fuese a trabajar al decanato en su estado, y menos que durmiese sola en su pisito de divorciada.

—Te dejo descansar, se hace tarde, mañana temprano tengo que ir al laboratorio forense. Pasaré a verte después de comer.

—Vale, si ya te quieres ir, tan pronto, y lloviendo...

Cristina comenzó a jugar con un mechón de su cabello oscuro y ondulado. Miró a Max implorando un beso, y quién sabe si algo más.

—Sí, se hace tarde —dijo Max mientras la cogía por la cintura y la besaba. Estaba cansado y al día siguiente tenía la agenda completa. La *pistolita*, como ella llamaba a su miembro, no tenía ganas de juerga.

—Está bien... Estaré en la facultad, pásate sobre las cuatro y tomamos un café en el bar.

—¿No es malo para el bebé?

—¿El café? No exageres, ya habrá tiempo de eliminar toxinas, y tiempo para los antojos. No querrás que nuestro marinerito salga con una mancha en la frente. Igual que el militar ese de Mutriku, ¿cómo se llamaba?, ¿Murruca?

—Churruca.

—Ese...

—No tenía ninguna mancha en la frente.

—El que se enfrentó solito a cinco navíos ingleses en la batalla de Trafalgar.

—A seis.

—Pues mejor me lo pones.

Ambos rieron. Max se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, en el bar de la facultad —dijo Max pensando en voz alta—. Hace tiempo que no entro.

—No ha cambiado mucho, más bien nada.

—El problema no son los cambios sino lo que despierta en mí, me produce sentimientos contradictorios.

—Hay que pasar página —dijo ella mientras volvía a abrazar al padre de su futuro bebé. Se puso de puntillas para paliar la diferencia de altura y le dio un beso prolongado en los labios. Notó que la *pistolita* cobraba vida.

—Parece que alguien quiere quedarse —dijo Max con una amplia sonrisa bajando la vista hacia su cintura.

Martes 28

Con el olor a salitre invadiéndole las fosas nasales y el viento azotando su cabeza, intentó apartarse el poco cabello que le tapaba el rostro en un acto reflejo más propio de cuando llevaba melena. La motora brincó en el agitado mar Cantábrico. Solo serían diez minutos, el tiempo que separaba por mar Hendaya de Hondarribia, pero a buen seguro que se le harían eternos. No le gustaba navegar, no se sentía a salvo sobre una superficie que se movía, se le revolvía el estómago y le daban náuseas y ganas de vomitar el desayuno por la borda; sin embargo, apretó los dientes e hizo de tripas corazón. Eran pocos los que coincidían con ella en la travesía y no parecía que a ninguno le indispusiese el paseo en barca: parecía que estaban muy lejos, pensando en qué harían cuando arribasen a Hondarribia. Existencias monótonas, carentes de riesgo, y también de ambición. Muchas personas en el mundo se dedicaban a vivir de pasada, sin dejar un triste recuerdo. Para ella, la vida resultaba diferente, si hacía falta, dejaría su huella a costa de sangre, sudor y lágrimas. Miró una vez más de soslayo a la oficial de la Ertzaintza que tanto odiaba. No sabía qué veía su ex en aquella mujer esquelética, tal vez más adelante, cuando Xabier le diese «vía libre», se lo mostrase, o tal vez optase por una solución más drástica: muchos se caían por la borda y eran engullidos por las aguas profundas y frías del Cantábrico, y lo que era mejor, los cuerpos nunca aparecían. El mar no soltaba a sus muertos.

Max hizo amago de coger un escalpelo pero en el último momento desistió.

—No te prives —dijo Arkaitz.

—Siempre hay una primera vez —añadió Kepa.

El inspector no pudo menos que sonreír. Bostezó. La noche en casa de Cristina había sido movidita. Comenzó a pasearse por la sala. Aquel maldito olor a alcanfor persistía en el ambiente. O tal vez eran imaginaciones suyas. ¿A nadie salvo a él le molestaba?

—A los niños mayas los iniciaban en los rituales del sacrificio desde temprana edad —afirmó Arkaitz.

—Entonces una herida de bala, de derecha a izquierda, en plena sien, simulando un suicidio —dijo Max, deseoso de acabar cuanto antes y salir a tomar aire fresco y fumarse un purito.

—Eso es, solo un orificio de entrada, y otro de salida por la región occipital izquierda del cráneo —respondió Kepa.

Los gemelos ya limpiaban el instrumental empleado en la autopsia del cuerpo de Galder.

—He oído que vas a ser padre —dijo Arkaitz.

—Vaya, las noticias vuelan —replicó Max.

—Enhorabuena —le felicitó Kepa.

«Padre y soltero», pensó Max. En verdad no lo había hablado con Cristina, ella ni siquiera se lo había insinuado. Mejor así, entre los dos no reunirían ni a un puñado de invitados. Deprimente. No sabía si había sido bautizada de pequeña, si había hecho la comunión, pero él ni esposado pasaría por un altar para casarse, como mucho una boda civil, rápida y sin dolor, un sábado cualquiera de un mes cualquiera en un ayuntamiento cualquiera.

—¿Qué más? —inquirió Max, ahuyentando los pensamientos matrimoniales.

—El tatuaje del brazo es de los buenos. Se lo hizo años atrás, así que dudo que tenga algo que ver con su muerte, por mucho que las gárgolas nos lleven a pensar en bestiarios y tormentos del infierno —respondió Arkaitz.

Max se fijó en la piel blanquecina de Galder. Bajo la luz de la lámpara cialítica, que no proyectaba sombras, parecía un alienígena.

—¿Agresiones sexuales?

—Ya lo valoramos, pero negativo —contestó Kepa.

—Ningún resto biológico —afirmó Arkaitz.

—El estómago nos indica que el último día de vida estuvo en ayunas —dijo Kepa.

—Sin embargo, no presenta signos de deshidratación —añadió Arkaitz.

—Tres días desaparecido. —Max pasaba la mirada de uno a otro forense, acostumbrado a su alternancia a la hora de hablar—. Salió de casa la mañana del jueves, recién duchado y afeitado. Dijo a sus padres que estaría todo el día en la facultad, que cenaría en casa, y ni apareció por la facultad ni volvió a casa ni avisó de su ausencia. Al ver que no llegaba ni respondía al móvil, se temieron lo peor. Denunciaron la desaparición el viernes por la mañana, tras pasar en vilo toda la noche. El sábado comenzamos su búsqueda; hay que esperar veinticuatro horas para dar por desaparecida a una persona.

—Hay padres que conocen mejor a sus hijos que ellos mismos —dijo Arkaitz—. ¿Y las otras dos chicas de las que habla la prensa?

—Ni rastro, de momento. Ellas llevan más tiempo desaparecidas. Entiendo, por lo que decís, que sus captores apenas le alimentaron pero sí le dieron de beber, hasta que se lo cargaron.

—Todo apunta en esa dirección —afirmó Kepa—. Y no presenta señales de tortura.

—Es muy raro —dijo Max, expresando sus dudas en voz alta—. ¿Por qué secuestrar a un estudiante de Químicas, retenerlo y luego matarlo, desnudarlo y dejarlo apoyado en una escultura de un museo al aire libre para que alguien lo descubra?

—¿Estudiante de Químicas?, ¿lo conocías? —preguntó Arkaitz.

—Claro —reconoció Max—. ¿Os acordáis del caso del Asesino de Químicas, hace un año? —Ambos forenses asintieron con la cabeza; más que nunca, uno parecía el doble del otro—. Pues el chaval era amigo de Leire, la becaria que nos ayudó a descifrar los números.

—Vaya lío —replicó Kepa.

—Murió el domingo, al anochecer —dijo Arkaitz.

—Cierto. La barba de pocos días indica que no pudo morir el mismo día que salió de casa —indicó Kepa—. Prosigue, hermano.

—La hora estimada de la muerte ronda la medianoche, y no murió en el acto, quizá pasó unas horas en estado catatónico hasta que expiró, pero sus asesinos pensaron que ya estaba muerto cuando lo dejaron en la escultura.

—Cierto —volvió a corroborar Kepa—. Aunque presenta signos de *rigor mortis*, ha desaparecido parte de la rigidez cadavérica; es obvio que está en la fase de resolución, las 36 horas *post mortem*. Hay también algún signo de entumecimiento en las extremidades, de haber pasado vivo parte de la noche donde lo encontrasteis.

—Joder.

—¿No habéis encontrado ninguna pista en el lugar del hallazgo? —preguntó Arkaitz.

—Nada, ni huellas ni muestras. La lluvia hizo un buen trabajo. Ni rastro tampoco de la bala: calibre 38. —Max era capaz de distinguir el calibre con solo ver el orificio de bala.

—Entonces el caso se complica —afirmó Kepa.

—Los mayas arrojaban vivas y desnudas a las víctimas de los sacrificios a los cenotes —dijo Arkaitz—, la mayoría hombres jóvenes, para preservar la vida a través de la muerte, el tránsito entre los dos mundos. La máxima ofrenda a Chaac, el dios de la lluvia.

—¿Y eso qué carajo significa? —preguntó Max.

—Tú lo has dicho antes. La noche del domingo llovió mucho —concluyó Kepa.

Cuando entró en la gran biblioteca de su *aita* ningún recuerdo infantil le vino a la mente. En realidad recordaba poco de su infancia. Creció entre objetos suntuosos, rodeada de mayordomos y de criadas que le hacían de madre, alejada del afecto familiar: sus padres salían casi todas las noches a galas, cenas glamurosas y reuniones de nuevos ricos. Ni siquiera evocaba un juguete favorito, un osito de peluche a quien abrazarse en las frías noches vascas, no tenía recuerdos de jugar en la calle con un patinete, solo recordaba vagamente una bicicleta rosa, y eso porque se dio un golpe tremendo en la cabeza que le produjo una conmoción que le duró una semana. Pocas veces había penetrado en el santuario del exitoso empresario Zurutuza, y siempre habían acabado discutiendo, así que hoy no esperaba menos. Era raro que quisiera hablar con ella, y más que quisiese hacerlo en la casa de Hondarribia. No era tan

tonta como para pensar que su *ama* la esperaba para comer y su *aita* se iba a sentar a la mesa para charlar como viejos amigos. Tras la breve conversación telefónica de París, donde la previno del peligro, tal vez creyendo que ella era la desaparecida y no Cristina, apenas habían vuelto a hablar.

Eneko Zurutuza estaba recostado en aquel sillón que el anticuario que se lo vendió aseguraba que perteneció a Luis XIV. Rodeado de la alfombra persa, los enormes cuadros de batallas y cacerías, la mesilla con la lámpara de siglos pasados, los candelabros sobre la mesa de nogal —solo desentonaba el teléfono inalámbrico—, el *Rey Sol* miraba a su única hija con nostalgia y acritud.

—Gracias por venir —dijo—. Y por venir sin pistola.

—Ajá —dijo Erika, mirando a su espalda, al dintel, que escondía un detector de metales. Lo había olvidado, y en verdad no había traído la USP Compact porque era su día libre y después había quedado con Lucía para comer en el Casco Viejo.

—¿Te quedarás a comer? Estás tan delgada...

—No puedo, estoy de servicio y me esperan en la comisaría.

—Ya —dijo Eneko haciendo aspavientos con una mano—. Trabajo y más trabajo, y no precisamente de mujer. Pero ya hemos discutido bastante sobre eso, ¿verdad? Tu madre se va a llevar un disgusto...

Lo miró por primera vez a los ojos. Su rostro seguía teniendo ese aspecto bonachón, de no haber roto un plato en su vida. La nariz aguileña —la de todos los Zurutuza— continuaba en su sitio, el cabello oscuro y poblado, las gruesas cejas, la boca pequeña. Solo unas arrugas en la frente evidenciaban que por él también pasaban los años. Conservaba el cuerpo fuerte y robusto, el perfecto estereotipo de casero, del cual se vanagloriaba en las reuniones de accionistas para demostrar los beneficios de la leche Zurutuza.

—Tengo prisa, Eneko, ¿qué quieres de mí? —Sabía que le molestaba que lo llamase por su nombre de pila en lugar de *aita*—. No me has telefoneado para felicitarme el año, ¿no?, es un poco tarde para eso.

—¿Tienes un nuevo caso?

La pregunta la pilló por sorpresa. Sin duda estaba al corriente del hallazgo del cadáver del museo. Cerca había una propiedad de los Zurutuza, el caserío Etxekapare, donde antaño las vacas pastaban libremente y que muy rara vez su *aita* visitaba. ¿Tendría algo que ver con el caso? ¿Estaría involucrado alguno de sus amigos?

—No —mintió—. El último fue el de la Facultad de Químicas. Ahora el ambiente está tranquilo.

Eneko sonrió. La invitó a sentarse en el otro sillón de la estancia, frente a él. Erika negó con la cabeza. Se encontraba más a gusto de pie. Hablar con su padre cara a cara, mirándose a los ojos, podía ser una experiencia traumática.

—Pues si no hay ningún caso, mejor, y si lo hay, déjalo.

—No puedo dejar nada que no tengo.

—Perfecto, me quedo más tranquilo.

Erika comenzó a pasear por la biblioteca. Contempló los lomos de los libros y simuló leer el título de alguno. Libros decimonónicos, de aventuras y viajes; ediciones antiguas e ilustradas, de cuando la publicación era un arte; libros que había leído de pequeña y disfrutado con sus dibujos; libros sumamente conocidos: *La isla del tesoro*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *El conde de Montecristo*, *Sandokán*, *Los viajes de Gulliver*, *Los tres mosqueteros*, *Los miserables*... Varias veces hizo el amago de coger uno pero en todas las ocasiones retiró la mano como si la biblioteca estuviese electrificada.

—¿Cuándo me presentarás a uno de esos amigos tuyos tan poderosos? —soltó—. Aquellos que venían de noche a casa y se iban de puntillas cuando todavía no había salido el sol...

Al callar se extrañó de su atrevimiento, siempre era su *aita* quien llevaba la voz cantante en sus conversaciones. Le gustó.

—Mejor que no los conozcas, ni que ellos te conozcan a ti.

Vio miedo en sus ojos azules, y aquella sensación desconocida la envalentonó.

—Quizá tenga que presentarme yo misma, si tú no quieres hacer de anfitrión.

Eneko suspiró y negó con la cabeza. No puedo con esta hija mía, decía su rostro.

—De verdad, Erika, yo te quiero, más de lo que tú piensas. No sigas por ese camino, deja la Policía, vuelve con nosotros, te necesitamos en casa.

—¿Quién? ¿Tú o la empresa?

—¿Sigues sin usar tu primer apellido?

—López es más corto.

Volvió a negar con un gesto. No pensaba pedirle de nuevo que volviese a casa, que se pusiese al frente de Lácteos Zurutuza SA, había rechazado la propuesta tantas veces que sabía que nunca aceptaría, era tan cabezona como el abuelo y antes prefería caer de rodillas a dar su brazo a torcer. Él había salido más a la abuela, frío y calculador, con gran sentido para los negocios y para percibir el peligro, y ahora olía a sangre, se había dado suficientes batacazos en la vida para saber cuándo una retirada a tiempo era una victoria; sin embargo, su hija no quería verlo ni comprenderlo. Se le escapaba de las manos, pero decidió intentarlo una última vez.

—Tu madre padece cáncer de pulmón.

—Mientes.

—¿Me crees tan monstruoso para semejante mezquindad? Con suerte le queda un año de vida.

La revelación cayó como una losa arrojada al mar. Ninguno añadió nada más. Erika cerró los ojos y sopesó la noticia durante unos interminables minutos antes de dar la espalda a su *aita* y abandonar la biblioteca. No le gustaba que la viesen llorar.

Tras salir del laboratorio forense, Max se dirigió a la comisaría. Ubicado en el barrio del Antiguo, el edificio constaba de dos plantas y contaba además con unos sótanos,

que albergaban una celda de alta seguridad —copia de una existente en Carolina del Norte— y los calabozos. La fachada de piedra tosca y grisácea con ventanas opacas y pequeñas transmitía una imagen sobria y poco saludable a los urbanitas que transitaban por la calle Infanta Cristina. Desde el año anterior, a Max le recordaba enormemente a la Facultad de Químicas, otro edificio feo y apagado que parecía diseñado por el mismo arquitecto. Saludó a los agentes de la entrada —dos cámaras de seguridad orientadas hacia la calle registraban todos los movimientos—, cruzó el vestíbulo, recorrió el amplio pasillo de la primera planta, ascendió por las escaleras a la segunda, donde encontró a Asier, cuyo cuerpo orondo se encontraba encajado en una butaca, intercambió un par de monosílabos con él, dobló a la izquierda y entró en el despacho del comisario sin llamar a la puerta. Alex Pérez estaba inclinado sobre su escritorio, al parecer intentando buscar algún dato entre la inmensa marea de papeles desperdigados por la mesa. Al ver al inspector echó su fofo cuerpo hacia atrás, mostrando su abultada barriga. Max se acordó de Cristina y su embarazo.

—Max, qué agradable sorpresa, contigo quería hablar.

—Yo también. Debemos seguir ocultando la identidad del cadáver del museo ese de Chillida.

—¿Por?

—Era un alumno de la Facultad de Químicas.

—No me jodas, no creerás que...

—No creo nada, pero mejor que no se sepa.

Alex descolgó el teléfono. Max paseó la mirada por el despacho, una pequeña estancia que por seguridad daba a un patio interior. La bandera de España y la ikurriña en un lateral. Un cuadro topográfico en relieve y un mapa político del País Vasco. El sempiterno retrato del Rey Juan Carlos I presidiendo el habitáculo; se rumoreaba que su abdicación estaba al caer.

Tras un par de llamadas, el comisario volvió a centrarse en Max:

—Hecho. A lo sumo un día. Siempre hay filtraciones, y no podremos contener más a la familia, por mucho que les aseguremos que es por su bien y necesario para encontrar al culpable. Esperan el informe de la autopsia, quieren celebrar el funeral el miércoles a más tardar.

—Será suficiente.

—¿Se sabe algo de las dos chicas?

—Nada, como si nunca hubiesen existido.

—Imagínate qué varapalo para las familias cuando se enteren de que uno de los desaparecidos está muerto. Van a perder toda esperanza de encontrar a sus hijas con vida.

—Lo del museo no me cuadra, es muy raro, el chico fue el último en desaparecer y el primero en aparecer, quizá su desaparición no tenga nada que ver con las chicas, puede que sean casos distintos.

—Ojalá. No quiero más asesinos en serie ni titulares llamativos. Y mientras tanto,

¿qué pasos vas a dar?, ¿cómo vas a actuar?, ¿adónde vas a ir?

Max hizo una leve mueca de circunstancias. Le molestaba la costumbre de Alex de proferir una pregunta tras otra cuando se ponía nervioso.

—Iré a la universidad a hablar con Leire.

—¿Leire? ¿Esa chica morena tan guapa que siempre va en bata blanca?

—Esa misma —corroboró el inspector sin saber muy bien si Alex se refería en efecto a Leire o a otra becaria. Para el comisario, con más de treinta años de matrimonio a sus espaldas e hijos ya universitarios, la barrera de la belleza femenina quedaba muy cerca del suelo—. Estudiaron juntos en la facultad, solo que Leire lleva tres años de becaria y Galder estaba repitiendo por segunda vez quinto curso. Eran muy amigos.

—¿Muy amigos?, ¿se acostaban juntos?, ¿podría ser sospechosa?

—No, no...

—De acuerdo. Manténme puntualmente informado.

—Y bien, ¿qué querías?

Al comisario le faltó tiempo para encender uno de sus grandes habanos, un trasatlántico a diferencia de los finos puros de Max. Volutas de humo comenzaron a flotar en el aire.

—Aitziber Etxebarria.

—¿Quién?

—Me han filtrado que el CPT, el Comité Europeo para la Prevención de la Tortura, va a publicar en unos días un informe demoledor sobre las denuncias de tortura de Aitziber, una exetarra perteneciente al desactivado comando Euskal Herria. Infundadas o no, todos sabemos que se produjeron en las dependencias de la Guardia Civil de Intxaurren, y que nosotros no tuvimos nada que ver. Lo más grave es que al caso de Aitziber se van a sumar otros casos de marzo de 2011, cuando ya existía el alto el fuego por parte de ETA. Se dice que Estrasburgo va a tomar cartas en el asunto porque el Gobierno español hace caso omiso de esta y otras denuncias similares, que no las investiga. Se habla de una fuerte multa económica como escarmiento.

—¿Y qué tengo yo que ver con ese informe?

El comisario se acomodó en la butaca y expulsó con deleite el humo hacia el techo antes de contestar.

—Nada, pero el juez Castillo anda detrás de ti después de lo del caso del Asesino de Químicas y de su traslado frustrado a la Audiencia Nacional. —Se pasó una mano por su cada vez más incipiente calva. «Hitchcock», pensó Max en una revelación mental: ese era el nombre del director inglés que tanto le recordaba a Alex y del que nunca se acordaba—. Mantente alejado de él, y no metas el pie en ningún charco.

—Lo intentaré —repuso Max tranquilo. Luego, sonriendo, miró al comisario en silencio durante unos instantes—. No me mojaré los pies. —Su sonrisa se ensanchó y sus vivaces ojos verdes se entrecerraron. Salió del despacho dejando la puerta abierta.

El gavilán estudió a su presa. La vida daba muchas vueltas. De cómplice a espía, de terrorista a agente de la ley, de maltratador a torturado. Aunque había una faceta que no había cambiado con el paso de los años, la de ave rapaz, de asesino a asesino, solo que antes lo hacía por ideales y ahora lo hacía por dinero. Ladeó la cabeza para ver mejor con su único ojo a la joven mujer que trabajaba para el viejo. En la fotografía que sostenía en la mano era rubia y llevaba el pelo largo; aunque ahora lo llevaba corto y teñido de negro, era obvio que se trataba de la misma chica. Atractiva y sensual. No le importaría hacerle un pequeño trabajo en un cuarto oscuro, iba a disfrutar de lo lindo. Al diablo con el viejo y sus amenazas de que no le tocara un pelo, lo conocía desde hacía mucho tiempo y cuando ordenaba seguir a una persona, por mucho que fuese uno de sus agentes, sus fines no eran meramente informativos, era más que probable que el individuo en cuestión acabase como fertilizante para la tierra, y si antes de eso él podía disfrutar de un momento de placer, nadie se iba a enterar. Igor Salaberria se rascó en un acto reflejo el muñón, aquella anomalía que le impedía olvidar el pasado, cuando colocó una bomba lapa bajo el coche de un cabo de la Guardia Civil y la bomba le estalló. Cuando el *txakurra* salió de su casa, ante el ruido ensordecedor que espantó al barrio y rompió los cristales de la mayoría de los edificios, y se acercó a auxiliarle, confundiéndo-lo con una víctima, la sangre le cegaba el único ojo que permanecía abierto y sentía un dolor atroz en el costado que le impidió vaciar el cargador de la semiautomática en su objetivo; tenía por costumbre no dejar un trabajo a medias, después prefería no recordar. La onda expansiva se llevó el antebrazo izquierdo y numerosa metralla se le incrustó en la parte izquierda del rostro. Al final, tras dos operaciones, perdió el ojo. Cremas, cirugía y una espesa barba ocultaban las cicatrices; el parche negro de cuero, la cuenca vacía. Heridas de guerra de las que no se avergonzaba. Cuando recibió el alta médica pasó del hospital al cuartel, donde acabó preso en un inmundo calabozo. Aunque tardó en volver a oír con normalidad, hubiera sido mejor que lo hubiesen torturado con el «tambor» y se hubiese quedado sordo, ya que de la habitación contigua llegaban los gritos de su compañera sentimental, su compañera de lucha, integrante también del comando Euskal Herria y capturada por la Guardia Civil al mes del atentado. Usaron los chillidos de Aitziber, sus quejidos, sus súplicas como forma de presión para que delatase a los otros dos compañeros del comando, para que diese la dirección del piso franco de Biarritz. Él no habló, por muchas patadas y golpes que le propinaron, pero lo peor, toda la maldad, se la llevó ella. Cuando los liberaron años después, tras una de las muchas treguas de la banda con el Gobierno español, sus camaradas ya habían decidido apartarlo de la lucha, lo consideraban un proscrito, y nadie se atrevió a encararlo y decirle la verdad: que con una sola mano y un solo ojo ya no servía, era un juguete roto, una pieza defectuosa en el engranaje de la banda. Sin embargo, eso no fue lo que más le dolió. Aitziber nunca le devolvió las llamadas, y solo supo de ella a través de los medios. Cierto que en el pasado la había maltratado, y que sus compañeros de lucha lo sabían y miraban para otro lado, pero

ella nunca se quejó, hasta si le hubieran preguntado hubiera dicho que le gustaba, que sentía placer cuando le pegaba y la violaba contra la pared del baño. Al principio la echó mucho de menos, tanto que hasta pensó en buscarla y pedirle explicaciones. Pero eso le hubiera traído problemas, enfrentarse a la organización. Cuando se filtraron a la prensa las torturas que había sufrido su ex, desde la temida «bolsa» hasta vejaciones sexuales, quemaduras de cigarrillos, cortes con cuchillas de afeitar y baños de agua fría, ya no padecía ni sentía nada por ella. Tras dilapidar sus escasos ahorros en las *euskal* tabernas relatando a los cachorros sus andanzas al otro lado de la frontera, el viejo contactó con él. Fue el único que vio su potencial. La vida daba vueltas, y más vueltas. Pasó de temer a la Brigada a ser una parte esencial de ella, no era un agente de ojos de fuego pero poco le faltaba. Se reía del famoso Lobo, el célebre infiltrado del cine y la literatura.

La joven se levantó y él hizo lo propio. Pagó el café y la siguió de cerca por el Casco Viejo de Hondarribia. El histórico barrio amurallado estaba atestado de gente, y aunque no era fácil advertir que alguien la seguía, daba por seguro que ella no se percataría por mucho que se encontrasen en una callejuela medio desierta; tenía puestos los cinco sentidos en espiar a un par de lesbianas que a la que podían se daban el lote en cada esquina. Y una de ellas era policía: conocía el modo de caminar de los agentes, la costumbre de mirar hacia atrás, la posición de vigía que adoptaban, la forma de sentarse para acomodar la cartuchera. Y su objetivo se lamía las heridas cada vez que las veía besarse. Un trío de lesbianas de paseo por Hondarribia, y un manco tuerto a la zaga. Curioso cuarteto se había inventado el viejo. ¿Qué querría de él y de ellas? Sería algo importante, hacía meses que no lo llamaba y no lo había sacado de la madriguera y citado en aquel caserío perdido para darle un par de palmaditas en la espalda y ordenarle que siguiese a una lesbiana. Algún oscuro secreto ocultaba y él no era capaz de vislumbrarlo. Se puso las gafas de sol e introdujo en el bolsillo la manga vacía, que colgaba libremente del abrigo, de tal forma que nadie diría que era un desvalido. No soportaba la lástima que provocaba a su paso, cuando le abrían la puerta en los establecimientos, cuando algún joven pretendía ayudarle y le alcanzaba un objeto o cuando le cedían un asiento en el transporte público. Malditos hipócritas, creían que con un acto de caridad redimirían todos sus pecados. «Mierda de democracia», maldecía a menudo. Apretó el paso, al parecer a las lesbianas les había entrado la prisa y tras ellas iba su presa. Había contado trescientos veinte pasos de la cafetería al restaurante donde habían comido. Se tensionó, era posible que hasta otros trescientos pasos no volviesen a parar. Adquirió la afición de contar los pasos en la celda del cuartel de Intxaurre. No paraba de caminar de un lado para otro: cinco pasos de largo y tres pasos de ancho. Una y otra vez. Cinco y tres. Durante días. Semanas. Meses. Cinco y tres. Hasta que perdió la noción del tiempo, de si era de día o de noche, otoño o invierno, Navidad o Año Nuevo. Estiró el cuello. De las tres mujeres, su objetivo era la más apetecible, aunque la novia de la policía tampoco estaba mal. En cambio, la escuálida agente no

servía ni para un trabajito rápido. Miró hacia atrás. Edificaciones tradicionales de pescadores pintadas de vivos colores con la pintura sobrante de los barcos, que hacía que las casas de madera emergiesen en medio de la niebla. Ningún rostro ni silueta se repetía. No, a él no lo seguían, aunque debía andarse con cuidado, el viejo era sumamente retorcido y peligroso. Cuarenta pasos. Cuarenta y uno. Cuarenta y dos.

Cuando Max subió por la escalinata de piedra de la Facultad de Químicas, le vinieron a la mente oscuros recuerdos del año anterior. Siempre intentaba quedar con Cristina fuera del campus, en el Peine del Viento, en el Wimbledon English Pub, en la Parte Vieja, en su piso, en cualquier lugar menos en la facultad. Al acceder al vestíbulo varios estudiantes lo observaron expectantes, tal vez confundiéndolo con un nuevo académico. El puesto del bedel estaba vacío. Miró al fondo, donde tras la doble puerta de cristal se escondía la guarida del lobo, la biblioteca. Negó con la cabeza y ascendió hasta la cuarta planta. Entró en el laboratorio de Procesos sin llamar aunque no había avisado de su visita y encontró a Leire como la recordaba: morena, pelo largo, con bata blanca y un matraz entre las manos enguantadas en látex.

—Dichosos los ojos, inspector.

—Buenos días, Leire.

Max notó enseguida el intenso olor a formol del laboratorio de química, que le molestaba tanto o más que el olor a alcanfor del laboratorio forense. Solo unos minutos, se prometió. Tras ponerse al día, Max, que nada dijo sobre el embarazo de Cristina, atacó de lleno:

—¿Qué sabes de la vida privada de Galder?

—¿Galder? ¿Mi amigo de quinto curso?

—Sí.

—¿Aparte de que no hay manera de que acabe la carrera y de que le gusta la música heavy y las películas gore?

—Sí.

Leire volcó, con cuidado y lentamente, el líquido que contenía una probeta sobre un matraz Erlenmeyer de fondo plano.

—Poco más. ¿En qué lío se ha metido ahora?

—Está desaparecido desde la mañana del jueves.

Cualquier cosa menos soltar que habían encontrado su cadáver. Cuando Leire se enterase al día siguiente por la prensa esperaba estar lo suficientemente lejos; la chica había sufrido mucho en el pasado. Demasiado horror. Demasiadas víctimas.

—¡Hostia! Ya decía yo que hacía tiempo que no lo veía. Pensaba que por fin le había dado por estudiar en vez de tirarse en la hierba o jugar al mus en el bar. Oye, ¿no estará durmiendo la mona...? Me parece que el jueves por la noche tocaba Metallica en el velódromo de Anoeta.

—¿Sabes si asistió?

—Me imagino que sí, no se pierde un concierto.

Depositó el matraz bajo una campana extractora de gases y sacó una espátula del bolsillo superior de la bata. Se acopló las gafas protectoras.

—¿No será peligroso? —preguntó Max apartándose un poco de la mesa.

—Qué va —respondió Leire, al tiempo que removía con la espátula la disolución incolora del matraz—. Un ácido y una base débiles, cercanos al pH neutro. Lo único, es que es una reacción exotérmica.

—Ah —dijo Max.

—Que expulsa calor, y gases a la atmósfera —explicó Leire, leyendo la ignorancia en el rostro del inspector.

—Ya...

Sobrevino un silencio. Leire a lo suyo, Max reflexionando.

—Galder, ¿va solo a los conciertos? —preguntó Max.

—No, con sus amigos heavies. Pero tenía una novia.

—¿Qué?

—Una novia. Galder tenía una novia, salían desde hacía un tiempo y estaba muy enamorado. Creo que ella lo dejó hará unos tres meses; y el pobre sufrió mucho. Una de las últimas veces que hable con él, estaba muy ilusionado, al parecer tenía esperanzas de retomar la relación. —Calló al acordarse de Belén, la amiga de su prima, y de cómo acabó por culpa de su ex.

—Me gustaría hablar con ella, ¿tienes su teléfono o alguna dirección?

—Vaya, sí que os tomáis en serio una desaparición. Estás empezando a preocuparme.

—Tranquila, sigo el protocolo, pura rutina —dijo Max precavido.

—No la conozco, solo la vi un par de veces. —La disolución comenzó a burbujear y a adquirir un color rosáceo pero Leire no paró de darle vueltas—. Por si te sirve de algo, es rubia, con el pelo largo, una monada, y muy simpática.

A instancias de Max, la chica describió con más detalle el rostro de la ex de Galder.

—¿De verdad que no es peligroso? —preguntó Max, alejándose un poco más de la mesa.

—No más que cocer unas patatas.

Tras un nuevo silencio, una idea surgió en la mente del inspector.

—¿Y cuando dices que empezaron a salir?

—No lo recuerdo bien, Galder es muy reservado con su vida privada, pero hará más de un año.

—Más o menos cuando sucedió todo aquello.

Leire dejó de remover la disolución y lo miró a los ojos.

—Más o menos cuando sucedió aquello, sí, más o menos.

«Cuando yo comencé a salir con Cristina», pensó Max.

—Leire, ¿seguiste indagando en aquel misterioso líquido azul?

—¿Y descubrir un nuevo elemento químico de la tabla periódica? No, a nada bueno pueden conducir esos experimentos. Es mejor pasar página.

Lo que dice Cristina, pensó el inspector, pero a él le costaba más cambiar de libro; una y otra vez acababa en el mismo capítulo.

—Oye, por curiosidad... Si alguien quiere transportar una sustancia química, ¿qué tipo de envase necesita?

—Lo más habitual es un vaso Dewar. Aquí no tengo ninguno. Si quieres, podemos bajar a la tercera planta, en el laboratorio de Termodinámica hay uno.

—No es necesario, me basta con una descripción.

—Suelen ser recipientes grandes, del tamaño y la forma de una garrafa, pero creo que más bien te refieres a uno portátil y práctico. —Max asintió—. Los hay de un litro de capacidad. Es un termo de acero inoxidable muy parecido a los que se utilizan para conservar caliente la comida de los bebés, solo que el Dewar está revestido en su interior con vidrio de borosilicato. Puede albergar hasta seis tubos de ensayo. También se usan para contener virus y...

—¿Virus?

—Sí, pero tranquilo, no hablamos del ébola o del virus de Maburgo, ni de otros tan mortales como estos o capaces de causar pandemias, sino de virus equivalentes a pesticidas empleados en ratas y cobayas de laboratorio. En casos especiales, por ejemplo cuando transportan embriones congelados, los vasos contienen nitrógeno líquido. Lo habrás visto en cientos de películas de esas sobre tráfico de medicamentos y virus letales, que por cierto también le chiflan a Galder; cuando un investigador lunático desenrosca el tapón del vaso y sale un humo que le provoca al instante la muerte por inhalación. Ese humo es el nitrógeno líquido, el mismo que se usa para quemar verrugas, totalmente inocuo en espacios abiertos...

El inspector se quedó callado, evaluando la información, antes de cambiar de tema para Leire, porque para él continuaba:

—¿El viejo bibliotecario sigue en su puesto?

—¡Qué va! Se jubiló el año pasado, ahora hay un niño que no se entera de nada.

—Y ¿alguien que me pueda dar más detalles sobre el paradero de Galder?

—Lo dudo, Galder es un poco especial y no tiene muchos amigos en la facultad. Prueba en el curso 5A, especialidad macromoléculas, quizá algún compañero de clase sepa algo más, aunque no lo creo. En cuanto aparezca, ¿quieres que le diga que lo andas buscando?

Max asintió con la cabeza y miró el reloj de la pared, aquel que perseguía en sueños a Leire con su tictac. Rebasaba en unos minutos las cuatro de la tarde.

—¿Qué tal Cristina? —preguntó la chica como si le leyese el pensamiento.

—Bien, he quedado con ella ahora en el bar.

—Salúdala de mi parte, apenas nos vemos. La facultad parece pequeña desde fuera pero dentro es un laberinto de pasillos en los cuales cada uno va a lo suyo. O tienes los mismos horarios o las mismas funciones o es difícil verse. Con Galder me

pasa igual, o lo veo en el bar a la hora de la comida o no lo veo.

—Sé de lo que hablas, en la comisaría pasa eso. Le transmitiré tus saludos. No he cambiado de número, por si recuerdas algo... Debo irme, llego tarde, para variar. — Se despidió, y salió del laboratorio justo cuando la disolución comenzaba a emanar un desagradable gas fétido.

Tras tomar un café con Cristina y conversar sobre el bebé, los pasos que dar en los próximos meses y transmitirle los recuerdos de Leire, Max conducía por la variante sin una dirección determinada, pensando en la misteriosa novia de Galder. Hizo caso omiso de la prohibición de conducir y hablar a la vez por el móvil —ni tenía manos libres ni pensaba tenerlo— y llamó a Joshua; no deseaba molestar a Erika en su día libre. Describió al irlandés lo poco que conocía del rostro de la única y principal sospechosa que tenían por el momento. Le pidió que contactase con el retratista para que configurase un retrato robot y poder moverlo entre los informantes. Mientras lo decía se le ocurrió que sería una buena idea que se pasase al día siguiente por el entierro del chico. Tal vez la novia misteriosa acudiese a dar el último adiós a su amado. Al cortar la comunicación, una llamada surgió de su móvil. Era del laboratorio forense.

—Inspector, no quiero molestarte, solo será un momento.

—Dime, Kepa.

—Soy Arkaitz, pero mi hermano está a mi lado. Tenemos el altavoz puesto.

—Hola, inspector —saludó Kepa.

Max pensó que no había nada mejor para tener un accidente que mantener una conversación con los hermanos Galarza mientras conducía a toda velocidad por la variante.

—Desde que te fuiste del laboratorio no he parado de pensar en nuestra conversación —dijo Arkaitz.

—¿En los mayas?

—En el tatuaje —replicó Kepa.

—Sí —dijo Arkaitz—. Me rondaba una corazonada, no podía quitármela de la cabeza. Examiné el tatuaje con más detalle, y no es una gárgola.

—Es una serpiente —concluyó Kepa.

Max suspiró, nunca olvidaría las historias de golems, jentiles y dragones.

—Una serpiente voladora —dijo Arkaitz—. La imagen predilecta de los caballeros templarios y de otras organizaciones secretas. En el templo egipcio de Saqqara hay una figura semejante, una representación de la transformación del ser humano en reptil...

—Y cuéntale lo del dragón —oyó Max de fondo.

—Eso, la serpiente con alas se transforma en el draco alado, un ser de la mitología mesopotámica.

Max asimilaba la información. El ronroneo del motor V8 del Mustang Cobra acallaba el de los engranajes de su cerebro.

—¿Inspector?

—Sí, sigo aquí.

—Pensé que debías saberlo —dijo Arkaitz—. Más que nada porque el tatuaje es reciente.

—Pero ¿no dijiste que era antiguo?

—La gárgola sí —confirmó Kepa.

—Pero la serpiente no —rectificó Arkaitz.

—No entiendo nada.

—Que el tatuaje fue modificado —explicó Kepa.

—Lo transformaron hará unos meses en una serpiente alada —dijo Arkaitz—. A simple vista no se nota, es obra de un profesional. Pero a la luz de una lupa, bajo la epidermis se diferencian claramente las tonalidades de los colorantes de las punzadas más recientes.

—Joder —protestó Max.

—Quizá no signifique nada —apuntó Kepa.

—Si el chico quería decir algo con el tatuaje, no podía haberlo hecho mejor —afirmó Arkaitz—. Un dragón con cuerpo de serpiente. La figura está cargada de simbolismo... Por cierto, aún tengo la tablilla de arcilla.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Ya te dije que la escritura cuneiforme no es mi fuerte, pero sigo pensando que la simbología hace referencia a ingredientes. Una pócima especial. Aunque es tan antigua que dudo mucho que alguien sepa traducirla, tal vez podamos descubrir algún ingrediente pero poco más; con el trozo que falta, sería necesario encontrar otra inscripción de Behistún para descifrarla...

—¿Y qué planteas? —preguntó Max, sorprendido de hablar con Arkaitz sin que su hermano se interpusiese.

—Donarla al Museo San Telmo. Debe de ser una receta de cocina, o un remedio antiguo contra alguno de los males que asolaban la Tierra hace miles de años.

—No lo tengo claro —mintió Max—. Tal vez el hecho de que salga a la luz implique más problemas que aciertos, y haya que dar muchas explicaciones de dónde ha salido y la universidad acabe llena de espeleólogos, arqueólogos, paleontólogos... y de todos los profesionales que se te ocurran y acaben en «ólogo».

—Antropólogos —soltó Kepa, y tras un segundo añadió—: hidrólogos, geólogos, zoólogos...

—Ya —cortó Max—. Estoy conduciendo, tengo que dejaros.

—Agur —se despidieron entre carcajadas ambos hermanos.

Tras colgar, una nueva llamada se coló en el móvil. Observó incrédulo las nueve cifras del número. Giró el volante, nervioso, a la derecha. Paró en el arcén y sin apagar el motor pulsó el botón verde.

—Saludos, corsario —dijo una voz familiar—. ¿Conoce el Palacio de Aiete?

Suspiró al ver la cantidad de carpetas y papeles que se amontaban sobre el escritorio. Se ajustó las gafas de pasta, redondas y de color melocotón, contra el caballete. Tenía siete, una para cada día de la semana. Su pequeño cuerpo se irguió en la silla. Pulsó el intercomunicador y le pidió a su secretaria que no le pasase ninguna llamada. Primero debía afrontar los incidentes del Aberri Eguna, después las detenciones en el *batzoki* de la Parte Vieja y por último dar su consentimiento a que la Ertzaintza retirase las pintadas amenazantes de los ayuntamientos que así lo solicitasen. La Fiscalía Superior del País Vasco, que había archivado la causa contra varios dirigentes de Sortu y parlamentarios de Bildu por enaltecimiento del terrorismo durante el entierro de un exetarra, le instaba a él a hacer lo que ellos no hacían. Y por si fuese poco, el informe del CPT se haría público la semana próxima. ¿Qué se suponía que debía hacer él? ¿Ir contra la Guardia Civil? Tenía claro que aquel caso no le convenía, aquella publicidad no interesaba, se revolvía contra uno y lo sumergía en un pozo profundo y sin retorno. El juez Castillo maldijo aquel puesto que lo mantenía atrapado en Guipúzcoa, en vez de estar paseando por el parque del Retiro y jugando al pádel con sus amigos de la fiscalía. El trabajo se le acumulaba, y era delicado, capaz de hundir su carrera. Apretó la espalda contra el respaldo de la silla. Debía andarse con cuidado, navegaba por aguas turbias y peligrosas desde que ETA había anunciado el cese de la actividad armada. Toda la culpa era de ese mequetrefe de inspector, que se creía que estaba en el antiguo Oeste, pavoneándose por las calles con ese coche viejo, con un revólver en la cintura y haciendo y deshaciendo a su antojo, sin respetar ninguna ley. Si hubiese resuelto el caso del Asesino de Químicas cuando pudo en vez de seguir hurgando en la herida hasta conseguir nuevos asesinatos y un nuevo culpable, ahora él ocuparía una butaca en la Audiencia Nacional. Debía quitárselo de en medio, iba a ser su prioridad número uno, no descansaría hasta verlo entre rejas. Luego tendría tiempo de volver a insistir al Consejo General del Poder Judicial sobre la conveniencia de su traslado. Se revolvió inquieto en la silla. Acarició la muesca que el inspector había dejado en la mesa el día del lamentable episodio de la garrafa. Una semana tardó en eliminar el olor a vino. Gruñó de rabia. Apartó un par de carpetas de la vista, se irguió levemente y descolgó el teléfono.

Desde el Palacio de Aiete el mar Cantábrico se difuminaba con el cielo y desaparecía entre los edificios, solo el Cristo de Urgull emergía por encima de tejados, antenas y chimeneas.

—¿Sigue con su coche de corsario, inspector?

—No me habrá llamado para hablar de coches...

—Me gusta la tranquilidad que se respira en este sitio —reconoció Xabier—. Y me trae recuerdos de épocas pasadas. ¿Sabe que fue residencia de numerosos reyes de España: Isabel II, Alfonso XIII...?

Max observó con ojos curiosos el edificio blanco de estilo neoclásico, las ventanas alargadas y las rejas negras de los balcones. Todas las contraventanas de la actual Casa de la Paz y los Derechos Humanos estaban cerradas.

—Es bonito —se limitó a decir.

—Más de cien años de historia. Nos hacemos viejos, inspector. A veces echo la vista atrás y me sorprendo de continuar vivo. La locomotora de la historia sigue su avance y pronto me subirá a bordo. Ya no queda nadie que participase en la Primera Guerra Mundial, pocos de la Guerra Civil española y luego caerán los supervivientes de la Segunda Guerra Mundial. Usted aún es muy joven y no se hace estas preguntas.

Max deseó preguntarle cuántos años tenía. Seguro que muchos para que a él le considerase joven. Tal vez le doblaba la edad.

—Cuando voy por la calle y veo un establecimiento antiguo con un cartel que indica desde cuando está abierto, juego a calcular cuántos años tenía yo cuando abrió. Abierto desde 1970, o desde 1980. Para mí son fechas cercanas, le diría que casi actuales. Significa que soy más viejo que el propio mundo en que vivo. Es raro que encuentre un cartel con una fecha anterior a la de mi nacimiento.

Max nunca lo había pensado pero era cierto que cada vez los establecimientos y marcas de su época de niño se publicitaban más como marcas antiguas, del siglo pasado.

—Pero antes de irme al otro barrio tengo que resolver un par de asuntos y dejar mi impronta, como este palacio dejó su marca en la historia de España.

—Aquí se celebró la Conferencia Internacional de Paz en octubre de 2011. — Max aún recordaba el dispositivo especial que tuvo que montar para proteger a las innumerables personalidades internacionales que se dieron cita en la Conferencia: Kofi Annan, Gerry Adams, Bertie Ahern...— Y tres días después ETA anunció el cese definitivo de su actividad armada.

—Eso es historia reciente, inspector, lo importante se encuentra en el pasado: fue la residencia de veraneo del Caudillo durante casi veinticinco años, donde aprovechaba para celebrar el Consejo de Ministros.

—Vaya, veo que ya no esconde sus cartas.

—A Franco le encantaba jugar a las cartas. Todos nos hemos quitado las caretas y es hora de finalizar la partida.

—Una partida que dura mucho. ¿Por qué mató a Galder?

—Otro igual —protestó Xabier, negando con la cabeza—. No se me pueden atribuir todos los cadáveres que genera esta ciudad. No es cosa mía.

—Sabe que no le creo. ¿Y las chicas?

—Tampoco sé nada.

Xabier encendió un pitillo mientras contemplaba la quietud de las aguas del estanque. Un solitario cisne nadaba en ellas. Max prendió uno de sus puros.

—Le voy a contar una curiosidad —dijo Xabier, atusándose con una mano el poco cabello blanco que anidaba en su cabeza—, a usted que tanto le gusta el mar y

los barcos. Cuando Franco veraneaba en Donosti, amarraba su yate de recreo, el *Azor*, en la bahía de la Concha. Un espléndido barco para la época, de camarotes decorados con maderas nobles y con un pequeño cañón de arpones a popa para pescar. ¿Sabe dónde acabó el *Azor*?

—Tengo el pálpito de que me lo va a contar.

El viejo se puso en marcha, dejando a su espalda el pilar de mármol esculpido en letra negra, envejecida y deteriorada por el paso del tiempo donde se relataban las ilustres visitas al Palacio de Aiete de don Alfonso XII y Victoria Alejandra.

—En un desguace, abandonado al ostracismo y presa de los saqueadores, hasta que un artista madrileño de pacotilla convirtió las piezas en una obra de arte. ¿Adivina el nombre que le puso a su trabajo?

—¿La decadencia de un régimen?

—*Síndrome de Gernika*. ¿Se puede ser más obtuso?

—Gracias por la lección de historia, como siempre, es usted un erudito, y ahora ¿quiere contarme por qué me ha llamado?

Paseaban por los jardines del palacio igual que un profesor y un discípulo. Xabier iba delante y Max detrás, con las manos a la espalda. Borearon la Torre de los Cuentos. Xabier sacó un pequeño libro del abrigo. Al hacerlo sintió un pinchazo en la zona lumbar. La maldita hernia discal. Tendría que buscar un hueco para el fisioterapeuta.

—*El sistema periódico*, de Levi. Me fascina la literatura en perfecta simbiosis con la química. Max Aub decía que fue Franco, forzándolo al exilio, quien hizo a Levi escritor, quien transformó al eminente químico de inclinaciones literarias en un maestro de las letras.

—Otra vez no le sigo —replicó Max, y contempló el viejo rostro surcado de arrugas.

—El judío acusado de elemento impuro por los nazis asegura en este libro que precisamente las impurezas son las que favorecen las reacciones químicas. —Sobrevino un silencio—. No husmee en la vida de Galder. Déjelo estar. Nosotros no hemos tenido nada que ver con su muerte, pero descubrirá a su alrededor elementos impuros que no le gustarán y, si sigue tirando de la madeja, se llevará un golpe.

—Pues para no estar implicados, le noto muy preocupado.

Xabier negó una vez más con la cabeza. Tan terco como su padre, se dijo. Como todos los Medina.

Atravesaron una arboleda repleta de flores exóticas. Sonó el móvil de Max. Era el comisario. Pulsó el botón de apagar.

—Hágame caso por una vez, inspector. No despierte a los fantasmas del pasado. Por cierto, ¿cómo le fue en su viaje a América latina?, ¿le trataron bien en Bogotá?

Aquellas dos ingenuas preguntas contenían toda la maldad del viejo, tanto por las respuestas como por el conocimiento que entrañaba de que se hallaba al tanto de sus movimientos. Ni siquiera después del caso habían dejado de vigilarlo. Había pasado a

engrosar la lista perpetua de Xabier, y al parecer no iba a soltar nunca la cadena que se enroscaba en torno a su cuello.

—Ya —dijo Max, dando por concluido el encuentro. Arrojó el purito consumido a medias al césped y lo apagó con la suela del zapato.

—Una última curiosidad: desde este palacio, Franco partió hacia Hendaya para su célebre encuentro con Hitler. —Xabier dio una profunda calada al cigarrillo antes de concluir—: Inspector, no cometa el mismo error.

Miércoles 29

El edificio de ladrillo, cuadrado, pequeño y de tres plantas se encontraba en el campus de Ibaeta aunque un poco alejado de todo, alejado de la carretera, alejado de los transeúntes y alejado de las otras facultades. Era como si al campus le hubiese crecido un hermano menor del que se avergonzase. A no ser por el logotipo de Chillida, nadie hubiera pensado que aquel cubo de cemento era una escuela universitaria adherida a la UPV. En la recepción había un cubículo acristalado donde una chica pelirroja de gafas grandes se inclinaba sobre un ordenador de sobremesa. Max golpeó el cristal con los nudillos. La chica levantó la cabeza. Al verlos, desplazó la ventana del mostrador a un lado al tiempo que se erguía.

—¿Qué desean?

Erika recorrió la entrada con la mirada. Un gran póster enmarcado del *Hombre de Vitruvio* saludaba a los visitantes. Encima había una leyenda: herri bakoitzak bere historia ezagutu behar du geroaldia eraikitzeko. Erika tradujo para sí: «Cada pueblo debe conocer su historia para construir el futuro».

—Venimos a ver a la profesora Bengoetxea. Itziar Bengoetxea —dijo Max.

—¿De parte?

Max le mostró la placa.

La chica descolgó el auricular del teléfono. Al cabo de unos minutos apareció por el pasillo una mujer de unos cincuenta años, alta y morena, de media melena y pelo encrespado, gafas de montura rectangular y vestida con un forro polar verde y unos pantalones vaqueros. Llevaba una antigua cámara réflex colgada al hombro. Parecía una turista perdida más que una profesora. Tras presentarse y estrecharse la mano, Max propuso que hablaran en privado.

—Mejor vayamos adentro —dijo Itziar.

Por el pasillo, Erika se fijó en los cuadros: chimpancé, gorila, australopitecos, homo habilis, homo erectus, neandertal, cromañón... hasta llegar al homo sapiens que colgaba en un lateral de la puerta.

La sala era grande y cuadrada, una especie de teatro pequeño donde unos peldaños de madera ascendían desde el centro hasta alcanzar las paredes, atestadas de cuadros de escenas prehistóricas. La profesora bajó unos cuantos peldaños.

—Nuestra sala de reuniones —anunció con entusiasmo, y abarcó la estancia extendiendo los brazos—. Aquí vienen los estudiantes a debatir sus teorías.

¿Qué estudiantes?, estuvo tentado de añadir Max. Desde que habían entrado no se habían encontrado con nadie. Su olfato policial olía a tufo.

—Y ahora bien, ¿a qué se debe su presencia?

—Usted fue quien descubrió el cadáver en el Museo Chillida y queríamos hacerle

unas preguntas —dijo Max sin rodeos.

Erika se paseaba cerca de las paredes observando los cuadros. Todos tenían una placa plateada en la parte inferior donde se indicaba en euskera lugares de la geografía vasca: peñas de Aia, monte Aitxurri, macizo Aizkorri, bosque de Oma...

—En realidad no fui yo, sino una de nuestras estudiantes. Yo fui quien llamó al número de emergencias.

Itziar bajó unos peldaños más, hasta situarse en el centro de aquella escalonada pirámide invertida.

—Es casi lo mismo, dígame qué vio —insistió Max.

—Lo mismo que ustedes, un cuerpo desnudo apoyado en una de las esculturas.

—¿No oyó ni vio nada extraño, ni antes ni después?

—Nada de nada. Fue un día normal: abrimos el museo, entramos, debatimos, tomamos fotos, un café, y a la hora de salir a fumar, Irene descubrió el cuerpo.

—¿Fotos que tiene en esa cámara?

—En efecto —respondió la mujer tras mirar la cámara, como si se hubiese olvidado de que la llevaba encima. Se trataba de una Nikon FM2 de los años ochenta.

—Erika, por favor.

—Hay un carrete en su interior —objetó Itziar mirando en la parte posterior de la cámara—, y no sé sacarlo sin velar las fotos. De historia antigua les puedo contar lo que quieran, pero lo mío no son las tecnologías avanzadas. Siempre hago las fotos con esta Nikon, es una herencia de familia. Me han explicado mil veces cómo abrirla pero nunca me atrevo. Siempre se la llevo a un amigo fotógrafo para que me haga el favor y revele el carrete. Ahora iba a llevársela, aunque faltan cinco fotos por sacar, si quieren...

—No —atajó Max.

Itziar le entregó la cámara. La agente la inspeccionó buscando una rendija o pestaña por la que abrirla. Negó con la cabeza y se echó la cámara al hombro. Volvió a los cuadros.

—No pensará llevársela —protestó Itziar.

—Forma parte de una investigación.

—He de reconocer que antes de que llegase la Policía hice fotos al cuerpo y los alrededores. No es que sea una depravada ni nada por el estilo pero no pude contenerme —admitió la mujer, enrojeciendo de vergüenza.

—Mejor. ¿Y a qué hora descubrieron el cuerpo? —preguntó Max.

—Sobre las diez más o menos, en el descanso, como le he dicho. Les suelo conceder a los estudiantes un cuarto de hora.

—¿Faltó algún estudiante ese día?, ¿alguien que se hubiera puesto enfermo?

La profesora pareció evaluar la respuesta, sin embargo, negó con rotundidad.

Max suspiró y decidió no insistir, aquel camino no pintaba nada bien. Decidió cambiar de táctica antes que irse con las manos vacías.

—¿Y qué es este lugar? No parece una escuela universitaria.

—Pues lo es, inspector, y acumula créditos para los estudiantes. Así lo reflejan las normas del departamento de la UPV. Cinco créditos.

—Escuela Universitaria de Historia Vasca —leyó en voz alta Erika de un emblema colgado en la pared.

—Exacto —afirmó Itziar—. Por cierto, ¿nos conocemos? Me suena su cara.

—No, qué va —contestó Erika, agachando la cabeza y dándole la espalda. Jugeteó con la cámara mientras fijaba la vista en un cuadro de un bosque y pensaba de qué conocía a aquella mujer, porque en verdad, ahora que lo decía, su cara también le resultaba familiar.

—Bueno, inspector, a lo que íbamos. Esto es una escuela de la UPV, en los dos pisos de arriba se imparte clase, y aunque nuestro alumnado no llega a la centena, todos poseen un currículum excelente. Aquí no puede entrar cualquiera, se necesita un expediente muy notable...

—¿Para?

—Recibir educación académica e investigar. No nos conformamos solo con impartir historia del País Vasco, sino que profundizamos en el pasado, intentamos responder a las preguntas que quedan pendientes... ¿De dónde proviene el euskera?, ¿cuáles fueron los primeros pobladores de Euskadi?, y cientos de preguntas más.

—Vaya, suena interesante —reconoció Max.

—Sí, inspector. Ayer, sin ir más lejos, debatíamos en esta misma sala acerca del origen del protovasco, la lengua que precede al euskera actual. Koldo Mitxelena defendía fervientemente que era una lengua anterior a los romanos. Otros lingüistas sostienen que es un legado celta, y para ello se basan en el famoso *lauburu*, la triqueta y otros símbolos celtas que aparecen en relieve en piedras antiguas de la sierra de Aralar. Hay mucha controversia al respecto, incluso existen otras teorías más alejadas geográficamente, como el parentesco del euskera con el berebere o el caucásico.

—¿Usted qué cree?

—Los chicos y yo estamos en el Museo Chillida-Leku investigando una nueva hipótesis: la procedencia del euskera a través de raíces sumerias; se han encontrado restos de esa civilización en algunas cuevas de Guipúzcoa. Los sumerios fueron un pueblo nómada de Mesopotamia, la primera civilización que empleó la escritura, al principio como método de contabilidad pero después para contar historias y recordar leyendas. No es improbable que accediesen a la península ibérica por el Mediterráneo. Nuestra tierra siempre ha sido rica en flora y fauna, en animales y en nutrientes, adecuada para un pueblo con lazos tan estrechos con la naturaleza como el sumerio. No es una teoría tan descabellada. Se sabe que los sumerios navegaban a través de los canales del Tigris y del Éufrates en embarcaciones que podían transportar hasta treinta toneladas, con el fin de intercambiar tejidos, incienso, oro y cobre. Se cree que circunnavegaron África, remontaron los afluentes del río Amazonas... La fuente Magna hallada cerca del lago Titicaca es una prueba de sus

viajes alrededor del mundo. Se cree que llegaron al altiplano andino y se mezclaron con la población Pukara y con los pueblos Colla. La cultura sumeria influyó en las tribus del altiplano, tanto en lo religioso como en lo lexical, así que muchos lingüistas encuentran similitudes entre el protosumerio y la lengua aymara.

Max recordó la conversación con Arkaitz sobre el origen de la tablilla, la escritura cuneiforme y la pócima del Dragón. ¿Cueva sumeria?

—La lengua sumeria data del cuarto milenio antes de Cristo por lo menos, y es una lengua aglutinante y parcialmente ergativa. Su morfología, su fonética y su gramática son muy parecidas a las de la lengua que Koldo Mitxelena denominaba protovasco. ¿No le parece apasionante conocer los orígenes de nuestra lengua?

—Por lo que he visto, también investigan los orígenes del hombre, la teoría de Darwin, la evolución genética y todo eso.

—Soy una ferviente defensora de la evolución de las especies. La selección natural: solo los más fuertes han evolucionado, se han adaptado al medio y han sobrevivido. ¿Sabe que hubo dinosaurios en el País Vasco? Como sabrá, los dinosaurios se extinguieron hace miles de años, y dieron paso a nuestra especie, la predominante en el planeta Tierra. Hay numerosas pruebas de los primeros pobladores de nuestras tierras en las cuevas, por ejemplo el conjunto de figuras de Santimamiñe, que llega a casi al medio centenar, y donde el animal más representado es el bisonte, todos pintados en negro. O la cueva de Askondo, en la que se descubrió un conjunto de pinturas rupestres de caballos rojos y una mano de hace más de 25 000 años. Pero la que se lleva el premio gordo es la cueva de Altxerri, 39 000 años de antigüedad. Fue descubierta en 1962 y data del período magdalenense, tiene unas valiosísimas pinturas que incluyen bisontes, renos, cabras y caballos entre otros animales; supone la datación más antigua de pinturas rupestres en Europa. Debemos estudiarlas para comprender a los primeros moradores y conocer el origen de nuestro pueblo y nuestras costumbres, tan ancestrales.

—Entonces no cree en los Anunnaki.

Erika miró desconcertada a Max.

—¡Qué va! —replicó Itziar, riéndose.

Erika cayó en la cuenta, había escuchado antes aquella risa estridente en la biblioteca de la casa de sus padres en Hondarribia. La profesora debía de ser una de las muchas amigas de su *aita*.

—... esa es una historia de marcianos, sin ninguna base científica. El ADN basura, y la mutación del genoma humano, ADN alienígena en nuestro cuerpo, patrañas absurdas. Es obvio que el ADN contiene nuestra herencia genética, los treinta mil y pico genes que hacen que tengamos alopecia, ojos verdes y mentón pronunciado, pero de ahí a tener un ADN basura en nuestro cuerpo, que no tenga ninguna utilidad y que se componga de fósiles genéticos y además estos sean de procedencia anunnaki es un sinsentido.

Eso mismo opinaba Max; sin embargo, optó por callar, aunque recordaba la teoría

de que el Dragón activaba ese ADN basura, e indicó:

—Mucho dinero en investigaciones, me imagino que no todo lo sufragará la universidad.

Max pensaba en los dichosos comités del pasado, en el PHPE y la frase en latín de la tablilla que habían encontrado, en organizaciones secretas y conspiraciones masónicas. A medida que investigaba la muerte de Galder, más farragoso se volvía el camino.

—Está en lo cierto, inspector, pero, como comprenderá, nuestros patrocinadores desean permanecer en el más absoluto anonimato.

«Lácteos Zurutuza SA», pensó Erika. Ahora sí que le cuadraba todo. Su *aita* siempre quiso participar en empresas parecidas, cercanas al origen de los vascos, empresas de las que vanagloriarse en un futuro por haber patrocinado las investigaciones.

—¿Y esto qué es? —preguntó Max, señalando un dibujo de la pared. Era un círculo con dos serpientes entrelazadas. Le recordaba al símbolo de ETA, la serpiente enredada en un hacha.

—El símbolo wuivre, que se asocia a la cultura céltica aunque en realidad se desconoce su origen. Se representa con dos serpientes entrelazadas cuya traducción simbólica se asocia a la unión y el poder de la tierra, por ello se cuenta que no puede ser mojado en el mar, porque se reduciría su *poder*. —Se atusó parte del cabello, pretendiendo, en balde, alisar aquel remolino que tenía por pelo—. Se dice que quien lo posea será poderoso y amado.

—Ah. ¿Y qué sabe de serpientes simbólicas? —preguntó Max, pensando en el tatuaje modificado de Galder. Se iban acercando al meollo de la cuestión.

—La serpiente es uno de los símbolos más ricos, común a muchas civilizaciones y presente en varias mitologías y tradiciones. Podríamos pasarnos toda la mañana enumerando las serpientes que se han empleado como símbolo a lo largo de la historia. Se asocia al esfuerzo, al sacrificio, a la energía y a la unión, pero sobre todo es un símbolo fálico y una forma sublimada de la sexualidad fecundadora. Retomando a los sumerios, en la mitología mesopotámica hay una serpiente voladora llamada Mushussu. Proviene de la palabra sumeria *mushus*, que significa serpiente furiosa. En la mitología vasca su equivalente es el Herensuge, un espíritu diabólico con forma de dragón que en algunos relatos aparece representado como una gran serpiente de siete cabezas; *Suge* significa culebra en euskera. Para el pueblo celta, la serpiente o dragón era una divinidad sagrada de los bosques que se movía por tierra, agua y cielo, y cuya fuerza podía ser controlada y usada por los druidas. La misma palabra celta para serpiente, *neidr*, significaba también sabiduría...

—Vaya. Es suficiente, gracias.

Pero Itziar estaba embaldada con su explicación y no escuchó al inspector.

—... en otras civilizaciones podemos hablar de Ouroboros, la serpiente que se muerde la cola, símbolo de autofecundación y de reinicio eterno: la inmortalidad;

también de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de la divinidad de la América precolombina. Como bien sabrá, en la Biblia la serpiente simboliza la tentación y provoca el pecado original. En la India, la *kundalini*, la energía vital del hombre, está representada por una serpiente adormecida, enrollada a la altura del primer chakra. El despertar de esta energía vital permite al iniciado alcanzar la sabiduría. Por su parte, la tradición talmúdica, ve en la serpiente a Samaël/Satanás, la forma masculina del demonio. Para los egipcios, el *uræus*, el uro sagrado, una especie de cobra erguida con el disco solar en la cabeza, era el emblema faraónico. En la antigua Grecia, el dios de la medicina, Asclepio, tenía la serpiente por atributo; y en los templos los sacerdotes practicaban la ofiomancia, la adivinación por medio de las serpientes, y el oráculo llegaba a través de ellas. Los diaguistas creían que la serpiente cuidaba de sus muertos y de los tesoros, para que no fueran robados; por eso en las tapas de las urnas funerarias no falta el símbolo de un ofidio o una parte de él. En el País Vasco, en algunas tumbas de piedra de la sierra de Aralar, quedan trazos de lo que parece el dibujo de una serpiente.

—Me ha dejado perplejo.

—Es mi trabajo, inspector. Me imagino que usted también sabrá mucho de ladrones, delitos y todas esas cosas a las que se dedica un policía.

Erika sonrió para sí.

—Bueno, no la molestamos más. Si recuerda algo que considere importante, llámeme. —Le tendió su tarjeta.

Al volver por el pasillo esta vez sí se toparon con un puñado de estudiantes. A la salida, el tiempo había cambiado y caía una ligera llovizna.

—Extraña escuela —comentó Max.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Erika.

—A que conozcas a un viejo amigo. Puede serte útil en un futuro no muy lejano.

Joshua no acostumbraba acudir a entierros, velatorios, crematorios y demás escenas cercanas a la muerte. Sentía pánico solo de pensar en irse al otro barrio y dejar de existir. Por supuesto que no creía en el Mesías, el mal llamado salvador de la humanidad, ni en el alma, ni en el Espíritu Santo, ni en todas esas patrañas católico-romanas. A pesar de fluir sangre irlandesa por sus venas no profesaba el catolicismo ni celebraba San Patricio; él creía en la tecnología, que le ayudaba a resolver los casos, en las pruebas forenses, en el genoma humano, el ADN, los virus y las explicaciones científicas. Por eso le angustiaba morir, pensar que su cerebro dejara de funcionar, fundido a negro, nada de conciencia. Temía más a ese pensamiento ancestral que a cualquier asesino en serie. Y cada vez que sus temores acudían a su mente, los terribles dolores de cabeza hacían su aparición. Los llamaba «cañonazos». Cuando se presentaban, las pastillas no surtían el menor efecto, al menos las que se conseguían sin receta médica. No había que ser muy listo para deducir que algo no

funcionaba bien en el interior de su cerebro. La cuenta atrás se había iniciado y lo único que le restaba por saber es cuándo llegaría a cero.

Pateó una de las piedrecillas del cementerio y miró hacia lo lejos, donde la comitiva daba la última despedida al cuerpo de Galder. Todo había ido muy rápido: velatorio e inhumación en la misma ceremonia. Él estaba más por la labor de ser incinerado y que esparciesen sus cenizas por la bahía de Pasajes siguiendo el principio de polvo somos y en polvo nos convertiremos. Por mucho que el inspector se lo hubiese pedido como favor, no pensaba acercarse al ataúd. Nunca olvidaría el sonido de la tierra al caer sobre el de su madre. Fue la última vez que había pisado el cementerio de San Pedro. Cada año pagaba una suma al enterrador para que en su tumba nunca faltasen flores. Le diría a Max que sí, que había controlado al gentío que había acudido al entierro, la muerte de un joven aglutinaba a familiares, amigos, compañeros, vecinos, curiosos; sin embargo, ni rastro de la novia misteriosa, y menos de algún sospechoso. Era extraño que un asesino fuese al sepelio de su víctima, pero no se podía descartar. Le diría que había visto al personal de la facultad, a su amiga Leire, al nuevo decano... ¿Y si le preguntaba por Cristina? No sabía si había ido, así que mejor preparar una respuesta, no sería difícil, identificar a alguien entre los asistentes era como encontrar una aguja en un pajar.

Sintió una sorda palpitación en las sienes, augurio de un «cañonazo». Oyó unos sollozos a lo lejos. Alguien sostenía a una mujer vestida de luto. Los lamentos y quejidos fueron en aumento hasta que la voz de un cura se hizo oír entre la gente. Joshua se dio la vuelta, no deseaba escuchar ninguna plegaria. Recordó unas palabras de Napoleón: «La muerte es un dormir sin sueños, y tal vez sin despertar».

Según huía del lugar repitió en voz queda la respuesta que iba a darle a Max. Le sonó convincente.

El local era estrecho y alargado. En un lateral, una barra recorría el espacio hasta llegar a la cocina y a un escueto comedor al que se accedía por unas pequeñas puertas abatibles. La madera era protagonista en suelo, techo, paredes y barra, por eso el nombre, Egurra, resultaba de lo más apropiado. Eneko Zurutuza se llevó a la boca un *pintxo* de anchoa, guindilla y aceituna verde sin apenas degustarlo. Luego paseó por la barra en busca de otro sin quitar ojo a la calle. La gente se aferraba a la barandilla de la barra como si le fuese la vida en ello, así que se vio obligado a molestar y empujar a dos mujeres para alcanzar uno de *txistorra*. Con el botín en una mano regresó a su puesto, donde le aguardaba un vaso de *txakoli*. Dio buena cuenta de la *txistorra* y tiró el palillo al suelo. Le resultaba graciosa la recomendación de las guías de viajes de poner los *pintxos* en un plato y enseñar los palillos para pagar. Un buen *txikitero* consumía de pie, sin platos, y tiraba los palillos y decía el número de *pintxos* antes de pagar y seguir de ronda. Y en su caso por dinero no era, tenía de sobra para comprar todos los locales de la calle Fermín Calbetón. Capturó uno de tortilla de

bacalao mientras comenzaba a impacientarse. Por una parte deseaba que con quien había quedado no apareciese pero por otra quería acabar con aquella historia. Había elegido el Egurra por ser sinónimo de establecimiento abarrotado de turistas, ruidoso, adecuado para hablar sin temor a que grabasen la conversación, alejado de oídos indiscretos y miradas curiosas. Cuando terminaba con la tortilla vislumbró el pelo enredado de Itziar en la entrada. Le hizo un gesto con la mano y ella le sonrió. Su llamada al mediodía le había pillado por sorpresa, así como su insistencia en verse; a pesar de que habían cortado su relación haría un par de meses, sin traumas ni peleas, como dos personas adultas, ella nunca se creyó que su mujer padeciese cáncer. Se saludaron con un par de besos en la mejilla.

—Se te ve muy bien —dijo Itziar.

—A ti también —replicó Eneko. Se regó la boca con *txakoli* para quitarse el sabor salado del bacalao—. ¿Qué querías? —preguntó con precipitación para cortar de cuajo cualquier posibilidad de retomar la relación.

—Tu hija ha estado en la escuela —soltó Itziar de sopetón. Un misil directo a la línea de flotación del empresario.

Eneko carraspeó molesto y llamó al camarero con la mano.

—No le habrás contado lo nuestro —dijo con voz queda.

—Por supuesto que no, qué te crees. Ha venido con un inspector alto y moreno, muy guapo. —Eneko sonrió indiferente, la época de los celos quedaba muy atrás—. Preguntaban por el cuerpo del chaval del Chillida-Leku.

—¡La cuenta, por favor! Cinco *pintxos* y dos *txakolis*. —Esperó a que el camarero se fuese a la caja registradora—. Y tampoco le has comentado nada de las investigaciones, ¿verdad?

Pensó en Xabier y en sus recomendaciones de que no sufragase los estudios de la escuela. Cuanto menos ruido, menos probabilidades de que descubriesen lo que habían hecho en el pasado. Por supuesto, Eneko no le hizo caso, nunca vio peligro en aprovechar el descubrimiento de la cueva y la tablilla para investigar los orígenes del euskera y del pueblo vasco.

—Estás loco, por quién me tomas... Nada de nada, no tienen ni idea. Pero hay un problema.

—¿Cuál? —Le tendió un billete de cincuenta al camarero, que ya estaba de vuelta con la cuenta.

—Se han llevado mi cámara de fotos.

—¿La de tu madre?

—Sí, la Nikon.

—¿Y?

—¿Recuerdas el viaje a Roma?

—No me jodas, Itziar.

Para no acordarse. Fue en Semana Santa, el último encuentro antes de la ruptura. Una especie de viaje de novios para celebrar sus bodas de bronce.

—No reparé en que estaban ahí nuestras fotos del viaje hasta que se fueron, si no, no hubiese dejado que se la llevaran. ¿Qué hacemos ahora?

—Tú no te preocupes. —El camarero volvió con el cambio en un platillo de madera que depositó sobre la barra—. Yo me encargo.

Pensó en qué le iba a pedir Xabier por recuperar aquellas fotos tan comprometedoras.

—Lo siento, después de que rompiéramos lo último que me apetecía era ver esas fotos, así que el carrito se quedó dentro de la cámara...

—Tranquila. Tómate algo.

Dejó un billete de veinte en el platillo y se perdió entre la aglomeración de turistas que invadían el local.

Las luces del atardecer se proyectaban en el agua de la bahía. Erika leyó la inscripción de uno de los dos cañones navales de bronce que flanqueaban la entrada al Aquarium. Otra referencia más al asedio de 1813, como muchas de las que enumeraba Joshua a menudo y que salpicaban la ciudad. Se paseaba inquieta de un lado a otro, esperando que el célebre confidente apodado Cangrejo, del que tanto había oído hablar, no tardase en aparecer. Mientras Max se hallaba unos metros más adelante, frente al muro del puerto, asomado al borde donde rompían las olas del Cantábrico, ella buscaba con la mirada entre los urbanitas a su ideal de soplón: una persona entrada en años, con señales de la vida en la calle en el rostro, vestido con abrigo largo, gorra y gafas de sol. Al lugar de encuentro se podía acceder por las escaleras de bajada del Paseo Nuevo o por una de las callejuelas de la Parte Vieja que daban al puerto. Erika apostaba por las callejuelas, con lo cual no reparó en la persona joven vestida con ropa de marca que bajó por las escaleras y se dirigió hacia Max. Cuando quiso darse cuenta ambos hombres ya estaban conversando; el inspector mirando hacia la bahía; el supuesto Cangrejo, observando el puerto de espaldas al mar. Los observó en la distancia sin delatar su posición. Cangrejo llevaba el pelo engominado, muy repeinado hacia atrás, en un estilo de épocas pasadas, y unas pequeñas gafas de pasta de montura roja. Parecía el hijo de un banquero más que un confidente. El arte de pasar desapercibido. Aunque se moría de ganas de escuchar la conversación, Erika permaneció atenta a cualquier intromisión ajena sin acercarse. Pegó la Nikon contra su cuerpo, a la altura del vientre, tanteó y apuntó con el objetivo hacia la posición de Cangrejo. Pulsó el botón con el *flash* desactivado. Seguro que al inspector no le hacía ninguna gracia que sacase una foto a un confidente pero, como dijo la amiga de su *aita*, no había podido contenerse. Al cabo de unos minutos atisbó cómo Max deslizaba un papel entre las manos del hombre, cómo este negaba con la cabeza y cómo se despedían sin ni siquiera mirarse. Fue el inspector quien se acercó a ella.

—Vamos —le dijo.

—¿Ha habido suerte?

—Depende. No conoce a la mujer, pero sí cree saber quién puede ser el artista que modificó el tatuaje. Y estamos de suerte, tiene el local aquí cerca, al final de la calle 31 de Agosto con calle San... ¿Por qué agarras la cámara así? Nadie te la va a quitar.

Al llegar a la calle, el lugar que buscaban no podía ser otro que un pequeño establecimiento situado en la esquina con el cartel de un *lauburu* con los colores de la *ikurriña*. Entraron sin llamar y una campanilla en la puerta delató su presencia. Dentro, la luz era escasa, apenas suficiente para leer, y olía a incienso recién quemado. Un pequeño mostrador antiguo los separaba de una cortina negra que debía de ocultar la trastienda. Encima del mostrador, sobre baldas de madera, había una colección de vasijas de barro con tapas en forma de cabeza de animal. Se parecían a los vasos canopos del Antiguo Egipto, aunque la variedad de los animales era muy superior: toro, chacal, halcón, cocodrilo, serpiente, reptil, ave, babuino... En la pared más próxima a la puerta, a un lado del mostrador, colgaban todo tipo de dibujos monocromo, en negro, desde jeroglíficos egipcios hasta simples figuras de círculos y cuadrados, y muchos con la cruz esvástica de brazos curvilíneos que daba nombre a la tienda, mientras que en la pared contraria se distribuían unas estanterías de cristal repletas de objetos antiguos, una especie de colección que contaba la historia del tatuaje.

Erika se colgó la cámara al hombro y buscó entre los dibujos el tatuaje de la serpiente voladora. No lo halló aunque sí descubrió alguno muy parecido. Max, harto de esperar, abrió y cerró una vez más la puerta y el sonido de la campanilla se confundió con una voz que avisaba de que ya salía. Por la cortina emergió la figura esquelética de un hombre de no más de treinta años, enfundado en una especie de sotana negra a juego con una larga melena negra, un aro plateado en una aleta de la nariz, un pendiente de perla en la oreja contraria y un grueso collar dorado con la llave de la vida. A Erika enseguida le vino a la mente cierto personaje de las noches televisivas que echaba las cartas a los televidentes más noctámbulos.

—¿El señor Lauburu? —preguntó Max.

—Depende —contestó el hombre, pasando la vista de Max a Erika, con una sonrisa en los labios—. ¿Qué desean?, ¿un tatuaje?, ¿una vasija egipcia? Puedo hacerles un descuento si las dos respuestas son afirmativas.

El inspector sacó la placa y apenas la mostró antes de volverla a ocultar en el interior de la gabardina.

—Así me llaman, agentes —afirmó el hombre sin dejar de sonreír.

—¿La conoce? —dijo Max, y dejó sobre el mostrador el retrato robot de la supuesta novia de Galder.

—No —dijo Lauburu sin apenas mirar el retrato.

—¿Y esto? —preguntó Max, poniendo al lado una fotografía en color del brazo izquierdo del estudiante, donde se mostraba el tatuaje de la serpiente.

Lauburu agarró la fotografía y se la acercó a los ojos. Tras unos segundos en silencio, se la tendió a Max, quien permaneció con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina. El hombre se encogió de hombros y la dejó en el mostrador.

—Tampoco, no es mío —dijo.

Max se pasó la lengua por los labios mientras evaluaba la situación. Aquel individuo no le tomaba en serio.

—¿Tienes permiso de importación?

—¿Cómo?

—Los colorantes son de procedencia china, necesitas un permiso.

—Es la primera vez que lo oigo.

Erika dejó de buscar entre los dibujos y se aproximó a ellos.

—¿Y permiso de manipulación y esterilización? —dijo.

—¿Permiso de qué?

El hombre ya no sonreía.

—Las agujas y los punzantes deben pasar una revisión sanitaria.

—Oigan, yo no...

—Cállate —ordenó Max—. Voy a cerrar este cuchitril —informó, mirando a Erika, que asintió—. Entre papeleos y trámites burocráticos, pasarán unos cuantos años antes de que se pueda volver a abrir.

—Está bien, está bien... El tatuaje es mío, y el dibujo se parece a la joven que vino con el chico y...

Max deslizó una tercera fotografía, que mostraba la cara sonriente de un joven Galder.

—Sí, ese es el chico. Quería retocarse la gárgola, en un dragón, fue ella la que lo dijo. Al final llegamos a un acuerdo con la figura de una serpiente que aparece entre los dioses de los sumerios, los Anunnaki, en la antigua Mesopotamia. No sé si conocen la mitología... —Max asintió levemente—. Pues eso, que les pareció bien, sobre todo a ella, dijo algo así como que representaba muy bien toda la malicia de la organización... Al principio pensé que eran exetarras, pero después ya no: el chico era muy inmaduro, estaba loco por ella y se notaba que la chica lo movía como quería. En el par de horas que estuvieron aquí se pelearon varias veces, como unos chiquillos, y luego hacían las paces con un beso. Cuando se marcharon pensé que no durarían ni una semana. ¿Por qué los buscan? ¿En qué lío se han metido?

—En unas horas vendrá un experto en retratos. Quiero que le haga una descripción lo más detallada posible de la mujer. ¿Lo ha entendido?

—Claro, pero seguramente habrá cambiado de aspecto...

—¿Y eso por qué?

—La mujer deseaba un cambio de look, «algo rompedor» dijo, y los mande a los Jairo.

—Conozco la peluquería —afirmó Erika.

—De acuerdo. Nos vamos. Y esta conversación no ha tenido lugar. Si alguien más

viene preguntando por ella, por el chico o por el tatuaje lo despacha y nos avisa. — Max dejó su tarjeta sobre el mostrador y recogió las dos fotografías y el retrato robot —. Una última cosa, ponga algo de luz, este cuchitril parece un velatorio.

Al irse, con el sonido de la campanilla, Erika se giró bajo el dintel y le dedicó una sonrisa cómplice al dependiente, que con la tarjeta en la mano dudaba entre guardarla o arrojarla al cubo de la basura. Apretó el botón de la cámara y le guiñó un ojo.

En la calle Max le preguntó a Erika por la peluquería.

—Eran muy famosos. En los años ochenta crearon tendencia con cortes vanguardistas y tintes de diversos colores; fueron los primeros en mostrar al público de Donosti cabellos rojos, verdes... Es por aquí, no está lejos, podemos ir andando.

Mientras caminaban por el Paseo de la Concha y dejaban atrás el ayuntamiento y los jardines de Alderdi-Eder, Erika le contó la historia de los hermanos Jairo, sus comienzos en Rentería y su meteórica ascensión hasta llegar a ser peluqueros que crean tendencia, abrir tiendas en Madrid, convertirse en colaboradores habituales de modistos, llenar teatros con desfiles y obtener numerosos premios en los concursos de La Perla.

Cruzaron la avenida de la Libertad. Erika se quedó unos segundos contemplando la fachada de la peluquería Jairo —dos pisos de cristal que hacían esquina con la calle Easo—, antes de entrar. Detrás de la puerta se toparon con la estructura de una escalera de caracol que serpenteaba al segundo piso. Un pequeño mostrador se escondía tras el andamiaje y apenas se veía. Por él asomó un hombre de unos cincuenta y tantos años. Llevaba el pelo largo, moreno y lacio, recogido en una coleta. Un hilo musical, muy tenue, se oía de fondo.

—¿Qué desean estas preciosidades? —dijo el hombre con marcado acento femenino.

Salió del mostrador y los recibió con una amplia sonrisa. Vestía un pantalón azul de lino y una camisa rosa de seda con los dos últimos botones desabrochados.

—Estamos de servicio —respondió Max. Mostró la placa, pretendiendo romper cualquier comienzo idílico.

El hombre no se dejó amedrentar y no cesó de sonreír.

—Ah, pensé que eran turistas —replicó con la vista en la cámara de fotos que Erika llevaba colgada al hombro—. Chicas, ha llegado la Policía —anunció.

Max recorrió el salón de la peluquería con la mirada. Una chica joven estaba sentada frente a un espejo con el pelo recogido en una toalla, esperando quién sabe qué, mientras ojeaba una revista de moda. Al fondo un hombre le lavaba la cabeza a otro; en ese momento le enjuagaba el cabello y apenas les prestó atención. En un lado del local, se apoyaba un armario de madera envejecida cuyas baldas mostraban cremas solares y biquinis.

—Me llamó Francis Jairo, ¿qué desean?

El hombre hablaba de manera pausada, en voz baja, casi en un susurro. La música clásica casi no se oía en aquel remanso de paz. En una esquina, una pequeña fuente

de agua borboteaba sobre unas piedras.

—Max Medina. Inspector de Homicidios. Y esta es mi ayudante, la agente...

—Erika López —se adelantó Erika a la vez que le tendía la mano a Francis.

El peluquero se la estrechó sin dar muestras de que la conociese. En verdad, Erika solo había ido a la peluquería dos veces, ambas para acompañar a su madre, y solo en la última visita, hace ya años, se había atrevido con un corte de pelo, «muy masculino» según su *aita*.

—Buscamos a una mujer —informó Max, y sacó de un bolsillo de la gabardina el retrato robot de la supuesta novia de Galder.

—Uy —dijo Francis, observando el retrato—. Un rostro muy bonito, pero nada llamativo. Por aquí pasa mucha gente, no sabría decirle...

—¿Y él? —preguntó Max, mostrando la foto de Galder.

—Me temo que lo mismo. Si les parece, vamos a la planta de arriba. Quizá mi hermano se acuerde, siempre ha tenido mejor memoria que yo.

Subieron por la escalera de caracol. Francis, primero, detrás Max y, cerrando el grupo, Erika.

En la parte de arriba la vista a través del amplio ventanal no tenía precio. A la izquierda se veía parte de la fachada del hotel Londres, con su cúpula tan característica custodiando el paseo de la Concha, enfrente la playa, con la isla Santa Clara al fondo y a la derecha la plaza de Cervantes. Bajo sus pies los urbanitas transitaban por la acera de la avenida de la Libertad, y de vez en cuando alguno levantaba la cabeza para fijarse en aquellas tres personas tan diferentes que contemplaban la bahía desde el segundo piso de una peluquería.

—Es espectacular, ¿verdad? Nunca me canso de ver el mar. Después de cerrar, a veces me quedo embozado durante unos minutos aquí arriba, yo solo y mi botellín de agua... En fin, ¡Luis Mari!

Los agentes dejaron de admirar la bahía y se giraron hacia el interior del segundo piso de la peluquería. Un hombre mayor cortaba el pelo a un joven oriental. Movía las tijeras como si fuese una batuta en manos de un experto director de orquesta. Daba placer verlo. En el salón no había nadie más. La música estaba alta y rompía la armonía que se respiraba abajo. Raphael cantaba su éxito «Escándalo» y el tal Luis Mari lo secundaba a viva voz mientras las tijeras hacían su trabajo y el pelo del cliente caía en cascada al suelo. Las paredes estaban adornadas con enormes carteles de modelos masculinos con cortes de pelo sumamente estafalarios.

Su hermano tuvo que llamarlo otra vez para que dejase de cortar y los atendiese. Se acercó con andares amanerados. Vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta ajustada de color naranja y manga corta. Una media melena de color castaño caía sobre sus hombros. Se le intuía un cuerpo musculoso, de los que iban dos o tres veces al gimnasio por semana y se machacaban con las pesas.

—Es un escándalo —cantó, emulando la voz de Raphael.

Agarró de la barbilla a Erika, quien contemplaba hipnotizada sus dos ojos azules,

y le giró la cabeza a izquierda y a derecha.

—Pero se puede arreglar. No es difícil. Cortar, teñir de rubio y pelo de punta... es lo que te favorece mi amor. Te quitarás diez años de encima.

Enseguida Francis lo sacó de su error y los presentó. Max, siempre tan observador, reparó que entre los hermanos existían diferencias evidentes. Francis presentaba una tez bronceada, como si hubiese vuelto de unas vacaciones en un país caribeño, mientras Luis Mari tenía la piel blanquecina, casi tanto como los hermanos Galarza. El primero portaba numerosos anillos y pulseras mientras que el segundo no llevaba ningún accesorio en las manos, ni siquiera un reloj.

Erika se mantuvo en segundo plano, un poco cohibida por la situación. Max le enseñó a Luis Mari las fotos. Tampoco hubo suerte. No recordaba a la pareja.

—Aprovechen y háganse un corte de pelo —propuso Francis.

—Sí, cambien de look. Parecen unas momias —afirmó Luis Mari.

Max negó con la cabeza y se dirigió a la escalera de caracol, deseoso de poner tierra de por medio. Solo le faltaba para completar el día tan aciago de pistas que aquel par de peluqueros extravagantes le pusiesen las manos en la cabeza. Erika lo siguió, aunque parecía que la oferta la había interesado.

Se despidieron en la puerta de la entrada. Max con un apretón de manos —les dejó su tarjeta por si recordaban algo— y Erika con un par de besos en las mejillas.

Al caminar por la acera en dirección al centro, Max se fijó en que Erika estaba radiante, le había sentado bien la visita; en cambio, él bufaba interiormente de rabia: la investigación había llegado a un punto muerto.

Cuando Igor Salaberria llegó al piso que le servía de escondite en el barrio de Amara lo primero que hizo fue ir al baño. Ocho pasos desde la entrada. Orinó oscuro, como siempre desde los meses en que estuvo encerrado en los calabozos de la Guardia Civil. Un dolor inaguantable le subió por la espina dorsal. Las palizas con porras y toallas mojadas le habían dejado un riñón dañado y se hubiese apostado la vida a que aquella lesión nefrítica se lo llevaría a la tumba antes que una bala. Se contempló con desagrado los dedos de la mano frente al espejo. Fibras de cabello de la lesbiana se le habían incrustado bajo las uñas. Abrió el agua caliente y colocó la mano debajo del grifo hasta que la piel se puso roja. Luego caminó hacia el salón pensando en lo raro que era que el viejo hubiese ordenado la muerte de la lesbiana tan rápido. Cuatro pasos. No era propio de él, un día ordenar un seguimiento y al siguiente una muerte. Quizá alguien le había defraudado y ese alguien no sospechaba lo que significaba llevarle la contraria al viejo; o bien tomaba las decisiones sin remilgos, acuciado por los problemas, o empezaba a chochar. Encendió la televisión de tubo catódico. En aquel piso alquilado todo era antiguo y decrepito. Le daría pena el casero, parecía una persona honrada y cordial, a buen seguro que en Navidades se reunían a su alrededor un puñado de nietos. Sí, cuando le tocase morir le daría lástima. Tal vez emplease un

método rápido y poco doloroso. Era curioso, morir sin sufrir, irte al otro barrio sin casi darte cuenta. No parecía muy sensato, perder todo lo que uno tiene y puede llegar a tener en un instante y no ser consciente de ello. Contempló el pequeño crucifijo de plata que pendía de la pared mientras se atusaba la barba. Jesucristo sí que sufrió, y eso que, según decían sus fanáticos, murió para resucitar. Sintió el canal que emitía el programa de niños que cantaban frente a un jurado de cuatro personas. Luego depositó la Remington y las esposas sobre el hule de la mesita del comedor y estiró las piernas. Apostó a que el niño de menor estatura ganaba el concurso; siempre pasaba lo mismo, el ser humano era un desecho de sentimentalismo. Mientras esperaba el veredicto del jurado, pensó en que no había disfrutado demasiado con la lesbiana, se había resistido como una gata en celo y había tenido que acabar con ella sin apenas divertirse. Por fortuna aún se regocijaba al recordar la cara de susto que puso cuando le dijo que con su novia no iría tan rápido, que antes jugaría un poco con su vagina. Tener una sola mano nunca había sido un problema: unas buenas esposas y un poco de destreza eran más que suficientes para divertirse con las víctimas. Sacó de un bolsillo de la chaqueta el tubo de ensayo que le había proporcionado el viejo. Lo observó, lo puso boca abajo, lo agitó y se quedó obnubilado viendo cómo aquel líquido azul se *retorcía* en el interior del tubo. Aquella solución que parecía tan inofensiva y que tantas muertes había producido. Nunca lo había tomado, no lo necesitaba para matar. Además conocía las historias de agentes de la Brigada que se habían enganchado a la droga y al final desaparecían por no saber controlarse. Ojos de fuego. El poder del Dragón. Hasta se rumoreaba que a un agente le había crecido un miembro extraño que le ahorraba llevar pistola. Tal vez cuando el alma de la siguiente víctima expirase, la forzase a tomar la droga. Con la Remington apretándole la sien no correría ningún riesgo, al menos, ninguno que no estuviese medido. En su época de etarra, los drogadictos y los traficantes eran objetivos, matar a uno de ellos equivalía a una diana doble: bien visto por la opinión pública y un confidente menos de la Policía. Ahora todos eran posibles objetivos. Carne de cañón. Nadie se salvaba. Agarró el termo de acero inoxidable de la mesa y se lo colocó bajo el muñón. Consiguió desenroscar el tapón con la mano. Un pequeño volumen de nitrógeno líquido se evaporó al exterior. Guardó el tubo de ensayo en el interior del vaso Dewar al tiempo que asentía con la cabeza: el jurado había dado la máxima puntuación al niño más bajito.

Jueves 30

Corría por un *bidegorri* paralelo a la costa francesa. No sabía que le gustase correr pero allí estaba, sudando y apretando el paso. Los carteles en francés le indicaban que se alejaba de San Sebastián. Contaban la distancia a la capital guipuzcoana, y cada uno reflejaba una cantidad de kilómetros mayor que la anterior. Max se paró y miró hacia el mar. Estaba oscuro y no se veía nada. De pronto una luz se iluminó a lo lejos y comenzó a hacerse más intensa. Al principio pensó en un faro, pero la luz se dividió en dos. Un velero se acercaba a la costa encaramado en lo alto de una inmensa ola. Cerró los ojos, incrédulo ante lo que veía. Cuando volvió a abrirlos, tenía el velero encima. En unos segundos se encontraba dentro de un camarote luchando por su vida. Veía por la pequeña claraboya como el agua penetraba en el cubículo. El suelo de madera estaba lleno de objetos que flotaban en un par de palmos de agua. Entre ellos distinguió la gabardina, una botella de Jameson y el revólver S&W guardado en la sobaquera de cuero marrón. Intentó abrir la puerta del camarote pero no cedía. Alguien la había atrancado desde el exterior. Al girarse y buscar por la habitación algo punzante con que atravesar la puerta vio que la litera del fondo estaba ocupada por el cuerpo de una mujer. Se olvidó de la puerta y zarandéo a Cristina para despertarla. Pero al girarse, el rostro de Cristina se transformó en el de Erika. Y por más que la zarandeaba no se despertaba. Lo último que Max recordaba antes de despertarse es que el agua les llegaba a la altura del cuello.

Itziar se había quedado escribiendo hasta bien entrada la madrugada. Agotada, se pasó la mano por la frente y se secó el sudor. Las palabras en negro sobre blanco, los datos, la investigación acerca del libro, todo se confundía con imágenes vaporosas que cobraban vida cuando el sueño le entrecerraba los ojos. Miró hacia atrás. No vio su habitación, la mesilla de noche, las cortinas, la penumbra del pasillo..., solo la oscuridad del bosque. En cualquier momento, esas bestias de acadios, con su rey Sargón a la cabeza, podían aparecer entre las sombras. Vislumbró a un brujo, de rodillas y vestido con harapos...

El brujo agarró la tabla de arcilla, mojada y con forma rectangular, y la apoyó en la tierra húmeda. Mediante un tallo vegetal biselado en forma de cuña garabateó unas palabras sobre la tablilla en sumerio. Miró a su espalda. Nada. Debía darse prisa, el viaje era largo y los Guti que lo seguían, los llamados «dragones de las montañas», unos pocos de los que quedaban vivos después del ataque acadio, lo aguardaban junto al río reuniendo víveres. Volverían a sus orígenes de pueblo nómada, huirían por el río Éufrates, cruzarían Babilonia hasta llegar al mar. Después les esperaba un largo

viaje, calculaba una travesía de cuarenta días hasta volver a pisar tierra firme. El imperio acadio que unificaría toda la cuenca de Mesopotamia bajo el mandato de Sargón acababa de empezar pero ellos no se quedarían para verlo. Una parte de su pueblo había optado por la guerra de guerrillas, esconderse en los montes Zagros y bajar en pequeñas incursiones a pelear con los acadios. Ojalá el dios Anu, el dios del cielo, y sus hijos, los Anunnaki, los protegiesen. Escribió con la caña otra palabra. Contempló a la luz del plenilunio su obra. No, no le gustaba. Cualquiera que supiese leer sumerio sería capaz de crear la pócima del Dragón si consiguiera la tablilla, el brebaje de los dioses, la sangre de los Anunnaki, que ellos mismos le habían confiado. Debía ser más cauteloso, si no, el poder de la pócima se podría volver en su contra si un acadio lo capturaba y se hacía con la tablilla. Golpeó con la cara plana de la caña las palabras que había escrito hasta borrar las marcas. Humedeció de nuevo la tablilla en el charco. Emplearía los pictogramas para representar palabras y objetos que simbolizaran ingredientes. No tardó más de una hora y esta vez sí le satisfizo el resultado. Con el tallo biselado de la caña los símbolos cobraban vida sobre la tablilla. Un céfiro nocturno le trajo un olor intenso que no era de animal. Oyó un ruido. La pisada de un explorador sobre la hojarasca. Salió a la carrera, con la tablilla en las manos. Al llegar al cauce del río, los hombres que hacían guardia se asustaron. Pero el brujo de la tribu de los Guti no se detuvo. Rápidamente reunió a todos mediante señas, mientras las plumas se agitaban sobre su cabeza y los collares de conchas tintineaban en su cuello.

—*Gouzên uârrêru*^[6] —dijo.

Su hija de cinco años se aferró a una de sus piernas. El brujo se arrodilló junto a ella y le tendió la tablilla.

—*Zāk gârê hizkântzu êtu sinbolouk êzugâtzên ditâzã. Oholtxo huã, gârê urbusoên formãlu, zuintzên dã*^[7].

El rostro del brujo se transfiguró en el de su padre. Itziar volvía a ser una niña. El brujo la levantó en brazos mientras ella apretaba la tablilla contra su pecho, y la embarcó en una de las barcas, ya repleta de mujeres y hombres, que cabeceaba al compás de la marea. La empujó con la ayuda de otros dos hombres hacia el interior del río, y cuando el agua le llegó a la cintura se subió. Pensó en lo curiosa que era la vida; él, que no conoció a sus padres, y que llegó hasta su pueblo por el río Tigris en una cesta de junco, retornaba a su nacimiento con el agua. Miró hacia la orilla. Atisbó varias sombras que se movían en la oscuridad.

La luz matinal del sol se colaba por la persiana entreabierta. Itziar despertó de su duermevela y la oscuridad se evaporó. No sabía distinguir entre lo leído y lo soñado, pero, en todo caso, le serviría como prólogo de su libro, cuyo título comenzaba a perfilarse: *El origen sumerio de los vascos*.

Cuando Erika se despertó una sonrisa iluminaba su rostro sin maquillar. Había

quedado con su novia Lucía para cenar y después pensaba darle una sorpresa: dos entradas de cine para ver *On the road*; en Francia se vivía un canto a la libertad con el estreno del film, y la prensa no paraba de recordar que el autor estadounidense comenzó a escribir la novela en francés, su lengua materna. Llena de vitalidad, se enfundó un chándal, correría un par de vueltas por el boulevard General Leclerc antes de pasar por la comisaría. Igual que a los deportistas profesionales, le gustaba hacer *footing* a primera hora de la mañana, le proporcionaba la energía necesaria para afrontar el día. El mundo de hombres en el que trabajaba era exigente y todo esfuerzo valía la pena para continuar hacia delante y permanecer lo más alejada posible del imperio Zurutuza. Salió a la calle con un botellín de zumo de naranja en la mano. Miró hacia el cielo. Unas nubes madrugadoras, grises y voluminosas, amenazaban con aguar la carrera matinal. Activó el dispositivo de mp3, conectado por unos finos auriculares a sus oídos, y comenzó a correr por el Boulevard en dirección al mar, alejándose del centro de Hendaya al ritmo de música disco de los años ochenta.

The rythm of the night, Mister Vain, Chery chery lady, Go west, You sexy thing, It's raining man, Gloria, Funkytown, I'm too sexy, Born to be alive...

Volvió a casa una hora más tarde con el botellín vacío. Un fuerte viento desplazaba las nubes grises hacia Hondarribia. Correteó por las escaleras del dúplex en dirección a la ducha de la segunda planta. Los peldaños de madera crujieron por los recovecos de la antigua casa tradicional vasca que conservaba el nombre de Villa Zurutuza con el cual la rebautizó el *aita* cuando la adquirió y en la que le permitía vivir sin coste alguno desde hacía un par de años. Para algo soy hija única, pensaba Erika cuando le surgía la tentación de mandarlo todo a paseo y buscarse un piso de alquiler. Dónde iba a estar mejor que en Hendaya, lejos de las miradas de los curiosos, de los que se entrometían en su relación con Lucía, de los compañeros de la Ertzaintza. Cruzar la frontera y el río Bidasoa seguía suponiendo adentrarse en su refugio particular y tras dos años de paz y tranquilidad no pensaba renunciar a él, antes preferiría perder su orgullo de hija herida. Sin embargo, qué sería de ellos cuando la *ama* faltase. La pobre *ama*, la única que comprendió y apoyó su decisión de hacerse policía. Un cáncer de pulmón, había dicho el *aita*. ¿Sería tan malvado para inventarse semejante mentira con tal de lograr que volviese a casa? Lo dudaba, pero con su *aita* nunca se sabía, no había que menospreciarlo, por algo había llegado tan lejos en los negocios hasta convertirse en uno de los guipuzcoanos más poderosos. Al abrir el grifo de la ducha, el agua fría se llevó por el desagüe sus inquietudes familiares. Cuando salió se cubrió con la toalla de la bandera gay que le había regalado Lucía por su último cumpleaños y se dirigió a su cuarto. Al ver lo que había encima de la cama dejó caer la toalla al suelo. El cuerpo de una mujer desnuda yacía bocarriba. La cabeza se ocultaba tras un cojín en el que había un agujero de bala. Conocía muy bien aquel cuerpo, mil veces lo había recorrido con sus labios, la piel morena, las piernas largas. Ninguna palabra brotó de su boca, solo un quejido apenas audible. Estoy soñando, se dijo, esto no es posible, no está ocurriendo. Apartó el

cojín. Unos ojos abiertos y vacíos se cruzaron con los de Erika. En la frente, un pequeño agujero negro del que no brotaba sangre. Se quedó quieta, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Tras un tiempo impreciso se arrojó sobre la cama y abrazó a aquel cuerpo inerte que tanto amaba. Empezó a llorar. Gritó tanto que apenas oyó las sirenas lejanas. Cuando el ruido sonó más cerca cayó en la cuenta. Hendaya era una localidad fronteriza tan pequeña que las sirenas de la Policía sonaban muy de vez en cuando. Y la última había sido hacía una semana. Cogió lo primero que vio en el armario y bajó por las escaleras, desnuda, con la ropa en la mano, hacia la puerta que daba acceso directo al aparcamiento del sótano. No era difícil imaginarse hacia dónde se dirigían los gendarmes y a quién iban a detener.

MUSHUSSU

Jueves 6 de junio de 2013

Cuanto más releía y repasaba la orden de busca y captura, más raro le resultaba. Nunca en todos sus años de inspector le había sucedido algo parecido, que uno de sus hombres fuese un prófugo de la justicia. No importaba que el membrete en la parte superior izquierda con las tres franjas de color —azul, blanco y rojo— indicara que la orden pertenecía a la Policía Nacional francesa, sin duda había otra similar, quizá con una foto diferente, emitida por la Interpol, un código rojo, y el propio comisario le había confirmado que en breve ellos mismos emitirían una parecida. Hacía una semana que Lucía había aparecido muerta en la casa de Hendaya, casa a nombre de Eneko Zurutuza, el poderoso empresario vasco de productos lácteos, casa donde vivía Erika, casa donde su padre le permitía vivir. Aún le duraba la cara de incredulidad que puso cuando Alex se lo comunicó. Ahora recordaba las palabras de Xabier, un año atrás, como si fuesen un vaticinio: «Ni se imagina lo cerca que está esa familia de usted». Por supuesto que, a pesar de la impresión, no le dijo al comisario nada de la llamada que había recibido horas antes. Llorando, desconsolada y muy nerviosa, Erika lo llamó desde una cabina telefónica para adelantarle el terrible suceso. Después silencio en la línea. Al igual que su móvil, no había vuelto a dar señales de vida: apagado o fuera de cobertura. Sin embargo, no estaba preocupado por ella, era una chica inteligente y espabilada, sin duda estaba bien escondida y se valía por sí sola, su formación la sacaría del enredo, lo que más le preocupaba era la organización de Xabier. Conforme pasaba el tiempo, más poderosa se le antojaba, con unos tentáculos capaces de cruzar el Atlántico y llegar hasta quién sabe dónde. Tampoco había hablado con el comisario de semejante entramado de espías, tal vez un ramal de la Social, la BPS, la extinguida Brigada Político Social de Franco; el tristemente célebre inspector Melitón Manzanas le parecía una hermanita de la caridad en comparación con Xabier Andetxaga.

—El caso de Galder no avanza, y ni rastro de su novia —dijo Alex. Estaba sentado en su escritorio a punto de encender un habano—. La prensa comienza a apretar.

Max lo miró con cara de circunstancias y un purito apagado en los labios. Algún día optaría por desacatar la prohibición de fumar y secundar al comisario a ver qué pasaba. Se tocó la frente. La notó caliente, en plena ebullición como toda su cabeza.

—Hemos repartido su retrato robot por media Guipúzcoa y parte de Vizcaya —afirmó Joshua, el tercero en el despacho. Se le notaba contento, reunirse entre hombres sin féminas de por medio le recordaba lo que para él eran los buenos tiempos.

—¿Qué sabemos de Lucía?, ¿alguna novedad?

—Lucía Vázquez, natural de Rentería —leyó Joshua de su cuaderno de notas—. Veinticinco años. Trabajaba en la papelera de administrativa aunque tenía una diplomatura en Bellas Artes. Sin antecedentes penales. Ni siquiera una multa de tráfico. Llevaba su relación con Erika en secreto. Su familia no tenía ni idea de que era lesbiana, aunque alguno se lo imaginaba. El clan familiar es una piña y apenas han querido hablar con Asier.

—¿Has conseguido averiguar algo más de la escena del crimen? —preguntó Max dirigiéndose a Alex.

—La hallaron desnuda en la cama y con un tiro en la frente. Erika huyó de casa en su coche. Apareció abandonado a las pocas horas en un aparcamiento de San Juan de Luz. Poco más sé. Los franceses son muy reservados. Ellos bien que piden colaboración, pero luego se guardan datos y pruebas. Y tengo la impresión de que son muy lentos. ¿Joshua?

—Es normal, recoger y analizar muestras es un trabajo de hormiguitas. Hay que rastrear la escena del crimen centímetro a centímetro, recoger restos capilares, fibras, realizar análisis toxicológicos al cuerpo, ADN..., todo lleva su tiempo.

—De acuerdo. Cuando trabajábamos codo con codo contra la lucha armada les hice un par de favores, veré si puedo presionarlos. En resumen, tenemos dos cadáveres con el mismo *modus operandi*: desnudos, sin rastro de ropa ni objetos personales y con un tiro en la cabeza. ¿Están relacionados?, ¿otro asesino en serie?

—No sé —contestó Max—. Pero esperemos que no.

Sacó su antiguo mechero Zippo y comenzó a darle vueltas en una mano, igual que hacían los universitarios con los bolígrafos en la biblioteca de la facultad. Se moría de ganas de hacer rodar la piedra del encendedor y acercar la llama al purito.

—¿Y crees que Erika está implicada?, ¿un crimen pasional?, ¿quizá Galder se acostaba con Lucía?, ¿podría ser?, ¿se conocían?

—Confío plenamente en todos mis hombres, y Erika no es una excepción.

—Ya, yo también. Joshua, necesito que busques a Erika. De forma discreta, emplea solo un par de agentes. Si dejó el coche en San Juan de Luz lo más normal es que alquilase otro y huyese por la costa francesa hacia Burdeos, alejándose de nosotros. Cuando la encuentres tráela ante mí, nada de informes ni avisos. ¿De acuerdo?

—¿Entiendo que tengo total libertad para moverme por Francia?

Alex se abstuvo de responder y dio un par de caladas.

—Volvamos al caso de las dos chicas desaparecidas. Joshua, haznos un resumen.

—Amaia Jáuregui —leyó de su cuaderno—. Fue la primera en desaparecer. Natural de Lezo, donde vive en el casco viejo con sus padres. Diecinueve años. Estudiante de Magisterio. Hoy se cumplen veintiocho días desde que fue vista por última vez tomando un autobús en dirección a San Sebastián. Quince paradas entre Lezo y San Sebastián. Ni indicios ni pistas, como si nunca se hubiese bajado del autobús. La otra chica se llama Nagore Serrano, natural de San Sebastián. Veintidós

años. A punto de acabar la carrera de Filosofía y Ciencias de la Educación. Vive con su madre, divorciada, en un piso en el barrio de Egia. Le dijo que se iba a dar una vuelta con sus amigas pero no quedó con ninguna de ellas. Desde hace quince días no se sabe nada. Su padre está limpio y tiene una coartada sólida. A pesar de estar separados, los padres aseguran que son una familia, solo que viven en casas diferentes.

—¿Max?

—No pinta bien. Jóvenes estudiantes que llevan desaparecidas mucho tiempo. No, no pinta nada bien...

—Joshua, ¿algo más?

—Las dos familias se han unido. Convocan todos los viernes una manifestación en el Boulevard para que no olvidemos a sus hijas. Cada vez se suman más ONG y asociaciones feministas. Al conocerse la muerte de Galder, las protestas se han intensificado, cuando desapareció el chico pensaron en algún pirado, pero ahora vuelven a pensar en un violador y están recogiendo firmas para que se endurezcan las penas de prisión contra los violadores y para que se implante la castración en aquellos casos en los que el violador no pueda, no quiera o no sepa controlar sus impulsos sexuales.

—Joder, Max, seguro que tu *amigo* el juez Castillo está la mar de contento.

—Ya —fue lo único que dijo Max.

—Está bien, déjanos solos —le pidió Alex a Joshua.

Cuando el agente mitad irlandés mitad vasco desapareció por la puerta, el comisario dio otro par de caladas al habano antes de decir:

—Te encargarás de retomar el caso de las chicas desaparecidas. Llévate a Asier, necesita salir de la oficina, desde lo de la facultad tiene miedo a patear las calles. Y ahora explícame otra vez lo de la cámara de fotos.

—Pues eso, que no sabemos dónde está. El encargado policial de las muestras asegura que Erika no le proporcionó ningún carrete para revelar. Tal vez se llevó la cámara a casa.

—¿Y por qué haría semejante cosa? Una prueba policial no puede, ni debe, guardarse en casa.

—Quizá estaba demasiado cansada y optó por pasarse al día siguiente por la comisaría y entregarla, o quizá pensó llevársela a un especialista, es una cámara antigua, de esas que no se sabe cómo se abre.

—¿Para qué iba a hacer eso? No me cuadra nada, no es propio de ella actuar sola sin una razón convincente, de ti sí me lo creería, pero de ella no, no es su estilo hacer las cosas al margen de los procedimientos establecidos, al menos hasta ahora; no lleva suficiente tiempo contigo para aprender tus métodos, y no sé yo si después de esto volverá a trabajar a tu lado, no eres una buena influencia para ella, me equivoqué al destinarla junto a ti, mira en qué embrollo se ha metido.

—El caso es que no serán fotos importantes. La profesora aseguró que hizo solo

un puñado de fotos en el museo, nada reveladoras ni diferentes de lo que se encontró la Policía.

—Tampoco me lo creo, si no, por qué iban a robar la cámara.

—Eso no lo sabemos, tal vez Erika la ocultó y la Policía francesa no ha dado con el escondrijo. O ni siquiera eso, tal vez la dejó en su coche, en un armario... y esos patanes de gendarmes no la encuentran. Si pudiese acercarme a su casa y...

—Ni lo sueñes, no tenemos jurisdicción y sí suficientes problemas como para que provoques uno más con nuestros vecinos.

—Como quieras, solo pretendía ayudar.

—¿Qué más me ocultas?

—Nada —mintió Max. Se volvió a tocar la frente. Ahora tenía frío y sentía escalofríos.

—Dos chicas desaparecidas. Aparece misteriosamente el cuerpo de un universitario. Erika enredada en un asesinato. Y no me creo que no se haya puesto en contacto contigo. ¿Y quién es Xabier Andetxaga? No, no me mires así, yo también tengo mis contactos.

—Entonces sabrás que en la Transición trabajó en la Social para los retazos del Gobierno franquista y que comandaba una organización criminal de la que posiblemente salió el GAL. El grupo antiterrorista desapareció en 1987, pero la organización de Xabier aún actúa en la sombra, quizá auspiciada por el actual Gobierno.

—Lo que insinúas es terrible.

—Ya, por eso no he levantado la liebre.

—Pues sigue así y no lo hagas, todos los asuntos relacionados con ETA y la Social acaban mal. Por cierto, por si no tuviéramos suficiente con las manifestaciones de los viernes contra los violadores, para dentro de tres sábados hay convocada otra en todas las plazas del País Vasco por parte de Herrera, la asociación a favor de los presos de ETA. Protestan contra la política penitenciaria de España y Francia y piden la derogación de la doctrina Parot y la reclusión de los presos en cárceles vascas. Obviamente, la Asociación Víctimas del Terrorismo ha pedido a la Audiencia Nacional que prohíba los actos, veremos qué decide el juez Castillo. Se puede liar una buena. Ahora que no dispongo de Erika, ¿podrás encargarte tú?

—Claro, no te preocupes.

—Tienes mala cara, tómate el día libre y descansa. Te voy a necesitar.

Era una noche casi veraniega y una luna en cuarto creciente reinaba en el cielo. Se asomó a la ventana sin retirar la cortina. Todas las sombras le parecían sospechosas. Se enjugó las lágrimas con la camiseta. Le dolía el alma de llorar y los ojos le escocían, pero no podía parar. Había visto la muerte muchas veces. Estaba acostumbrada a ella. El caso del Asesino de Químicas. Las noticias a diario. Los

muertos en accidentes de tráfico, los muertos en guerras extranjeras, los muertos por epidemias, los muertos por el hambre. El mundo no se detenía a su paso; sin embargo, la muerte siempre era algo que les ocurría a los demás, nunca a los seres más cercanos. Había aprendido a vivir con ella, a que fuera una parte de su vida cotidiana. Y ahora no era capaz de asimilar que le había tocado. Vislumbró una sombra moverse y se agachó bajo la ventana. Permaneció en dicha posición, sentada en el suelo de baldosas, hasta que la luz de la luna penetró por el cristal e iluminó parte de la cocina. Los objetos comunes se transformaron en fantasmagóricos, de épocas pasadas; le hablaban, le susurraban al oído que Tanatos se había llevado a su novia y pronto vendría a por ella, la laceraban con oscuras palabras de tortura y sufrimiento, de gritos de dolor. Apretó los puños y se clavó las uñas en la palma de las manos. Gotas de sangre le salpicaron el pantalón pero no cesó de apretar. Chilló de rabia, de impotencia. La oscuridad se había apoderado del valle, y el caserío Etxekapare se escondía entre la maleza como un animal más, agazapado y oculto entre las sombras.

Daba vueltas en la cama sin parar. El sudor empapaba su cuerpo. Estaba en una selva oscura, rodeado de enormes palmeras y altos árboles que tapaban el cielo. Vio un chimpancé y un dedo lo señaló. «Es un mono araña», dijo Itziar a su lado. Añadió más datos, como que los fósiles más antiguos de primates americanos provenían del Oligoceno, cuando América del Sur era un continente aislado, y añadió que no existía un antecedente aparente de esos primates, por lo cual se creía que llegaron de África en balsas naturales, impulsadas por el viento y las corrientes oceánicas. Max afirmó con la cabeza y de pronto se sumergió en la piel del mono. Pasaba de una rama a otra, a tal velocidad que los días y las estaciones se sucedían a cada segundo. Veía por los ojos del mono cómo las plantas decrecían hasta desaparecer y luego crecían otras en su lugar; no se marchitaban, se las tragaba la tierra, por tanto dedujo que estaba viajando al pasado. Las patas del mono lo llevaron hasta un claro en medio de la selva donde una cabaña de madera se ocultaba entre la vegetación. La chimenea despedía un humo blanco. De la cabaña salió un anciano de rostro conocido. Se quitó el sombrero *vueltiao* y se quedó quieto mirando hacia su posición, al mono. En una mano, la única que tenía, portaba un rifle. Con la misma mano que aguantaba el sombrero, le apuntaba con el rifle y le señalaba con un dedo. Se dio la vuelta y corrió, pero no había ninguna rama a su alcance. Todas habían desaparecido. Corría por una calle desierta de San Sebastián, solo que esta vez él no era el perseguidor sino el perseguido. Era de noche y las farolas iluminaban una larga franja de acera. Gritó como quien grita cuando sabe que algo va a suceder y no puede impedirlo y se tiró al suelo. Cayó por una cascada y aterrizó en una cama. Entonces oyó un disparo.

—Tranquilo, Max, tranquilo, te ha subido la fiebre.

Vio una ventana con una cortina adornada de dibujos. La cama estaba llena de

peluches. En el suelo, unos coches desperdigados y un fuerte de indios y vaqueros.

—Mamá, me duele la cabeza —dijo.

Notó una mano en la frente. La casa de sus padres se transformó en una pequeña habitación con armario, mesilla y lámpara. De la puerta colgaba un uniforme de cadete de la Policía.

—Tío, ¿qué me pasa?, ¿por qué no estoy en la academia?

Un frío laceró su mente y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Es un paño húmedo, no te lo quites, te irá muy bien para bajar la fiebre.

—Claro —respondió a aquella voz tan dulce.

Cerró los ojos y cuando los abrió vio un *loft* de techos altos, ventanas carentes de cortinas, paredes desnudas, estantes sin fotografías y armarios vacíos.

—Estoy en mi casa.

—Por supuesto, esta siempre será tu casa.

El rostro difuso que le hablaba se transformó en el de Cristina. Estaba arrodillada junto a la cama. El *loft* se convirtió en un piso pequeño de dos habitaciones, una de ellas preparada para la llegada al mundo de un bebé.

—¿Qué ha pasado?

—Te ha subido la fiebre a cuarenta, Max. Pero ya ha remitido. Menos mal que viniste a mi casa en vez de ir a ese *loft* desangelado.

—¿He dicho alguna barbaridad?

—Chillabas como un loco. No se te entendía. Decías no sé qué de Colombia. No has olvidado a tu padre, ¿verdad? Ahora duerme, te vendrá bien descansar.

Viernes 7

Al igual que la primera vez, los estaba esperando en el portal. Llevaba el pelo recogido en un moño y cubría su cuerpo con un vestido largo y oscuro. Max había elegido entrevistarse primero con ella en lugar de con la madre de Amaia porque Nagore llevaba menos tiempo desaparecida y las probabilidades de que estuviese viva eran más elevadas, pocas pero más, y también las probabilidades de que su secuestrador hubiese cometido un error eran mayores, pocas pero más también. El inspector no se encontraba bien del todo, aún se sentía cansado, pero el antigripal que le había dado Cristina nada más levantarse lo mantenía en pie.

—Gracias por venir tan pronto —dijo la mujer, como si hubiera sido ella quien los había llamado.

Tanto Max como Asier le estrecharon la mano y notaron el cuerpo consumido que se escondía tras el vestido. Asier había dejado en la taquilla de la comisaría el uniforme de ertzaina y vestía un estrecho traje gris. Que él supiese, no le habían ascendido, pero coincidió con Max en que el uniforme no era apropiado para visitar a las familias de las chicas desaparecidas. Mejor de paisano.

—Vamos arriba. Mi exmarido no está. En realidad prefiere no estar.

Toda la finca resplandecía, pulcra. Era obvio que se trataba de una familia más que acomodada. Subieron al octavo piso. El orondo cuerpo de Asier hizo que tanto el inspector como la mujer tuviesen que apretarse contra el espejo del ascensor.

Al abrir la puerta del piso, un chihuahua marrón les dio la bienvenida a base de ladridos.

—*Rocco*, vete a tu cuarto.

El perro se perdió por el pasillo moviendo la cola.

—Ya saben, perro ladrador, poco mordedor.

Fueron al salón. A través de un amplio ventanal se veía lo que habían sido los terrenos del campo de Atocha, donde la Real Sociedad ganó dos ligas en los años ochenta.

—¡Vaya vista! —exclamó Asier—. Verían todos los partidos de la Real...

La mujer sonrió y no dijo nada. Se llevó las manos al pelo e hizo ademán de recogerse. Aquel tic lo repetía a menudo, recordó Max.

—López Ufarte, Arconada, Satrústegui, Zamora...

—¿Les apetece un café?

—No, no hace falta que se moleste —dijo Max.

—No es ninguna molestia. Está hecho. Enseguida vuelvo.

—Joder... —dijo Asier cuando la mujer desapareció por la puerta.

Se aflojó el nudo de la corbata que se le aferraba al cuello como si fuese una soga.

La última vez que se había puesto ese traje gris fue en la boda de un primo. Y desde entonces había vuelto a engordar unos cuantos kilos.

—Puedo oír los cánticos: «No pasa nada, tenemos a Arconada», cantaba la peña Mujica cuando nos pitaban un penalti en contra. El Madrid tenía que ganar la liga a toda costa.

—Asier, deja ya el fútbol, estamos aquí en asunto oficial.

—Perdón, inspector.

La mujer apareció con una bandeja de plata y tres tazas.

—Siéntense, por favor, estaremos más cómodos. —Depositó la bandeja sobre la mesilla de cristal del centro—. Todas son de café solo.

—Por mí está bien —dijo Max.

—Por mí también —confirmó Asier.

Ambos se sentaron en un Chester de cuero rojo, la mujer en uno de los dos sillones de orejas que acompañaban al sofá. Asier tomó asiento con precaución, temeroso de que la costura de la entrepierna del pantalón se desgarrase.

—¿Y su compañera? —preguntó la madre de Nagore mirando a Max—. Erika, creo recordar; parecía simpática. ¿Ya no trabaja con ustedes?

—Sí —se apresuró a contestar el inspector antes de que Asier metiese la pata—. Tiene unos días de permiso.

—Me alegra que sigan interesados en mi hija —dijo la mujer mientras daba vueltas al café con una cucharilla—. Mi ex no comparte mi entusiasmo, cree que no hacen nada y que están aquí por puro compromiso. Pero sepan una cosa: mi hija vive, lo sé, una madre siente esas cosas, mi hija vive, me lo dice el corazón, es mi única hija y aún no la he perdido, todavía no la he perdido, no la he perdido...

—¡Ah! —se lamentó Asier, que se había quemado los labios con el café.

—No le quepa la menor duda de que hacemos todo lo posible por dar con el paradero de su hija, no cejaremos en el empeño. —Max no se atrevió a añadir «con vida». No estaba tan seguro de que Nagore estuviese viva.

—¿A que es preciosa? —preguntó la mujer y cogió una foto del aparador.

La imagen mostraba a una chica morena, con el pelo mojado cayéndole por la cara. Iba en camiseta de tirantes y pantalón corto, detrás se veía un monte con una cascada. Sonreía a la cámara con una de esas sonrisas que no conocen la maldad del ser humano.

—Sí —mintió Max. En verdad no era especialmente guapa, no más que cualquier chica de su edad.

—¿Les gusta el café?

—Muy rico, señora —respondió el inspector.

—Señorita, por favor. Mi ex y yo hace ya cinco años que nos separamos. Sin traumas ni peleas. Se tiraba a su secretaria, pero no le guardo rencor, ya no, es el padre de Nagore, y cumple con sus obligaciones. Nagore lo quiere mucho, es su padre —agregó resignada—. Mejor llámenme Lourdes.

—Muy bueno, Lourdes —dijo Asier, apurando su bebida—. El café, digo —añadió rojo de vergüenza.

Parecía de su quinta pero a diferencia de él era esbelta y se conservaba bien; aunque se le notaba la desaparición de su hija, Asier intuía que su cuerpo se mantenía firme y duro, no como el suyo, fofo y voluminoso.

—Es de Colombia, suave, con aroma, como dicen los expertos... A Nagore le gusta mucho el café, su favorito es el de Jamaica. Prueben las galletas, son de limón, están deliciosas.

Asier se sirvió una de las galletas que le tendía por quedar bien. Cuando se encontraba con una mujer de su generación y con cierto atractivo, lo que menos deseaba era comer. Si tuviese una varita mágica la emplearía para adelgazar diez kilos. Algún día tendría que ponerse a régimen si quería conquistar a una mujer como Lourdes. «Es una madre —pensó para evitar otros pensamientos—, una madre preocupada por su hija».

—La encontraremos —soltó.

Max lo miró extrañado. Ambos sabían que transcurridas las primeras 48 horas del secuestro las probabilidades de encontrar pistas eran mínimas.

—Gracias —dijo ella, mirando a Asier.

Se retocó una vez más el pelo, a pesar de que, recogido en un moño y sujeto con varias horquillas, no tenía ninguna posibilidad de moverse.

—Verá —dijo Max—, estamos repasando su declaración anterior, en la que aseguró que su hija no salía con nadie ni...

—No insista, inspector. Nagore no tenía novio, me hubiera enterado. Se lo juro por la tumba de mis padres, que en paz descansen. Pondría la mano en el fuego, vivimos las dos solas en esta casa, aparte de *Rocco* y Josefa, nuestra asistenta. Ya se lo dije la otra vez, mi hija me lo contaba todo, y cuando digo todo es todo.

—Ya, pero...

—Todo. Hasta me pidió autorización para hacerse un tatuaje. Nagore y yo tenemos una relación muy especial, soy su madre y además su mejor amiga. Su padre no sabe ni la mitad de lo que hace su hija pero yo sí; soy una tumba y no cuento nada, por eso me tiene tanta confianza. Nagore no está metida en ningún lío, ni siquiera ha probado las drogas, no fuma y apenas bebe alcohol los fines de semana cuando sale con sus amigas. Una hija ejemplar, muy estudiosa, sacó matrícula de honor en los tres primeros años de Filosofía, el carné de conducir a la primera, e incluso tiene tiempo para ayudar a su padre en el bufete los sábados por la mañana. Estamos divorciados pero somos una familia. Los tres. No lo hacemos por mantener las apariencias, tenemos dinero suficiente para que nos dé lo mismo lo que piensen los demás. Ya se lo dije, estuvo en el sitio equivocado a la hora equivocada, no conoce a su secuestrador ni fue secuestrada por algo que hiciera.

La mujer se derrumbó y comenzó a llorar.

Asier se acercó y le pasó un brazo por el hombro al tiempo que intentaba

tranquilizarla con palabras suaves. Lourdes le despertaba instintos turbadores, por un lado quería aferrarse a ella como si fuese su madre, aunque no tenía edad para serlo, pero por otra le atraía sexualmente. ¿Cómo dijo Nietzsche?, ¿o fue Freud? Narcisismo o síndrome de Edipo o algo parecido. Ojalá encontrasen a Nagore y le sacase de dudas.

Al cabo de unos minutos, Lourdes recobró la compostura y Asier volvió a su sitio.

—Coja otra galleta, ¿a que están buenas?

—Buenísimas —respondió el agente, alcanzando otra. Estaban buenísimas de verdad.

—Es usted un buen hombre —dijo Lourdes mirándolo—. Seguro que su madre está muy orgullosa de usted. Me gustaría verlo esta tarde en la manifestación. No se arrepentirá.

—¿No ha recibido ninguna llamada por parte de los secuestradores? —inquirió Max.

—No, ya se lo dije, si alguien nos pide dinero por liberar a Nagore, ustedes serán los primeros en saberlo.

—Ya —convino Max poco convencido. De su estancia en Madrid, conocía casos en que los familiares aseguraban no tener noticias de los secuestradores mientras negociaban a espaldas de la Policía—. No queremos molestarla más, solo una última cosa: ¿Nagore tiene alguna amiga en la Facultad de Químicas?

Lourdes abrió en demasía los ojos, sorprendida por la pregunta. Retomó su tic del pelo.

—No que yo sepa. Lo dice por ese pobre chico que encontraron en el museo, ¿verdad? No, las facultades de Filosofía y Químicas están en el campus de Ibaeta pero... ¡Dios mío! No lo dirá por el Asesino de Químicas, no...

—Tranquila —dijo Max. Lourdes volvía a sollozar—. Nos vamos —anunció, poniéndose de pie—. Si recuerda algo, ya sabe.

—Sí, aún conservo su tarjeta.

Asier se levantó y, azorado, sacudió las migas de las galletas sobre la alfombra oriental. *Rocco* emergió por el pasillo ladrando y meneando la cola.

Al cerrar la puerta, y mientras esperaban el ascensor, el inspector tuvo la sensación de que Lourdes los observaba por la mirilla. Confiaba en ellos. Demasiado.

Ya de bajada, Asier fue el primero en romper el silencio.

—Pobre mujer, sufre mucho. Me recuerda a mi madre, hasta que no me oye llegar a casa no está tranquila.

No sabía por qué se torturaba de esa manera, entrar en una *herriko* taberna, pedir una sidra y sentarse con el vaso ancho y largo al fondo del local. Aunque no soportaba el euskera porque le recordaba los malos tiempos, o debía decir buenos, buscaba con

ahínco los lugares en los que era el idioma habitual. También le dolían todos esos retratos de etarras caídos en batalla, los de los presos cumpliendo condena en las cárceles españolas, todos compañeros y todos renegando de él. No quiso fijarse en las fotos, seguro que ahí estaba Imanol, el único integrante del comando Euskal Herria caído en la lucha. Aitziber y él, retirados tras pasar una buena temporada en la sombra. Solo faltaba Mikel. Se preguntó qué sería del cuarto integrante del comando, que permanecía en la clandestinidad, prófugo de la justicia. Se rumoreaba que estaba en Cuba, que regentaba una tienda de licores mientras disfrutaba de los placeres de la isla caribeña.

De fondo comenzó a sonar *No hay tregua*, de Barricada. Recorrió con la vista puesta en el pasado las paredes de la taberna. Ikurriñas por doquier, el *lauburu* de adorno, las fotografías antiguas de la villa, los *arrantzales*, las regatas en la bahía de la Concha, los mapas de *Euskal presoak* y los retratos de ilustres vecinos de la localidad: Lekuona, Perurena, Lasa...

Es el juego del gato y el ratón, tus mejores años, clandestinidad, no es difícil claudicar, esto empieza a ser un laberinto, ¿dónde está la salida?...

Hacía mucho que no visitaba Oiartzun, su pueblo natal. La excusa que encontró para ir fue la de visitar el Museo Luberri, un nuevo centro cultural dedicado al estudio y la divulgación de la geología, la paleontología y las ciencias de la Tierra. Prefería no volver y no recordar, olvidar aquella noche lluviosa cuando eligieron a su tío para acabar con la vida del alcalde franquista que gobernaba la villa. «Llama a su puerta y dile que traes un recado urgente del alcalde de Hernani», le contó su tío que ordenó el jefe de la banda. El primer político vasco asesinado por ETA y la primera víctima después de la muerte de Franco. Negó con la cabeza, ausente al entorno. Algo se retorció en su interior, como si comenzara a arrepentirse de los actos del pasado. Tal vez le ocurría como al viejo, estaba de vuelta de todo y llegaba la hora del cambio.

Este juego ha terminado mucho antes de empezar. Anónimo luchador, nunca tendrán las armas de la razón, pero cuando se aprende a llorar por algo también se aprende a defenderlo...

Un par de jóvenes entraron en el local. Hablaron entre risas con el tabernero y a continuación se sentaron en la mesa de al lado. Intercambiaron un par de miradas, y uno de los jóvenes lo saludó con la mirada, algo incómodo. Era el menor de los hermanos Lazkano. Conocía al mayor, dejó la organización años atrás y ahora trabajaba con su padre en el obrador de pan del pueblo; del tercero, el del medio, había oído que pasó un par de años a la sombra por violar a una menor. Vaya pájaros los Lazkano. El otro ni siquiera se percató del saludo, seguía riendo mientras daba buena cuenta del zurito. Los jóvenes no eran como antes, estaban en las musarañas y su principal preocupación consistía en tirarse a una chica cada semana, en conseguir algún dinero extra para gastar con los amigos y en trabajar lo menos posible. Sin embargo, él perdió sus años de juventud luchando por una causa, para que los jóvenes

de hoy en día pudiesen vivir en una tierra en libertad, ocupada aún por el enemigo, sí, pero libres de moverse por el territorio, sin controles policiales a la vuelta de la esquina, sin casas asaltadas por la noche por la Guardia Civil, sin redadas en las plazas de los pueblos, sin prohibiciones para manifestarse. Él apretó el gatillo para que otros gozasen de los privilegios.

Estás asustado, tu vida va en ello, pero alguien debe tirar del gatillo...

Apretó los dientes y se llevó el vaso a la boca. Sentía el muñón del brazo. Le picaba. A veces, en pesadillas oscuras y tétricas, le crecía en forma de garfio con el que ensartaba a sus víctimas por el cuello, otras se transformaba en una garra de velociraptor, parecida a la que hoy había visto en el Museo Luberri. ¿Sería eso de lo que hablaban los agentes? Los efectos secundarios del Dragón, unos dedos en forma de garras. No lo sabía, desde el atentado fallido mezclaba sueños, historias y hechos reales. Sí era un hecho que conocía la cueva de Torre desde niño, que fue utilizada durante el Paleolítico como refugio temporal de caza, la historia de los dólmenes que salpicaban el parque natural de Aiako Harria, la llegada de los romanos al valle, pero le había asombrado la riqueza geológica y paleontológica de la comarca de Oarsoaldea y que hubiesen encontrado restos fosilizados de un dinosaurio terópodo de gran tamaño.

De los altavoces emergió *Sarri, Sarri*, de Kortatu.

*Ez dakit zer pasatzen den, azken aldi hontan, jendea hasi dela dantzatzen
sarritan, zerbait ikustekoa du, bi falta direlako, «Recuento
generalean»,*

Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri,

Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri askatu,

Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, bi batu.

El picor fue extendiéndose hasta hacerse casi insoportable. Se acabó la sidra y salió al exterior. Sentir el viento sobre el rostro ahuyentó el maldito picor. Ocho pasos. Nueve. El móvil vibró una vez. En la pantalla un mensaje del viejo, claro y conciso: «Vía libre».

Asier se había quitado aquel ridículo traje gris que tanto le apretaba y que solo usaba para las grandes ocasiones. Pero tampoco iba con el uniforme de ertzaina, se había tomado la tarde libre y vestía unos cómodos pantalones vaqueros, una camisa a cuadros y una chaqueta de tergal. Tiró a una papelera el envoltorio de una chocolatina y se enjuagó la boca con el agua de una fuente cercana. Al fondo de la alameda del Boulevard donostiarra atisbó el quiosco rodeado de urbanitas. La estética modernista del quiosco presente en las columnas de fundición y en las vidrieras de colores apenas se veía entre tanta gente. El quiosco destilaba un aire francés de principios de

1900 y muchos creían erróneamente que su autor era Eiffel. Oyó unas campanadas que daban las siete. Llegaba justo a tiempo. Se abrió paso entre el gentío. Varios lo miraron recelosos. Conocía esas miradas, había asistido de infiltrado a varias manifestaciones a favor de ETA y sabía que veían en él a un policía que había venido a aguarles la fiesta. Al atisbar a Lourdes en el centro de los manifestantes, aferrando una pancarta, el corazón le dio un vuelco. Al principio no sabía muy bien qué hacía allí pero al verla todas las dudas se disiparon. Vivía solo con su madre y no mantenía relaciones sexuales sin pagar desde la universidad, cuando lo llamaban «bola de sebo» y una animadora del equipo de básquet se apiadó de él, y por despecho —su novio se había acostado con su mejor amiga— se le echó encima en una fiesta de cumpleaños. Recordaba la habitación toda de color de rosa y el póster de Jon Bon Jovi mirándolo mientras la chica jadeaba de placer. Solo fueron unos minutos y se fue muy rápido, pero el recuerdo ocupaba un lugar de honor en su memoria.

Cuando Lourdes lo vio, le hizo una señal con la mano y él se acercó igual que un corderito llamado por su madre. Se dieron dos besos en las mejillas. Ella le agradeció varias veces su presencia y le convidó a situarse a su lado. Asier aceptó y aferró una parte de la enorme pancarta. Las miradas recelosas cesaron y la gente dejó de prestarle atención.

Entre las organizaciones feministas, Asier solo reconoció la asociación Clara Campoamor. Se pusieron en marcha al grito de «¡Justicia!». Al invadir los tres carriles del Boulevard, y cortar el tráfico, Asier y Lourdes quedaron situados casi en el centro. La pancarta estaba en euskera y ocupaba la calle de lado a lado. Asier era incapaz de leer lo que ponía pero captó alguna palabra en los extremos. Vio a sus compañeros de la Ertzaintza y agachó la cabeza, temeroso de que lo reconocieran. Buscó con la mirada al *reportero*, el agente que grababa en vídeo a los participantes. Resultaba una práctica muy habitual y daba muy buenos resultados con las identificaciones. No lo vio. Seguramente no había venido, el juez Castillo había otorgado el permiso a la manifestación y la Ertzaintza se encontraba presente por motivos meramente de seguridad, para evitar altercados y que grupos antisistema radicales y violentos aprovecharan para instigar y provocar actos vandálicos. A mitad del recorrido, cuando se acercaban a los cubos de Moneo por el puente del Kursaal, Asier agarró a Lourdes de la mano y ella no se soltó hasta que finalizó la marcha en la plaza del Padre Claret.

Cayó en un sueño agotador. Se despertó con la sensación de haber dormido durante días y que ahora volvía a ser de noche, y que mientras dormía un asesinato más horrible que el de Lucía había sucedido. Echó un vistazo al reloj y vio que solo habían pasado dos horas desde que se había tumbado en la cama y había cerrado los ojos. Había soñado que estaba encerrada en una caja de madera, sofocada por la falta de aire. Llevaba casi una semana escondida en el caserío de su familia y ninguna

noche había dormido bien. Se preguntó si algún día llegaría a hacerlo. Las noches se convirtieron en un sentimiento de culpa por la muerte de Lucía, un delirio constante de alucinaciones y pesadillas donde los recuerdos vividos junto a su novia se confundían en los sueños. Se levantó de la cama y se movió entre las sombras de aquel hogar desconocido, carente de objetos personales y de recuerdos. Deambuló por la casa sin saber qué hacer, presa de la angustia de no saber cómo reaccionar. Sus pasos resonaban en la madera gastada del suelo. En la academia de Arkaute la habían formado para hacer cumplir la ley pero no para actuar contra ella. ¿Quién estaba preparado para vengar el asesinato de un ser querido?, ¿del ser más querido?, ¿para no dejarse llevar por las ansias de venganza y razonar con coherencia?, ¿para olvidar al corazón y actuar con la cabeza? Los médicos, los psiquiatras, los neurólogos, todos mentían: la muerte de un ser querido nunca se superaba. ¿Cómo suplir ese vacío? ¿No pensar en él, en ella? Se arrojó sobre la cama y lloró. De sus ojos brotaron las pocas lágrimas que aún le quedaban. Completamente exhausta, acabó por dormirse.

Sábado 8

Max entró en el laboratorio forense sin llamar. Los azulejos blancos que revestían las paredes parecían brillar más que nunca. Kepa manipulaba una sierra Dexter.

—Vaya, inspector, ni en sábado descansas, aunque no tienes buena cara —dijo Arkaitz.

—Cierto —reconoció Max. Aún no se había restablecido de la fiebre y la incriminación de Erika en un asesinato no le ayudaba a recuperarse.

—Estamos a punto de sacar el cerebro de este hombre —anunció Kepa mientras acercaba la sierra al cráneo del cadáver tendido en la mesa—. Se precisa un corte limpio, para que luego digan que los forenses no somos médicos, aunque sea médicos de muertos.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo Max, agarrando por el brazo a Arkaitz.

—Claro.

—Inspector, no te vayas. Estamos a punto de descubrir si este hombre fue envenenado por su mujer. Las toxinas se acumulan en el cerebelo y se sedimentan en la parte occipital. ¿No te parece fascinante el poder de la ciencia?

—Ya —otorgó Max mientras se desplazaba con Arkaitz a un extremo de la sala. Lo que menos le apetecía en esos momentos era contemplar la masa viscosa y arrugada de un cerebro.

—¿A qué viene tanto secreto?

—No es secreto, hoy tengo prisa. Deja a tu hermano trabajar y dime todo lo que sepas sobre las serpientes y sus simbolismos.

—Por el tatuaje de Galder.

—Sí —reconoció Max. Estaba obcecado en la idea de que la clave se hallaba en el tatuaje y en lo que quiso decir Galder al modificarlo. Ya en el pasado cometió el error de no perseguir dragones y casi le costó la vida a Cristina. No quería que ocurriese lo mismo con Erika—. Háblame más de dragones y serpientes, de los simbolismos y su significado.

—Desde la Antigüedad, se ha relacionado a los dragones con las serpientes. En algunos relatos se representan con un cuerpo similar al de un réptil; de hecho, la palabra *dragón* proviene del latín *draco*, y esta del griego *drakon*, que significa serpiente. En cuanto a su simbología, según algunas culturas y religiones, tanto el dragón como la serpiente tienen connotaciones positivas. Por ejemplo, el dragón simboliza poder, espiritualidad, grandeza, bondad, nobleza; la serpiente es símbolo de renovación, prudencia, sabiduría y de las fuerzas de la naturaleza. En cambio, en otras culturas y religiones el dragón representa el caos, la destrucción, el Diablo, el obstáculo que vencer, el enemigo; la serpiente, lo negativo, lo más despreciable,

Satanás, la tentación, las fuerzas malignas...

—¡Me gusta más el primer significado! —voceó Kepa, intentando enterarse de la conversación. Había desconectado la sierra para escuchar a su hermano.

—Hay numerosos dragones y serpientes destacables a lo largo de la historia —prosiguió Arkaitz—. Por ejemplo, Amaru, de la mitología inca, una deidad en forma de serpiente alada a la que se relaciona con el agua y los cultivos. Apofis, serpiente gigante que para los egipcios simboliza las fuerzas del mal y la oscuridad. Mushussu, una criatura de la mitología mesopotámica, un dragón alado creado por Tiamat para invadir la tierra y el cielo, que tras ser derrotado estuvo al servicio del dios Marduk. Ladón, que en la mitología griega es un dragón de cien cabezas que protegía las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. También hay dragones menos conocidos, como Nidhogg, de la mitología nórdica, que habita en el inframundo, tortura a las almas y mordisquea las raíces del Árbol de la Vida. Quetzalcóatl, en Centroamérica, es la serpiente emplumada que simboliza la dualidad espíritu-materia presente en el ser humano, Kukulcán para los mayas y Amaru para los quechuas. En Oriente, Shenlong o Shinryu es el dragón espiritual que rige la lluvia y el viento. Wyvern es el dragón que aparece en los blasones, y alude a los dragones medievales como el de la historia de san Jorge; ha llegado hasta nuestra cultura, la noche de San Juan y las hogueras, la fiesta de San Jordi en Cataluña... Y así podíamos seguir todo el día.

—Ya —convino Max. Itziar también había mencionado algunos de esos nombres. Los anotó mentalmente. De momento no cruzaría esa puerta, desconocía adónde llevaba, pero la mantendría abierta por si tenía que cruzarla en un futuro.

—Demasiados nombres, ¿eh, inspector? —gritó Kepa al tiempo que ponía en marcha la sierra.

—Gracias, Arkaitz.

—De nada, inspector, siempre es un placer. Vuelve cuando quieras.

Antes de salir aún le dio tiempo de ver cómo Kepa perforaba el cráneo del cadáver.

—Por lo menos no veré cómo saca el cerebro y lo guarda en un bote —murmuró para sí.

Erika se sentó en un taburete alto de la cocina y repasó la última semana. Huyó de su casa de Hendaya con el cuerpo de Lucía aún caliente sobre la cama. Condujo sin pensar, con las lágrimas abrasándole el rostro, hasta aquel aparcamiento de San Juan de Luz donde abandonó su coche. Llamó a Max desde una cabina de teléfono y le contó lo ocurrido. Después sacó todo el dinero que pudo de un cajero cercano y anduvo por la carretera. Un joven gitano a bordo de una furgoneta de reparto la recogió en la vereda. Fue una suerte. La opción de hacer autoestop nunca se le habría ocurrido a ella. La dejó en Biarritz, donde tomó un autobús de línea hasta Bayona.

Todo lo hizo ocultando el rostro con una gorra y el cuerpo bajo un chubasquero. Conocía la forma de actuar de la Policía, dónde estaban las cámaras de seguridad, las preguntas que hacían a los revisores, así que le era relativamente fácil pasar desapercibida. En Bayona pagó a un mendigo para que le comprase un billete de tren a Irún. Tomó el tren cuando el jefe de estación hacía sonar el silbato de salida. Pasó parte del trayecto en los servicios, y escondida tras el periódico *Le Monde*. Aquellos diarios franceses, tan grandes, parecían hechos para ocultar la cara de los lectores. Cogió un taxi hasta la primera fábrica de Lácteos Zurutuza, SA, que fundó su padre, ubicada a las afueras de Irún. Se llevó un coche de empresa, una vieja furgoneta Renault Kangoo. El encargado la conocía de algunas visitas y no hizo preguntas, y cuando las hiciera ya sería tarde. Se dirigió a un supermercado provisto de aparcamiento subterráneo. Llenó el maletero de comida, no era raro que una mujer hiciese la compra del mes, y se dirigió a Hernani, al caserío Etxekapare, que estaba abandonado desde hacía unos años. Le extrañó, tras forzar la puerta, que hubiese dos vasos sucios en la fregadera, que la luz funcionase y que todo estuviera recogido, como si alguien usase el caserío de vez en cuando. Por eso los primeros días no paró de mirar por la ventana, esperando que el intruso hiciese acto de presencia. Salió de la propiedad en contadas ocasiones. La primera para observar desde la carretera si había dejado alguna pista. El coche no se veía, oculto detrás de la casa, y la finca, jardín incluido, parecía abandonada. La ausencia de vacas y la hierba alta también ayudaban. Los demás días, dos para ser exactos, salió a caminar, a sentir el aire frío y el olor a campo que tanto le recordaba a su niñez. Pero según pasaba la semana la rabia se apoderó de ella y un sentimiento de venganza fue creciendo en su interior.

Se levantó a por un vaso de agua del grifo. Luego volvió al taburete y rumió los próximos pasos que debía dar. Aún le quedaban provisiones para aguantar otras dos semanas, y dinero suficiente. El móvil lo había destruido; sabía cómo se las gastaban los de la Científica con la señal GPS. No podía volver a usar la tarjeta de crédito ni la cuenta corriente, en cuanto pisase una sucursal estaría perdida, pero siempre había sido previsora y guardaba dinero en metálico y una pistola en una consigna de Correos, personal y anónima, que nadie salvo ella conocía. Sentía que había llegado la hora de salir del escondrijo, así que bajaría andando por el camino boscoso, al atardecer, cuando la luz del sol se extinguía poco a poco. Usaría el transporte público para ir a Donosti y accedería al contenido de la consigna. Se cambiaría el look tal como dijo Luis Mari: pelo corto, de punta y teñido rubio. Se haría con unas gafas con cristal neutro, un bolso bandolera para llevarlo cruzado, unos pantalones vaqueros raídos y una chaqueta de cuero. Donosti estaba llena de estudiantes. Alquilaría una habitación en una pensión de la Parte Vieja, si pudiese ser en una residencia de estudiantes mucho mejor, y la utilizaría como segunda opción. Tener solo un sitio para esconderse era tentar a la suerte. Se apuntaría a un curso de idiomas, o de escritura, alguno en que diesen material, una carpeta con el logo del curso o algo equivalente le bastaría. Adquiriría en un pakistaní un móvil de prepago, a ser posible

robado, de los que se conocían como «quemables». Entonces estaría preparada para investigar y descubrir al asesino de Lucía.

Itziar repasó una vez más las fotos de la tablilla que le había proporcionado Eneko hacía unos años, cuando se conocieron y aún no eran amantes. Fue el nexo entre ellos, un próspero y guapo empresario en busca de una profesora de historia para obtener respuestas. Solo que la profesora resultó ser una solterona aburrida y no le dio las respuestas que él buscaba, sino otras. No había sido una mala relación ni se arrepentía de nada. La vida estaba para vivirla, caerse y volver a levantarse. Eneko había sido el aliciente picante que faltaba en su vida y ahora le devolvería el favor a pesar de que ya solo se acostaba con ella por despecho, y cuando discutía con su mujer. Lamentablemente los períodos de abstinencia se prolongaban cada vez más en el tiempo. Tal vez no le estaba mintiendo y de verdad su mujer padecía cáncer. Últimamente no tenía buen aspecto y él siempre respondía que era por su hija, que hasta que no apareciese no mejoraría. La vida era extraña y no había quien la entendiese. Tanto dinero y para nada. Quizá los filósofos tenían razón y la felicidad no podía comprarse. Extendió las fotos una vez más en la mesa de la cocina. El plafón del techo proyectaba una luz cilíndrica sobre ellas. Estaba cerca de descubrir el ingrediente secreto. Se levantó con una taza de café en la mano, no tenía intención de irse a dormir hasta que no adelantara unos capítulos del libro. Debería ir pensando en la portada, en la escueta biografía de la contraportada y en la fotografía. Esa parte le daba mucha pereza. Si por ella fuera, firmaría con un seudónimo y pondría una foto anónima, un rostro velado en blanco y negro. Pero no, ya había hablado con la editora y tenía que implicarse, eso que decían de que los escritores se dedicaban a escribir y los editores a vender era una patraña, iba apañada si pensaba que cuando concluyese la escritura ya se podía sentar en el sofá a esperar que los *royalties* inundasen su cuenta. El dicho de «descansa que ya has hecho tu labor, ahora déjanos a nosotros», en la literatura, o al menos en los libros de historia, no se cumplía. Retiró la cortina y miró al exterior. Desde su segundo piso se veía parte de la calle, débilmente iluminada por las farolas a esa hora de la noche. Sintió un escalofrío. Y no era de frío. Desde hacía unos días tenía la impresión de que alguien la vigilaba. Oteó la calle desierta, ni siquiera un perro abandonado surgió de entre las sombras. Se dijo que era una boba, Irún era una buena localidad, su calle estaba algo apartada del centro pero también era una buena zona, no tenía de qué preocuparse. Ningún sumerio vendría a secuestrarla ni a pedirle el trozo que faltaba en la tablilla. En realidad no tenía nada, era una insulsa profesora de historia cuya mayor emoción en la vida había sido encontrar el cuerpo del pobre estudiante en el Museo Chillida-Leku. Seguramente tomarle esas fotos había sido un error, pero ya nada podía hacer para enmendarlo, y además las imágenes no estaban en su poder, aquel larguirucho inspector y la hija de Eneko se las habían quedado, cámara incluida. Se apartó de la

ventana. Volvió a sentarse a la mesa y dio un sorbo al café, más tranquila. Al día siguiente por la mañana compraría una cámara nueva. Comprarse algo siempre le hacía sentirse mejor.

Domingo 9

El inspector observaba a la gente que transitaba por la plaza que separaba el teatro Victoria Eugenia del hotel María Cristina. Los dos edificios estaban unidos desde su inauguración en 1912, e igual que dos hermanos gemelos habían tenido vidas paralelas. Su primera época de esplendor coincidió con la Belle Époque donostiarra, durante la cual San Sebastián se convirtió en el centro europeo de reunión de las clases acomodadas gracias a la presencia de la reina Isabel II. Teatro y hotel colgaban siempre el cartel de completo. La segunda época dorada fue en los años cincuenta, con la creación del Festival Internacional de Cine, cuando las estrellas del celuloide se alojaban en el hotel y caminaban por la alfombra roja hasta el teatro para ver las proyecciones.

Sentando en un banco de la plaza de espaldas al río Urumea, Max jugaba a adivinar las vidas de los transeúntes. Este es abogado, esta es médica, esta es okupa, este es vendedor, esta es jueza. Llevaba más de media hora esperando y empezaba a creer que se había equivocado. Volvió a mirar en la pantalla del móvil el mensaje tan enigmático que había recibido por la mañana proveniente de un número oculto: «Al mediodía donde se encuentra el marino, soldado y cristiano de los cien combates. E.». No podía ser otra que la escultura en bronce que se alzaba en los jardines de la plaza en homenaje a Antonio de Oquendo, el insigne almirante donostiarra. El texto del pedestal, que presentaba alegorías de la guerra en hornacinas y varios relieves en bronce de sus hazañas, no dejaba lugar a dudas:

Al gran almirante
D. Antonio de Oquendo,
experto marino, heroico soldado,
cristiano piadoso,
que al declinar el poderío
de España supo mantener en cien combates
el honor de la patria,
dedica este tributo de amor
la ciudad de San Sebastián,
orgullosa de tan preclaro hijo.
1577-1640

Conocía la historia del almirante por Joshua: su reclusión en el convento de San Telmo, el mando de la flota de Indias, los tejemanejes con el conde de Olivares, los combates en Abrojos y en las Dunas, y su obstinación en no desembarcar en su casa de Pasajes y proseguir rumbo a La Coruña, donde falleció confundiendo el tronar del fuego del Corpus Christi con los cañones de su galeón *Santiago*.

Contempló el edificio renacentista del teatro, que albergaba en su planta baja las

oficinas del Festival de Jazz y del Festival Internacional de Cine, y evocó sus primeros años en San Sebastián, cuando se permitía el lujo de ir al cine. Una mujer joven se sentó a su lado. Iba a levantarse para marcharse cuando reparó en que se estaba riendo.

—No te había reconocido —dijo Max, y se levantó. Puso el pie sobre el banco y mientras se ajustaba los cordones de los zapatos oteó los alrededores. Decenas de urbanitas andando hacia su destino.

—Tranquilo, llevo un par de horas por la zona y no he visto a nadie sospechoso. O nos están observando desde una azotea con prismáticos o estamos solos.

—¿Estás bien? —preguntó Max mientras se sentaba.

—Todo lo bien que una puede estar cuando asesinan a su novia, pero sí, la etapa de llorar ya ha pasado.

—Vaya cambio. Rubia y con el pelo de punta. Pareces una okupa.

—¿Te gusta? Los Jairo son unos artistas. He pasado un par de veces por delante de ti y no te has dado ni cuenta.

—Lo que más me gusta son las gafas, te quitan años de encima...

—También me voy a hacer un tatuaje.

—¿Y eso?

—En homenaje a Lucía. Nunca la olvidaré, veré el tatuaje y me acordaré de ella. ¿Qué sabes del caso? —preguntó Erika seria.

—Poco. Te buscan como principal responsable del asesinato. —Max no se atrevió a pronunciar el nombre de Lucía—. Tienen tus huellas dactilares en el cuerpo, tu arma reglamentaria coincide con el arma utilizada, un móvil: celos; además de otras suposiciones.

Max decidió omitir la teoría de que Galder se acostaba con Lucía y que era también la principal sospechosa de la muerte del estudiante. A nada bueno conduciría preocuparla más de lo debido.

—¿Qué suposiciones?

Erika quería escuchar todo lo que sabía y suponía la Policía, tener toda la información posible antes de actuar.

—Un padre acaudalado que te protege, una organización criminal que te respalda, una cámara con fotos comprometedoras...

—¿Fotos?, ¿qué fotos?

—Las de la cámara de la profesora de la escuela. ¿Qué hiciste con ella?

—Ni me acuerdo. La dejé encima de la cómoda.

Calló que había agotado el carrete autorretratándose en la casa de Hendaya, con la idea de hacer un *collage* con esas y otras fotos y regalárselo a Lucía por su aniversario.

—Pues ha desaparecido. Aparentemente, alguien estaba interesado en las fotos del museo.

—El mismo que asesinó a Lucía —murmuró entre dientes Erika.

Una pareja pasó cerca del banco, tirada por dos perros pastores. Cuando se alejaron, Erika preguntó:

—No sé por dónde empezar. ¿Qué debo buscar?

—Ni se te ocurra investigar por tu cuenta, tú sola. Permanece escondida y déjanos a nosotros.

—¿A quiénes? Media Policía me busca a mí en vez de buscar al verdadero culpable. Si no lo busco yo, nadie va a hacerlo.

Max suspiró. Erika le recordaba a sí mismo en sus tiempos de cadete, cuando comenzaba en la comisaría de Carabanchel. Se quería comer el mundo y al final el mundo se lo comió a él. Pero tenía claro que ella era igual o más tozuda y optó por no gastar saliva en convencerla. Miró hacia la izquierda, donde el hotel se alzaba majestuoso sobre el horizonte donostiarra, y luego a su compañera. Durante un instante su mente la transformó en Mata Hari, uno de los muchos personajes históricos que se habían alojado en el hotel María Cristina en la Belle Époque.

—Encuentra a Xabier y encontrarás al asesino. Él jura y perjura que no mató a Galder, pero estoy seguro de que sabe quién lo hizo, y creo que hablamos del mismo culpable. Xabier te llevará hasta él. Si averiguas qué tenían en común Galder y Lucía tendrás medio camino recorrido.

—Espero que lo que tuvieron en común no sea yo.

Erika se levantó y se perdió entre la gente. Max no hizo ademán de detenerla y la vio alejarse con andar sereno. Se preguntó cuánto tiempo volvería a pasar hasta que se pusiera de nuevo en contacto con él. No importaba, se dijo, lo fundamental era que la volviese a ver con vida.

Igor observó la cámara con su único ojo, oscuro e intenso, que parecía captarlo todo. Aquel par de brutos se habían cargado la cámara para sacar el carrete. La apertura trasera no cerraba y el objetivo estaba resquebrajado. La depositó sobre la mesa y sacó las fotos de la carpeta. Contra cualquier pronóstico, las imágenes tomadas en el Museo Chillida-Leku eran las que menos le interesaban. La sustancia se encontraba en las primeras y las últimas. Las primeras eran fotos de un viaje a Roma (Coliseo, Capilla Sixtina...) de dos tortolitos, uno de los cuales era el empresario Eneko Zurutuza. Lo conocía bien, había pagado fielmente año tras año el impuesto revolucionario. A la garrapata de pelo encrespado no la conocía, pero a juzgar por cómo se arrimaba a Zurutuza en la Fontana de Trevi era una amante muy pero que muy posesiva. Seleccionó dos de aquellas fotos, nunca se sabía cuándo podría necesitarlas, el dinero volaba y la posibilidad de un chantaje nunca venía mal. Lo complicado sería engañar al viejo; con aquel par de pánfilos había sido fácil, les ordenó coger la cámara de fotos y le habían revelado el carrete sin preguntar ni intuir que las fotos eran un encargo que su jefe le había hecho a él. Las cinco últimas también tenían jugo: la primera después de las del museo mostraba una parte del

puerto y numerosas personas. Estaba tomada desde el Aquarium y por más que miraba no lograba ver a quién había pretendido captar el fotógrafo con el objetivo. El enfoque era pésimo, así como el encuadre, y poco o nada sacaba en claro por más que la miraba y remiraba. La cuarta foto era todo lo contrario. Mostraba a un tipo de pelo largo y oscuro, enfundado en una sotana, detrás de lo que parecía un mostrador de un local de tatuajes. Según el negativo, la imagen se había tomado media hora después de la anterior; en San Sebastián había pocos sitios de tatuajes, en el centro menos y a un cuarto de hora a pie del puerto no podría haber más que uno. Mañana haría una visita al tipo, a ver qué le sonsacaba. Las tres restantes eran *selfies* de la poli lesbiana en su casa de Hendaya. Pobrecita, era fea con ganas, aunque para un trabajillo ya le servía. Se la veía frente al espejo del baño, de pie en el salón y sentada en un taburete alto de la cocina, en todas mostraba una sonrisa de niña. También las guardaría, le serían sumamente valiosas cuando saliese a cazarla. Disfrutaría como con la mayoría de los encargos. Odiaba a la Ertzaintza y lo que representaba, se creían la Policía del pueblo y no eran más que los perritos falderos de la Guardia Civil.

Llamaron a la puerta con los nudillos. Tres toques y, tras un intervalo, dos más. La señal convenida. Miró el reloj. Las 19.03 horas. Los pánfilos eran puntuales. Nadie más podía ser. Utilizaba la habitación solo para quedar, su vivienda actual en el pequeño piso alquilado de Amara seguía siendo un secreto, no le apetecía que ni el viejo ni nadie supiese dónde se hospedaba, dormía más tranquilo si creían que podían encontrarlo en aquella pensión de mala muerte de la Parte Vieja donostiarra. Escondió todas las fotos seleccionadas bajo el colchón. Abrió la puerta y al ver lo esperado fue a sentarse otra vez. Desde su posición escrutó el rostro de los dos hombres que le había enviado Xabier. Tuvo que ladear la cabeza un poco a la derecha para no perder amplitud de visión, debía paliar con giros de cuello el alcance visual de un solo ojo. No le eran desconocidos y no habían cambiado mucho desde la última vez, aquellos dos agentes seguían siendo contrarios pero complementarios: Gordo tenía la cara abotargada, las orejas pequeñas y pegadas al cráneo, los ojos chiquitos y la nariz chata; Flaco, la cara alargada, las orejas grandes y separadas, los ojos saltones y la nariz aguileña. Gordo era fuerte y pesado; Flaco, débil y ligero. Siempre iban juntos a todas partes, a pesar de no tener parentesco alguno que los ligase. Lo único que los emparejaba era su idiotez, los dos eran lentos de reflejos, atolondrados y carentes de inteligencia. Sin embargo, la compenetración entre ambos era perfecta, como si estuviesen conectados por telepatía; cuando la cosa se ponía fea cada uno hacía lo que debía y para lo que servía.

—Aquí tenéis la cámara, quedáosla, y las fotos también, solo que estas son para vuestro jefe —dijo Igor.

Gordo cogió la cámara y Flaco la carpeta con las fotos.

—Es también el tuyo —replicó Flaco.

—¿Algo más? —preguntó Igor, ignorando la réplica. Se atusó su poblada barba negra.

—Esto es para ti. —Flaco hizo un mohín despectivo. Le tendió un sobre pequeño.

A Igor no le hizo falta abrirlo para saber qué contenía. Fecha, hora y lugar de la cita con la otra lesbiana. El dinero llegaría más tarde; el viejo tenía la costumbre de pagar bien pero solo al final, lo que en el gremio se conocía como «un completo»: trabajos bien remunerados pero con el inconveniente de quedarse en nada si no se completaban.

—¿Y la bola de grasa no habla? —inquirió Igor, mirando al Gordo.

—No sé qué ve el jefe en un tullido como tú. Nosotros podemos hacer mejor el trabajo y por menos dinero —respondió Flaco, mientras Gordo tensaba los músculos.

Igor tamborileó con los dedos en el borde de la mesa. Había conseguido provocarlos. Evaluó la situación. Flaco era presa fácil de la Remington y Gordo también, pero la bola de grasa estaba lo suficientemente cerca para abalanzarse sobre él. Gordo no moriría de un solo tiro, y no dispondría de dos: lo aplastaría con su peso y lo asfixiaría. Tendría que ser el primer objetivo, un disparo certero en la frente, pero entonces Flaco tendría su oportunidad. Tocaría disparar a Gordo y agacharse bajo la mesa. Mal asunto. Rio de nuevo. Le recordó a una situación parecida ocurrida en Biarritz con dos *txakurras* y que tampoco pasó a mayores.

—Os llamaré cuando haya completado el trabajo para que paséis a por el paquete —dijo Igor. Sacó un móvil de la chaqueta y lo dejó en la mesa.

Flaco cogió el aparato y lo observó con ojos curiosos.

—¿De dónde has sacado esta porquería? Nosotros no trabajamos así, ya tenemos un móvil en el que se nos puede localizar.

—Ya, uno en el que os puede localizar cualquiera. En este, solo yo conozco el número y solo yo os haré la señal convenida.

—¿Por qué le recogemos la basura? —soltó Gordo, aún molesto por el comentario anterior, dirigiéndose a su compañero.

—Adivina —dijo Flaco, entre risas y mirando la manga izquierda de la camisa, que colgaba inerte y ocultaba el muñón de Igor.

El exetarra rozó con la yema de los dedos la culata de la Remington, pegada bajo la mesa con cinta adhesiva. Incluyó la cabeza y los miró como si los apuntara con el cañón de la pistola.

—Vámonos —dijo Flaco, guardándose el móvil en un bolsillo del pantalón.

Gordo gruñó contrariado y salió por la puerta detrás de su compañero.

Lunes 10

Max conocía el Wimbledon English Pub, ubicado en Ondarreta, cerca del Peine del Viento, gracias a Cristina. Le encantaba la entrada estrecha y oscura, el piso de madera que crujía a cada paso, los carteles de torneos antiguos, las fotografías en blanco y negro de tenistas de otras épocas, las viejas raquetas de madera que colgaban de las paredes, el piano en el centro del salón —nunca había visto a nadie tocarlo— y la cantidad de licores que adornaban el techo y el fondo de la barra de roble macizo. Destilaba un aire al Londres victoriano, y en cierta manera le recordaba al Moby Dick's. Era uno de esos locales que a Xabier le hacía plantearse el paso del tiempo. Estaban en la terraza, viendo cómo un profesor de tenis luchaba por que un joven imberbe aprendiera a coger la raqueta y a golpear la pelota en una pista de tierra batida. Las demás mesas estaban vacías.

—Es muy malo —comentó con voz queda Cristina. Daba buena cuenta de una ensalada que, por lo que decía la carta, se llamaba Ensalada Real Club Tennis.

—Me imagino que aprenderá a base de golpes, como se aprende todo en esta vida —replicó Max. Únicamente había pedido un café con hielo, a las once de la mañana su estómago no soportaba alimentos.

—No tiene madera de tenista, y eso no se aprende. He visto a muchos jóvenes tenistas cuando venía con mi madre, le gusta mucho este sitio, veníamos paseando desde la Concha hasta el Peine, y luego almorzábamos aquí. Apenas ha cambiado desde entonces, por eso me gusta venir. Aparte de que la ensalada está riquísima.

—Es curioso el nombre, ¿no?, Wimbledon, cuando todas las pistas son de tierra batida.

—Me parece que solo se refiere al pub, la gente suele llamarlo Tennis por el Real Club de Tennis de San Sebastián, uno de los clubes con más solera del mundo.

—Pues no conozco a ningún tenista vasco.

—Berasategui es vasco, y antiguamente muchos pelotaris se pasaron al tenis y se hicieron muy famosos. El caso de Jean Borotra es el más conocido, nació en Biarritz y...

—Biarritz está en Francia.

—En el País Vasco francés —corrigió Cristina. Max asintió, cuando su novia sacaba a relucir el patriotismo no había quien la contradijera—. Era más vasco que francés, si no por qué iban a llamarlo el Vasco Saltarín. Saltaba a la cancha con *txapela*, como Atano III, jugaba desde el fondo de la pista y la influencia de la pelota vasca era tan marcada que no utilizaba el revés cuando le venía la bola a la izquierda, se cambiaba la raqueta de mano. —Se llevó un tomate cherry a la boca antes de proseguir—: Ganó dos Roland Garros y un Wimbledon, y derrotó a Lacoste en más

de una ocasión. Formó parte de los míticos Cuatro Mosqueteros que arrebataron la copa Davis a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Gestapo lo envió a un campo de concentración y después a un castillo austríaco, que era una cárcel para presos ilustres.

—Vaya, sí que sabes de tenistas.

—Por mi madre. Me contaba muchas historias cuando de pequeña veníamos a almorzar aquí.

—¿No vais a hacer las paces?

—Es ella la que tiene que hacer las paces. Yo no tengo ningún problema con ella, pero que deje de cuestionar lo que hago con mi vida. Todo le parece mal.

—Pero desde el embarazo estáis más unidas, ¿no?

Max había captado alguna conversación mientras hablaban por teléfono.

—Tal vez. Ahora que va a ser abuela le preocupa más el estado de salud del bebé que el mío.

Profesor y alumno habían acabado la clase teórica y comenzaba la práctica. Se oía de fondo el golpeo de la pelota con la raqueta.

Plob. Plob.

—¿Quieres conocerla? —aventuró Cristina.

De haber estado comiendo, Max se hubiese atragantado.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

—¿A quién?, ¿a tu madre?

—¿A quién, si no?

Max retorció un purito con los dedos. Le apetecía fumar, pero desde el embarazo no fumaba en presencia de Cristina. Y cada vez le quedaban menos reductos, ni en el despacho del comisario ni en sitios públicos y cerrados.

—¿Qué tal el ambiente en la universidad? —preguntó, cambiando de tema.

—Fatal, al menos entre los compañeros de Galder. Nadie quiere recordar el horror de hace un año. Tu amiga Leire está muy afectada. Hace tiempo que no la veo, creo que se ha tomado unos días de vacaciones.

—¿Y qué tal el nuevo decano?

—El pobre no sabe cómo actuar, el puesto le viene grande.

Plob, Plob.

Tras un intercambio de golpes el joven tiró la pelota a la red. El profesor negó con la cabeza y sacó otra bola del bolsillo.

—Mira —dijo Cristina, soltando el tenedor—. Se ha movido.

Max puso una mano sobre el vientre pero no notó nada. El embrión que crecía en su interior no tenía ni dos meses de vida, y aunque la mayoría de sus órganos ya se habían desarrollado, debía de medir unos catorce milímetros y pesar en torno a dos gramos. Sin embargo, Cristina estaba convencida de que percibía su movimiento.

Plob.

Solo un golpe duró la nueva pelota antes de estrellarse contra la red. El profesor dejó caer la raqueta y se acercó al chico. Gesticulaba con las manos y pateaba la tierra rojiza. Hacía ímprobos esfuerzos por no alterar la paz del lugar.

—No sé si será buena idea —soltó Cristina, mirando hacia la pista sin ver a los tenistas. Parecía que se hallaba en otra dimensión.

—¿El qué?

—Conocer a mi madre —respondió tras unos segundos de silencio, saliendo del trance.

—No —dijo Max, y se tapó la cara con una mano. Por un lateral de la pista, cuatro hombres entrados en años y con palas de pádel se dirigían al fondo del club. La silueta baja y gruesa de uno de ellos le resultaba familiar.

—¿Cómo? —balbuceó Cristina, aún sorprendida por la tajante negativa de Max.

—No, no, no me refería a tu madre. Estaba hablando en voz alta. ¿Hay pista de pádel aquí? —preguntó sin dejar de observar al cuarteto.

—Sí, creo que han puesto un par al fondo, por donde van aquellos —contestó siguiendo la mirada de Max—. ¿Pasa algo?

—Nada, creí ver a un antiguo amigo de Madrid.

Estaba casi seguro de que entre ellos iba el juez Castillo junto a un secretario judicial.

—Ya —dijo Cristina poco convencida.

—Me tengo que ir —anunció Max, apurando el café.

—¿Esperas a que acabe?

—Claro. —Le dio un beso en la mejilla—. Joshua ya sabe que siempre llego tarde.

Se despertó a las siete de la mañana. No tenía despertador, ni falta que le hacía, el sol que penetraba por las ventanas del caserío era la alarma más natural. En zapatillas y albornoz calentó un poco de agua y se hizo un café bien cargado. Mientras se lo bebía comprobó desde la ventana de la cocina que nadie rondaba por el bosque. Se comió un par de galletas antes de ducharse. La alimentación ya no suponía una de sus prioridades, así que al huir de Hendaya había abandonado la dieta que seguía a raja tabla. Tras la ducha se aplicó más tinte de color rubio platino. Lo bueno de llevar el pelo corto es que no hacía falta peinarse, con un poco de gel fijador era suficiente. Se vistió con los pantalones vaqueros raídos —agrandó un poco más el agujero de la rodilla—, una camiseta de colores —aunque no tanto como para parecer una *hippy*— y una cazadora vaquera. Se calzó unas cómodas zapatillas de correr. La bandolera cruzada y las gafas constituían el toque final. No reconoció a la mujer que la miraba desde el otro lado del espejo. Bajó la caja que escondía en lo alto del armario y la depositó sobre la cama. La caja de la consigna. Sacó unos cuantos billetes y los metió en la bandolera junto con una carpeta, unos paquetes de pañuelos de papel y un

pequeño neceser con maquillaje. Sopesó la pistola: una Glock 19 Compact 9 milímetros, ligera y pequeña. Un arma *fantasma*, jamás disparada, sin historial delictivo. La escondió en un bolsillo oculto del interior del bolso. Pasó por la cocina y cogió de la alacena el móvil nuevo desde el cual había mandado el mensaje a Max. Una vez más miró por la ventana antes de salir al exterior. Cerró la puerta y la trancó al suelo con un madero; había roto la cerradura y no entraba entre sus planes llamar a un cerrajero.

El día era caluroso para ser primavera. Unas tímidas nubes salpicaban un cielo azulado, más propio de una tarde de agosto. Se remangó las mangas de la cazadora y echó a andar por el sendero empedrado que llevaba a la carretera. Al llegar se situó en el margen izquierdo para ver a los coches circular de frente y caminó en dirección a Hernani. Después tomaría el autobús a San Sebastián.

Pocas embarcaciones navegaban por la bahía de Pasajes al mediodía. De vez en cuando surcaba el agua una lanchita, con uno o dos pasajeros a bordo y un pequeño motor en la popa, alguna calera en busca de pescado y alguna trainera que bogaba al compás de una docena de remos, del remero de proa y de los gritos del patrón. El inspector caminaba por el estrecho sendero que serpenteaba entre la falda del monte Ulía, pegado al mar, con el sabor del salitre en la boca y el olor a pescado en la nariz. Había sitio suficiente para que pasase un coche, pero no estaba seguro de que estuviese permitido. En cualquier caso, él había optado por dejar el Mustang Cobra en un aparcamiento de la plaza y caminar hasta Albaola, la factoría marítima vasca ubicada en un espigón. No solía visitar Pasajes y la vista de su bahía, una especie de fiordo natural, le sorprendió gratamente. En cierta manera, se le antojaba similar al puerto de San Sebastián: la colorida balconada de pescadores, las casas de piedra, las callejuelas angostas y los transeúntes; edificios y habitantes de épocas pasadas. Según andaba por la bocana occidental del puerto en dirección al mar, alternaba la vista con la bocana opuesta, a apenas doscientos metros, a tres minutos en motora, donde el monte Jaizkibel se elevaba a sus pies: San Pedro y San Juan, distritos separados por el mar y orientados hacia la bahía. En algunos balcones ondeaban banderas moradas, el color del club de remo de San Pedro, en constante competencia con el rosa de sus vecinos. Se contaba que la enconada rivalidad de traineras venía de la época de la caza de ballenas, cuando ambos vecinos pugnaban por descargar el botín obtenido. Aunque en la última regata de la Concha se impuso el verdinegro de Kaiku, varias banderas de la competición donostiarra nutrían el palmarés de ambos clubs, lo cual, para ser distritos de apenas tres mil habitantes, representaba todo un logro.

Cuando llegó a Albaola se topó con un edificio que parecía más una fábrica industrial que una factoría de barcos. Dentro, un chico imberbe quiso cobrarle la entrada pero al mostrarle la placa se hizo a un lado y le invitó a pasar. Subió por unas escaleras. Joshua estaba al fondo de la nave, casi escondido entre maderas y

cabestrantes.

—Un poco lejos para quedar, ¿no? —dijo Max al llegar a su altura.

—Pensé que te gustaría ver la construcción de una nao del siglo dieciséis.

El irlandés señaló con la mano hacia abajo. Estaban en una balconada que recorría toda la galería, a unos tres metros del suelo, desde donde los visitantes tenían una vista privilegiada de la construcción.

—Es espectacular —reconoció Max mientras paseaba la mirada por el suelo de la nave, donde descansaba la quilla de una embarcación. Tendría unos treinta metros de largo por seis de ancho.

—La nao *San Juan*, un ballenero construido en Pasajes a mediados de 1500. Ejemplo perfecto de los buques de carga que zarpaban de nuestra tierra hacia Terranova. Se hundió en la costa de Canadá, en las inmediaciones de la localidad de Red Bay, y a finales de los setenta fue descubierto por un equipo de arqueólogos; se conservaba en muy buen estado a pesar de los siglos transcurridos desde su naufragio.

—Increíble.

—Sí, a solo diez metros de profundidad. Y gracias a las bajas temperaturas de la zona y a la vegetación y al fango que cubrían la estructura, la madera se ha conservado casi intacta, en perfectas condiciones anaeróbicas. Todo un milagro. Hay que reconocer que los canadienses han hecho un trabajo excelente, hasta han levantado un museo en la costa, y han conseguido rescatar y reproducir una chalupa ballenera que se hundió junto con la nao. Han descubierto también otros pecios, atalayas para otear ballenas, hornos para fundir grasa de ballena, arpones... Por eso, este año el conjunto arqueológico de Red Bay ha sido designado patrimonio de la UNESCO.

—¿Y esto es una reproducción?

—En efecto: una quilla de haya, una estructura de roble, mástiles y vergas de abeto, todas maderas seleccionadas en los montes vascos, sogas de cáñamo..., tal como se construía antiguamente. Un reflejo del esplendor y la hegemonía mundial de la industria marítima vasca: una flota de treinta balleneros tripulados por más de dos mil hombres, que capturaban unas cuatrocientas ballenas cada año. Los carpinteros que ves ahí abajo trabajan artesanalmente con herramientas del siglo dieciséis respetando el proceso histórico de construcción. Todos los detalles son importantes.

—Asombroso.

—Y muy caro. La construcción de la réplica de la nao *San Juan* forma parte de los actos que tendrán lugar en el 2016: Donostia Capital Europea de la Cultura. Se ha gastado un dineral para construirla en solo tres años. Catorce carpinteros, tres maestros armeros y dos ingenieros navales. La idea es que la nao sea la embajada itinerante de Donosti y navegue por el norte de Europa: Galicia, Irlanda, Gales, Escocia, Islas Feroe recordando viejas rutas. Cuando en el siglo dieciséis el comercio de la ballena en el Cantábrico languideció, los balleneros vascos buscaron

nuevos bancos de pesca en tierras remotas a las que tardaban dos meses en llegar y de las que muchos no regresaban. Los *arrantzales* guardaban en secreto las rutas ya que era un negocio muy lucrativo; un antropólogo famoso dijo que la región del Canadá era «la Arabia Saudí de la época». Con la grasa de la ballena, procesada en los mismos fiordos, se calentaba e iluminaba media Europa. A la vuelta, los balleneros vascos paraban en Islandia, Irlanda, Inglaterra y Francia y vendían el preciado combustible. Solo con un viaje se amortizaba la nao.

—Vaya, sí que navegaban lejos...

—Pues sí, incluso están aflorando estudios que sitúan a los vascos en las frías costas de Terranova antes de que Colón descubriese América.

—¿Eso es posible? Había oído algo sobre los vikingos, pero nunca sobre los vascos.

—A principios del siglo dieciséis, los vascos tenían un conocimiento tan sofisticado de la orografía de la zona que es posible que llegasen antes. Los indígenas canadienses del siglo quince utilizaban pieles enrolladas al estilo vasco. A los balleneros vascos no los financiaba España ni tenían interés en plantar banderas, su única intención era ganar dinero, crear una industria. Hay nombres de pueblos, palabras vascas que emplean los indígenas, que demuestran la unión del euskera con otras lenguas minoritarias de la zona. Ven por aquí.

Caminaron por la balconada hasta llegar a una puerta. Daba a una sala cuyo interior estaba forrado de cuadros de la época en que se construyó la nao, planos topográficos y mapas marítimos de Pasaia y de la costa vasca. Pero Joshua condujo al inspector hasta una placa de metal. PATROCINADORES. Había varios nombres inscritos en mayúsculas. Max leyó el primero: LÁCTEOS ZURUTUZA SA.

—Esta familia está en todas partes —dijo Joshua—. Y nada es coincidencia.

—Yo tampoco sabía que Erika era hija de un empresario acaudalado, si no, te lo hubiera dicho cuando salió el nombre de la familia Zurutuza como uno de los posibles patrocinadores de las investigaciones secretas de la facultad.

—Lo sé, y eso no me preocupa. Me preocupa por qué no confías en mí después de tantos años trabajando juntos.

—¿A qué te refieres?

—Yo también he hecho mis averiguaciones. He hablado con Itziar Bengoetxea, la profesora que descubrió el cadáver de Galder: uno de los principales valedores de la escuela es Eneko Zurutuza.

A Max le cambió la cara. Cuando hablaba con amigos le resultaba muy difícil contener sus emociones, no llevaba puesta la máscara de inspector. Aquella pista no la había seguido. Todo se enredaba en torno a los Zurutuza y el pasado.

—Vamos, no me digas que no lo sabías. —Max negó con la cabeza—. ¿Tampoco sabías que Erika se llevó consigo la cámara de fotos? A saber qué contenía el carrete, qué pretende ocultar... Diría que sabes dónde se esconde, no me creo que no se haya puesto en contacto contigo y te haya pedido ayuda para...

Joshua dejó de hablar y se puso en cuclillas al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza. Se apretó las sienes como si una explosión tuviese lugar en el interior de su cerebro.

—Otra vez los dolores de cabeza —dijo Max, acercándose a su amigo y poniéndole una mano en el hombro.

—Ya pasó. —Joshua se incorporó—. Solo es jaqueca, no he dormido mucho últimamente.

—Deberías ir al médico.

—¿Dónde está Erika? —preguntó Joshua, deseoso por volver al tema.

Le aterrorizaban los médicos. ¿Y si uno de ellos descubría que padecía un tumor cerebral?, ¿o veía indicios de una enfermedad mental?, ¿una esquizofrenia paranoide? A veces pensaba que una persona normal no se entusiasmaba con las muestras recogidas en las escenas de los crímenes, una persona normal no se relamía los labios con las pruebas forenses, una persona normal no jugaba con soldaditos de plomo encerrada en su habitación.

—Erika estará ahora mismo comiéndose un bocadillo de frankfurt en alguna localidad alemana, lejos del mundanal ruido, a la espera de que todo se resuelva. Al menos eso le recomendaría si se pusiese en contacto conmigo.

—Me he pateado media Francia con dos agentes durante el fin de semana siguiendo las recomendaciones del comisario y no hemos encontrado ni rastro de ella. Su pista se pierde en San Juan de Luz. ¿Sabes qué creo? Que ha vuelto a Donosti, esa idea me parece cada vez más factible. Escondarse en la boca del lobo, donde nadie pensaría en buscarla.

Max salió de la sala para ver una vez más desde la balconada cómo trabajaban la madera dos carpinteros. A sus pies, el suelo estaba inundado de serrín y pequeñas virutas. Una mujer acompañada de una criatura los señalaba. No había muchos visitantes en el museo-astillero, algunos ancianos, tal vez lugareños, y un pequeño grupo de turistas.

Desde el exterior les llegó el sonido de la poderosa bocina de un mercante que arribaba al puerto, seguramente repleto de chatarra. Joshua le había contado que numerosos cargueros procedentes de diferentes lugares del mundo traían metales de desecho que tendrían una segunda vida en las industrias siderúrgicas guipuzcoanas. Descargaban por medio de las enormes grúas de cuatro patas que salpicaban los muelles del puerto, viejos dinosaurios de épocas pasadas que se ponían en movimiento entre chirridos.

—¿Y qué quieres de mí? —inquirió Max.

—Ayúdame a encontrarla. Me vendría bien sumar unos puntos de cara al comisario.

—La teoría del comisario es absurda, que Galder y Lucía se acostasen juntos y que Erika mató a ambos por despecho es un sinsentido. Los lugares del crimen son, cuando menos, extraños: Galder apareció en un museo al aire libre y Lucía en la

cama de Erika. Es cierto que ambos estaban desnudos y con un tiro en la cabeza, por ahí podríamos empezar a deducir un *modus operandi*, y si me apuras hasta cierto simbolismo, como la desnudez para simbolizar la traición sexual, pero habría otras maneras y otros escenarios que podía haber elegido Erika y que evitasen su incriminación directa.

Joshua se frotó las sienes. Los «cañonazos» remitían.

—Hay asesinos que tienen remordimientos, sobre todo cuando no lo son, pero en un acto de locura pierden la razón y el asunto se les va de las manos. Suelen dejar pistas en la escena del crimen para acallar su sentimiento de culpa, como diciendo: yo lo hice, os dejé las pistas, y si no me descubristis, no es culpa mía.

—Sigue sin caerte bien Erika, ¿verdad? Nunca hicisteis las paces, vuestra relación se torció irreversiblemente durante el caso del Asesino de Químicas.

—Si se pone en contacto contigo, házmelo saber, por favor.

Max miró de reojo a su amigo, y luego las tablas y maderas que formaban el esqueleto de la quilla. Nadie estaba preparado para vivir solo en este mundo, se dijo. La gente tenía parejas sentimentales, animales de compañía... y su amigo se aferraba a los barcos y las maquetas que inundaban su casa.

—No digo que la traiciones, Max, pero al menos convéncela para que se entregue. Si no tiene nada que esconder, y es inocente, no tiene nada que temer. Que venga a verme, yo le aseguro protección y un trato justo.

—No te puedo prometer nada.

Max se preguntó qué estaría haciendo Erika en esos momentos.

—Lo sé, te conozco desde hace muchos años. —Joshua hizo una pausa.

Te contaré una última cosa. ¿Sabes qué hacía especial a los balleneros vascos? Las barricas cargadas de sidra y *txakoli*. Los marinos tomaban tres vasos diarios, y gracias a sus vitaminas no contraían el escorbuto, que mermaba a otras tripulaciones europeas que solo se alimentaban de pescado. Volvamos, cojamos la motora, al otro lado, en San Juan, debajo de la casa de Víctor Hugo, hay un restaurante donde preparan la mejor merluza en salsa verde de la zona y sirven una estupenda sidra casera.

Erika se apeó del autobús antes de llegar al Boulevard de Donostia, en la parada situada frente al Kursaal. Se quedó un rato contemplando los cubos de Moneo. Era muy joven y no había conocido el viejo Kursaal, un edificio de torres, arcos, techos altos y terrazas asomadas al mar que hacía las funciones de casino, teatro y sala de baile. Aunque se derribó en 1973, muchos donostiarras seguían echando de menos el Gran Kursaal y despotricaban de las dos rocas varadas. Después caminó hacia la Parte Vieja. Se detuvo en medio del puente del Kursaal a ver cómo la furia del mar se dejaba sentir en el pilar central. Aún era pronto para que las farolas, de estilo futurista, iluminasen el paseo que unía el centro de la ciudad con el barrio de Gros.

Levantó la vista. Le encantaba aquella zona de edificios burgueses que se asomaban a la desembocadura del río Urumea. Al otro lado del puente se alzaban el teatro Victoria Eugenia y el hotel María Cristina. Tras cinco minutos de paz interior, con el olor a salitre y el rumor de las olas apaciguando sus sentidos, se dirigió al centro. En el Boulevard se miró de soslayo en las ventanillas de los coches, se observó en el reflejo que le devolvían los escaparates, y la imagen que veía no acabó de convencerla; la invadió un temor a ser descubierta, a que un policía vestido de paisano se abalanzase sobre ella. Apretó el paso. Se encontró con que las tiendas de la Parte Vieja estaban cerradas. A la hora de la comida nada permanecía abierto excepto los bares y restaurantes. La comida era sagrada para los vascos y todos se reunían frente a un plato. Muchas decisiones importantes se tomaban comiendo; era un hecho comprobado que las madres de familia hacían lo posible por reunir a sus hijos en torno a la mesa. A esa hora ya había terminado el *txikiteo*, pocos donostiarras comían fuera, sobre todo los fines de semana, por eso dejaban su lugar en los bares a los turistas. Erika deambuló por las calles sin decidirse por ninguno. No tenía hambre pero tampoco era cuestión de pasearse por la Parte Vieja hasta que abriesen las tiendas. Menuda investigadora estaba hecha, mira que no prever el horario comercial...

Entró en una pequeña taberna que hacía esquina con el Boulevard. Fue al final de la barra y pidió un zurito. Aunque el *txikiteo* era más propio de su *aita* que de ella, eligió un *pintxo* de tortilla. Paseó la mirada por el establecimiento. Al fondo colgaba una fotografía de una trainera, grande y a color, enmarcada en un cuadro. Por el color verde de la embarcación y los edificios que se adivinaban le pareció la trainera de Hondarribia compitiendo por la Bandera de la Concha. Debajo había un remo. Desde donde estaba no leía la inscripción en la pértiga pero sí intuía las firmas en la pala. Había acertado con aquella taberna. Su dueño debía de ser vasco de pura cepa y un famoso *segalari*, puesto que, por encima de las botellas de licor de la barra, decenas de *txapelak* y trofeos adornaban la pared. Como música ambiental sonaban *trikitixas* tradicionales. Sin darse cuenta se vio tarareando una melodía que conocía desde pequeña y que había cantado cientos de veces junto al *aitona*.

*Ixil ixilik dago, kaia barrenian
untzi xuri polit bat uraren gainean. (bis)
Goizeko ordu bietan esnatutzen gira
arrantzaliarekin joateko urrutira.
Pasatzen nintzanean zure leihopetik
negarrak irteten dit begi bietatik. (bis)
Zergaitik (5 aldiz) negar egin?
Zeruan izarrak dagoz itsaso aldetik. (bis)*

Tras una hora en la que cayeron un par de *pintxos* más y decenas de *trikitixas*,

salió a la calle y se dirigió al teatro Principal. Repasó la cartelera sin que nada le llamase la atención. Siguió por la calle Mayor. Aprovechó que el sol pegaba fuerte para comprar un sombrero de paja, propio de turistas, a un africano que había desplegado su manta junto a la escalinata de la Basílica de Santa María del Coro. Con el sombrero en la mano se quedó contemplando la portada principal, de estilo rococó, enmarcada por dos torres adelantadas sobre la fachada abierta a la calle Mayor, frente a la lejana Catedral del Buen Pastor, y que tanto le gustaba a Lucía. Seguro que el inmigrante desconocía que a pocos metros, bajo el piso original de madera de la iglesia, había unos trescientos nichos funerarios y una escalera que daba acceso a una cripta que servía de osario. No era religiosa pero imploró ayuda fijando la vista en la hornacina superior, que albergaba la figura del santo patrón de la ciudad: san Sebastián. Por encima de la hornacina, el reloj de la iglesia marcaba las tres y media. Volvió sobre sus pasos y dobló a la izquierda por la calle del Puerto. Entró en un café de la plaza de la Constitución, la terraza resultaba tentadora pero arriesgada, y dio pequeños sorbos a un café americano mientras contemplaba el discurrir de los transeúntes a través de la puerta. Cuando el reloj de la plaza dio las cinco, pagó y se dirigió a su destino en la calle 31 de Agosto.

La tienda de tatuajes estaba abierta y al entrar sonó la campanilla. El tipo de la sotana y los amuletos egipcios emergió de las sombras y la miró interrogante.

Solo la había visto una vez, y aunque el look era diferente y la penumbra ayudaba, que no la reconociese era un indicativo de que había hecho bien las cosas. Le dijo que quería que le hiciera un tatuaje. La idea le había venido en un sueño: un tatuaje parecido al que llevaba Galder, para recordar a Lucía, una especie de dibujo simbólico para afrontar su nueva vida. Lauburu le mostró jeroglíficos egipcios y símbolos antiguos que Erika miró con curiosidad fingida. Cuando llegó a los dibujos de dragones y serpientes disimuló su interés. A modo de engaño tanteó un par de ellos hasta que se fue acercando a uno muy parecido al que buscaba. Dudó, mientras el hombre se tocaba la melena y no hacía ademán de convencerla; a él le daba lo mismo un dibujo que otro: la dificultad y el tiempo representaban dinero. Por fin eligió uno. Lauburu fue a la puerta y echó el cerrojo.

—No me gusta que me molesten mientras tatúo —dijo.

Erika sonrió de manera forzada y se abrazó a la bandolera. No se fiaba, había mucho pervertido suelto, así que no dejaría la pistola muy lejos. Se encaminaron al interior del local. Después de atravesar la cortina negra, Erika se encontró en una trastienda espaciosa, provista de un gran armario, una camilla, una mesa, una lámpara, dos sillas y una mesilla con ruedas con numerosos utensilios para tatuar. Las puertas del armario eran de cristal y contenía vasijas de barro idénticas a las que había encima del mostrador. Lauburu se sentó en una silla y la invitó a sentarse en la otra. Erika se fijó en el amuleto de la llave de la vida que llevaba al cuello. La primera vez que lo vio le pareció una baratija, pero ahora, de cerca, sospechó que era de oro. Dejó la cazadora sobre el respaldo y se sentó sin quitarse la bandolera.

—¿Dónde? —preguntó Lauburu.

—¿Cómo?

—Supongo que te lo harás en el brazo, el hombro o la espalda. Yo, dependiendo de los tintes y el dibujo, tamaño y forma, suelo aconsejar un sitio u otro, pero pocos me hacen caso. La gente elige los sitios más raros. Hay que tener en cuenta los pliegues de la piel y el envejecimiento. ¿Eres de las que me hacen caso, o pasas?

—Hombro, había pensado en el hombro.

—Muy bien, es lo mejor para un dibujo de Mushussu, aunque hay gente que elige un pezón, una nalga o la pantorrilla. Para una primera vez, lo peor es el cuello, pero ya te digo que hay gente para todo. ¿Colores o monocromo?

—Negro.

—Lo mejor también. Se podría pintar los ojos y la lengua de rojo, las escamas de verde, las alas de marrón y las patas de gris, pero creo que no hace falta color. Mushussu en negro queda muy bien.

—¿Qué sabes del dibujo?

A Erika le parecía un gran dragón con cuerpo de serpiente, patas delanteras de león y traseras de ave rapaz.

—Mushussu —repitió Lauburu, mirando el dibujo—. Un dragón alado con el cuerpo recubierto de escamas, las patas delanteras de león y las traseras con garras de águila. También tiene el cuello largo, y cola, cabeza con cuernos, lengua de serpiente y una cresta.

—Me refería a la simbología.

—Ah, es el dragón de Babilonia. Uno de los dos animales representados en la Puerta de Ishtar. Según la mitología mesopotámica es un dragón-serpiente horrible, un monstruo creado para destruir la Tierra.

—Caramba.

—¿Quieres cambiar de dibujo? Te puedo enseñar el otro animal de Ishtar, igual te gusta más.

—No, no te preocupes, Mushussu es perfecto.

—La camiseta, por favor.

Con cierto pudor, Erika se quitó la camiseta y la dejó en el respaldo de la silla. Un rubor corrió por sus mejillas al verse en sujetador frente a un desconocido. Sentía complejo por sus pechos, demasiados pequeños, pechos de niña, le decía Lucía entre risas.

—¿Izquierdo o derecho?

El rubor se intensificó al confundir pecho con hombro. Cuando se dio cuenta se giró para mostrar el hombro derecho.

—Vale. Es la primera vez, ¿verdad?

Lauburu se acercó la mesita con ruedas y cogió un rotulador negro.

—La primera vez —confirmó Erika, y se ajustó las gafas—. ¿No usas plantilla?

—En estos dibujos la plantilla no funciona. Solo la uso para figuras simétricas o

dibujos que necesitan mucha exactitud. En tu caso es mejor dibujar a mano alzada y luego pasar la máquina.

Le mostró una especie de lápiz metálico acabado en punta y con un caparazón en el centro.

—¿Duele?

—La máquina tiene agujas, y usaré puntas desde tres agujas hasta siete. Pondré la tinta negra en estas pequeñas cápsulas desechables y la iré cargando, es parecido a una plumilla. Cargas en la punta y tatúas, la aguja va saliendo y entrando, y vas recargando con tinta cada vez que te hace falta. Y sí, duele, aunque no tanto como perder la virginidad.

Lauburu soltó una risita que no fue secundada por Erika. Apuntó el brazo de la lámpara hacia el hombro y comenzó a dibujar con el rotulador. Cuando pasó a la máquina, Erika sintió un ligero dolor con cada pinchazo pero al final se fue acostumbrando, eran como unos pequeños calambres que incluso le proporcionaban cierto placer. Mantuvo la cara avinagrada y apenas intercambió un par de frases con el tatuador. No le inspiraba confianza.

Al cabo de un par de horas, Lauburu depositó los utensilios sobre la mesita y le pasó un paño húmedo por el hombro. La piel estaba enrojecida pero el dibujo del dragón con alas y la lengua viperina que salía de su boca tenía un aspecto feroz.

—Es perfecto.

Sonó el timbre de la puerta.

—No te lo toques en un par de días, la higiene es fundamental, luego lávalo de vez en cuando con agua y jabón neutro, y ponte la crema que te voy a dar. Prohibido bañarse en el mar, y déjalo tapado, que no le dé el sol, la luz solar es lo peor para las cicatrices y un tatuaje reciente es una cicatriz. Las primeras horas puede sangrar un poco. Y ten en cuenta que la piel está abierta y es fácil coger una infección, por eso te lo voy a tapar.

Erika dejó que Lauburu le colocara un film alrededor del tatuaje mientras el timbre volvía a sonar un par de veces.

—Qué prisa tiene la gente —dijo el hombre—. Si puedes venir dentro de unos días, más o menos a la misma hora, te haré la primera cura, gratis.

—Gracias, pero no creo que pueda.

Tras pagar y guardar la crema en la bandolera, cogió la cazadora y se dirigió a la salida. El sonido del timbre había cesado y en su lugar el cliente impaciente había optado por aporrear la puerta. Lauburu quitó el cerrojo y se despidió con un apretón de manos. Erika se topó con el rostro de un hombre; un parche le ocultaba un ojo.

—Perdón —dijo ella, sujetó la puerta y se apartó para dejarle pasar.

El hombre gruñó, molesto por que le ayudara, y se adentró en la tienda escondiendo una manga vacía en el bolsillo de la chaqueta.

Martes 11

La fachada del edificio neoclásico con influencia francesa daba a la plaza del Buen Pastor y se interponía en el camino del inspector. Junto con el edificio de Correos presidía la calle Urdaneta, en la trasera de la catedral. Había comido en un restaurante cercano con Cristina y antes de volver a la comisaría quería investigar una pista que cada vez se le antojaba más clara. Con Erika desaparecida, no quería pedirle el favor a Joshua. Lo haría él mismo. Entró en el centro cultural Koldo Mitxelena y se dirigió a la recepción. Poco sabía del centro, solo que dependía de la Diputación Foral de Guipúzcoa, que albergaba biblioteca y recinto de exposiciones, y que disponía de una estupenda sala llena de ordenadores de uso público. La mujer de la recepción le indicó que la sala estaba en el primer piso, al fondo del pasillo. Se dirigió hacia la escalinata. Rodeado de estudiantes y gente joven, se sentía un fósil de dinosaurio. Bajo la escalinata del vestíbulo vio un gran cartel con un nombre que le resultaba muy familiar: CHILLIDA. No podía ser, ese hombre lo perseguía. El cartel lo condujo a la sala Ganbara, un espacio multiuso. Acogía una exposición del artista donostiarra Gonzalo Chillida. ¿Gonzalo?, ¿no era Eduardo? En la entrada, un breve texto enmarcado con la biografía del artista lo sacó de dudas: se trataba de su hermano pequeño, uno de los pintores vascos más importantes de la segunda mitad del siglo xx. Aquella era una familia de artistas. Se paseó por el recinto. Disfrutó con sus trabajos de los años sesenta, en los que aparecían imágenes de playas, arenas, mares, cielos y bosques. También le agradaron los murales, con vistas de valles vascos del interior bajo la niebla, un mar de montañas y paisajes que recreaban Donostia, donde la bruma, la nieve o la luz eran los verdaderos protagonistas. No era un entendido, eso se le daba bien a Erika, pero era fácil comprender el crecimiento del artista y el cambio de estilo con el paso de los años. Salió de la sala Ganbara y subió por la escalinata. No se perdió y encontró la sala de los ordenadores a la primera. Otra mujer, esta con gafas negras de montura de pasta y pelo enredado en una coleta, sentada detrás de un mostrador, le pidió el carné de la biblioteca y le preguntó a qué hora tenía la reserva. Como no disponía de ninguna de las dos cosas, la mujer se cruzó de brazos. Max tuvo que mostrar la placa. Ella suspiró e indicó con un gesto de la mano que la sala estaba repleta de usuarios y no quedaba ningún ordenador libre. Por más que tuviese placa, no podía hacer nada. Max le contestó que o elegía ella o él echaba a alguien de su puesto. Al final, la mujer se encaminó de mala gana a un ordenador situado en una esquina. Un viejecito tecleaba sin mucha convicción. Se asustó cuando ella le dijo algo al oído. A continuación miró hacia Max, suspiró y se levantó mostrando con aspavientos su malestar. Al pasar junto al inspector graznó «Hasta con Franco muerto no me dejan en paz» y se perdió por la puerta. La mujer

anunció que el ordenador número 7 era suyo, y que disponía de media hora hasta que apareciese el siguiente usuario.

Nada más sentarse, Max entendió por qué no usaba el ordenador de la comisaría, no tenía en su casa y nunca iba a disponer de uno. Odiaba aquella caja luminosa. En la pantalla, una ventanita solicitaba una contraseña. Miró hacia el mostrador. La mujer no le quitaba ojo. Ni en sueños se iba a levantar y pedirle la clave. En la silla contigua, una adolescente tecleaba con fervor y de vez en cuando movía el ratón. Vestida toda de negro, llevaba el cabello en una media melena del mismo color y el flequillo le ocultaba parte del rostro. Si Max alguna vez se imaginó a una hacker, ahora la tenía a su lado.

—Oye, cría, ¿sabes la contraseña?

La chica ni lo miró y siguió a lo suyo, absorta en la pantalla.

—¿Me has oído? —insistió Max.

—No soy ninguna cría, tengo edad para hacerte una paja, y ahora déjame en paz.

—La contraseña —dijo Max, intentando controlarse. Ojalá su futuro hijo no siguiese los pasos de los adolescentes de hoy en día. Ojalá se fuese a vivir a una isla remota y disfrutase de la naturaleza. Ojalá no llevase *piercings* ni tatuajes.

—Pídesela a la bruja del mostrador, que levante el culo gordo de su silla.

Max deslizó un billete de diez euros por la mesa y esta vez la chica sí le prestó atención. Se sopló el flequillo. Tenía unos curiosos ojos ambarinos que romperían más de un corazón en un futuro no muy lejano.

—¿No serás un pederasta?

—Solo busco información.

—Teclea «koldomitxelena». Todo junto y sin mayúsculas. Y déjame en paz.

La chica cogió el billete y se lo escondió en un bolsillo de su chaqueta de cuero.

Tras cinco minutos de *moverse* por la red, Max desistió, aquello no era lo suyo. Volvió a pedirle ayuda pero en esta ocasión mostró un billete de cincuenta. La chica intentó atraparle pero Max lo guardó.

—Cuando acabes con el trabajo.

—¿Y qué quieres? No pienso ir contigo a los baños y chupártela...

—Necesito que busques en las hemerotecas de la prensa, en diarios atrasados, en noticias antiguas... personas desaparecidas.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Digamos que lo mío no son los aparatos que tengan menos de veinte años.

—No me gusta tu rollo.

—Soy policía.

—¿De la pasma? —Lo miró a los ojos—. ¿Y de dónde has salido? Hasta el viejo a quien has quitado el sitio sabe usar un ordenador. Ahora me dirás que eres nuevo, de la patrulla ciberinformática o alguna chorrada parecida.

—¿Me vas a ayudar o no? —inquirió Max, al borde de perder la paciencia. Miró al reloj grande, ovalado y acuoso, al más puro estilo Dalí, que colgada de la pared.

Según la bruja del mostrador le quedaban quince minutos.

Ella no contestó y arrimó su silla a la del inspector. Tecleó y *buceó* entre varias páginas web pero no encontró nada.

—Necesito que concretes —le dijo. Controló dónde estaba la bruja. Seguro que se carcomía por saber qué tramaban.

—Mujeres desaparecidas en los últimos tres años, jóvenes, posiblemente estudiantes, y solo en el País Vasco.

—Eso está mejor.

Cuando acabó, la pantalla mostraba una lista con seis nombres ordenados por fechas. Había ido pasando los datos al bloc de notas del escritorio junto con los comentarios más llamativos que el inspector le había indicado. Los casos de Amaia y Nagore los borró por orden de Max. No todas eran jóvenes, y no todas eran estudiantes, pero la lista podría servirle.

Mireia Gómez, 21 años, estudiante de Medicina, desaparecida a finales de diciembre de 2009. Cuerpo no encontrado. Elgoibar (Guipúzcoa).

Marian Ormazabal, 20 años, estudiante de Derecho, desaparecida el 5 de abril de 2010. Su cuerpo apareció en un contenedor de basura con varios miembros amputados. Caso abierto. San Sebastián (Guipúzcoa).

Begoña Acordagoitia, 32 años, soltera, en paro, desaparecida en mayo de 2011. Cuerpo no encontrado. Basauri (Vizcaya).

Loli Acosta, 22 años, estudiante de arquitectura, desaparecida durante unas vacaciones de agosto de 2011. Cuerpo no encontrado. Urnieta (Guipúzcoa).

Karmele Maestro, 40 años, ama de casa, desaparecida el 31 de enero de 2012. Presuntamente se arrojó al río Urumea. Cuerpo no encontrado. Portugalete (Vizcaya).

Susana Garzaran, 52 años, funcionaria, desaparecida a principios de octubre de 2012. Cuerpo no encontrado. Vitoria (Álava).

—¿Puedes imprimirlo?

—Eres del Neandertal, ¿no tienes una cuenta de correo o un móvil donde pueda enviarte la lista?

—No, lo prefiero en papel.

La chica cliqueó en el logo de la impresora.

—Ya está saliendo, o te das prisa o la bruja leerá tu lista de desaparecidas.

Max le dio las gracias y le tendió el billete de cincuenta. La chica lo cogió sin apenas inmutarse. El inspector llegó al mostrador justo cuando la bruja fruncía el ceño ante la extraña lista que tenía en las manos.

Una sombra se agazapaba entre los matorrales del campus universitario de Ibaeta. Estaba indecisa, dubitativa de mostrarse a la luz, y sobre todo de si hacía bien. El inspector le había dicho que debía hallar a Xabier y descubrir la relación entre Galder y Lucía. Desconocía el círculo familiar de Lucía y tendría que exponerse. Era mejor empezar por Galder. Hacía un año que no pisaba el campus, no como el inspector, que para ver a Cristina había tenido que ir por mucho que no quisiese. Miró al frente.

Nada había cambiado del edificio que acogía a unos cincuenta profesores, quinientos estudiantes y una treintena de técnicos, administrativos y funcionarios. La escalinata era un hervidero de futuros químicos. Sopesó la idea de adentrarse en la facultad y buscar a Leire por los pasillos, pero le pareció muy arriesgado. Decidió esperar.

Salió de su escondite, se sentó en la hierba imitando a decenas de estudiantes que usaban el césped de playa y aguardó. No disponía de una bata blanca sobre la que aposentar sus nalgas pero su cambio de imagen no desentonaba con el ambiente juvenil. No esperó mucho, al cuarto de hora vislumbró a la becaria. No salía de la facultad sino que se dirigía a ella. Quizá había comido fuera. Cuando pasó a su lado la llamó en voz baja. Leire se giró, buscando entre los estudiantes al dueño de la voz.

—Aquí, soy yo —dijo Erika, apartándose un poco el sombrero de turista que había adquirido en la Parte Vieja.

Erika estaba sentada mientras que Leire se mantenía de pie, mirando hacia la entrada de la facultad.

—Tengo prisa, si es por un experimento, pásate a eso de las cuatro por el laboratorio de Procesos. —Se dio la vuelta, presta a continuar su camino.

—Es por Galder.

Se detuvo. Se giró y agachó la cabeza para mirar con ojos curiosos a la estudiante. A continuación se sentó junto a ella.

—¿No serás su novia?

—No —dijo Erika.

—Ya, pues te parece, aunque ella es más guapa. Perdona.

—Sí —reconoció Erika—. Mi nariz aguileña de vasca no es precisamente de modelo.

—¿Y de qué conocías a Galder?

Erika miró hacia los lados, quizá alguien hubiese tenido su misma idea y vigilase a Leire con el fin de encontrarla a ella. Tras unos segundos de espera, se levantó las gafas y se echó hacia atrás el sombrero.

—Pelo largo, moreno y con coleta, una placa en el bolsillo y una pistola al cinturón.

—¿Erika?

—La misma.

—Dios mío, qué cambiada estás, ¿qué te ha pasado?

—Me buscan, así que nunca me has visto.

—¿Por qué te buscan?

—Digamos que no soy la única que ha perdido en los últimos días a un ser querido. —No era necesario entrar en detalles—. No dispongo de mucho tiempo, ¿qué sabes de Xabier?

—¿El viejo bibliotecario?

—Sí.

—Poco o nada. Como supongo que sabrás, dejó de trabajar en la facultad el año

pasado... Pero ¿qué tiene que ver él con Galder?

—Es muy largo de contar. Piensa en algo, cualquier cosa me vale. Hazlo por Galder.

Leire frunció el ceño, como cuando no se sabía la pregunta de un examen.

—Su *querida* Ana. De las pocas veces que hablé con él, en un par de ocasiones hizo referencia a ella. El pobre se quedó viudo y, como no tenían hijos, imagino que solo.

Si tanto la quería seguro que aún le llevaba flores al cementerio. Guardó silencio. Max le había enseñado que la gente sabía más de lo que creía.

—También se quejaba mucho de la espalda. Me parece que tenía una hernia, ciática o algo parecido, y el dolor le bajaba hasta una pierna. Algunas veces estaba de baja y lo sustituía el chico que hoy ocupa su puesto.

—¿Sabes dónde vivía?

—Creo que en alguna localidad del País Vasco francés, pero exactamente no sé dónde. No recuerdo mucho más, era muy reservado.

«Espero que no sea en Hendaya», pensó Erika.

—¿Encontrarán al asesino de Galder? Prométemelo.

—Por eso estoy aquí. ¿Te dice algo el nombre de Lucía?

Leire reflexionó unos segundos.

—No, nada, ¿por qué?, ¿quién es?

—Alguien con quien no debieron meterse.

Erika se levantó del césped y Leire hizo lo propio.

—Mejor no despedirnos, nunca se sabe quién puede estar vigilándonos —dijo Erika, y se encaminó a la parada del autobús sin mirar atrás. Tenía que buscar un vivo entre los muertos.

Pulsó el timbre sin haberse preparado ningún discurso. Oyó unos ladridos de fondo. Temió que le abriese el exmarido, pero cuando le abrió la puerta una mujer mayor, con delantal, y una cuchara de madera en la mano pensó que se había confundido.

—¿Qué desea? —dijo la señora.

Asier fue incapaz de responder. Apareció el hocico de *Rocco* husmeando el ambiente. Al captar el olor de alguien conocido perdió el interés y se marchó por el pasillo. Entonces apareció el rostro de Lourdes, que preguntó quién era. Asier reaccionó y se presentó a viva voz, como se hacía antiguamente en las fiestas y bailes de la realeza cuando el mayordomo anunciaba la llegada de los invitados.

Fueron al salón y tomaron otro delicioso café colombiano acompañado por las galletitas de limón. Intercambiaron impresiones sobre la manifestación mientras Asier miraba a intervalos la magnificaba vista que ofrecía el ventanal de la zona baja del barrio de Egia, a lo lejos unos cúmulos ocultaban parcialmente la colina del cementerio de Polloe. Lourdes se apretujaba nerviosa las manos. Cuando terminaron

el café, la asistente recogió la vajilla y se despidió tímidamente.

—Hasta mañana, Josefa —le dijo Lourdes—. Y no olvides comprar los limones.

La mujer asintió discretamente y se fue con rapidez. No era tonta e intuía que molestaba.

—Y bien, agente, ¿cómo se encuentra?

—Voy tirando.

—Parece triste.

—Ya.

Qué decir. Pensaba que Lourdes iba a derivar la conversación por otros derroteros —la investigación del caso de Nagore— y no estaba preparado para hablar de él ni de su vida privada. Estaban sentados uno al lado del otro en el sofá Chester, y Asier casi podía sentir la respiración de ella bajo el jersey. O llevaba puesto uno de esos Wonderbra que se anunciaban por la tele o sus pechos no desmerecían a una mujer de cuarenta y pocos años. Se obligó a mirarla directamente a los ojos, deseando tener diez años y veinte kilos menos.

—No se preocupe, Asier, la desaparición de Nagore no es culpa suya.

Se puso de pie y comenzó a pasearse por el salón. Asier se fijó en que el pantalón de tergal se ceñía a su trasero como una segunda piel.

—Y sé que hace todo lo que puede y más.

Dejó de moverse y se arrodilló frente al mueble que había bajo la televisión. Sacó un par de botellitas y volvió a sentarse a su lado.

—Beba —ordenó tendiéndole una.

Lourdes desenroscó el tapón de la suya y se bebió el contenido en dos tragos. A continuación carraspeó y volvió a repetirle que bebiese. Asier miró la etiqueta de la botellita. Jack Daniel's. Él era más de alcoholes dulzones: licor de melocotón, *patxaran* o como mucho Baileys. Se encontró con los ojos instigadores de Lourdes y dejó de dudar. Se bebió el whisky también en un par de tragos. Tosió levemente y contuvo una mueca de desagrado. Ella se levantó. Cuando regresó al sofá traía consigo otras dos botellitas y un álbum de fotos.

—Son de Nagore —dijo. Abrió el álbum por la mitad—. Aquí tenía diez años; estábamos en un *resort* de Benidorm —añadió pasando las yemas de los dedos por la foto. Acarició el rostro de su hija antes de soltar el álbum sobre la mesa, que se cerró boca abajo—. Sigamos a lo nuestro.

Tras beber de nuevo volvió a levantarse. A Asier le había bastado con la primera para sentir el efecto del alcohol. El techo se movía sobre su cabeza y estaba seguro de que el suelo también se movería si se levantaba. Ella fue a por otras dos. También se la veía afectada: había dejado el mueble bar abierto y se golpeó con la mesilla antes de dejarse caer en el sofá al lado de Asier.

—A mi hija le encanta la playa, si por ella fuera, estaría todo el día bajo el sol tumbada en la toalla.

Le dio una botellita y abrió la suya. Luego posó una mano sobre la pierna de

Asier mientras con la otra daba buena cuenta del whisky. Él sintió la mano como si fuese hierro candente. Lourdes depositó la botellita vacía sobre la mesilla. En el gesto tumbó otra, que rodó y se quedó en el borde. Comenzó a sollozar. Asier no sabía cómo reaccionar ni qué quería de él. Con torpeza dejó la suya, intacta, en la mesa, y pasó el brazo por el hombro de Lourdes, cuyos sollozos fueron en aumento mezclándose con susurros; una mano perezosa cayó sobre la entrepierna de Asier.

—Tranquila, ya verás como todo pasa. Encontraremos a Nagore —dijo él.

Retiró el brazo del hombro, inquieto y sin saber cómo seguir.

—¿Me lo prometes? —preguntó ella.

Se sonó la nariz con un pañuelo y dejó de llorar. Se secó los ojos y suspiró con pesar. En un momento había recuperado la compostura. Se tocó el moño. Luego repitió el tic de llevarse las manos al pelo y hacer el gesto de recogerse. Separó los labios como si tuviera algo más que decir, pero Asier no le dio opción: la besó sin pararse a pensar si era una sandez, y se asombró cuando ella le devolvió el beso e incluso le rodeó la nuca con una mano para que el contacto fuese más firme. No se prolongó más de cinco segundos, pero para él pasó una eternidad.

—Perdón —dijo.

—Calla, no lo estropees. Lo deseaba tanto como tú.

—Pero yo...

—¿Tú qué? Calla. Te sobran algunos kilos pero tienes la mirada limpia, muy bonita, y eres buena persona. Hace mucho tiempo que ningún hombre se me acerca, piensan que les voy a dar una patada en el culo.

Asier volvió a besarla. Sintió el sabor del whisky, y también la humedad de su boca. Lourdes entrelazó las manos por detrás de su cuello y él deslizó las suyas por la espalda de ella hasta el pantalón.

—Quiero que me hagas feliz. Necesito que me hagas feliz. Vamos al dormitorio —instó Lourdes—. Hagámoslo ya, antes de que uno de los dos se arrepienta.

—Por mí no será —susurró Asier.

Se dirigieron al dormitorio por el pasillo igual que dos enamorados, sin dejarse de hacerse arrumacos entre pequeños besos. Todo alrededor de Asier daba vueltas y manoteó un par de cuadros que cayeron al suelo. *Rocco* se acercó al desorden y tiró de la pernera del pantalón de su dueña hasta que se dio cuenta de que no era el centro de atención y se fue a la cocina, posiblemente en busca de algo a lo que hincar el diente. Lourdes cogió a Asier de la mano y lo condujo a la cama. Lo guio hasta sentarlo al borde. Luego lo empujó suavemente y cayó bocarriba sobre el colchón.

—La colcha —protestó él. La lámpara de araña del techo parecía un platillo volante de tanto que se movía.

—Te he dicho que te calles —dijo ella, dejando escapar una risa ahogada de impaciencia.

Una mirada fugaz de lujuria se asomó en su rostro. Se sentó encima de él, igual que la animadora años atrás. Asier no se había preparado para que Lourdes llevase la

iniciativa. Ni en sus sueños más optimistas se lo habría imaginado. Pensó en la gran diferencia que había entre su vientre abultado y el abdomen firme de Lourdes, pero ella no mostró repulsa alguna y se quitó el jersey dejando al descubierto un sujetador negro. Asier recorrió con las manos su cintura y las introdujo por debajo del sujetador. Quizá no era un Wonderbra, pero no había duda de que los pechos de Lourdes eran poderosos, apenas los abarcaba con las manos.

—¿Por qué...? —empezó a decir.

—Vamos, cállate. —Lourdes deslizó la mano y palpó la entrepierna de Asier—. La cháchara, para después. —A través de la cremallera accedió al miembro erecto bajo el calzoncillo. Asier ahogó una exclamación—. Estás bien servido, agente.

Intentó tenderla de espaldas, pero Lourdes no se dejó; no es que él quisiera cambiar de postura, estaba muy cómodo con ella encima, pero es lo que le parecía que debía hacer entonces, lo que un hombre debía hacer.

—Ni se te ocurra, tú no te pones encima —dijo Lourdes—. Si te da un infarto, me aplastarás. Nos encontrarán a los dos muertos. Desnudos y oliendo a whisky. Imagínate los titulares.

—Si me da un infarto, moriré feliz.

—Cállate. Déjame hacer a mí. Es mi momento, deseo disfrutar. No soy una cualquiera, no me acuesto con nadie desde hace años. Un amigo de mi ex, pero solo por darle celos. Estaba tan borracho que no se corrió.

El pelo de Lourdes no se movió ni un ápice mientras aferraba el miembro de Asier y se apartaba las bragas para hacerle sitio. Se mordió el labio inferior y dejó escapar un suspiro de placer. Arrancó los botones de la camisa de Asier y extendió las dos manos sobre su pecho cubierto de vello. Este apenas veía la entrepierna de Lourdes por culpa de su abultada barriga.

—Tengo que ir al gimnasio, perder un poco de peso —balbuceó.

—Silencio. Ya te preocuparás por el gimnasio más tarde, ¿de acuerdo? Conozco a una dietista estupenda.

»¡Dios mío!, lo había olvidado, ¡qué gusto! —Comenzó a moverse, se detuvo un momento para corregir la postura y luego estableció un ritmo suave y acompasado—. ¡Virgen Santísima!, ¡qué profundidad! No sé cómo he podido vivir sin sexo.

Por el pasillo llegaron los ladridos apagados de *Rocco*.

—No sé si podré aguantar...

—Cállate... —dijo Lourdes entre jadeos cortos—. Y ya puedes aguantar...

—Es que yo también hace mucho que no lo hago... y no sé...

—Te he dicho que te calles. —Cerró los ojos—. Hazme sentir bien, hazme olvidar... y no te me vayas. Ni se te ocurra, agente. Cuenta las letras del abecedario, recita las preposiciones, las conjunciones... Ah, ¡qué placer! Piensa en tu madre, en jugadores de la Real Sociedad, en lo que quieras pero aguanta un rato más. ¡Por los clavos de Cristo! Piensa en el Código penal, a mi ex le funcionaba...

Pero Asier, también con los ojos cerrados, solo veía la cara de Jon Bon Jovi

guiñándole un ojo y diciéndole que era un campeón. Entonces no aguantó más y se fue.

Miércoles 12

La gente solía llevar flores a sus muertos por las mañanas. Después tenían tiempo libre para dedicarse a lo que se dedicasen las personas. Al menos eso pensaba Erika. Flores a su «*querida Ana*» y luego Xabier continuaría moviendo su red de espías y matando gente. Seguro que también disponía de un par de agentes que la buscaban para acabar con ella. Desconocía el motivo, tal vez algún turbio negocio de su padre, tal vez por venganza contra el inspector, tal vez porque simplemente le tocaba, representaba el peón que eliminar de la partida para que las demás piezas tuviesen libertad para moverse por el tablero. Mientras caminaba entre las tumbas del camposanto no pudo dejar de pensar en Lucía. No conocía a su familia, Lucía siempre fue muy reservada; Erika dudaba que hubieran cumplido con su deseo de ser incinerada. Seguramente la habían enterrado en un cementerio cercano, y ahora que estaba muerta se acercaban a ella, aunque solo fuera para llevarle flores.

Leyó los nombres y las fechas de un par de lápidas. Se encontraba a varios metros de la tumba de su «*querida Ana*», en una calle lateral del cementerio de Polloe donde la visibilidad era inmejorable. Llevaba un ramo de rosas en la mano y vestía de riguroso luto. Se aburría tanto que de vez en cuando cogía algún jarrón de flores marchitas y lo llenaba de agua en la fuente de la plaza del centro, desde la cual salían las diferentes calles que componían el camposanto. Un pequeño acto de bondad que le hacía sentir bien. Pensó en que la pista de los problemas de espalda sería muy difícil de concretar. Probablemente Xabier visitase a un fisioterapeuta del centro de San Sebastián, tal vez uno caro y exclusivo y entrado en años, con quien se sintiese cómodo; no lo veía en una consulta barata, repleta de clientes y a cargo de un joven imberbe recién salido de la universidad. Sin embargo, a pesar de la acotación, la lista de fisios sería tan larga que dar con un viejo de pelo blanco y nombre falso resultaba una quimera. En cambio, dar con la tumba de su mujer fue sencillo. El enterrador, hijo de enterradores y perteneciente a una familia que durante generaciones ocupaba el cargo, abrió los ojos como platos en cuanto vio el billete de cien euros. A Erika le hubiese resultado fácil imprimir una placa desde un cibercafé y elaborarse una identificación policial parecida a la que se dejó en Hendaya, pero la experiencia le decía que un billete de los grandes abría bocas cerradas y atraía recuerdos olvidados con mayor eficacia que una placa. Muchas personas no eran conscientes de lo que sabían, de lo que recordaban, hasta que no se les daba un pequeño empujón. El enterrador enseguida recordó. El exbibliotecario venía demasiadas veces a visitar la tumba como para pasar desapercibido. Y a juzgar por cómo la miró no debía de ser la primera vez que el viejo quedaba con una jovencita. «Ana Pérez Sanzberro, pasando el mausoleo a los caídos en la guerra de Cuba, junto a la lápida con el cuadro Sator»,

dijo el enterrador. Erika soltó el billete y dejó al sepulturero con sus pensamientos lascivos, sintiendo que la seguía con la mirada.

Y encontró la lápida.

Ana Pérez Sanzberro
13-03-1945 † 15-08-2005

«Heriotzaren beldur ez dena, behin bakarrik hiltzen da»^[8]
-Tu marido no te olvida-

Se palpó el hombro derecho. Aún le molestaba el tatuaje. Se ponía todas las noches la crema, pero lo que en verdad le aliviaba era dejar correr el agua fría de la ducha sobre la piel. Cada vez que contemplaba en el espejo el dibujo de Mushussu, más le gustaba. Había acertado de pleno con la elección del dragón alado. Saludó con la cabeza a un grupo de ancianas vestidas de negro que caminaban por el cementerio como si estuviesen en una gran avenida de una gran ciudad. El día se le iba a hacer muy pero que muy largo y pesado.

La madre de Amaia no los estaba esperando en el portal de una finca de clase alta para subir a un piso de grandes dimensiones, ni un chihuahua salió a recibirlos, ni siquiera estaba sola.

Max paseó la mirada por el salón. Parecía una encerrona más que una visita de cortesía. Padres, hermanos y tíos esperaban las nuevas noticias que traían; noticias que no traían. Hasta una anciana encogida en una silla aguardaba a que hablasen. Asier tampoco se sentía cómodo, llevaba el traje gris y estaba de pie frente a una familia que reclamaba a la Policía que encontrase sana y salva a su hija, sin café ni galletitas de limón.

—¿Podemos hablar a solas con los padres? —pidió Max, intentando romper el hielo.

—Ni hablar —dijo el padre de familia—. Los Jáuregui somos una familia unida, y lo que uno deba oír, los otros también deben oírlo.

Uno de los dos tíos de la chica, el del bigote grande, asintió con la cabeza. La anciana se apretaba las manos contra el regazo. Asier recordaba a los dos tíos, no así al padre, de la manifestación del viernes, pero por fortuna Lourdes no se los presentó ni ellos se acordaban de él.

—En realidad no tenemos nuevas pistas —reconoció Max.

Cuanto antes se pusiesen las cartas sobre la mesa, mucho mejor. Asier tragó saliva y miró por la ventana, desde donde se veía la basílica del Santo Cristo. Se preguntó cuántas veces habría ido la familia Jáuregui a rezar por Amaia frente a la talla de madera del Cristo Crucificado, el Santo Cristo de Lezo.

—Nos hemos entrevistado con la familia de Nagore y ahora queríamos repasar

con ustedes un par de cosas que nos dijeron la última vez —continuó el inspector.

—¿Qué cosas? —dijo el padre.

La madre y las dos hijas desaparecieron por la puerta. La ausencia de noticias no les había gustado. Sin embargo, la abuela permanecía a la expectativa. La visita se había transformado en una reunión de hombres con una anciana como espectadora privilegiada.

—Amigos. Rutinas y costumbres. Buscamos una relación entre Nagore y Amaia.

—Ya le dijimos que no se conocían. Somos una familia de clase obrera, trabajadora y humilde. Los estudios de Amaia nos cuestan sangre, sudor y lágrimas, pero todas mis hijas han tenido la mejor educación posible y Amaia, la menor de tres hermanas, no es una excepción. No entiendo nada, nunca ha hecho daño a nadie...

—... pero si alguien le hace daño pagará las consecuencias —replicó el tío de la barba poblada apretando los puños.

—Distintas facultades, distintas amigas, distintos barrios, distinto ambiente —continuó el padre.

—¿Algún amigo en especial?

—No, ya se lo dije.

—¿Y tampoco han recibido ninguna llamada solicitando dinero?

—Tampoco.

—Está bien, no los molestamos más.

El tío del bigote puso cara de circunstancias, disgustado por la brevedad de la visita.

—... Tienen mi tarjeta por si me necesitan.

—Hay un chico —dijo la anciana.

Todos la miraron asombrados.

—¿Cómo dices, abuela? —preguntó el padre.

—No lo dije antes porque Amaia me pidió que mantuviese el secreto. Me lo hizo prometer por los huesos de mi difunto marido.

—Abuela... —protestó el tío de la barba.

—No pensaba que iba a estar tanto tiempo desaparecida. La primera vez que vinieron con esa chica tan simpática estuve a punto de decirlo pero nadie me preguntó. Pensaba que era una chiquillada, que se habría fugado unos días con él. Luego pensé que su relación no tenía nada ver con su desaparición, y ahora ya no sé qué pensar. La cabeza me da vueltas y me duele, ya no tengo nada claro.

La anciana calló y las lágrimas brotaron de sus ojos. La estancia parecía un velatorio, todos esperaban a que siguiese hablando.

—Se llama Jon... y no sé nada más.

—¿Jon? —soltó en voz alta Asier, rompiendo la expectación del momento.

—Sí, eso decía ella, y estaba muy enamorada. Desapareció a los dos días de que me lo contase. Llevaba una semana saliendo en secreto con él. Al parecer no escondía su relación por ella sino por él, hasta hacía poco salía con otra chica y no quería

habladurías en la facultad.

—¿Sabe algo más de su identidad, el apellido, o quizá algún mote o apodo? —preguntó Max.

—Mi Amaia decía que le llamaban John Lennon porque llevaba unas gafitas y media melena.

—John Lennon —repitió Asier. Menudo apodo para un donjuan.

La anciana se tapó el rostro con las manos.

—Mi pobre Amaia, ¿dónde estará ahora? Dios todopoderoso, te lo suplico, cuida de mi niña, que no le pase nada malo, tenla a buen recaudo.

—Tranquila, abuela —dijo el padre, abrazándola. Los dos tíos miraban furiosos a los agentes, como si ellos tuviesen la culpa del disgusto de la anciana.

—¿Y ustedes son investigadores? —dijo el tío del bigote—. No son capaces ni de averiguar que Amaia tenía un novio secreto.

—Nadie nos dijo nada —intentó justificarse Asier.

—Encuentre a mi niña —suplicó la anciana, recobrando la compostura.

—Entonces ese novio secreto estudiaba en la facultad con ella —aventuró Max.

—No, estudiaba otra cosa. Se conocieron en una fiesta universitaria.

—¿Cómo? —protestó el padre—. Sabes que le tengo prohibido ir a esas fiestas sin mi permiso.

—Lo sé —confirmó la abuela—. Por eso no te lo conté.

—Por el amor de Dios, si es una cría... Con un novio secreto...

—Ha dicho que estudia otra cosa, ¿qué estudia? —preguntó Max con avidez aunque intuía la respuesta.

—Químicas —dijo la anciana, corroborando todos los temores del inspector.

En la zona alta del barrio de Egia, una mujer se pasó buena parte del miércoles en el cementerio. Se sabía de memoria los nombres y fechas de las lápidas que había elegido como lugar de espera hasta la llegada de Xabier. Hacía una hora que intuía que dicha llegada nunca iba a producirse, y eso que en el jarrón chino de su «*querida Ana*» se apretaba un marchito ramo de flores amarillas, violetas y rojas. O las flores eran muy delicadas o el bibliotecario hacía días que no iba por allí. No esperó más y dio varias vueltas por el camposanto asimilando la idea de que ese día no iba a atrapar a Xabier. El recinto interior de la necrópolis estaba ordenado por calles y avenidas principales, hacia donde los monumentos orientaban su fachada principal. En el paseo descubrió nombres curiosos: Hierónides, Restituto, Lupicinio, Burgundofora; y apellidos curiosos: Franco, Rey, Marciana, Petarda, Campoamor. Se paró en este último. Se trataba de Clara Campoamor. El panteón pertenecía a la familia Monsó Riu y desconocía por qué descansaban en él los restos mortales de la abogada, escritora y política española. Sabía que nació en Madrid, huyó a Francia por la Guerra Civil y murió en el exilio, así que no se explicaba qué hacía enterrada en el

cementerio de San Sebastián. Se vio reflejada en ella, una defensora de los derechos de la mujer y principal impulsora del voto femenino en España. Luchó por las mujeres y acabó en medio de una guerra de hombres, escondida en un país extranjero, sin haber tenido la oportunidad, ante las condiciones impuestas por el Gobierno franquista, de regresar a España tal como era su deseo, hasta que murió en Lausana de cáncer, ciega y sorda. Lloró en el panteón de Clara, no por ella, ni por Lucía, sino por todas las mujeres maltratadas y asesinadas en este mundo tan despiadado que les había tocado vivir.

Cuando no tuvo más lágrimas que derramar, se dijo que era hora de regresar al caserío. Necesitaba descansar, echarse en la cama y cerrar los ojos a todo. Según salía por la calle Virgen del Carmen se cruzó con un tuerto pero no advirtió su presencia. Ya había cerrado los ojos.

Igor Salaberria caminaba con la cabeza gacha contando los pasos. Doscientos treinta. Doscientos treinta y uno. El maldito autobús lo había dejado lejos y la cuesta era empinada. Cuando vio la entrada del cementerio de Polloe suspiró aliviado. Doscientos cuarenta y cuatro. Estaba deseando llegar cuanto antes a un panteón para poder sentarse y descansar y apenas reparó en la mujer que abandonaba el camposanto. Ahora mismo quien ocupaba todos sus pensamientos era la mujer del pelo teñido de negro a quien había ido a ver. Acudía pronto a la cita, como a él le gustaba, dispondría de tiempo suficiente para tantear el terreno. Eligió un panteón donde la sombra de un chopo se proyectaba sobre él. Doscientos ochenta y nueve. Tras reposar unos minutos se dio la vuelta de rigor. Ochenta pasos más. Le agradó lo que vio. Volvió al panteón. Y aguardó. Al cabo de una hora, la oscuridad era total y las pequeñas farolas iluminaban las calles de la necrópolis como si se tratase de un decorado de terror. Oyó unas pisadas a su izquierda. Salió de su escondite.

—Vaya susto me has dado —protestó su cita.

—Perdona, no sabía que había quedado con una mujer —mintió. La miró a los ojos. Qué rica estaba la lesbiana.

—¿Y quién eres tú?

—La rana Gustavo. Para servir a Dios y a usted —dijo Igor haciendo una absurda reverencia.

—¿Dónde está el viejo?

—No ha podido venir.

—¿Es que solo contrata a tullidos? Creía que lo había visto todo con Gordo y Flaco, pero estaba equivocada, tú los superas con creces. Parecemos una ONG. ¿Qué te ha pasado?, ¿estuviste en la guerra?

—¿Tan mayor me ves?

—No te veo un carajo, con esta manía de quedar en los cementerios a oscuras.

Igor rio. Le gustaba aquella mujer, iba a pasar un buen rato con ella por más que

Xabier le había insistido en que no quería que sufriese. Era espabilada y contestona, no como Aitziber, y sobre todo no sentía ni pizca de lástima por él; eso le excitaba. Seguro que también chillaba como Aitziber.

—¿Y bien?, ¿a qué esperas? Qué es eso tan urgente que el viejo no podía comentarme por teléfono...

—Quería preguntarte si sabes dónde está la poli lesbiana.

—¿Por qué iba a saberlo?

La mujer sacó la mano del bolsillo de la chaqueta. No usaría la pequeña pistola que llevaba escondida contra aquel pobre inválido. Esperaba que Xabier apareciese para meterle una bonita bala entre las cejas. Había matado a Galder y a Lucía, por mucho que lo negase.

—Tal vez porque sois amigas y os acostáis juntas.

En la mente retorcida de Igor se dibujó una escena con las dos mujeres desnudas y atadas al cabecero de una cama. Se relamió.

—¿Amigas? Si descubro dónde está la poli, te aseguro que le haré de todo menos cosquillas. Esa maldita zorra se acostaba con mi ex, y quién sabe hasta dónde le llega la mierda, si ha huido por algo será.

—En eso estamos de acuerdo, quien huye es porque esconde algo.

—¿Y tú, tullido? No me digas que estás enchufado a esa mierda de droga que reparte el viejo entre sus hombres. ¿Cómo lo llama? Ah, sí, el poder del Dragón. Está majara perdido.

Igor se desabrochó el abrigo y dejó al descubierto parte del vaso Dewar.

—Lo llevó encima pero nunca lo he probado, ni lo he necesitado. Dicen las malas lenguas que estoy tan perturbado que lo único que podría hacerme la poción es mejor persona.

—Pensaba que era la única que no lo había probado.

—Pues ya ves que no, yo no necesito ninguna ponzoña para coser a cuchilladas un cuerpo.

—No seas desagradable. Sigo sin ver qué pintas en todo esto, ¿vas de recadero o qué? Por qué no te vas a casa a ver la tele y a atiborrarte de cerveza mientras piensas en tu penosa vida.

—Antes tengo que cumplir un encargo. El viejo me dio «vía libre». —Iba a disfrutar de lo lindo, vaya que sí—. ¿Entiendes lo que digo?

—No me digas que una piltrafa como tú busca a la poli para cargársela.

—Sí, y no. Efectivamente, la busco para matarla, pero el mensaje era por otra lesbiana, también para matarla, ¿adivinas quién?

La mujer no tuvo tiempo de meter la mano en la chaqueta. Entre la escasa luz vislumbró el cañón de una pistola que le apuntaba al pecho.

—Solo tengo una mano, pero no sabes la cantidad de cosas que puedo hacer con ella. —La mujer abrió los ojos asustada—. Puedes empezar a quitarte la ropa.

Gordo permanecía de pie mientras miraba con la cabeza ladeada el bulto que yacía inconsciente, sentado y apoyado contra un árbol. A rachas, un ligero viento movía la media melena de la cabeza hacia delante, caía sobre la frente y escondía parte del juvenil rostro. Flaco se agachó y le revolvió los bolsillos de la chaqueta. Se irguió con una gruesa cartera en una mano. Comenzó a sacar tarjetas de crédito, tarjetas personales y otros documentos. Según los ojeaba los arrojaba con desgana sobre el cuerpo inmóvil, a cuyos pies reposaban unas gafas rotas.

—... banco, Seguridad Social, tarjeta de un local de música, de una tienda de discos, carné de estudiante, de la biblioteca... basura y más basura —dijo Flaco.

—¿No lleva nada más encima? —preguntó Gordo, pasándose una mano por la barbilla.

—Sí, pero no lo encuentro. Pues claro que no, tonto. Te dije que no era él.

—Entonces, ¿nos hemos equivocado?

—Jon Iruretagoiena Abitzu —leyó Flaco del DNI—. Hemos perseguido a este chaval, asustado a su novia, lo hemos metido en un coche con un pasamontañas en la cabeza, traído a oscuras a este descampado, interrogado y golpeado hasta que ha perdido el conocimiento porque no nos gustaba lo que nos decía... ¿Y aún preguntas si nos hemos equivocado?

—Solo preguntaba.

—Pues no preguntes tonterías.

Un móvil sonó. Durante un instante ni Flaco ni Gordo reaccionaron. Luego Flaco se agachó y rebuscó entre la ropa del bulto.

—Me parece que lo tienes tú —dijo Gordo.

Flaco se irguió molesto. Ahora recordaba el móvil que aquel tarado inválido le había dado. Atendió la llamada y escuchó más que habló. Cortó la comunicación al cabo de un par de minutos.

—¿Quién era? —preguntó Gordo.

—Tu padre, no te digo... Pues quién va a ser: Barbanegra, tu *amigo* el pirata manco. Ya podemos ir a recoger el paquete al cementerio.

—¿Para qué vamos a recoger un muerto a un cementerio? Siempre me dices que soy tonto, pero de verdad que no lo entiendo.

—No hace falta que lo entiendas.

—Tenemos que recoger su mierda, y luego dejarla donde él quiere. ¿Por qué no lo hace él? Y si no puede, que se espabile o que no lo contraten. Seguro que cobra el doble que nosotros.

—Son las instrucciones del viejo, no querrás que se enfade... Recuerda lo que le ha pasado al paquete que vamos a recoger. Cierra el pico y obedece o cualquier día seremos nosotros el paquete.

—Joder. No me gusta. Recoger mujeres desnudas y dejarlas por ahí.

—Esta vez no será en una casa: la enterraremos, el viejo no quiere dejar ningún rastro.

—Entonces solo vamos a enterrarla en el cementerio.

—Te equivocas otra vez, la enterraremos donde lo hacíamos antes, en el caserío de Hernani, cerca de una fosa.

—Joder, peor aún, conducir de noche por esas malditas carreteras. ¿Y este *abertzale*? —preguntó Gordo, señalando al bulto. Sacó una navaja—. Podríamos borrarle el tatuaje ese del cuello.

Flaco se agachó y cogió las gafas rotas. Las puso en la cara del bulto. Gordo rio con la ocurrencia.

—Es su día de suerte —sentenció Flaco, rascándose una de sus orejas de soplillo—, cuando se despierte no entenderá nada y no querrá recordar nada.

Cuando Erika llegó al caserío lo primero que hizo fue descalzarse y sentarse en la cama. Se masajeó las plantas de los pies mientras pensaba lo poco que había avanzado en las investigaciones. Luego fue a la cocina y bebió un par de vasos de agua del grifo. Después volvió a la habitación y se quitó los pantalones y la camiseta y se puso solo un pantalón corto. Retiró el film del tatuaje y se aplicó la crema —trasparente y fría— con cuidado. Aún le dolía, la piel de alrededor estaba rojiza y la notaba ardiendo y ligeramente hinchada, «una moneda de un euro», como le decía la enfermera cuando en invierno le ponía la vacuna contra la gripe. Era asmática desde pequeña, y aunque los períodos de crisis y ahogo quedaban lejos y el Ventolin caducado descansaba en el fondo de un cajón, nunca faltaba a la cita con la vacuna antigripal, por si acaso. Recordó que Lucía se reía de ella cada vez que iba a la consulta, le decía en broma que era una niña débil y enfermiza, y que de mayor iba a tener que cuidarla, que ya se veía en una casona abandonada empujando una silla de ruedas y alcanzándole la máscara conectada a la bombona de oxígeno. Erika reía y replicaba que ella padecería una escoliosis paralizante y que iba a tener una vejez avanzada, arrugada en una cama igual que una vieja de noventa años. Entre risas llegaron al acuerdo de no dejarse degradar, de vivir una vida llena de emociones, y que cuando notasen el transcurrir del tiempo en sus cuerpos, alquilarían un coche y se despeñarían juntas y cogidas de la mano por un precipicio a semejanza de Thelma y Louise, solo que tendría que ser desde Alluitz en vez de desde el Gran Cañón.

Se acostó sin cenar, seguía sin tener hambre, y en cuanto cerró los ojos cayó en un sueño profundo y plácido. Soñó que viajaba junto a Lucía en un Golf GTI descapotable por la geografía vasca, bordeando la costa, desde el faro de Higuier hasta la Punta del Castillo Viejo. Un sonido de pico, como si un pájaro carpintero estuviese taladrando un árbol, se coló en su sueño. El ruido del motor del Golf se hizo más estridente hasta que comenzó a salir un humo blanco del capó. Según su *aita*, si el humo era blanco, la reparación sería menos costosa que si era negro. Se despertó empapada en sudor. Sin encender la luz fue al cuarto de baño y se mojó la cara. Una desconocida de rasgos borrosos la miraba desde el otro lado del espejo. En penumbra,

caminó hasta la cocina en busca de un vaso de agua. Escuchó nuevamente el sonido del pico, solo que esta vez no era en su cabeza sino que provenía del exterior. Se asomó con precaución por la ventana. La noche no era tan oscura como las de invierno y una media luna iluminaba parte del valle. Atisbó el haz de una linterna moverse entre las sombras. Rápidamente se dirigió a la puerta trasera y emergió al bosque sin más atuendo que el pantalón corto, el sujetador y los calcetines. No hacía frío pero se sentía indefensa y asustada. Se escondió detrás de un árbol y esperó a que sus asesinos hiciesen acto de presencia. Tras cinco minutos nada ocurrió. Le dio tiempo a sentirse como una tonta, ni siquiera había cogido la Glock. Aguardó otros cinco minutos antes de ponerse en camino. Se había equivocado, no venían a por ella, tal vez los intrusos ni sospechaban de su presencia, pensarían como todos los vecinos que en el caserío no vivía nadie. Su instinto policial le llevó a acercarse a hurtadillas hasta el sonido. Estaba tan concentrada que no notaba los hierbajos, rastros y piedrecillas en la planta de los pies. Captó unas voces y entre las sombras la silueta de dos figuras se reveló en el horizonte. Se aproximó hasta que las voces se convirtieron en palabras coherentes. Estaba agazapada detrás de unos arbustos, a unos pocos metros de distancia de la pareja, y contenía la respiración. Forzó la vista y le pareció ver que el hombre más corpulento golpeaba la tierra con un pico mientras el otro alumbraba con una linterna.

—Joder, podrías echar una mano, ¿no?, estoy cansado —dijo Gordo, soltando la herramienta.

—Ya falta poco, no seas quejica —respondió Flaco.

—Si estuvieras tú dándole al pico, veríamos quién sería el quejica. La tierra está dura y llena de piedrecillas.

—Te recuerdo que tú elegiste el sitio. Ya te dije que era mejor más al interior, en el bosque, donde la tierra es húmeda y más blanda, es por las raíces de los árboles...

Lo miró extrañado, sin entender la explicación. Flaco se encogió de hombros y calló. Se lo había inventado, pero todo valía con tal de no dar palo al agua. Gordo bufó y volvió a su tarea hasta que el otro le indicó que ya era suficiente.

—Ayúdame —pidió este.

Erika atisbó en el suelo un bulto con forma de cuerpo humano.

—Menos mal que pesa poco —dijo Gordo mientras arrojaban el bulto al agujero.

Erika se llevó una mano a la nariz y contuvo de milagro un estornudo. Su cuerpo comenzaba a relajarse y sentía el frío de la noche.

—Ahora solo falta que eches tierra encima —dijo Flaco.

—Vete a paseo —protestó Gordo, pero enseguida se puso manos a la obra. Deseaba salir cuanto antes de aquel bosque siniestro y oscuro repleto de fantasmas del pasado y que tan malos recuerdos le traía.

Después de aplastar un poco la tierra con el extremo ancho del pico, Flaco dio la señal para largarse. Nadie vivía por los alrededores, el caserío estaba abandonado desde hacía años y no valía la pena afanarse en cubrir y disimular el agujero. La

naturaleza haría el resto.

Jueves 13

El Hospital de Donostia, encaramado en el alto de Zorroaga, era un complejo hospitalario formado por la unificación de tres centros: el Hospital del Tórax, el Hospital Provincial y la Residencia de Nuestra Señora de Aránzazu. Comenzó su andadura en los años treinta pero la Guerra Civil paralizó las obras, que se reanudaron a mediados de los cuarenta. Durante mucho tiempo mantuvo el nombre de Nuestra Señora de Aránzazu en honor a la Virgen que en el siglo xv se apareció en la localidad de Oñate sobre un espino (Aránzazu significa lugar de espinos) y que se convirtió en patrona de Guipúzcoa. Conforme la población vasca y las enfermedades fueron aumentando, el hospital se dividió por diferentes especialidades y se le añadieron otros edificios hasta componer una amalgama de ladrillos que bien valía como ejemplo de la arquitectura vasca de las últimas décadas. Se construyeron puentes entre los centros y un laboratorio unificado. El complejo pasó a denominarse Hospital Universitario Donostia debido al acuerdo con la UPV, que vinculaba a profesores y alumnos de último curso de las facultades de Medicina y Enfermería con el hospital. El edificio que albergaba la antigua residencia, y eje central del complejo, se quedó con el nombre de Edificio Aránzazu, el Hospital del Tórax pasó a denominarse Edificio Amara y las especialidades de traumatología y psiquiatría, entre otras, pasaron al Hospital Provincial. Sin embargo, la mayoría de los vascos seguía conociendo al complejo hospitalario por el nombre de la Virgen. En un lateral del Edificio Aránzazu se encontraba el Edificio Oncológico y detrás el Materno-Infantil, del cual salían agarrados de la mano Max y Cristina en dirección al aparcamiento exterior cuando coincidieron con Joshua. Max no sabía si su amigo entraba o salía de alguno de los edificios, pero lo conocía lo suficiente como para saber que el encuentro lo había pillado por sorpresa y que no se sentía cómodo.

—¿Qué tal estás, Joshua? —preguntó Cristina, y sin esperar respuesta estampó dos besos en la mejilla al agente de la Científica.

—Bien —dijo este, aunque la palidez de su rostro evidenciaba lo contrario.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Max sin ningún miramiento.

—De visita, tengo a un amigo de la infancia ingresado.

—Espero que no sea nada grave —dijo Cristina.

—Una simple apendicitis.

—¿Y vas o vienes? —inquirió Max.

—Vengo, ya me iba. No me van los hospitales, con media hora de visita tengo más que suficiente. Demasiadas batas blancas y demasiados enfermos.

—¿Te llevamos? —se ofreció Cristina.

—No, gracias, he venido en mi coche. ¿Y vosotros? ¿El bebé?

—Se ve todo bien en la ecografía —contestó ella—. No para de moverse. —Se protegió el vientre con ambas manos—. Pronto tendréis un niño correteando por la comisaría.

—Entonces ya es seguro que será niño.

—Seguro no —se apresuró a desmentir Max.

—Pero casi —replicó Cristina—. La ecografía no lo aclara, estaba de lado, pero el ginecólogo cree que es un niño.

El médico les había mostrado con un lápiz óptico la línea de la columna vertebral de la criatura. A un lado había dos rayitas verticales, lo cual indicaba que era un niño. Si eran paralelas a la columna era una niña. Les repitió que eran suposiciones, nunca aseguraba el sexo del bebé hasta verlo claro, los errores en sus primeros años de profesión le habían vuelto muy precavido.

—¿Y ya hay fecha del feliz desenlace?

—Para finales de enero, el día treinta salgo de cuentas —dijo Cristina.

—Me alegro mucho.

—Se hace tarde —dijo Max, queriendo acabar con aquella situación tan embarazosa.

Dos besos más y un apretón de manos despidieron a Joshua camino de su coche.

—¿Está raro? —dijo Cristina, y aunque era una pregunta sonó más a una afirmación.

—Sí —confirmó Max, que siguió con la mirada a su compañero hasta que desapareció entre las filas de vehículos—. Venía al hospital, estoy seguro, y sin embargo, para evitar dar explicaciones, se va.

—¿Tú crees?

—Nos conocemos desde hace años: Joshua no sabe enmascarar sus sentimientos, ni mentir.

—Nosotros tampoco hemos contado toda la verdad...

—No compares, el médico nos ha recomendado reposo absoluto pero el bebé no corre peligro.

—Absoluto tampoco.

—Reposo —repitió Max, mirando a Cristina, de quien conocía su afán por dar paseos hasta el Peine del Viento y su predisposición a no pedir la baja laboral hasta el último mes—. Lo de Joshua es diferente, mentir va en contra de sus principios.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No lo sé, hace tiempo que le duele mucho la cabeza, tiene unos fuertes ataques de migraña pero muy localizados e intensos. Él dice que son pasajeros, que le dan muy de vez en cuando, que es una simple jaqueca, pero me extraña que siempre le den cuando está conmigo. Yo creo que los tiene más a menudo de lo que dice.

Le vibró el móvil. Al parecer, dentro del hospital no había cobertura. Tenía una llamada perdida de un número desconocido, diría que de una cabina de teléfono, y un mensaje de texto desde un número oculto. Leyó dos veces el mensaje sin entenderlo.

Se dijo que lo dejaría para más adelante y prestó atención a Cristina:

—... pobre hombre. Se le ve muy solo. Deberías hablar con él.

Max gruñó un «sí» por respuesta y guardó el móvil. Buscó con la mirada el Ford Mustang Cobra GT entre los vehículos del aparcamiento. Un coche negro con dos franjas blancas sobre el capó y techo y de finales de los años sesenta no debía de ser difícil de encontrar.

—¿Dónde coño lo habré aparcado? —se preguntó.

Las luces del alba se colaban por las ventanas del caserío. Su inquilina permanecía despierta, apenas había dormido unas horas. La excursión nocturna colmaba todas sus preocupaciones. ¿A quién habían enterrado aquellos tarugos? No se atrevía a salir y menos a acercarse a la tumba del «soldado desconocido». Pasó la mañana entera bebiendo un café tras otro hasta poner en claro sus ideas. Se duchó una vez más, la segunda del día, y se atavió con su disfraz de estudiante. Volvió a esconder un fajo de billetes en el fondo de la bandolera —aún le restaban unos cuantos para quedarse sin blanca—, y la Glock en el bolsillo oculto, cargadita y con el seguro puesto. Debía ser consciente de que la pistola podría representar su salvación en determinadas circunstancias, como la de la noche anterior, y se grabó a fuego que siempre la tendría a mano y cuando se fuese a dormir la dejaría en la mesilla de noche.

Salió al exterior y trancó la puerta. Miró a su alrededor, aún dudando de si estaba sola. Contó mentalmente los pasos y la dirección de la tumba del «soldado desconocido» respecto a la puerta del caserío. Después tomó el sendero de piedra que conducía a la carretera. Cumplió el ritual de los últimos días pero cambiando de camino; tampoco deseaba convertirse en la estudiante habitual que siempre hacía la misma ruta para coger el autobús a San Sebastián. Por fortuna se cruzaba con pocos lugareños, un par de veces coincidió con un niño que portaba una lechera pero ninguno de los dos prestó atención al otro.

Al apearse del autobús en el Boulevard donostiarra lo primero que hizo fue buscar una cabina telefónica. Tuvo que esperar a que una señora acabase de dictar la compra del supermercado a su hija. Caminó impaciente alrededor de la cabina. Cuando la mujer colgó, tuvo que reprimir sus impulsos de abalanzarse sobre el teléfono y le dedicó una amplia sonrisa. Aparentar normalidad, le decía su instinto. La señora se alejó y Erika echó un par de monedas y marcó el número personal de Max. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Probó en el teléfono fijo de su casa y saltó el contestador automático. Dudó en dejarle un mensaje pero pensó que no había nada mejor para incriminar a Max en su caso que dejarle un mensaje de voz. Odiaba aquel contestador. Un adolescente ocupó su lugar en la cabina y ella se adentró en la Parte Vieja. Sacó el móvil «quemable» cuyo número nadie conocía. Se paró en una esquina y apoyó la espalda contra la pared. Tecleó en el móvil igual que cualquier otro joven, un gesto que la sociedad había convertido en cotidiano para

consumir los ratos de espera. Cuando acabó de escribir el mensaje lo leyó un par de veces antes de mandarlo; nunca se sabía hasta dónde llegaban los tentáculos de la Científica. Corrigió un par de sustantivos, eliminó tres adjetivos y lo envió usando la opción de identidad oculta.

«Desde la puerta de la casa del hidalgo, a cincuenta pasos hacia el sur, donde el claro brilla a la luz de la luna, encontrarás la tumba del soldado desconocido. Oquendo».

Ojalá no se equivocase.

Ojalá lo entendiese.

Viernes 14

El rocío matutino impregnaba la maleza. Las copas de los árboles goteaban los restos del aguacero que había azotado durante la noche al valle. En las inmediaciones solo se oía el trinar de los pájaros y algún que otro grillo despistado. Oier se movía como un depredador al acecho, agazapado y cauteloso, apartando la hierba alta y húmeda con un palo, el mismo con el que hacía unos minutos había espantado a unas *betizuak*. Las vacas solo se acercaban a los caseríos abandonados. Y hoy habían vuelto a aparecer. Mal asunto. Últimamente, el valle recibía demasiadas visitas que alteraban la monotonía: el viejo que viajaba en coches grandes, el pirata siniestro, los dos hombres que se parecían a Asterix y Obelix, y por último la estudiante que se escondía en el caserío Etxekapare. Se acercó a la casa sorteando el barro. No veía a nadie ni oía ruido alguno. Las ventanas estaban cerradas y la puerta atrancada. Desde el día anterior por la tarde no veía a la chica. Se aproximó con sigilo por la parte de atrás, donde descubrió una vieja furgoneta oculta con ramas entre el espeso follaje. Le daba mala espina pero se obligó a avanzar por su madre, él era el señor de la casa, el hombre de los Barrenetxea, y debía velar por ella. Se asomó a una ventana. Entre las cortinas vislumbró una habitación. La puerta de un armario estaba abierta, de las perchas colgaba ropa, y sobre la cama deshecha había más ropa apelotonada. No parecía que la estudiante hubiera abandonado el caserío, y si era así, lo había hecho precipitadamente y sin recoger sus objetos personales. Volvió al bosque, circundó el caserío y se situó frente a la fachada principal. Solo tenía una forma de averiguar si había alguien dentro sin correr mucho riesgo. Estaba algo alejado pero confiaba en su puntería. Se le daba bien. Cogió una piedra plana, de las que lanzaba al Urumea y planeaban por el agua mientras él contaba los botes, y la lanzó hacia la casa. El ruido del cristal al estallar rompió el silencio matinal que invadía el valle. No hubo respuesta por parte del caserío Etxekapare y todos sus temores se hicieron realidad. Él y su madre se habían quedado de nuevo solos.

Erika se despertó con un sabor a tierra en la boca. Le dolía la cabeza y el olor a orina no ayudaba. Abrió un ojo y vio una pared de ladrillo rojo. Intentó ponerse de pie pero algo la agarraba por un tobillo. Abrió el otro ojo y vio una puerta de madera que parecía muy antigua. Oyó una voz que la llamaba, pero no lo hacía por su nombre sino como si llamase a un perro, por medio de silbidos e interjecciones. Se puso de rodillas, por lo menos podía arrodillarse y tumbarse sobre una colchoneta que había en el suelo. Sentía el cuerpo cansado, magullado, como cuando hacía *footing* durante más de dos horas. Nuevamente la voz la llamó. Se giró y le pareció ver a una chica

con el pelo sucio y largo y una camiseta que había conocido tiempos mejores. Palpó el suelo fuera de la colchoneta y comprobó que era de baldosas, cuadradas y grandes, algunas cubiertas por una arenilla rojiza.

—Despierta —dijo la voz.

Ladeó la cabeza hacia uno y otro lado y se estiró. La vista se volvió nítida y atisbó un espacio sin muebles a excepción de una mesa alargada de madera que se encontraba pegada a una pared, cercana a la puerta y lejos de su alcance.

—¿Dónde diablos estoy?

—Bienvenida a la casa de los horrores —dijo la voz sin ningún atisbo de humor.

Erika volvió a mirar a su alrededor. Una bombilla que pendía del techo alumbraba lo que parecía un sótano antiguo. Había oído que la ciudad estaba llena de cavidades subterráneas que se usaron como escondite, primero de los napoleónicos y después de los aliados, durante el asedio de 1813. Pero esta era la primera que veía.

—Tómate tu tiempo, aquí el tiempo no es importante —afirmó la voz.

Probó a incorporarse. Oyó un ruido metálico. Comprobó horrorizada que una argolla se fijaba a su tobillo izquierdo y la mantenía sujeta a la pared por una cadena. Con dedos temblorosos asió la argolla e intentó quitársela.

—Es inútil —dijo la voz.

Tiró con todas sus fuerzas de la cadena pero no se desprendió de la pared ni un milímetro. Se perdía dentro del muro.

—Es de acero —aseguró la voz.

El grosor de la cadena era de unos cinco centímetros, suficiente para que no se pudiese romper con las manos. Se le antojó que se trataba de la cadena de una galera y que ella era una esclava condenada a remar por sus pecados. Rio, y la risa derivó en una carcajada histérica.

—Shhh. No hagas ruido, no les gusta que armes alboroto.

La risa se transformó en un llanto que no logró contener.

—Tranquila, aún es pronto para que pierdas la razón. Solo llevas un día encerrada, y te has pasado toda la noche dormida.

Se enjugó las lágrimas con la camiseta de colores que llevaba para hacerse pasar por estudiante y que tan absurda le parecía ahora. Vio la bandolera apoyada en la mesa, junto a un bolso de piel. Había solo una silla, también de madera, y bajo la mesa, un baúl de roble forrado en cuero y con herrajes de forja.

—El bolso es mío —dijo la voz, atenta a cualquier mirada de su nueva compañera—. La bandolera es tuya, ¿también estudiante?

Asintió. No se fiaba de nadie y necesitaba evaluar la situación.

—Salvo los móviles, que nos los quitan, ahí están a nuestra vista todas nuestras pertenencias. Saben que no podemos cogerlas y es un recordatorio para que no nos olvidemos de quienes somos. A veces, cuando me porto mal, me enseñan la foto de mi madre y me dicen que debo obedecer o le harán daño.

A ella no había hijo de su madre que pudiera hacerle daño. Bastante le habían

hecho ya. Pateó de rabia y apoyó el pie libre en la pared. Agarró la cadena y tiró hacia atrás. Con la fricción solo consiguió lastimarse las palmas de las manos.

—También puedes intentar sacar el pie de la argolla mojando el tobillo con saliva. Nada sirve. No somos las primeras que han sido encadenadas. Solo he visto escapar de algo así a Houdini, en un documental. Lo mejor es tomar conciencia de que no puedes, cuanto antes lo hagas, mejor.

Se sorbió los mocos y negó con la cabeza. ¿Qué había sucedido? Estaba paseando por la Parte Vieja y ahora se encontraba encerrada en un sótano, encadenada a la pared. Todo en su mente era un gran agujero negro. No se acordaba de nada. La cabeza le palpitaba de dolor.

—Se parece al calabozo del conde de Montecristo, ¿verdad? Leí el libro de pequeña y no recuerdo cómo consiguió liberarse pero me parece que no estaba encadenado. Son muy listos, o no nos dejarían aquí solas sin vigilancia. Te preguntarás quiénes. Ya los conocerás, no tengas prisa.

Se oyó un ligero sonido amortiguado.

—Mejor que nos callemos, si no, nos castigarán.

La chica alargó la mano y Erika quiso alcanzarla pero no llegó. Estaban separadas lo justo para que no tuviesen contacto físico. Sus captores lo tenían todo estudiado hasta el más mínimo detalle.

Cundinamarca-Antioquia

Sábado 18 de agosto 2012

Cuando Max descendió por las escaleras del avión sintió la falta de aire y el ambiente húmedo y pegajoso en la cara. ¿Sería esa sensación el llamado mal de altura? Un simple vistazo al horizonte, a los cerros orientales, le bastó para constatar que se encontraba en un país de otro continente: los altos y tupidos árboles, la vegetación frondosa, los montes que se elevaban por encima de la ciudad y absorbían el ruido y la polución de la conocida como Santafé de Bogotá durante la época colonial española. Fundada por el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, cuyos restos mortales descansaban en la catedral bogotana, la ciudad se expandía en un entramado de cuadras, carreras, diagonales y trasversales sobre un altiplano con una altitud media de 2600 metros, aunque en algunas zonas montañosas se superaban los 3200.

No tuvo que esperar para recoger ninguna maleta, únicamente llevaba una bolsa de mano. Pensaba tomar el vuelo de vuelta en dos o tres días como máximo, a pesar de que el billete era abierto. No necesitaba más tiempo para lo que había ido a hacer. En la comisaría no se habían extrañado de los días que había pedido de permiso, ya lo hizo años atrás cuando se fue a la Provenza, la Riviera francesa, y veían normal que aprovechando la Aste Nagusia se fuese con Cristina de vacaciones. Estaban contentos por la resolución del caso del Asesino de Químicas.

Tenía una pequeña habitación reservada en un hotel del centro histórico, cerca del Museo del Oro. Aunque quería visitar La Candelaria, pasear por sus calles estrechas y empinadas, sus casonas con tejados y aleros coloniales que fueron cuna y aposento de la aristocracia criolla y española, a la salida del remodelado aeropuerto El Dorado la dirección que tenía en mente no era precisamente la del hotel sino otra en sentido contrario a casi doscientos cincuenta kilómetros de distancia. Se acercó a la hilera de coches amarillos que aguardaban clientes con las ventanillas del copiloto bajadas. Max fue de una ventanilla a otra. El primer taxista le dijo que no, el segundo se lo pensó pero al final también se negó, y el tercero se dejó querer:

—Esa vuelta es larga, y hay que contar el retorno. ¿Porque usted se devuelve conmigo? —El inspector asintió. Aquel taxista con su abultada barriga aprisionada contra el volante le recordaba a Asier—. No encontrará a muchos que la hagan. Teniendo en cuenta que perderé todo el día, digamos que tres millones de pesos es un precio justo.

—Un millón.

Max, que desconocía a cuánto estaba el cambio, no poseía ni un peso, pero para eso estaban los cajeros automáticos.

—¿Es usted gringo?

—Español.

—Ah, un gallego. Dos y medio, y no se hable más.

Max abrió la puerta trasera del taxi y se introdujo en el interior. Se recostó sobre un asiento duro y carcomido que su cuerpo agradeció. Por fin podía estirar las piernas y recostar la cabeza en un respaldo. El vuelo había sido largo, incluido un retraso en la salida de Barajas, y estaba exhausto. Miró su reloj de pulsera. Marcaba las 14.00 hora española, las 7.00 hora colombiana. En el taxi, un Chevrolet Cronos, olía a sudor. En el espejo retrovisor se balanceaba un Cristo de madera. Leyó el nombre del taxista en la licencia plastificada que colgaba del salpicadero.

—Curioso nombre.

—Es de un santo, un centurión que apuñaló con su lanza a Jesús en la cruz. Era casi ciego, y al caer la sangre del Señor sobre sus ojos recobró la vista. Abandonó el ejército, se hizo monje y predicó las enseñanzas del Señor hasta que lo mataron. Los colombianos heredamos el cristianismo de los españoles y la *tivi* de los yanquis. Acá se encontrará Pedros, Pablos, Evas, Lucías, Moisos, Juanes, Mateos... y también Johnnys, Emmas, Williams, Michaels...

—Dos millones, Longinos, y avíseme cuando salgamos de la ciudad.

El taxista se santiguó, besó al Cristo y arrancó. Los edificios altos, los condominios enrejados, los barrios de viviendas protegidas, los terrenos de lotes con banderas, las chabolas, los locales de comida, los centros comerciales se fueron sucediendo por la ventanilla del taxi sin que los ojos verdes de Max los admiraran. Al cabo de casi una hora, el taxista le despertó. Max advirtió suciedad y mal olor, vio tierra y barro, fábricas desvencijadas, gasolineras inmundas, camiones cisterna, tractomulas, *zorras* y mucho tráfico en ambos sentidos.

—Las afueras de Bogotá —dijo Longinos—. Había trancón en la ochenta, a partir de ahora iremos más rápido.

—¿Es que nadie está de vacaciones?

—Acá en agosto toca *camellar*, las vacaciones son en diciembre y enero. Dígame, ¿es periodista?

—No, ¿por?, ¿tengo pinta?

—No —reconoció Longinos, mirándolo por el espejo retrovisor—. Pero menos de turista, y a la hacienda van muchos periodistas buscando algún rastro del patrón, alguna historia para publicar. Ya le adelanto yo que solo quedan ruinas de lo que fue, ni siquiera se puede visitar el segundo piso por temor a derrumbes. Es un parque temático, qué *güevonada*, la cantidad de animales que trajo Pablo para que acabara siendo un zoo. Imagínese usted, hasta pintó no sé qué animal exótico de blanco y con rayas negras, como una cebra, para pasar el control de la aduana...

—Sí, me lo puedo imaginar, la imaginación de los maleantes no tiene límites.

—Todo se fue al carajo cuando se metió en política; eran bandidos no políticos.

Cuando a Max se le cerraron los ojos el hombre contaba que actualmente no sé qué hijo de quién vivía en Argentina. Cuando los abrió el taxi estaba aparcado frente

a una fonda con una entrada de doble puerta orientada hacia la carretera. Consultó el reloj: las 19.20 hora española.

—¿Dónde estamos? —inquirió Max, observando que la vegetación era más espesa, parecida a las fotos que le entregó Xabier.

—En la autopista, ya hemos pasado Honda, y estamos en Antioquia.

Max miró a ambos lados del camino. Lo que el hombre llamaba autopista no era sino dos caminos asfaltados de doble sentido. ¿La vuelta del turista?

—Es la hora del almuerzo. Entremos en este restaurante —propuso Longinos.

La entrada era amplia y había una barra de madera que cruzaba de lado a lado todo el ancho del local. Había un puñado de mesas, la mitad ocupadas, y una pequeña nevera al fondo. Las paredes estaban decoradas con antiguos carteles publicitarios, entre los cuales, a Max le llamó la atención el de una mujer que fumaba cigarrillos Pielroja.

—Mejor vayamos a la barra —dijo Longinos.

En la barra, un par de tipos sentados en taburetes bebían cerveza.

Camioneros, supuso Max, que había visto un camión y una camioneta aparcados en un lateral de la fonda.

—Hola, preciosa —dijo el taxista cuando la posadera se acercó. La mujer pasaba de los cuarenta y su rostro arrugado reflejaba la dura vida que soportaba—. Regáleme un jugo de lulo en leche, un pandequeso y una de esas arepitas blancas que se ven tan apetecibles.

—¿Y usted?

Ambos miraron a Max.

—Lo mismo, María —dijo Longinos, y le dio al inspector un golpecito suave con el codo en el brazo—. Una ricura la comida *paisa*. De vuelta le pido una bandeja.

—Para beber prefiero una cerveza —dijo Max. ¿Servirían whisky?

—Entonces un Águila, María.

La mujer desapareció por la puerta de la cocina.

—Ahora vuelvo, usted no se me pierda, y coma todo todito.

Longinos se dirigió al baño mientras no quitaba ojo a la puerta por donde había desaparecido la tal María. A Max no le pasaron desapercibidas las miradas que habían cruzado taxista y posadera. Observó el entorno e intentó calmarse. Simples trabajadores y gente de la comarca. No corría peligro. La posadera salió de la cocina pero no traía consigo ninguna bandeja. Se encaminó a los servicios. Max tamborileó con los dedos sobre la barra. Al cabo de cinco minutos una negrita de apenas quince años emergió de la cocina con dos bandejas. Max dio buena cuenta de lo suyo. Sabrosa comida basada en harina. La cerveza era áspera y fuerte. Pidió otra. Al cuarto de hora, María salió del baño retocándose el pelo y al minuto Longinos abrochándose el cinturón.

—Vaya —dijo el taxista fijándose en la bandeja vacía y los dos botellines de cerveza—, ya le dije que le iba a gustar.

Con el estómago lleno, el resto del camino no se le hizo tan pesado. Hasta hubiese dado otra cabezadita de no haber sido por los baches y la brusquedad con que Longinos conducía. Al llegar a la hacienda Nápoles lo primero que vio fue una avioneta monomotor, blanca y con dos rayas azules, sobre la entrada antigua. Un cartel pendía del techo, bajo el pórtico:

BIENVENIDOS A LA VERDADERA AVENTURA SALVAJE.

—Está bacana. Es una réplica de la que Escobar envió en su primer cargamento de cocaína a los Estados Unidos; la avioneta original se perdió en el fondo del mar durante un viaje.

—Gracias, Longinos. Espéreme aquí, no creo que me demore.

—Apunte mi número de celular y llámeme si va a tardar mucho.

Max pagó los sesenta mil pesos de la tarifa Safari y se adentró en el parque temático. Veinte años después de la muerte del capo parecía que la enorme mansión hubiera sobrevivido a una catástrofe. Paseó la mirada por las hectáreas de la hacienda imaginando lo que fue este lugar, símbolo de la opulencia y extravagancia del capo, y lo que había quedado de ese imperio del narcotráfico. Atisbó una pista de aterrizaje en la cual trabajaban obreros con picos, palas y excavadoras. Oyó comentar a alguien que la Aeronáutica Civil pretendía autorizar los vuelos chárter a turistas acaudalados que pudiesen permitirselo. Durante el paseo, le sorprendieron los hipopótamos africanos que asomaban sus ojos en uno de los lagos. El guía mulato que los acompañaba afirmó que eran solo un recuerdo del zoológico que una vez existió en la Hacienda y que llegó a tener casi dos mil animales entre canguros australianos, jirafas y garzas exóticas de diferentes países, aunque de acuerdo a Roberto Escobar, hermano del capo, no se incluyó ningún animal feroz como depredadores o serpientes. Pasó de largo por un parque jurásico de cemento, donde cinco gigantes dinosaurios, de unos nueve metros cada uno, hacían las delicias de los niños. Numerosos turistas se hacían fotos frente a la casa en la que Escobar realizaba singulares fiestas a las que invitaba a otros capos del cartel, políticos, reinas de la belleza, futbolistas... y en las que se decía que las mujeres —casi niñas— y las drogas nunca faltaban. En el interior del patio había una piscina sin agua tomada por el moho, y se veían los cuartos donde los invitados descansaban, ahora repletos de huecos en el suelo y las paredes realizados por los buscadores de tesoros en su intento de hallar dinero cuando la Hacienda estuvo abandonada. La habitación del capo, ubicada en la zona derecha del segundo piso de la casa, estaba cerrada al público. En su lugar, el parque mostraba a sus visitantes otra habitación en el primer piso de la que solo quedaban dos muros sin techo y estaba invadida por la maleza. En el parqueadero donde Escobar guardaba sus carros de colección había un Ford de los años treinta perforado por balas y en el cual, según la leyenda, había muerto Al

Capone. Max sabía que eso era falso —el mafioso fue encontrado muerto en la bañera de su mansión de Miami Beach, cinco días después de sufrir un derrame cerebral que, junto con la neumonía que padecía y la sífilis, le causaron la muerte—, pero no quiso robar la ilusión a los turistas, que se hacían fotos junto al coche. Al lado del vehículo había una limusina Rolls-Royce, un Chevrolet Camaro y dos hidroplanos. Pensó en Xabier, taurino confeso, al comprobar el despojo de plaza de toros que Escobar mandó construir y a la cual hoy nadie entraba porque sus dueñas eran centenares de abejas. Xabier, por cuya culpa estaba a diez mil kilómetros de casa, se hubiese enojado de lo lindo. Y cuando ya creía que las once horas de vuelo habían sido en balde, vio a un viejecito regando unas plantas de caña. Observó el césped cuidado con esmero que se abría hasta dar con una casa de madera. Un refugio perfecto para un exiliado. El hombre, tocado con un sombrero *vueltaio* y vestido con unos pantalones vaqueros, agitaba la manguera por encima de las plantas. Casi la misma estampa de una de las fotos que contenía el sobre. No había traído ninguna consigo en el viaje, únicamente la dirección. El hombre dejó la manguera en el suelo —le faltaba parte del brazo izquierdo— y se encaminó hacia la casa. Cojeaba ostensiblemente. Cerró el grifo que conectaba con la manguera. Acarició con su única mano unas flores anaranjadas que crecían en tallos alargados alrededor de la casa. Entonces levantó la vista y vio a Max. La pregunta que este se había hecho durante el vuelo, si sería capaz de reconocer a su padre después de treinta años, tuvo respuesta, y la otra, si su padre le reconocería, también.

—¡Max...!

EDMUNDO DANTÉS

Lunes 17 de junio de 2013

Desde que a Max le comunicaron que habían encontrado el cuerpo de una mujer desnuda en el embalse de Urkulu la angustia le carcomía. Conducía el Mustang Cobra por las carreteras serpenteantes que daban acceso a Aretxabaleta presa del miedo. Contenía las lágrimas de puro milagro. Si en el último año podía considerar a alguien de la familia, a excepción de Cristina y el pequeño embrión que crecía en su vientre, era a Erika. No podía apartar de su cabeza una imagen: una manta plateada cubriendo su rostro, las mejillas comidas a mordiscos por los peces y los gusanos arrastrándose por las cuencas vacías de los ojos. Aunque para la Policía llevaba diecisiete días fugada de la justicia, para él llevaba exactamente cuatro sin dar señales de vida, desde que recibió aquel enigmático mensaje en el móvil; nadie más podía habérselo enviado. Borró de su mente el mensaje y los temores que lo laceraban y se concentró en la carretera, lo que menos deseaba era tener un accidente. A su lado viajaba de copiloto Asier —con el uniforme de la Ertzaintza—, así que esta vez no iba a tener problemas para encontrar el sitio. El agente solo se limitaba a indicar con una mano y monosílabos la dirección y los desvíos correctos mientras con la otra se aferraba al apoyabrazos, pues Max conducía como si el mismísimo diablo los persiguiese. Al pasar por Mondragón, oscuros recuerdos del pasado asaltaron al inspector, pero se difuminaron con rapidez: no estaba para recuerdos, tenía puestos los cinco sentidos en llegar cuanto antes. Al rebasar Aretxabaleta tomaron el desvío sin reparar en el conjunto monumental de la villa, donde destacaban la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, el palacio de Otalora y la casa torre de Arratabe. No vieron vecinos por las calles, el próspero municipio, de carácter industrial, ligado al nacimiento del cooperativismo que tanto había marcado el desarrollo económico del valle, estaba desierto a esas horas de la mañana.

Cuando alcanzaron el embalse un par de coches de la Ertzaintza, una ambulancia y la furgoneta de la Científica los esperaban. Aretxabaleta estaba situado en la comarca de Debagoiena, muy cerca de la frontera con Álava y Vizcaya, y era de suponer que el personal de la comisaría de Éibar sería el primero en personarse pero ¿la Científica? No sabía cómo lo hacía pero Joshua siempre llegaba antes que él. ¿Es que aquel hombre no dormía nunca?

Max salió del coche y se dirigió casi a la carrera al cuerpo que yacía cubierto por una sábana al borde del agua. Una neblina envolvía el valle y apenas dejaba ver los casi mil doscientos metros del monte Kurtzebarri, que se levantaba a los pies del embalse. Joshua intentó impedir que el inspector se acercase al cuerpo pero este le apartó con la mano. Se acuclilló junto a la sábana. Un olor malsano flotaba en el ambiente. Retiró con cuidado, lentamente, la tela. El cuerpo de una mujer desnuda

con evidentes síntomas de descomposición yacía con la cara vuelta hacia el embalse. Max, sumamente escrupuloso, la agarró de la barbilla y giró la cabeza hacia sí. Suspiró aliviado, no era Erika. La cara presentaba cortes en la frente, por la boca asomaban varios dientes ennegrecidos y le faltaba parte de la nariz. Volvió a cubrir el cadáver y se levantó asqueado por el dantesco espectáculo. Contuvo el vómito.

—¿Estás bien? —le preguntó Joshua poniéndole una mano en el hombro.

Max afirmó con la cabeza y después le hizo un gesto negativo a Asier, que no sabía si acercarse.

—¿Quién es capaz de semejante atrocidad?

—Eso nos toca averiguar. ¿Te has fijado en el cuerpo?

—No, solo he visto la cara.

—Le falta un pie. El derecho, para ser más exactos, y enterito, como si un tiburón se lo hubiese arrancado de cuajo.

—Pero no fue un tiburón, ¿verdad?

—No, al menos que fuera un tiburón con piernas que supiera andar y usar una motosierra. Costará determinar qué heridas fueron provocadas por el asesino y cuáles efecto de la descomposición y de los peces; el embalse está lleno de carpas, truchas, anguilas y otros especímenes, y el cadáver lleva unos días bajo el agua.

—¿Cuántos?

—Es difícil saberlo. Quizá cuatro o cinco, por lo menos...

Los mismos días que Erika llevaba sin dar señales de vida, caviló Max. ¿Tendría algo que ver?

—... pese a todas las teorías que circulan, no existe forma de precisar cuándo va a salir a flote un cadáver. Depende de muchas variables: peso, edad, morfología, huesos, e incluso lo que haya ingerido previamente. El embalse de Urkulu es pequeño, de unos ocho kilómetros de perímetro, pero está al cien por cien de su capacidad, ha llovido mucho en los últimos meses, y hay zonas, sobre todo en el centro, donde la profundidad puede superar los treinta metros.

Ya más calmado, Max recorrió la mirada por los alrededores del embalse. Era una estampa bonita, se lo imaginaba en verano lleno de niños correteando en pos de una pelota mientras sus padres los vigilaban de lejos. Además era un lugar propicio para practicar deporte al aire libre. Atisbó un *bidegorri* que rodeaba el pantano. En un lateral del césped se habían habilitado varios espacios para hacer gimnasia, con paneles explicativos que indican cómo realizar algunos ejercicios. Junto a un cartel que ofrecía un servicio de alquiler de piraguas se encontraba un hombre rodeado de tres ertzainas.

—¿Y ese? —preguntó Max.

—Un pescador de la zona. En el embalse está prohibida la navegación pero se permite la pesca entre marzo y septiembre. Fue quien encontró el cadáver y nos dio aviso.

Max ya se encaminaba hacia el pescador. Al llegar a su altura comprobó que el

tipo llevaba todos los atuendos necesarios para parecer un cenutrio en el arte de la pesca. Sobre la cabeza anidaba un gorro de pescador con varios anzuelos clavados en los bordes a modo de adorno, vestía un chaleco de caza con la mayoría de los bolsillos abiertos, un pantalón caqui provisto de numerosas cremalleras y calzaba unas botas de agua.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Max.

El pescador lo miró con su cara de pánfilo, como si tuviese que pensar la respuesta. Estaba en estado de *shock*.

—Ekaitz Aranguren —leyó Joshua de su cuaderno de notas. Había estado conversando hacía unos momentos con él mientras aguardaba la llegada del inspector.

—Y bien, Ekaitz. Soy el inspector Max Medina, del Departamento de Homicidios. Cuénteme todo lo que sabe.

—Yo no he matado a nadie.

—Eso ya lo sé.

El pescador tragó saliva antes de hablar. Soltó la caña y la silla plegable que sostenía en las manos.

—Estaba pescando, quería coger un *black bass* de esos, por ahí dicen que han visto unos que pesan hasta cuatro kilos y miden dos metros, yo no me lo creo, nunca he visto uno parecido.

—¿*Black bass*? —repitió Max. Sabía un poco de pesca pero de aquel pez no había oído hablar en su vida.

—Una lubina negra, o perca americana —explicó Ekaitz—. Es originaria de Norteamérica, pero algún estúpido la trajo a España y la arrojó al embalse. Lo que se llama una especie invasora; es carnívora, y su dieta incluye insectos acuáticos, gusanos, larvas y pequeños peces y anfibios. Hace mucho daño a nuestro ecosistema...

—Ya, me hago una idea, siga.

—Vine al embalse a primera hora de la mañana. Es lo ideal para pescar, sin gente, sin ruidos, una temperatura agradable, cuando...

—¿A qué hora llegó exactamente?

—¿Hora? —repitió Ekaitz, como si no entendiese la palabra. La voz le temblaba—. No sé, no miré el reloj. Me levanté a las seis, dejo todo preparado el día anterior porque me gusta desayunar sin prisas, viendo el canal de noticias. Vivo aquí cerca, en Aretxabaleta, así que supongo que sería cerca de las siete cuando llegué al embalse.

—Está bien. Prosiga.

—Lo primero que hago es echar la caña y después me acomodo. Se gana mucho tiempo. Saco los bártulos del coche, me pongo, preparo el resto de los sedales, los cebos... pero la caña ya está en el agua. Cuando vi moverse la boya y al rato se hundió pensé que ya lo tenía. No me lo podría creer, vaya suerte la mía, no hacía ni media hora que había lanzado la caña. Tiré con suavidad mientras lentamente recogía sedal con el carrete. Hay mucho inexperto suelto, no se puede ni se debe tirar fuerte

ni recoger sedal muy rápido. Sin embargo, no era capaz de sacarlo a la superficie. Un *black bass* grande y pesado. Tardé lo mío, pero vengo preparado, ¿sabe? —Ekaitz desvió la mirada hacia el cartel de alquiler de piraguas sobre el cual reposaban un gancho y una sacadera de unos dos metros de largo—. Se puede imaginar mi sorpresa cuando saqué a esa pobre mujer del agua...

El pescador se tapó el rostro con las manos y rompió a llorar.

—Es suficiente —concedió Max. Con un gesto le indicó a Asier que se ocupase él del resto.

—¿Otra desaparecida? —le preguntó Max a Joshua, una vez apartados de los agentes y el pescador.

—Más bien quizá sea una de ellas. Podría tratarse de Amaia. Veremos qué dice la autopsia.

—¿Y tú qué crees?

—Teniendo en cuenta los días que han transcurrido desde que la arrojaron, creo que será una pérdida de tiempo rastrear el embalse y los alrededores. Habrá que esperar a que tus *amigos*, los forenses gemelos, dictaminen la causa de la muerte y nos aporten datos nuevos, datos que nos mostrará el cadáver. Hasta el asesino más avezado y listo deja pistas, nada escapa a la ciencia forense.

—Esperemos que tengas razón. Sondea la zona, haz un par de preguntas a los lugareños, nada serio, solo si han visto algo raro, gente extraña, impropia del valle, todoterrenos negros de lunas tintadas, camionetas, cosas por el estilo.

—De acuerdo.

—¿Sabes algo de Erika?

—Nada, y por la cara que traías cuando te has acercado al cuerpo intuyo que tú tampoco. Perdona por lo del otro día...

—Está más que olvidado. Aunque sí es cierto que te he ocultado algo. Tengo un mensaje que quiero mostrarte, tal vez sea verdad que cuatro ojos ven más que dos y seamos capaces de sacar algo en claro.

Mientras la neblina se diluía y los rayos del sol comenzaban a iluminar el valle, Joshua releyó un par de veces el mensaje del móvil de Max: «Desde la puerta de la casa del hidalgo, a cincuenta pasos hacia el sur, donde el claro brilla a la luz de la luna, encontrarás la tumba del soldado desconocido. Oquendo».

—¿Sabes quién es Oquendo? —preguntó Joshua.

Max asintió.

—Pues yo sé dónde está la casa del hidalgo.

Esperaron a que el juez Castillo se personase antes de desaparecer. Asier esperaba dentro del Mustang Cobra y Max se fumaba un purito apoyado en la puerta del conductor. Juez e inspector apenas cruzaron una mirada, y no fue nada amigable. Fue Joshua el encargado de atender al juez y a sus ayudantes y quien explicó los pormenores del caso, después los dejó en compañía de los ertzainas eibarreses.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Joshua a Max.

—Asier, vuelve con los de la Científica. Joshua y yo tenemos que ir a un sitio. Max y Joshua se subieron al coche del inspector y se dirigieron a Aretxabaleta.

—Tú dirás —dijo Max.

—Vamos a Hernani, al caserío Zabalaga.

—¿Es la casa del hidalgo?

—No, hay que pasar el Museo Chillida-Leku. Más adelante hay otro caserío. Etxekapare. Casa del hidalgo en castellano. Es propiedad de la familia Zurutuza. Hice averiguaciones de sus propiedades cuando buscaba a Erika. Ahora tú: ¿quién es Oquendo? Al ser una firma me imagino que es una persona, no el municipio de Álava, aparte, claro está, del almirante donostiarra Antonio de Oquendo.

—Una vez quedé con Erika en la estatua del almirante que hay en la plaza del mismo nombre, entre el hotel María Cristina y el teatro Victoria Eugenia. —No podía reconocer que lo había engañado y la había visto ya prófuga de la justicia—. Recibí el mensaje desde un número oculto. Es ella, estoy seguro, utilizó el nombre en clave de Oquendo que solo yo conocía para que supiese que se trataba de ella. Después silencio. Cuatro días. Me preocupa.

—Pues quería que fueras al caserío de sus padres.

Max asintió. ¿Qué otro horror les reservaba la casa del hidalgo?

Al ver alejarse el Mustang Cobra de Max lo primero que hizo Asier fue llamar desde su móvil particular. Lourdes le contestó al primer tono, sabía que cuando la llamaba era importante, asunto Nagore; para todo lo demás, revolcones incluidos, mandaba mensajes. La tranquilizó diciéndole que el cuerpo de la mujer encontrada en el embalse no era el de la chica, se sabía de memoria el rostro de la hija de Lourdes, la casa de su madre estaba llena de fotos de ella, e incluso a varios metros se veía capaz de distinguir su rostro entre la multitud. A veces soñaba que Nagore estaba entre los manifestantes, riéndose de ellos, oculta tras una máscara de payaso; otras, que la veía desde el ventanal del salón, jugando al fútbol con la Real Sociedad; y también, que colgaba por el cuello del Árbol de Gernika. Contestó con un par de monosílabos a las preguntas de Lourdes y colgó simulando que reclamaban su presencia. Decirle que la chica hallada seguramente sería Amaia no le ayudaría, la preocuparía en exceso y era capaz de tomarse un tarro entero de pastillas antes de reconocer que a su hija le esperaba el mismo final. No quería darle falsas esperanzas, luego la caída sería mayor, pero no sabía cómo actuar, qué hacer. Observó a unos metros al juez Castillo y sus ayudantes, se reían como si alguien hubiese contado un chiste muy gracioso.

—Malditos cabrones —murmuró.

Max conducía a gran velocidad y Joshua, a diferencia de Erika y Asier, permanecía imperturbable mirando por la ventana el paisaje fugaz, hasta se diría que iba silbando

sino fuese porque el motor V8 del Mustang Cobra rugía con sus más de trescientos caballos de potencia y silenciaba cualquier sonido. Cuando llegaron a Hernani tomaron las señales en dirección al Museo Chillida-Leku, pero O'Neill no las tenía todas consigo, así que se adentraron en un sendero que indicaba Caserío Barrenetxea para preguntar. Max tuvo que reducir la velocidad debido a los socavones del camino, que hacían que el coche botara como una pelota. Al llegar, el agente se apeó y Max aguardó en la entrada. Por el espejo retrovisor vio a un niño correr hacia la casa. Portaba una lechera; a juzgar por cómo la agarraba y la leche que goteaba, pesaba mucho. Salió del coche y alzó una mano. El niño apenas aminoró el paso, corría mirando hacia la casa, preocupado por quien estuviese dentro. Tenía el pelo castaño y cortado al estilo casco.

—Tranquilo, chaval —dijo Max, y le mostró la placa.

Nunca se la había mostrado a un niño, pero este estaba tan asustado que solo la placa metálica de la Ertzaintza le hizo detenerse.

—¿Estás bien?

El crío no respondió, ni siquiera se liberó del peso de la lechera, seguía mirando impaciente hacia la casa, deseoso de entrar. Por la puerta emergió la figura de Joshua acompañado por una mujer. Se despidieron con un apretón de manos. Aquello calmó al niño, que soltó la lechera.

—¿Algo raro por aquí? —dijo Max—. Gente extraña por los alrededores, coches grandes...

—Oier, *goazen!* —lo llamó la mujer.

—Un pirata, un gordo, un flaco y una estudiante —contestó Oier rápidamente antes de acudir a la llamada de su madre.

Una vez dentro del coche, Joshua preguntó:

—¿Qué te ha dicho el niño?

—Tonterías, debe de ver mucha televisión. La isla del tesoro y todo eso... ¿Y la mujer?

—Hay que seguir todo recto y pasar el museo. Luego tomar el primer desvío a la izquierda. Pero estaba asustada...

—Sí, el niño también, creo que vamos en la dirección correcta.

Igor repasó mentalmente las pesquisas que había seguido mientras en la radio sonaba a todo volumen *The wall*, de Pink Floyd. Estaba cómodamente sentado en el sofá de su piso de alquiler de Amara. No tenía cuaderno ni apuntaba datos en un ordenador, aquellos métodos solo los usaban los *txakurras*. Por no tener, no tenía ni correo electrónico, ni Facebook, ni Twitter, ni todas esas zarandajas modernas de los adolescentes. Quedaba una de las tres lesbianas, la más importante, el premio mayor, y parecía que se la había tragado la tierra. ¿Y si alguien se le había adelantado y la había sacado de la circulación? Era una posibilidad con la que debía contar. Los

estúpidos de Gordo y Flaco tampoco daban con las estudiantes desaparecidas y el viejo se impacientaba. Le había recordado el acuerdo en más de una ocasión: «un completo», o todo o nada. Podría matarlo, haría un favor a la sociedad, pero entonces no cobraría. No, no estaba bien cargarse a los clientes.

Cuando los niños cantaban a coro el estribillo de la canción, él se unió llevando el ritmo con los pies.

We don't need no education.

We dont need no thought control.

No dark sarcasm in the classroom.

Teachers leave them kids alone.

Hey! Teachers! Leave them kids alone!

All in all it's just another brick in the wall.

All in all you're just another brick in the wall.

Puso la Remington sobre la mesa y comenzó a limpiarla. Para tener una sola mano se le daba bastante bien. Era aplicado y constante, y a base de practicar había conseguido hacerlo tan rápido y con tanta destreza como si dispusiese de diez dedos. Repasó de nuevo las fotos de la Nikon. Vigilar a aquella profesora en su casa de Irún solo había servido para perder el tiempo. Su cara arrugada y su pelo de gata en celo no le seducían lo más mínimo. Si por lo menos tuviese una hija, una criatura pequeña y linda, de suaves muslos y carne deliciosa... Pero ni por esas, no había tenido suerte, y la arpía estaba sola en este mundo, como muchos. Espiar a Eneko, el padre de la lesbiana, tampoco sirvió para nada salvo para corroborar que la profesora y el empresario aún se veían. Eneko tenía mala relación con su hija, y la lesbiana debía de ser altiva y de las que no daban su brazo a torcer porque no se ponía en contacto con su acaudalado padre, ni con su madre, que por lo que había podido averiguar por su médico —meterle el cañón de la Remington en la boca ayudó a que hablase— padecía un cáncer terminal de pulmón. Tal vez extorsionase a Eneko, quizá entonces la información comenzase a fluir. Se centró en la foto del tipo con sotana a quien llamaban Lauburu. Absurdo apodo: Cuatro cabezas. La visita a su tienda también fue una pérdida de tiempo. Le quiso hacer un tatuaje y, cuando vio que no cedía, venderle una vasija de barro. En la conversación no sacó nada en claro de por qué la lesbiana tenía una foto suya. Obviamente, no fue claro ni conciso para no levantar sospechas. Tal vez le haría otra visita más adelante, de las que le gustaban, menos seria y más personal: cuando le tatuase la cara a golpes quizá hablase. En cuanto a los *selfies* de la lesbiana, le daban asco, con esa cara fea, esa nariz grande y esa sonrisa estúpida. Solo por eso, cuando diese con ella, le haría sufrir como a ninguna.

Al llegar al caserío Etxekapare, Max no dudó en entrar en la finca y aparcar el

Mustang Cobra al lado de la puerta.

—Propiedad privada. Allanamiento de morada. Delito tipificado en el artículo 202 del Código penal. Tu *amigo* el juez Castillo lo tendrá muy fácil —afirmó Joshua mientras se apeaba del coche.

—Que le den por culo —contestó Max. Apagó el motor y salió.

—Sí, también nos dará por detrás por atentar contra el derecho a la inviolabilidad del domicilio que establece el artículo 18.2 de la Constitución.

Ambos contemplaron los alrededores de la casa. Parecía abandonada, al igual que la propiedad. Caminaron hacia la entrada sin separarse.

—Toma —dijo Joshua, tendiéndole unos guantes de látex—. Nunca salgo sin ellos —añadió mientras se enguantaba una mano—. ¿Vas a entrar? No llevo chaleco.

—Yo tampoco. —En realidad nunca lo llevaba—. Estamos solos.

Con los guantes puestos, Max aporreó la puerta sin mucha convicción al tiempo que Joshua gritaba: «¡Policía, abran!»». Nadie respondió, solo se oía el trinar de los pájaros, el sonido de las hojas al mecerse con el viento y algún mugido lejano.

—Mira, hay una ventana rota y la cerradura de la puerta está forzada, solo se sujeta con ese taco de madera del suelo —dijo Joshua.

Se irguió, sacó su revólver S&W de la sobaquera y empujó la puerta, que se abrió con un quejido de bisagras. La puerta forzada y la ventana rota podían significar vandalismo, pero también violencia. Joshua entró detrás del inspector; su pistola permanecía dentro de la cartuchera, y no gritó, ni se anunció, también presentía la soledad del caserío.

Tras cerciorarse de que la casa estaba vacía, realizaron cada uno a su manera un registro. Max pretendía asegurarse de que Erika había sido la última inquilina y que nada malo le había pasado, buscaba gotas de sangre, objetos rotos, arañazos en las puertas... mientras que Joshua registraba la casa buscando pruebas de su paradero, un cuaderno, un folio arrugado con una dirección, un móvil o un ordenador. Rebuscaron en la basura, en el baño, en la cocina, en el dormitorio, y lo único interesante que hallaron fue una caja de una consigna de Correos con varios billetes de cien euros en su interior.

—Al menos sabemos cómo paga sus gastos —dijo Joshua.

—Se fue, y pensaba volver, pero no lo hizo. Algo, y no bueno, le ha sucedido.

—Estoy de acuerdo, ningún fugitivo deja media cafetera y comida en la cocina, ropa desperdigada por la cama, enseres personales en el baño y menos aún dinero en metálico.

Max salió al porche. Repasó el mensaje.

«Desde la puerta de la casa del hidalgo, a cincuenta pasos hacia el sur, donde el claro brilla a la luz de la luna, encontrarás la tumba del soldado desconocido. Oquendo».

—Estamos en la puerta, cincuenta pasos al sur es por allí —dijo Max, señalando con el índice hacia el bosque.

Comenzó a andar contando los pasos, seguido de cerca por Joshua. Alcanzaron un claro. No había que ser inspector de Homicidios para deducir que alguien había removido la tierra, resultaba evidente que la capa superficial del suelo había sido manipulada, la tierra estaba suelta y la hierba apelmazada.

—¿Un cadáver?

—Seguro. —Se quitó los guantes de látex, que emitieron un chasquido de protesta—. Dos cadáveres en un mismo día. Maldita sea nuestra suerte.

—Tendremos que pedir ayuda, pero no sé cómo vamos a explicar nuestra presencia aquí y cómo encontramos el sitio exacto sin delatarnos. Ese mensaje puede meternos en serios problemas, hasta, si te descuidas, inculparnos en un crimen. Acuérdate del caso Massio.

—Me acuerdo.

Max encendió un purito y se puso a dar vueltas en círculos; necesitaba pensar. Massio era un napolitano que regentaba una tienda de electrónica en el barrio de Gros. Un invierno, el hombre denunció la desaparición de su mujer, la hermana menor de una ertzaina. Afirmó que su esposa había salido a primera hora de la mañana a darse un baño en la playa de la Zurriola, tal como hacía todos los días. Los viejos del lugar y algunos surfistas aseguraron que la vieron meterse en el agua, tal vez confundiendo las personas o los días. Transcurrido un mes, y al no aparecer el cuerpo, la búsqueda cesó y se la dio por muerta. Causa de la muerte: ahogamiento. «El mar no devuelve los cuerpos», dijo un especialista. Massio reclamó el seguro de vida y cobró una buena suma. Tomaso, su primo, un confidente de la Policía, lo delató a cambio de un trato: lo habían pillado en una redada con un kilo de cocaína y quería la libertad sin cargos. Confesó que Massio había matado a su mujer porque no la aguantaba, que tenía deudas de juego y que la había enterrado detrás de su casa, en un pequeño jardín donde cultivaba hortalizas. Detuvieron a Massio. Pero todo se enredó, el juez Castillo no autorizó el registro al incumplirse varios procedimientos, el más grave, que a Tomaso no se le habían leído sus derechos ni había confesado delante de un abogado. Soltaron a Massio. Libertad sin cargos. A la semana, Andrea, la hermana mayor de la asesinada, y Fran, su compañero en la Ertzaintza, entraron de noche con un par de palas en la casa de Massio, aprovechando que este había salido de juerga, y descubrieron el cadáver enterrado en el jardín, tal como había confesado Tomaso. Le había machacado el cráneo con un martillo. Fran intentó disuadir a Andrea para que se fueran de la casa, habían entrado sin un permiso, un claro delito de allanamiento de morada; sin embargo, no pudo. Salió a pedir refuerzos. Tardó media hora. Cuando volvió, Massio se desangraba en el salón de un disparo en el pecho mientras Andrea lo contemplaba enajenada.

—Necesito pensar, necesito pensar...

Martes 18

Max no se acostumbraba a la frialdad de la sala forense ni al olor penetrante del alcanfor que saturaba el ambiente. A veces, cuando salía al exterior se olfateaba la ropa para comprobar si el olor acre se le había impregnado. Y eso que era uno de los pocos inspectores que tenía hígado suficiente para aguantar las autopsias hasta el final. La de hoy no era especialmente sangrienta, el cuerpo llevaba muchos días sin vida y bajo el agua para que chorrease sangre con la disección de uno de sus miembros.

Los gemelos estaban más serios de lo habitual. Vestían delantal verde, gorrito, mascarilla y guantes de látex. Kepa palpaba el cuerpo, giraba manos y brazos, subía y bajaba las piernas, y todo lo procesaba mentalmente a través de su escáner ocular. Arkaitz se mantenía aparte, junto al inspector, a la espera de una orden de su hermano para actuar; no tenía ningún utensilio en la mano y no sabía cuál necesitaría.

—*Rigor mortis* superado. Laxitud cadavérica total. Por tanto, varios días muerta —sentenció Kepa—. A simple vista, parece que fue estrangulada. —Señaló un moratón alargado alrededor del cuello—. La marca es limpia, se hizo con una cuerda sin estrías como esas que se usan para colgar la ropa, o algo parecido. Posiblemente la arrojaron al embalse el mismo día que fue asesinada, aunque eso será difícil de saber a ciencia cierta. —Habla con prudencia, pensándose muy bien lo que iba a decir. La grabadora a los pies de la mesa estaba en marcha y había que escudarse contra cualquier denuncia por parte de la familia—. Marcas alrededor del cuerpo, mordiscos y arañazos, propias de las especies acuáticas del embalse. Presenta una marca profunda en el pie izquierdo de origen desconocido.

—Podría ser la marca de una cadena —intervino Arkaitz.

Tomó unas pinzas y desprendió una especie de hilo marrón adherido a la piel del tobillo. Lo depositó en una cápsula de vidrio.

—Prueba número uno. Fibra de lana con restos de óxido —añadió—. El pie derecho fue amputado una vez muerta, la coagulación de la sangre alrededor del corte así lo confirma. Manos con múltiples heridas, posible fractura en dedo índice derecho, uñas rotas...

Arkaitz tomó un escalpelo. Debajo de una uña sacó restos de arenilla, que volcó en otra cápsula.

—Prueba número dos —dijo, mirando hacia la grabadora—. Tierra arenosa de color rojizo.

Kepa volvió a examinar el cuerpo de arriba abajo. No necesitó mucho tiempo para dictaminar el cruel veredicto.

—Violada repetidas veces por el ano y la vagina. Presenta fuertes desgarros. Se

usó un objeto contundente.

Arkaitz tomó esta vez una cinta métrica de tela. La acercó a los genitales de la chica. Max apartó la vista y contempló las baldosas blancas y relucientes de la sala.

—Objeto de unos tres centímetros de ancho.

—Comenzaremos ahora con la autopsia interna —dijo Kepa.

Max apagó la grabadora. No estaba dispuesto a tragarse un revoltijo de órganos internos y quería hacer una serie de preguntas. Contempló el rostro de la joven a luz de la lámpara cialítica. Las huellas dactilares corroborarían lo que ya sabía, que se trataba de Amaia Jáuregui. Solo quedaba Nagore por aparecer.

—¿No murió ahogada?

—En las vías respiratorias no hay restos de espuma, debemos hacer la autopsia al órgano que más información nos transmite en estos casos: el pulmón —indicó Arkaitz.

—Falta ver si hay daño en los capilares pulmonares, si las diatomeas, unas algas microscópicas, están únicamente en los pulmones o también en la sangre. Si la chica hizo esfuerzos respiratorios, habrá desgarró de los capilares pulmonares que permiten el paso de las algas a la sangre. En caso de ahogamiento también encontraremos la ruptura de los tabiques entre los alveolos y derrame en el espesor del pulmón —dijo Kepa.

—No obstante, en este caso la autopsia interna es una mera formalidad, la marca en el cuello no deja lugar a dudas —añadió Arkaitz.

—Efectivamente —corroboró Kepa.

—¿Es verdad que resulta difícil saber cuándo un cuerpo ha salido a flote? —preguntó Max.

—Una persona muerta se hunde, y en cuanto entra el agua en sus pulmones, se va al fondo. Cuando empieza a descomponerse, el proceso genera gases como dióxido de carbono, sulfuro de hidrógeno y metano que llevan el cuerpo a flote. Cuando la descomposición está tan avanzada que se rompen los tejidos, los gases tienden a subir a la atmósfera por su estado físico y el cuerpo vuelve al fondo —explicó Arkaitz.

—Cuarenta y ocho horas suele ser el tiempo en que se forman los gases que se expanden en pulmones y cavidad torácica —añadió Kepa.

—El promedio de tiempo en que las bacterias hacen su labor es de sesenta horas. En algunos casos setenta y dos, como máximo —corrigió Arkaitz.

—¿Averiguaremos exactamente cuándo murió? —preguntó Max.

—Hay que estudiar los dientes. Será necesaria la datación por Carbono 14, y tarda semanas. Aquí no disponemos de medios, hay que mandarlo todo a Madrid —contestó Kepa.

—¿Alguna prueba de dónde murió?

—Habría que analizar la tierra encontrada bajo las uñas, pero me juego el cuello a que no es propia del embalse. Pertenece al lugar donde fue asesinada —dijo Arkaitz.

—¿Los pies?

—Las marcas en un pie indican que estuvo encadenada y que se produjo heridas al intentar liberarse de las cadenas. —Esta vez fue Kepa quien habló—. Que le amputasen el pie derecho después de muerta significa que la amputación no fue debida a un acto de tortura. En estos casos hay dos suposiciones: esconder o coleccionar. La primera: el asesino quería esconder algo que tenía ese pie y no eran las marcas de una cadena, si no, le hubiese cortado los dos. No le importaba que supiéramos que estuvo encadenada durante su cautiverio pero sí otra cosa que mostraba ese pie, y solo ese pie. Una diferencia respecto al otro. La segunda suposición es que colecciona trofeos de las víctimas, objetos fetiche que usa para recordar, se deleita tocándolos y viéndolos; la rememoración de sus crímenes le produce otro tipo de goce.

—Habéis dicho que Amaia fue violada. Cabe suponer que el asesino es un varón —afirmó Max. Había oído en algún sitio que a las víctimas había que llamarlas por su nombre, sobre todo en presencia de sus familiares, y había adoptado esa costumbre.

—Así es —confirmó Arkaitz—, aunque en este primer examen no se aprecian restos de semen en las partes íntimas.

—Pero eso no significa nada —añadió Kepa—, el agua es la mejor limpiadora de pruebas. En condiciones extremas de sequía o frío, el proceso normal de descomposición se detiene a causa de la falta de control de la humedad, o bien por la temperatura en la acción enzimática de las bacterias, provocando la preservación del cuerpo. Las momias congeladas recomienzan el proceso de descomposición cuando se descongelan, mientras que las momias disecadas al calor se mantienen a menos que sean expuestas a humedad. Pero con el agua todo cambia.

—Los ácidos presentes en la tierra del fondo marino pueden reducir un cuerpo hasta el punto de hacerlo irreconocible —dijo Arkaitz—, así se explica la ausencia de restos humanos encontrados en el hundimiento del *Titanic*, incluso en zonas del barco consideradas inaccesibles para los carroñeros acuáticos. Otro caso sería el cuerpo de Lenin, que estuvo sumergido en un tanque especial de fluido durante décadas, conservado en perfecto estado. Mao Tse-Tung es otro ejemplo, y se dice que hasta Hugo Chávez pasó por un primer embalsamiento, pero que como no fue sometido a ninguna técnica previa de conservación no pudo llevarse a cabo el embalsamiento definitivo. Los cuerpos sumergidos en ciénagas de turba se embalsaman de forma natural, la descomposición se detiene y da como resultado un espécimen llamado «cuerpo de pantano». Pero no es nuestro caso, el agua dulce del embalse no conservó el cadáver.

—La tanatopraxia —explicó Kepa— es un embalsamamiento temporal que permite conservar el cuerpo al menos dos meses. Cualquier cuerpo puede ser embalsamado en cualquier momento. Lo que sucede es que el proceso no permite recuperar los rasgos de la persona, solo mantiene el estado en el que se encuentra al aplicarle la técnica.

—En el Antiguo Egipto, al principio enterraban a sus muertos en la arena caliente del desierto, en recipientes con hierbas, lo que provocaba que los restos se desecaran y no se descomposiesen, para después sepultarlos —dijo Arkaitz, ya embalado con las historias de ritos funerarios—. Más tarde idearon el complejo proceso de la momificación y los rituales asociados con el entierro. Todas las vísceras eran retiradas, excepto los riñones y el corazón, y la cavidad corporal se trataba con «sal divina», natrón, lo llamaban los egipcios, carbonato sódico, lo llaman los químicos; después, el cuerpo se recubría completamente con el mineral pulverizado. La persona elegida para efectuar el corte inicial, con un cuchillo de piedra, a un lado del abdomen, luego era lapidada, ya que constituía una ofensa dañar al faraón, incluso después de muerto. Después de extraerlo del natrón, el cuerpo se recubría con resina, se envolvía con vendajes de lino, donde se engarzaban escarabajos, amuletos y otros talismanes religiosos. Las vísceras eran lavadas y embalsamadas por separado y almacenadas en los cuatro vasos canopos, la vasija con tapa en forma de chacal para el estómago, la de tapa en forma de halcón para los intestinos, la de...

—Me hago una idea —cortó Max—. ¿Momificaban serpientes?

El inspector daba palos de ciego buscando una explicación, una idea que quería emerger a la luz, que pugnaba por salir, pero aún era muy tenue y no tomaba forma en su mente. ¿Un Golem?

—Diría que no —contestó Kepa.

—En realidad también embalsamaban otras criaturas que se consideraban encarnaciones vivientes de los dioses. Existen complejos funerarios específicos, como el Serapeum de Saqqara. El halcón es la imagen de Horus, los gatos están relacionados con la diosa Bastet, los toros, con el dios Apis, y los chacales o perros, con el dios Anubis. Y sí que se han encontrado serpientes momificadas... y percas del Nilo, reptiles varios, murciélagos, aunque no se sabe su función con exactitud.

—Hermano, cuéntale también lo de los incas —apuntó Kepa, con una amplia sonrisa.

—Se desconocen sus técnicas de embalsamamiento, diferentes a las egipcias, pero debían de ser muy sofisticadas porque se han encontrado momias de quinientos años de antigüedad cuyo grado de deterioro no es muy elevado para el alto grado de humedad que impera en los Andes amazónicos. Lo mismo con los chachapoyas, que momificaban a sus muertos y los guardaban en sus casas. El Inca Garcilaso de la Vega escribió que las ceremonias de enterramiento de los reyes incas eran muy pomposas y minuciosas. Cuando moría un rey se enterraban vivos a los criados más favorecidos y a las mujeres más queridas para que le sirvieran en la otra vida. Se sabe que el embalsamamiento del cuerpo era labor de médicos y sacerdotes; sacaban el corazón, el estómago y demás órganos, lo rellenaban de hierbas aromáticas y telas finas, cosían la abertura, reemplazaban los ojos por otros de oro, llenaban la boca de plata, envolvían el cuerpo en telas blancas y luego le ponían sus vestiduras de inca, un collar de esmeraldas al cuello y una diadema real sobre la cabeza, de tal manera

que la momia parecía estar tan viva que los conquistadores españoles dudaban a la hora de robar los metales preciosos. En la ceremonia se ponía delante del cuerpo la figura del Sol en el templo de Cuzco, donde ofrecían sacrificios humanos...

Max encendió la grabadora y Arkaitz calló al momento. El inspector salió del laboratorio forense negando con la cabeza mientras los dos hermanos se reían a carcajada limpia.

El perímetro había sido delimitado con una cinta policial rojiblanca, en la cual figuraba impresa repetidas veces la leyenda ERTZAINTZA. NO PASAR. EZ PASA. No es que fuese necesario, pues a esas horas de la tarde y en semejante paraje ningún curioso había tras la cinta, era más bien un aviso para los numerosos agentes que se movían por los alrededores del caserío Etxekapare, peinando el bosque y registrando la casa. Habían encontrado oculta entre la maleza, detrás de la casa, una furgoneta Renault Kangoo que estaba matriculada a nombre de la empresa Lácteos Zurutuza SA. Max sabía que había puesto en marcha la rueda de la información. Había tenido que avisar a Alex, y este a su vez al juez Castillo. No había otra forma de hacerlo sin repetir el caso Massio. La estrategia, confirmada por Joshua, era que Cangrejo, el confidente del puerto, les había soplado el paradero de Erika, dónde se había escondido y dónde había sido enterrada. La explicación estaba cogida con pinzas: ¿quién querría matar a la oficial?, ¿por qué? Pero Alex no hizo muchas preguntas, deseoso de apuntarse algún tanto frente a la prensa, sedienta de noticias. El juez Castillo tuvo que avisar a Eneko de que una de sus propiedades iba a ser invadida por decenas de ertzainas cargados con picos, palas y bolsas de basura, y que iban a excavar hasta dar con un zulo de armas y dejar el terreno como si hubiese sido bombardeado. Por una vez todos se habían puesto de acuerdo para silenciar que buscaban un cadáver y no atraer a la prensa ni preocupar innecesariamente a la familia. No obstante, Max estaba seguro de que Zurutuza habría informado del registro a su abogado, este a su secretaria, esta a su marido, este a un compañero de trabajo... y así hasta que Xabier, a quien consideraba implicado, acabara enterándose.

Max miró con cara de circunstancias a Asier, que con su uniforme azul y rojo, boina incluida, pasaba desapercibido entre el resto de los agentes. El rostro de su amigo mostraba una honda preocupación. Había sido el encargado de comunicar a la familia Jáuregui el hallazgo del cuerpo de Amaia en el embalse, pero la preocupación no venía de esa mañana.

—¿Qué te pasa? Estás pálido como un vampiro.

—Nada.

—¿Nada? Las pelotas, nada...

—Es por lo que pudiesen encontrar.

Uno de los agentes hurgaba en la superficie con un pico, como si tuviese miedo de romper algo. Otro sacaba tierra con una pala y la depositaba sobre una lona que

alguien había extendido a un lado.

—¿Nagore? —intuyó Max.

—*Bai* —afirmó Asier.

Max lo miró a los ojos.

—No te estarás acostando con su madre, ¿verdad?

Asier se volvió hacia él.

—¿Tú qué crees? Mírame.

Max le sostuvo la mirada por un momento, pero al final la apartó. Iban a encontrar un cadáver, pero no sería el de Erika como pensaban algunos, al menos que uno pudiese mandar un mensaje desde el otro barrio indicando dónde estaba enterrado.

Joshua se hallaba en un lateral, algo alejado de Max y Asier, y creía que se habían equivocado de lugar puesto que la excavación se estaba prolongando más de lo habitual. A su lado, el comisario y el juez seguían en silencio los avances. No era habitual que el juez en persona se presentase en una exhumación, pero Castillo no podía evitar la cara de felicidad que relucía en su rostro y se relamía de gozo con la idea de que no apareciese ningún cuerpo. Sus pequeños ojos vivarachos, escondidos tras unas gafas de diseño —ese día rectangulares y de color fucsia—, se movían como un láser escaneando la fosa de izquierda a derecha. Ya pensaba en que él mismo cavaría la propia tumba del inspector de marras; por eso, cuando un agente golpeó algo con la pala le cambió el semblante.

—Con cuidado —dijo alguien.

—Estamos cerca —añadió otro.

—Dejad las palas —ordenó un tercero.

Ahora los agentes trabajaban con precaución, apartando la tierra con manos y paletas, y la silueta de un cuerpo fue tomando forma en oscuro relieve frente al sombrío fondo de la fosa. Nadie hablaba y el silencio de la noche únicamente era invadido por algún golpe de pala. A Joshua ese sonido no le era extraño, le recordaba al de la tierra cayendo sobre el ataúd de su madre. Los agentes retiraban capas de tierra de las piernas, los tobillos y uno de los brazos. El otro estaba debajo del cuerpo, que yacía contorsionado. Parecía que el cadáver había sido arrojado al agujero como si fuese basura. Al retirar más tierra ya no había duda alguna, no había rastro de ropa y el vello púbico indicaba que se trataba de una mujer. A Asier se le revolvió el estómago y se retorció las manos angustiado.

Unos fotógrafos documentaban la escena: el cuerpo, las piernas, el brazo, las lombrices, la oscuridad. La luz de los *flashes* que incidían sobre el cadáver le daba una apariencia grotesca. Si sus padres hubiesen estado presentes no habrían consentido semejante violación de la intimidad. Alex no quería ni pensar que se tratara de Erika y cerró los ojos, como cuando iba con su mujer a la discoteca, porque ahora le había dado por ahí, y sentía las luces estrambóticas bajo los párpados mientras su calva relucía entre la tormenta de *flashes* como un faro entre la niebla.

Max sabía que no era ella, pero ¿quién sería? Ojeó la lista que la hacker le había imprimido en el centro Koldo Mitxelena. Nunca olvidaba un rostro pero si los nombres. De los seis casos solo le cuadraban dos: Mireia Gómez o Loli Acosta, aunque por el tiempo que llevaban desaparecidas era improbable que el cuerpo correspondiese a una de ellas.

Entre seis agentes, cuatro agarrando un miembro cada uno y otros dos de apoyo, lo extrajeron de la fosa y lo tendieron sobre una lona. A primera vista parecía una mujer de no más de treinta años. Todos se acercaron, deseosos de descubrir su identidad. Los rasgos parecían agradables, piel suave, pestañas largas, boca pequeña, nariz recta y pómulos pronunciados. A pesar de la tierra que se había adherido a su pelo, se advertía que llevaba el cabello negro y cortado como el de un chico. Asier respiró aliviado. No era Nagore, la reconocería aunque estuviese sepultada por toneladas de tierra. Se apartó de la cinta. Tenía que hacer una llamada, una llamada de esperanza. El juez Castillo también se alejó de la zona, no conocía a la mujer, el secretario judicial le mantendría informado. La decepción por no poder ensañarse con el inspector era evidente. Alex, Max y Joshua se inclinaron para ver mejor el rostro de la mujer. No parecía relajada ni dormida, tenía una expresión asustada, como si hubiese sufrido antes de morir. Una muerte horrible.

—¿Quién coño es? —preguntó Alex.

Ni Max ni Joshua supieron qué contestar.

Llegó a casa muy cansada, la jornada laboral en la facultad había sido pesada y monótona. Tras quitarse la chaqueta y los zapatos, se dejó caer en el sofá y consumió las últimas horas de la tarde viendo en la televisión un programa de moda. Cuando le entró hambre, la pereza aún no la había abandonado, más bien todo lo contrario, Cristina sacó un paquete de gulas del frigorífico, el último recurso antes de ponerse a cocinar. Mientras las salteaba en una cazuela de barro, con un poco de ajo y un par de guindillas, pensó en Max. Cada día estaba más ocupado con su trabajo y, aunque entendía y asumía lo que significaba salir con un policía, el caso actual le ocupaba tantas horas que sus encuentros empezaban a espaciarse en el tiempo. Nunca pensó que su labor de inspector le iba a absorber tanto. Esperaba que esta vez solo fuera porque Erika era parte implicada. Como siempre, el intenso olor de las gulas ahuyentó cualquier pensamiento y la transportó a la época en la que vivía con su madre y, sentadas en la cocina, se confesaban sus problemas como dos buenas amigas. Luego el error de su ex las separó definitivamente. Ya nada volvería a ser lo mismo.

Cenó las gulas frente a la televisión, con la única compañía del presentador del Teleberri. Prestó especial atención a la noticia de que el Consejo de Estudiantes de la UPV/EHU calculaba que alrededor de mil alumnos se quedaron sin beca el pasado curso por los recortes. Luego ahogó una cuajada Zurutuza en miel y la comió de pie,

frente a la ventana del cuarto de invitados, la habitación del bebé. Se acarició el vientre mientras contemplaba como la aguja del Buen Pastor se escondía en la negrura de la noche donostiarra. Se preguntó si se había equivocado al relacionarse con un policía. La incertidumbre apenas le duró unos segundos. Max era tan cariñoso y atento con ella que no podría defraudarla. Pensaba en él a menudo, en cómo se comportaba en presencia de otras personas, en cómo la hablaba, en cómo la trataba y, cada vez que lo comparaba con su ex, la diferencia saltaba claramente a la vista. Su ex le había dado motivos de sobra para desconfiar, sin embargo ella no supo ver las señales, ni cuando le prohibió ir a la fiesta de una amiga porque él no podía acompañarla, ni cuando comenzó a opinar sobre su forma de vestir, ni cuando la atosigaba a preguntas sobre qué hacía cuando no estaba con él, ni cuando le regañaba por algo que había hecho y que a él no le gustaba. El maltrato físico llegaría más tarde, pero ¿acaso no era suficiente e incluso peor, el maltrato psíquico? Se tenía que haber dado cuenta y cortar de cuajo la relación, en vez de ir cediendo terreno poco a poco. Cuando dijo «sí» en el altar ya era demasiado tarde, se había convertido en una mujer sumisa y derrotada. Después las cosas empeoraron y entraron en el maltrato físico; llegaron las palizas. Con Max no había saltado ninguna señal de alarma. Gracias a él, había conseguido levantarse y comenzar a vivir de nuevo. Una vida plena y con un bebé esperando al final del túnel. Max no podía fallarle. Otra vez no. De lo contrario no volvería a levantarse.

Domingo 16 (dos días antes)

Erika recorría con la mirada la lúgubre estancia, pero por más que cerraba y abría los ojos no salía de la pesadilla. Hoy su compañera no estaba tan habladora. ¿El calabozo del conde de Montecristo? Esto era peor. Dos chicas encerradas en una sala de unos seis metros de largo por otros tantos de ancho, encadenadas a una pared por una argolla en el tobillo. La una frente a la otra, sin posibilidad de contacto físico. Una colchoneta en el suelo, un bacín de porcelana y un cuenco con agua sucia. La chica parecía dormida, o más bien drogada. Oyó ruido de llaves. Se hizo la dormida al tiempo que escuchaba que se abría la puerta.

—No te hagas la dormida, pequeña —dijo un tipo que cubría su rostro con un pasamontañas. Dejó escapar una pequeña risa. Traía una cazuela de barro en cada mano—. Atrás —ordenó.

Erika obedeció y se pegó a la pared.

—Cuando se despierte la bella durmiente dile que coma, está muy débil. —Dejó las cazuelas cerca de ellas—. La pobre ha tenido una noche movidita, pero tranquila, no sufras, enseguida te tocará a ti, quizá esta misma noche venga Tom otra vez y repitamos.

—Vete a la mierda —dijo Erika.

Observó a su captor. Debía de llevar el pelo largo ya que por detrás del pasamontañas asomaba un bulto, como si hubiese intentando recogerse la melena en un moño en vez de dejarla caer por los hombros. Vestía de manera informal, con vaqueros y camiseta, era más bien alto, muy flaco y, por la voz, parecía joven. El pasamontañas negro le confería un aire siniestro; le recordó a los etarras encapuchados de los mensajes de vídeo, solo que sin boina, sin ikurriña a un lado y sin el cartel de la serpiente enroscada alrededor del hacha como paisaje de fondo.

—Por cierto, no sé tu nombre, a mí me puedes llamar Bob, ¿tú cómo te llamas? Es raro que una estudiante no lleve documentación encima, y además maneje tanto dinero en metálico. —Bob miró hacia la mesa, donde reposaba la bandolera, y soltó otra pequeña risa. No había encontrado la Glock—. ¿Y las gafas de pega?, ¿las llevas de adorno o es que te escondes de alguien? No serás una de esas hijas desagradecidas que se pelean con sus padres y se independizan y pasan de la familia. No me gustan, son las que más problemas nos dan. Nadie las busca y no paran de pensar cómo escaparse. Pues que sepas que nadie ha podido, quítatelo de la mollera.

—Ni se te ocurra ponerme las manos encima.

—¿Yo?, ¿las manos? Eso Tom, yo te pondré otras cosas encima, guapa. Pero todo a su tiempo, ricura.

Cuando Bob cerró la puerta y se marchó, se acercó a la cazuela. Contenía un caldo que olía fatal y tenía un extraño color verdoso, parecía hecho de verduras podridas. Dio una patada al recipiente, que salió disparado hacia la mesa y volcó a un costado del baúl. Su compañera se despertó con el ruido. Puso cara de angustia, como si le doliera todo el cuerpo. A saber qué habían hecho con ella.

—Deberías comer —dijo la chica, viendo la cazuela bocabajo—. No suelen darnos mucho que digamos... Aunque solo sea por el agua que contiene.

—¿Y si lleva drogas o algún fármaco que nos desorienta?

—Ya has visto cómo estamos...

La chica dio un sorbo al caldo y emitió un quejido. Erika sabía que no era porque el caldo quemase sino porque hasta para sorber le dolía la boca. Tenía unas profundas ojeras y una palidez enfermiza.

—Para qué van a querer drogarnos, hacen con nosotras lo que quieren —continuó.

—¿Quiénes son?, ¿qué buscan?

—No recuerdas nada, ¿verdad?

Erika negó con la cabeza. Lo último que recordaba es que mandó el mensaje a Max y luego que se encaminaba por la Parte Vieja a... ¿investigar algo? Fundido en negro, amnesia total. Una vez le ocurrió algo parecido, cuando tenía cinco o seis años. Se dio un golpe en la cabeza contra el suelo en una caída de la bicicleta y tardó una semana en recuperar la memoria más reciente. Sus padres la llevaron al neurólogo más caro de Donosti, Teófilo Sabater, una de las mayores eminencias de la especialidad en España. «Una conmoción como la suya se produce porque el cerebro sufre una sacudida que ha afectado a la sinapsis neuronal. Entonces el neurotransmisor, la sustancia bioquímica que transmite información de una neurona a otra consecutiva, no actúa, de modo que el cerebro va a buscar un recuerdo y no lo encuentra. Dependiendo de cada caso, el tiempo de recuperación es variable; tengan en cuenta que dentro del cerebro los circuitos más sensibles a un golpe son los de la memoria», fueron las palabras del doctor.

—A mí me pasó lo mismo, pero ya recordarás. A los dos o tres días, de pronto, sentirás un clic en el interior de la cabeza, como si una puerta se abriese, y lo recordarás todo.

—¿Cuántos son?

—Dos, hoy has conocido a Sonrisitas. El otro no es tan simpático, yo lo llamo Cantarín.

—¿Y qué hacen?

—Mejor no quieras saberlo. —Dio otro sorbo al caldo, esta vez más prolongado—. ¿Sabes? Antes que tú, cuando yo llegué, había otra chica en tu lugar. No quedaba ni rastro de humanidad en ella. La vi marchitarse como una flor. Que a ti no te pase lo mismo, te lo dice la veterana del lugar. —Intentó reír pero la boca compuso una mueca desagradable—. Por cierto, no nos hemos presentado. Yo me llamo Nagore.

«Lo sabía, tu madre me enseñó fotos tuyas».

—Yo, Lucía —mintió. ¿Acaso no estaba tan muerta como su novia?

—No sé qué habrá sido de la otra chica, pobrecilla. Ojalá no le haya pasado nada malo. Se veía buena persona.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó Erika, aunque ya conocía la respuesta.

—Amaia. Se llamaba Amaia.

Miércoles 19

No era la Facultad de Químicas un sitio al que Max quisiera ir, aunque podría ver a Cristina. Había quedado con Leire en el bar en vez de en el laboratorio, no deseaba tragar más olores químicos ni padecer observándola trabajar con sus experimentos. Se sentaron en la barra y los atendió Pión, el primero en incumplir la regla de Pello de que los camareros solo le duraban un año. Max se pidió un café con hielo y Leire un cortado. Conversaron sobre el caso de Amaia y la pista del novio secreto que seguía el inspector. En ningún momento la becaria se refirió a Galder, se la notaba molesta por haberse enterado de su muerte por la prensa, y tampoco hubo saludos ni recuerdos para Cristina; no estuvo muy comunicativa y apenas le ayudó. Tras despedirse, el inspector se quedó un rato solo agitando el hielo contra el vaso, emitiendo aquel ruido que tanto molestaba a Joshua.

Tin, tin.

—Pión, ¿está tu jefe por aquí?

El chaval lo miró asustado. Sabía que era inspector de Homicidios y también el novio de la señorita Cristina. Policía y decanato juntos, mala combinación. Nunca había hablado con él, de hecho, le sorprendió que supiese su nombre.

—Hijo, ¿me has oído?

—Sí, señor. —Pión dejó de secar los vasos y se cruzó de brazos—. No está, ha salido a comprar.

—¿Tardará mucho?

Quería plantearle unas preguntas a Pello, las mismas que a Leire, a ver si con él tenía más suerte. Los caminos de los amantes secretos, tanto el de Galder como el de Amaia, por el momento no conducían a ninguna parte.

Tin, tin.

—Unas dos horas, más o menos, a estas horas de la mañana el tráfico en el centro es terrible.

—Entonces no te pediré otro café, ya volveré después.

Cuando Max se giraba le oyó decir:

—¿Por qué busca a Jon?, ¿está metido en algún lío?

El inspector se volvió y lo miró extrañado.

—¿Qué sabes tú?

—Soy su amigo, bueno, si aquí se pueden tener amigos... Perdona... —Pión apoyó los codos en la barra y añadió en voz baja—: No soy ningún soplón, ni ningún cotilla, pero he escuchado su conversación con Leire, y si busca a mi amigo por algo será; podría colaborar si con eso le ayudo.

—¿Un estudiante de Químicas, con gafitas y melena a lo Beatle? —preguntó

Max.

—Ese es Jon —afirmó Pilón.

—Ponme otro café, hijo, y dime todo lo que sepas de él.

Mientras el camarero preparaba otro café le dijo lo que sabía de su amigo. Le confesó que se lo decía porque estaba muy preocupado, hacía días que no lo veía por la facultad y la última vez que lo había visto tenía un ojo morado. Le hizo una descripción lo más detallada que pudo del chico, aunque Max ya se había formado una idea de su aspecto evocando una foto de Lennon de la contraportada de un vinilo del álbum *Imagine* que había sido de su tío, que poseía una extensa colección de discos antiguos.

—¿No sabrás su nombre completo?

—Jon Iruretagoiena Abitzu —soltó Pilón de golpe.

Max lo miró extraño y sostuvo la taza de café a medio camino de la barra.

—Siempre lo iba diciendo por ahí —explicó el camarero—. Por los dos apellidos. Su familia es vasca, independentista de toda la vida, su abuelo luchó con los rojos, y hasta un primo suyo estuvo en la cárcel por pertenecer a un comando.

—¿Tiene novia?

—Novia, dice... Querrá decir novias, las tiene a todas engatusadas con eso de que toca en un grupo. No le duran ni una semana.

—¿No sabrás el nombre del grupo?

—The Crosh, Chris o algo así. No tengo ni idea de inglés. Jon es el batería, y lleva un tatuaje de unas baquetas cruzadas en el cuello. Creo que hacen una música horrenda, rollo punk o rock alternativo.

Max apuró el café mientras memorizaba la información. Dejó un billete de veinte sobre la barra y se dispuso a irse.

—Los cafés no son tan caros, es un bar de estudiantes.

—Es una propina por la información.

A los confidentes había que tenerlos contentos. Bien lo sabía él con Cangrejo.

Aunque la temporada de la sidra se acababa a finales de abril, la sidrería Sagardoak (con la o transformada en una manzana amarilla), escondida en la localidad de Astigarraga y rodeada de otra decena de sidrerías, abría todo el año. Al comisario Alex Pérez le agradaba esa en particular porque la regentaba un antiguo ertzaina. La anterior profesión del propietario quedaba entre Alex y él, no era bueno para el negocio que el dato se supiera por la zona, y por eso siempre los atendía él para evitar que algún camarero oyese algo indebido y su nombre saliese en la conversación. A Joshua, en cambio, le gustaba porque estaba ubicada en una antigua ferrería del siglo XIII que conservaba sus murallas originales, sus paredes de piedra y sus techos altos de madera, y además albergaba un pequeño museo donde se explicaba el método de elaboración de la sidra vasca y se recordaban las palabras con las que el

inquisidor francés Pierre de Lancre resumió su visión del territorio en 1609 —vino en busca de brujas—: «El País Vasco es un país de manzanos; sus mujeres solo comen manzanas, no beben más que zumo de manzana y en cualquier ocasión están dispuestas a morder la manzana de la tentación». A Max, en cambio, le gustaba porque podía elegir entre una docena de *kupelas* repletas de sidra.

Estaban sentados alrededor de una mesa redonda, donde sobraban tres servicios, apartados del resto de la clientela, que comía de pie o apretados en bancos corridos. Muchos eran turistas franceses. Al lado de la mesa tenían una barrica por si no querían levantarse a por la sidra. En un tablón de pizarra se indicaba el origen y variedad de la manzana: «Zarautz. Caserío Basobeltz. Patzueloa». Era lo más parecido a una mesa VIP en una sidrería vasca. Cuando el propietario acudió le pidieron lo mismo que otras veces. Lo mismo era el menú típico de sidrería: tortilla de bacalao, bacalao frito con pimientos verdes, chuletón de buey, nueces y queso con membrillo.

Con la degustación de la tortilla Alex entró en materia:

—Amaia apareció muerta en el embalse de Aretxabaleta, tenemos un cuerpo sin identificar en un caserío propiedad de la familia Zurutuza, casualmente una empresa de productos lácteos cuyo máximo accionista, dueño y patrón tiene una única hija llamada Erika, acusada de homicidio en primer grado, prófuga de la justicia y en paradero desconocido, que casualmente se escondió en dicho caserío, seguimos sin pistas del asesino de Galder, casualmente aparecido muerto en otro caserío de Hernani, muy cercano al de los Zurutuza. ¿Alguien puede explicarme todas estas casualidades?

Max podía explicar una parte, y sus pesquisas podían explicar otra parte, pero aún había cabos sueltos para los que no tenía respuesta. Y si él no podía responder, menos lo iba a hacer Joshua, que se preguntaba por qué se hallaba en aquella tesitura, cómo había llegado hasta allí, con lo bien que estaba él en Pasajes con sus maquetas, sus barcos, sus soldaditos de plomo y su recogida de muestras en las escenas de los crímenes.

Se oyó un *txotx* lejano y Max aprovechó para levantarse con el vaso vacío de sidra. La apertura de una *kupela* situada al fondo del establecimiento no pudo ser más oportuna. Se palpó el bolsillo trasero del pantalón. La lista del Koldo Mitxelena seguía con él, a buen recaudo. Si se la enseñaba, Alex era capaz de atragantarse con un trozo de carne. Colocó el vaso agarrado por el culo en dirección al chorro de sidra, a una distancia prudencial para que salpicase, pero no en exceso, y se sirvió dos dedos. Se apartó para que el siguiente de la fila ocupase su lugar y probó el caldo. Le supo a gloria, así que volvió a ponerse a la cola. La sidra debía beberse a menudo y en pequeñas cantidades.

Con la degustación del bacalao frito, el comisario volvió a la carga.

—O sea, que os vais a quedar ahí calladitos, comiendo y bebiendo sin contestar a ninguna de mis preguntas. Tengo al fiscal respirándome en la nuca. ¿Sabéis lo que me

ha dicho hoy en mi despacho? Se ha acercado al mapa de Euskadi, ha señalado Vitoria, Bilbao y San Sebastián y ha trazado un triángulo imaginario. ¿Y sabéis qué ha dicho el muy hijo de puta? «El Triángulo de las Bermudas, solo que en vez de desaparecer aviones y barcos, desaparecen estudiantes y agentes, y en vez de aparecer restos de alas y cascotes, aparecen cuerpos y miembros mutilados». Me he tenido que tragar sapos y culebras. El puto Triángulo de las Bermudas, hay que joderse.

Se escuchó otro *txotx*. Max volvió a levantarse emulando a los campesinos, que, agotados tras una dura jornada, recurrían a las sidrerías para descansar y conocer las últimas novedades. Caminaban, guardaban cola, hablaban y escuchaban las conversaciones ajenas. Un lugar social en el cual debatir los problemas del pueblo, muy alejado de lo que pensaba Alex, que se escanciaba la sidra de una jarra.

Cuando Max regresó a la mesa con su botín de guerra, el propietario apareció con una bandeja de la que sobresalía un chuletón.

—El fiscal me ha mostrado una lista con no sé cuántas chicas desaparecidas en los últimos años —continuó el comisario mientras se llevaba un trozo de carne a la boca—. Vosotros dos —los señaló con el cuchillo— vais a mover vuestro culo por el jodido Triángulo de las Bermudas y vais a encontrar a esas chicas.

Con el siguiente *txotx*, Joshua acompañó a Max en busca del caldo. Rodeados de franceses, se encontraron frente a un tonel que tenía una inscripción en negro sobre fondo blanco. El dibujo y la leyenda no eran desconocidos para el inspector. SAN JUAN, 1563. Al lado de la nao cabeceaba una chalupa repleta de barriles, que se subían a bordo por medio de cuerdas. Pero el texto en euskera no lo entendía y le pidió ayuda a Joshua. Este tuvo que alzar la voz para hacerse oír entre el griterío de los franceses y la voz de un guía de la sidrería, que les explicaba que en esa *kupela* habían mezclado dos variedades de manzana.

—La sidrería apoya el proyecto de la nao *San Juan* —explicó Joshua—, y esta sidra es un homenaje a la odisea de los vascos en Terranova. Dice que la sidra era la bebida de la mar para los vascos, que los balleneros debían llevar bebida para nueve meses y que el agua se estropeaba en los barriles, por eso llevaban sidra. —Leyó en un murmullo algo en euskera para luego traducirlo—: Eran necesarios tres litros por marinero y día, así que calcula los millones de litros necesarios...

Se situaron detrás de los franceses. La mayoría llenaba los vasos hasta arriba a pesar de las protestas y consejos del guía. Muchos sonreían y ponían cara de no entender nada. Cuando los dos agentes probaron la sidra asintieron con agrado al paladear el sabor ácido de la manzana.

—Caray, cómo está el comisario —dijo Joshua, mientras volvían a ponerse en la cola.

—De qué te extrañas, ya deberías conocerlo, acuérdate de la que nos montó el año pasado con el primer culpable.

—Sí, como para olvidarse...

—La presión es grande.

—Lo mejor va a ser callar y decir a todo que sí.

De postre, Max pidió una cuajada Zurutuza.

«Lo hace para cabrearme», pensó Alex mientras se pasaba una mano por la calva, que comenzaba a sudar por la comida.

Joshua recibió una llamada y, a juzgar por la cara que ponía mientras hablaba, había noticias, otra cosa era saber si eran buenas o malas.

—¿Qué pasa? —le preguntó el comisario una vez hubo colgado.

Se llevó a la boca una tapa de membrillo con queso, que él mismo se había montado, para justificar el exceso de peso y de calorías.

—Era por el cuerpo enterrado en el caserío de los Zurutuza. Ya sabemos de quién se trata. Su nombre es Maider Zalacain.

—¿Y quién coño es esa? —inquirió Alex mientras se configuraba una segunda tapa—. ¿Una de las desaparecidas del fiscal?

Max negó para sí y apuró el vaso de sidra. Miró hacia la pared que tenía enfrente. La piedra estaba ennegrecida, como si hubiese soportado un incendio. Cuando comenzaba a imaginarse el asedio a la ferrería por unos caballeros templarios, sonó un mensaje en el móvil de Joshua. El agente lo leyó en voz alta.

—Maider Zalacain. Veintiocho años. Natural de Vigo pero guipuzcoana por adopción. Lugar de residencia desconocido. Estudios desconocidos. Profesión desconocida. Sus padres adoptivos son de Lasarte. Hace años que dejaron de verla. De vez en cuando les mandaba dinero, así que nunca denunciaron su desaparición. Según las primeras pruebas forenses, llevaba solo unos días muerta, con lo cual, oficialmente, nunca estuvo desaparecida.

—Vamos, que no sabemos nada —protestó Alex. Ahora se peleaba con una nuez que se negaba a partirse en dos por mucho que apretase el cascanueces.

Joshua les enseñó la foto que venía adjunta al mensaje. Mostraba una joven de rasgos agraciados con una abundante melena rubia.

—Esta chica no se parece en nada a la que desenterramos —indicó Alex. Ubicó de nuevo la obstinada nuez entre las pinzas del cascanueces.

—¿Max? —le preguntó Joshua.

El inspector contempló la foto unos segundos. Los Jairo habían hecho un buen trabajo.

—Por la descripción y la edad, el perfil encaja perfectamente.

—Eso mismo pienso yo —corroboró Joshua.

—¿De quién cojones habláis? —preguntó Alex. Apretó el cascanueces con las dos manos.

—De la misteriosa novia de Galder —dijo Joshua.

La nuez se hizo añicos y pequeños fragmentos de cáscara se esparcieron por toda la mesa.

Lunes 17 (dos días antes)

Cada vez que oía un ruido del exterior, amortiguado y lejano, era como si una pequeña bomba estallase dentro de su cabeza.

—Me estoy volviendo loca.

—Lucía, ¿qué estudias? Yo estoy acabando Filosofía.

—Arte dramático —mintió Erika—. En una escuela del centro.

—Qué guay. Parece muy interesante.

Erika no podía dejar de pensar en cómo saldría de aquel agujero. Era eso o esperar a la muerte. Su compañera vivía en el País de las Maravillas, y hasta le daba la impresión de que sufría el síndrome de Estocolmo.

—Pronto vendrán a darnos de comer. —Nagore miraba hacia la puerta, y parecía que no le importaba si Erika estaba o no enfrente—. Tal vez pollo, o quizá sopa, creo que hoy es martes.

—Lunes, cuento todos los días, todos los putos días que llevo encerrada aquí. Cuatro putos días. No sé cómo puedes aguantarlo.

—Tampoco nos tratan tan mal, solo cuando nos llevan a la otra sala.

—¿Qué hay en la otra sala?

—Me parece que los lunes toca arroz, sí, arroz con tomate.

—Nagore, escúchame, ¿qué hay en la otra sala?

—No recuerdo bien, tal vez toque lentejas con alubias. Josefa las hace deliciosas, alubias negras de Tolosa, les echa patata, morcilla de Burgos y chorizo del pueblo.

Afortunadamente, Bob, alias Sonrisitas, no cumplió la amenaza y ni él ni el desconocido Tom, alias Cantarín, habían aparecido por la noche. Bob y Tom, Sonrisitas y Cantarín, en ambos casos nombres falsos. Una idea vaga se estaba formando en la mente de Erika: solo se llevaban a una de ellas a la otra sala los fines de semana, cuando estaban juntos los dos psicópatas. Bob no se atrevía solo y siempre esperaba a Tom. Quizá una posibilidad fuese provocarlo. Fuera lo que fuera que les hiciesen no se atrevían a hacerlo durante el día. Ojalá no se equivocase y estuviesen tranquilas hasta el próximo viernes.

Cerró los ojos y se abrazó las piernas. Nagore cada día estaba peor. Pronto sus captores optarían por deshacerse de ella y tendría nueva compañera, entonces ocuparía su lugar, sería el nuevo juguetito hasta que se rompiese y lo cambiasen por otro. Debía hacerla reaccionar.

—¿No fue Descartes quien dijo que no era prudente fiarse de quienes nos habían engañado una vez?

Nagore abrió los ojos de par en par y dejó de mirar a la puerta.

—También dijo que no hay nada que esté más enteramente en nuestro poder que nuestros pensamientos.

—Eso es, Nagore, ¿y qué más dijo?

—Pienso luego existo.

—Pues eso es, debemos pensar cómo saldremos de aquí para existir, ¿sí?

La chica se puso a llorar. Erika quiso abrazarla, darle la mano, acariciarle el pelo, susurrarle al oído palabras dulces, que se tranquilizase, que todo iba a salir bien. Con impotencia comprobó una vez más que las cadenas y la distancia hacían imposible cualquier contacto.

—Edmundo Dantés se escapó cavando un túnel —dijo Erika.

—¿Cómo?

—El conde de Montecristo. Construyó una especie de pala con los cubiertos y cavó un túnel, y él y su compañero de celda se escaparon del castillo de If. —En verdad Erika sabía que Edmundo Dantés se escapó ocupando el lugar del cadáver de su compañero de celda, el abate Faria, y que el único túnel que terminaron fue el que unía ambas celdas, unos quince metros, y lo excavaron con una herramienta hecha con los goznes de la cama—. ¿Si se escaparon de una fortificación edificada en un archipiélago, rodeados de muros y agua, por qué no íbamos nosotras a escapar de un sótano?

—No lo recuerdo así. ¿Y se liberaron los dos?, ¿durante cuánto tiempo excavaron?

—Los dos, sí, y no recuerdo el tiempo...

Edmundo tardó diez años en escaparse, y el abate loco, que aseguraba conocer el escondite de un gran tesoro, no vivió para contarlo y murió de un derrame cerebral.

—... sería un par de semanas.

Erika palpó una baldosa suelta cercana a la pared de ladrillo rojo.

—La clave está en hacer un agujero hacia abajo, seguro que debajo hay otra sala por la que podemos huir. He oído que Donosti entera está llena de catacumbas.

—Como Roma y los entierros de los cristianos. Curiosamente, un cementerio romano se llama Catacumba de San Sebastián.

—Eso es. La arenilla de debajo de las baldosas indica que el suelo es blando, posiblemente de arcilla o de piedra caliza, seguro que se deshace en las manos. Ya verás cómo lo logramos.

Erika vio un destello de esperanza en los ojos de Nagore. Solo por eso había valido la pena contar la patraña de Dantés.

—¿Sabes qué, Lucía? «La libertad está en ser dueños de la propia vida». Lo dijo Platón..., y tenía toda la razón.

Jueves 20

Igor Salaberria miró hacia el puerto donostiarra a través de la ventana del local. Los barcos pesqueros ya se habían echado a la mar. Unas tímidas nubes asomaban en el horizonte. Le gustaba aquella tonalidad grisácea del cielo que anunciaba una inminente tormenta.

La mirada de su único ojo se posó en una joven que había parado un carrito de bebé frente a la cristalera y rebuscaba en la bolsa que colgaba de una manilla. No oía al crío pero supuso que lloraba. La madre estaba inclinada sobre la bolsa. Le daba la espalda y le mostraba el trasero. Igor se relamió los labios. Aquel trasero apretado en unos pantalones vaqueros lo llamaba. Dio un sorbo al vaso largo de sidra y tanteó la opción. Perseguirla entre las callejuelas de la Parte Vieja y esperar su oportunidad. Un trabajito rápido y sencillo. Tal vez hasta le hiciese un favor. Recordó a Aitziber. Siempre ella. Gruñona y protestona, pero sabía que en el fondo apreciaba sus embestidas. La mujer encontró lo que buscaba, al parecer un sonajero, y se lo tendió al bebé. Después empujó el carrito y desapareció de su vista.

Se llevó la mano a la frente. Tenía uno de esos días en que sentía una bola de fuego en la cuenca vacía de su ojo. Los médicos le habían dicho que el nervio óptico del ojo perdido no se curó adecuadamente y arrastraría dolores, intermitentes pero profundos, durante el resto de sus días. En una época se aferró al láudano para paliar los ataques de dolor pero ahora prefería dejarse llevar, recordar la angustia de un pasado que llamaba a su puerta de vez en cuando y recurrir a los ansiolíticos para dormir.

Volvió a pasear la mirada por el interior del local. Una típica *herriko* taberna llena de retratos de antiguos compañeros, ikurriñas, carteles con la leyenda Euskal Presoak Etxera y media trainera saliendo de la pared del fondo, donde la oscuridad era casi total. Sin clientes —era muy temprano—, con el dueño dentro de la cocina y el suelo despidiendo un penetrante olor a lejía, parecía un naufrago esperando a que el barco se hundiese. No era un local que en hora punta se llenase de madres, empresarios y estudiantes. Quizá de marineros y vecinos, y gente de su calaña, renegados y perdidos en busca de un lugar en el mundo.

La puerta se abrió y un timorato rayo de luz penetró en la penumbra. Abandonó sus reflexiones. Un tipo desgarrado con una chaqueta vaquera raída buscó con unos ojos vivarachos y saltones entre las mesas vacías del local hasta que dio con él. Le mostró su dentadura, a la que le faltaban varios dientes, en un gesto por mostrarse agradable. Se sentó frente a él y le saludó alzando la barbilla.

—Llegas tarde —dijo Igor.

—No pensaba que fueras puntual. Has cambiado.

Igor bosquejó una sonrisa torcida. ¿Que él había cambiado? El símil de hombre que tenía frente a sí debía de hacer mucho tiempo que no se miraba a un espejo. La cresta de pájaro loco le caía pegada al cráneo, las ojeras que circundaban sus ojos delataban que hacía tiempo que no dormía como es debido, las marcas de pinchazos en el cuello constataban su dependencia a las drogas y la esquelética figura demostraba que la alimentación no era una de sus prioridades. Se conocían desde hacía tiempo, y aunque no habían coincidido en el mismo comando, los dos eran unos proscritos, apátridas sin techo ni bandera que habían mordido la mano del amo.

—No has elegido bien. Este tugurio apesta, incluso para ti.

Esta vez fue Gorka Urretavizcaya quien sonrió. La taberna Txiki se había convertido en uno de sus sitios predilectos desde la época en que quedaba con el Químico.

Igor no esperó más, estaba deseando salir a respirar aire fresco. Deslizó una fotografía por la mesa. Comprobó con repulsión las uñas ennegrecidas de Gorka cuando este tomó la imagen. Tardó unos segundos en responder.

—La conozco.

Devolvió la fotografía a su dueño.

—Ya, por eso te he llamado. ¿Qué más sabes?

—Nada que no sepas tú, me imagino. Ayudante de ese inspector de Homicidios de la Ertzaintza tan chulo. —Aunque Max lo había sacado finalmente de la cárcel, lo había hecho tarde y mal, y seguía odiándolo tanto que no quería ni pronunciar su nombre—. Una niñata con aires de grandeza. Nada de lo que debas preocuparte.

—No me preocupo. Está desaparecida. Necesito encontrarla.

—¿Tal vez alguien se te ha adelantado? Su familia está forrada de pasta.

Igor gruñó un «no» por respuesta. Gorka le miró indolente, como si no le importase su opinión.

—Preguntaré a ese tipo escurridizo que llaman Cangrejo, no es fácil dar con él, y... no es barato.

—Date prisa. Y cuando averigües algo, ya sabes.

Igor depositó dos billetes de cien sobre la mesa antes de levantarse.

Max repasaba el expediente perital sobre el caso abierto de Marian Ormazabal mientras se bebía un café con hielo en un bar del centro. Al Moby Dick's hacía semanas que no iba, aparte de que abría solo por las noches. Las campanas de la catedral anunciaron las cuatro de la tarde. No había comido y no tenía hambre. Había sacado el expediente de la comisaría, apenas usaba su mesa, le incomodaban los agentes revoloteando como moscas a su alrededor y las preguntas del comisario cada vez que lo veía. Lo de «caso abierto» era un decir, puesto que ya habían trascurrido tres años desde su muerte y nadie investigaba. De vez en cuando, ante alguna visita de un familiar, la llamada de un periodista en prácticas o algún escritor mediocre que

buscaba ideas para sus novelas, un agente desempolvaba los cuatro folios que contenía el informe. Max leía y contrastaba con lo que le había contado el guardia municipal por la mañana:

—Iba caminando por el paseo del Árbol de Gernika... ¿Sabe cuál le digo?, *bai*? —Max asintió, pero el hombre se lo explicó de todos modos—: Ese que corre paralelo al río Urumea, en el barrio de Amara. Yo por aquel entonces era un simple guardia de OTA. El mayor riesgo que podría correr era equivocarme con la matrícula del coche al poner una multa. Pero cuando una anciana me abordó en la calle sabía que esa mañana no iba a ser igual que otras. Era un viernes de mediados de abril, la Semana Santa había acabado y la ciudad era un hervidero de gente, ruido y polución. Lo recuerdo como si fuese ayer..., chispeaba, un *txirimiri* molesto, y yo llevaba puesto el chubasquero transparente. La anciana no. Había tirado al suelo el paraguas y lo único que quería era abrazarme. Había quedado para tomar un café con sus amigas, y al salir de casa cargaba con la bolsa de la basura. ¿Se lo puede creer? Un acto tan normal y que realizaba todos los días pero que aquel día despacible cambiaría su vida para siempre.

—¿De qué hora estamos hablando? —preguntó Max.

—Primera hora de la mañana, no había puesto aún ninguna multa. Llevaba apenas media hora de trabajo, empezaba en el paseo de Vizcaya y subía hasta dar con el paseo del Árbol de Gernika. A la altura del puente de María Cristina hay un contenedor de basura, al otro lado de la ribera. La anciana movía las manos por encima de la cabeza y no sabía qué hacer. Cada vez que me acuerdo pienso que cuando me vio se le abrió el cielo, corrió hacia mí y casi me tira al suelo, y yo peso unos ochenta kilos y aquella anciana no llegaría a cincuenta, imagínese lo asustada que estaba. Apenas podía hablar, lloraba y negaba con la cabeza. Me agarró del brazo y me llevó hacia el contenedor. Antes de abrirlo solo decía: «Pobrecilla», una y otra vez, «Pobrecilla». Yo pensaba que dentro del contenedor me iba a encontrar una perrita o una gata muerta...

Al guardia le pudo la emoción y cesó de hablar mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Qué recuerda del cuerpo? —preguntó Max sin rodeos. La carpeta del expediente contenía abundantes fotos, pero quería escucharlo de viva voz, cualquier pista podía ser vital.

—La chica estaba bocarriba, tirada como si fuese una bolsa más de basura. Desnuda y sin ropa. Vi claramente su rostro, contraído en una mueca de dolor. Solo un monstruo puede hacer daño a una muchacha de veinte años. Hasta en sueños veo su cara mojada por las gotas de lluvia. Desde entonces soy adicto al Diazepam. Aparté la vista. Recuerdo que el paraguas de la anciana estaba del revés, como si sonriera ante tanto horror. Creo que ahí se quedó, nadie, ni la Policía, ni los sanitarios, ni la gente que se había acercado, repararon en él. No quiero hablar más, no quiero recordar más, lo siento...

El guardia se ocultó el rostro con las manos. Llevaba el uniforme municipal y para cualquier conciudadano representaba a la ley, capaz de poner orden y resolver situaciones comprometidas, pero en aquel instante parecía una persona asustada y frágil, incapaz de tomar decisiones.

—¿Los miembros? —preguntó Max sin miramientos.

—Parte estaban ocultos entre bolsas de basura, pero sí, inspector Medina, le faltaba una mano y un pie.

En la carpeta del expediente también estaba el informe forense. Impecable, como todos los elaborados por los hermanos Galarza. Amputación del brazo derecho y el pie izquierdo. Sí, tenía razón el guardia, había que ser un verdadero monstruo para semejante atrocidad.

—«Pobrecilla», repetía la anciana a mi lado, «Pobrecilla»...

—¿Se acuerda de su nombre?, ¿en qué número vivía?

—Murió, inspector. Al año, de un infarto de miocardio... ¿La chica sufrió mucho? Nunca me he atrevido a preguntarlo, ni he leído nada al respecto, quería olvidar, pero no puedo, y menos después de hoy, usted no tiene la culpa, tal vez si sé que no sufrió, pueda dormir por las noches, porque no sufrió, ¿verdad?

—Verdad. —Era lo que quería oír, aunque era cierto que los forenses indicaban que las amputaciones se hicieron durante el *rigor mortis*. Demasiadas coincidencias con el cadáver de Amaia.

Apuró el café, las sombras del atardecer se colaban por las vidrieras del bar y reptaban por las mesas hasta desaparecer por las luces LED del techo. Si la anciana había encontrado el cuerpo por la mañana, eso significaba que lo habían arrojado al contenedor a última hora de la madrugada, después de que pasase el camión de la basura, con toda la intención de que encontrasen el cuerpo. El asesino quería darse a conocer, o al menos ofrecer a la Policía la oportunidad de que lo atrapasen, quizá arrepentido de sus actos. Aquello le cuadraba también con la aparición del cuerpo de Amaia, hundido los días suficientes para que el agua eliminase cualquier pista pero que había salido a flote sin ningún peso atado que lo impidiese. Tal vez debía vigilar el barrio de Amara, quizá era otra pista, pero una cosa tenía clara: había un monstruo suelto por las calles de Donosti y tenía que encontrarlo. Le iba a ser muy difícil contenerse. Nunca había matado a nadie, disparado sí —recordó al atracador del año anterior—, y siempre apuntaba a las extremidades, aquellas que el asesino amputaba, quién sabía por qué oscuro motivo: si los coleccionaba afanosamente en su particular altar del horror o era un caníbal y se los comía, pero cuando diese con él y lo mirase a los ojos, no podría esconder su maldad, y entonces tal vez el cañón del S&W se desviase unos centímetros, los suficientes para que el disparo fuera mortal.

—El monstruo necesita dos cosas para transportar los cuerpos sin asumir muchos riesgos: un vehículo grande y un ayudante —dijo Max para sí.

Cristina Suárez se fijó en que su madre apenas había probado bocado. Rememoró antiguas sensaciones, cuando se llevaban bien y su ex no se interponía entre ellas. Para Cristina era difícil entenderla, sus recriminaciones por haber dejado a su marido a pesar de las palizas, de las vejaciones, de las humillaciones a las que la sometía. Podía más en ella el qué dirán, qué pensarán, que el bienestar de su hija. Tal vez era la educación que había recibido. Antiguamente, las mujeres eran sumisas, se debían a su marido y apenas tenían derechos; en noviembre de ese 2013 el voto femenino en España cumpliría solo ochenta años. Ojalá a ella no le pasase lo mismo con el hijo que esperaba, le bastaba con que se portase bien con ella, con que tuviese claros los valores de la vida, con que formase una familia y cuidase de su esposa.

—Está algo cambiado, ¿no? —dijo su madre, paseando la mirada por la terraza del Wimbledon English Pub. A la hora del almuerzo las pistas se encontraban vacías.

Cristina se llevó otro bocado de ensalada a la boca mientras afirmaba con la cabeza. Para ella nada había cambiado, al igual que el Peine del Viento, el pub se mantenía idéntico.

—¿Te acuerdas de aquel día en que se puso a llover tanto y tuvimos que correr para refugiarnos? —Cristina volvió a asentir—. No habrá más de doscientos metros desde el Peine hasta aquí pero nos empapamos. Recuerdo que llevabas el pelo más corto, te quedaba mejor...

—Para ti, todo tiempo pasado fue mejor.

—No tengo mucha hambre. —Su madre jugueteaba con el tenedor entre la ensalada de changurro que se amontonaba en el plato en forma de volcán—. ¿Has dicho algo? Últimamente no me encuentro bien, creo que no oigo bien de un oído.

—Ya —dijo ausente Cristina.

Conocía su táctica, siempre que quedaban, cada vez más a menudo por el embarazo, optaba por quejarse de dolores, malestares, pretendiendo dar lástima, como si así ella fuese a hacerle más caso.

—Este dolor de piernas me está matando, ya no soy la joven que correteaba por toda la casa buscando dónde te escondías, ¿te acuerdas?

Cristina la miró. En los últimos años se había consumido como fruta caída del árbol, las patas de gallo eran evidentes, la piel arrugada, las líneas en la frente, los labios agrietados, los pómulos marchitos, todo se traslucía por más que pretendiera esconderlo con abundante maquillaje y un espeso pintalabios rojo. Además no había acertado con la paleta de colores y la sombra de ojos no armonizaba con el colorete ni con el carmín. Únicamente conservaba el pelo rizado y el iris color avellana que las unía como madre e hija ante los desconocidos.

—Qué será de Josean, el camarero que atendía hace unos años...

Ambas permanecieron en silencio unos minutos. Cristina terminaba la ensalada y su madre seguía jugueteando con el tenedor.

—Mamá. —Su madre la miró asustada. Cuando su hija la llamaba así es que algo quería—. Quiero que conozcas a Max. —La cara de susto de la mujer se acentuó—. Es el padre de mi hijo, de tu nieto, y quiero que lo conozcas, es un encanto de hombre y será un encanto de padre.

—Un sargento de la Policía...

—Un inspector.

—Lo mismo da, todos son iguales. Tú no te acuerdas de cómo nos escondíamos en casa cuando los grises pasaban por la calle. Si tu abuelo levantase la cabeza, volvería a morirse del disgusto. Combatió contra Franco y después de la derrota lo torturaron en los calabozos y...

—La Guerra Civil ya pasó, fue hace mucho tiempo y...

—Aunque fuese hace mil años, hay heridas que nunca dejan de sangrar. Por más que las desinfectes y las tapes con vendas, al final acaban supurando y vuelven a doler.

—Si no es por ti, hazlo por tu nieto.

—¿Y no pensáis casaros?

—Otra vez con lo mismo.

—Vivir en pecado no es lo que yo te enseñé. —Acarició la cruz de oro que llevaba colgada de una cadenita y la besó. Luego se santiguó—. Ya no sé qué es lo que te enseñé, en qué me equivoqué...

—En nada, debes pasar página.

«Tan cabezona como Max», pensó Cristina.

Nueva pausa. El silencio era ahora tenso.

—Si no os casáis por la Iglesia, no podréis bautizar al niño. —Había pinchado un trozo de tomate morado y dudaba en llevárselo a la boca.

Cristina se había hecho un análisis de sangre que permitía saber el sexo del bebé a partir de la octava semana de embarazo. Los resultados mostraban la presencia de cromosomas masculinos en la sangre. La prueba tenía un 99 por ciento de fiabilidad cuando se trataba de un niño y un 95 por ciento si era niña. Y había salido niño.

—Al menos sabréis qué nombre le vais a poner. Josean es un nombre bonito...

—Todavía no lo hemos hablado, pero me gusta Damián.

—¡Ah! —Su madre soltó el tenedor. La pareja que había en la terraza se giró asustada—. Ni se te ocurra ponerle semejante nombre. No te digo que le pongas el de tu abuelo, Sustraitz, pero por lo menos que lleve un nombre vasco.

—Max nació en Madrid, no creo que le guste que su hijo tenga un nombre vasco.

—Madre mía, Virgen santísima, un policía madrileño... Parece que lo hagas adrede, que quieras que me dé un patatús. Por las noches noto fuertes dolores en el pecho...

—Yo no tengo un nombre vasco.

—Lo eligió tu padre, con él no se podía discutir, se hacía lo que él decía y...

—No quiero que me hables de mi padre, ya lo sabes. No quiero saber nada de él,

por mí se puede pudrir en el infierno. Vivo perfectamente sin ningún recuerdo suyo. —Paró para pensar, la conversación iba de mal en peor—: Ya hablaremos del nombre en otro momento, solo quiero que le des una oportunidad a Max. Al principio parece gruñón pero luego es un encanto, un oso de peluche...

—Un oso armado y con mala hostia, como todos los *txakurras*.

—Mamá. —Su voz sonó grave—. Si quieres ver crecer a tu único nieto, tendrás que aceptar a su padre. Tú sabrás...

Su madre volvió a coger el tenedor y, distraída, se metió un trozo de tomate en la boca. Tras unos segundos dijo:

—Está bueno, me parece que es de huerta, ecológico.

—Mamá, por favor.

—Vale, vale, lo pensaré.

—Gracias, para mí es muy importante. —Se llevó una mano al vientre—. Para los dos. Los niños deben crecer en el seno de una familia, no está bien que crezcan solos. Si te parece bien, podríamos quedar el próximo fin de semana en...

—Te he dicho que lo pensaré, no me presiones más. —Pinchó otro trozo de tomate y lo miró como si fuese una naturalista y hubiese descubierto una nueva especie. Lo olfateó—. Morado de Aretxabaleta, seguro.

Pasaban de las ocho de la noche y la sala Ganbara había cerrado al público hacía unos minutos. Por fortuna, la hacker se encontraba en la sala de ordenadores, donde había pocos usuarios y la mayoría de los sitios estaban libres. Max saludó con la cabeza a la bruja del mostrador y se encaminó hacia la chica, que estaba absorta en la pantalla iluminada y no lo oyó llegar. Vestía la misma ropa de cuero negro y ocupaba el mismo lugar. Esta vez Max se fijó con más atención y comprobó que no llevaba ningún anillo, collar o *piercing*, solamente una pulsera blanquinegra en el brazo derecho —con el que movía el ratón—, y no tenía a la vista ningún tatuaje. Se sentó en el ordenador de al lado y carraspeó. Tuvo que hacerlo dos veces antes de que aquellos ojos ambarinos tan hipnóticos le prestasen atención.

—¿No tienes casa? —preguntó Max.

—Vaya, otra vez el pederasta. ¿No tendrías que estar patrullando las calles y deteniendo a los malos en vez de perseguir a una cría?

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo edad suficiente para chupárt...

—Eso ya lo sé... ¿Te llevo a comisaría y averiguamos lo otro?

—Dieciocho.

—Claro. —Debía de tener a lo sumo dieciséis—. ¿Y tus padres?

—¿Quieres dejar de preguntar tonterías y decirme qué quieres? ¿Más desaparecidas?

—Pfff —bufó Max. Menos mal que esperaban un niño—. Necesito que me

ayudes a buscar un grupo de música.

—¿Emo?

—¿Qué es eso?

—Ufff. Jimmy Eat World, The Get Up Kids, The Van Pelt...

—No conozco ninguno.

—Eres un carcamal. Tienes pinta de Pink Floyd, Depeche Mode, R.E.M, Radiohead...

—De joven me gustaba U2, Nirvana y hasta Guns N' Roses.

—Entonces eras más de lengua que de melena.

—¿Cómo?

—Para mí la gente se divide entre los de los Rolling Stones y los de los Beatles.

—Ya. Verás, busco a un grupo de música vasco, actual, de nombre inglés, tipo The Crosh, Chris o algo así.

Max había investigado a Jon Iruretagoiena Abitzu, alias John Lennon. Era un estudiante de Químicas de veinte años, y en el decanato la dirección de residencia registrada era la casa de sus padres en Elgoibar. Por lo que decían sus compañeros de clase, vivía de lunes a viernes en una residencia de estudiantes —nadie supo indicar cuál— y solía dormir en su pueblo los fines de semana. El inspector no estaba por la labor de esperar al sábado, ni de hablar con su familia, ni de recorrerse todas las residencias de estudiantes de la ciudad. Había dado aviso a Cristina, quien a su vez había dado aviso a los profesores por si aparecía por clase —llevaba dos semanas ausente—, y quizá lo encontrara antes por Internet.

La chica lo interrogó con la mirada mientras giraba en su muñeca la pulsera bicolor formada por dos cordones trenzados con un nudo de serpiente. Max enseguida captó la indirecta y le mostró un billete de cincuenta.

—La tarifa ha subido. —Miró el reloj acuoso de la pared. Se sopló el flequillo—. A partir de las ocho son urgencias, tarifa especial.

—Oye, mocosa...

—Falta media hora para que la bruja apague el servidor y las luces y nos vayamos a casa. Podemos seguir discutiendo o empezar a investigar.

Lo que más odiaba el inspector era que lo urgiesen, pero la mocosa tenía razón.

—Uno verde, no más, y solo si damos con el grupo.

—De acuerdo, uno verde. Dispara, Dupin.

—¿Quién?

—Chevalier Auguste Dupin. ¿De qué cueva has salido?, ¿no lees? El detective de Poe. Le gustaba mucho la noche y el alcohol. ¿Tú también eres un borracho?

Max pensó que estaba viejo para tener un niño. ¿Qué conversaciones mantendría con su hijo? ¿Soportaría los lloriqueos de los primeros años, las rabietas infantiles, la rebeldía en la adolescencia, el ímpetu de la juventud?

—Yo soy más de Sherlock Holmes y el doctor Watson.

—Bah. Demasiado previsible —comentó la chica—. Que sepas que Dupin fue el

primer detective de ficción de la historia. Se identificaba con el criminal, se adentraba en su mente, pensaba como él y resolvía cualquier crimen. Una máquina.

—¿Y tú?, ¿cómo te llamas?

—Yo solo tecleo, no tengo nombre, como el anónimo narrador de las historias de Dupin.

—Te llamaré bichejo...

—Que te den. Siempre me ha gustado Virginia. Llámame Virginia, o mejor no me llames nada y límitate a pagar y a decirme qué quieres que busque.

—Entonces será Virginia.

—Venga, Dupin, cambia la cara y dame datos.

Max le contó lo poco que sabía: que era un grupo vasco, que tocaba música alternativa tipo punk, que debía de ser un cuarteto o quinteto de jóvenes estudiantes y que seguramente no habrían sacado ningún disco, si acaso una maqueta, y lo más probable es que cantasen en inglés, por el nombre artístico que empleaban.

La chica tecleó cinco palabras clave (vasco, música, jóvenes, punk, inglés) en el buscador de Google. Aparecieron más de un millón de resultados. Eligió, de entre las primeras opciones, una página web que versaba sobre el rock radical vasco.

—Esto no es —dijo Virginia echándose el flequillo hacia atrás—. Barricada, Kortatu, La Polla Records, Eskorbuto... Demasiado conocidos.

—Ah. —A Max no le sonaba ninguno. Solo eran palabras malsonantes, lejos de la música que él escuchaba.

—Mira, aquí hay algo interesante. —Un enlace conducía a un grupo llamado The Clash—. Una banda punk de tu época, Dupin. Creo que vamos por buen camino.

—Diez minutos —dijo una voz a sus espaldas.

La bruja echó un vistazo a la pantalla por encima de sus gafas de pasta y negó con la cabeza mientras volvía a su cubículo.

—Fíjate, quizá tu grupo ha tomado prestado el nombre de este. Muchos lo hacen al principio, como un homenaje, y cantan sus canciones, hasta que un promotor los descubre y cambian de nombre y componen las suyas.

Clicó en el icono de altavoz. El estribillo de *Should I stay or should I go* emergió a todo volumen.

Should I stay or should I go now? Should I stay or should I go now? If I go there will be trouble an' if I stay it will be double so come on and let me know.

—Chssssssssss —siseó la bruja.

Virginia clicó en la pausa rápidamente.

—¿Y cómo sabes tanto de música? —preguntó Max.

—Por mi abuelo, era un adicto al Festival de Jazz... Pero no me interrumpas, me desconcentras.

Siguiendo la pista, llegó a un grupo finlandés llamado The Crash.

—Estos aún están en activo, una banda pop-rock, así que no creo que sean.

Buceó por varias webs. Nada interesante.

—Cinco minutos —oyeron a lo lejos.

Virginia comenzó a navegar por la red como si hubiese escuchado un gong de salida y estuviera en una competición y quisiera el primer premio. A Max apenas le daba tiempo a ver las páginas que se sucedían en la pantalla y menos aún a leer los textos.

—¡Ajá! —exclamó la chica.

Se recostó en la silla al tiempo que contemplaba el monitor.

—Un bloguero de Donosti que habla de nuevos grupos, vascos, por supuesto.

Max observó la fotografía del centro de la pantalla: cuatro chicos tocando en un oscuro escenario. A pie de foto había un nombre: The Clasp. El encabezamiento del artículo era de lo más elocuente: «Los Sex Pistols del bajo Deba». Virginia leía y Max se acercó al monitor. Al batería no se le veía con claridad, pero llevaba unas gafitas y melena estilo Lennon. Del resto, el vocalista era calvo y estaba de espaldas al público, como alentando al guitarrista, quien, al igual que el bajista, llevaba el pelo largo, que caía ocultándole el rostro. Cuando Max quiso leer el texto la pantalla se apagó.

—Tiempo —dijo la bruja, acercándose a los ordenadores.

—¡No me jodas! —protestó Max.

—El verde —pidió la chica, mirando la pantalla negra con una sonrisa.

—Pero si...

—El bloguero habla muy bien de ellos. Me apetece escucharlos. Hay un concierto este sábado, a las diez. Qué guay, hacía mucho que no iba a un *concert*...

—¿Dónde?

Los fluorescentes del techo se fueron apagando uno tras otro, como si un hada los fuese tocando con su varita mágica. Virginia se levantó y recogió su mochila del suelo. Max permaneció sentado, de tal forma que ella quedaba a su altura. Le tendió el billete ante la mirada acusadora de la bruja.

—Es en un *gaztetxe*, y aunque te dijese el nombre no serías capaz de encontrarlo, Dupin. Te espero en la Cuesta del Culo el sábado a las nueve y media. No llegues tarde.

—Alto, no pienso ir contigo a ningún concierto, eres una menor y esto una investigación policial.

—¿Puede ser peligroso?, ¿alguien de la banda secuestra a tus desaparecidas? ¡Qué interesante! Como el cuerpo de esa chica que encontraron en el embalse... Igual que un cuento de Poe: «El misterio de Marie Roget».

La bruja los esperaba sosteniendo las puertas de la sala para cerrar. Virginia fue la primera en salir. Max estaba clavado en la silla, incrédulo.

Xabier Andetxaga miró al horizonte: la línea del mar se perdía en la lontananza. Anochecía y la visibilidad menguaba. De vez en cuando, el faro emitía su luz mágica.

Le agradaba esa vista, mucho más que la contraria, donde los edificios de la ciudad se llevaban el encanto de hallarse entre chopos, higueras y encinas y rodeados de escarpados riscos. Una lagartija ibérica asomó entre unos helechos para después perderse por las piedras. Aspiró en una sola bocanada todo el aire salino que pudo. Siempre que deseaba renovar fuerzas subía hasta la colina, donde mesas y bancos esperaban en un pequeño claro. La época estival cambiaría todo, la bajamar abriría la playa a los turistas, las motoras saldrían del muelle y atracarían en el embarcadero cargadas de donostiaras y el personal de salvamento y socorrismo ocuparía sus puestos. Entonces él, como los cormoranes y las gaviotas, emigraría a otro lugar. Las aves, temporalmente: volverían a la isla cuando se escondiese el sol; en cambio, él se marcharía a la casa de Biarritz —que compartió con Ana tantos años— hasta que con la llegada del otoño se cerrase la isla a los veraneantes y pudiese regresar.

Se levantó un fuerte viento que trajo nubes grises y bajas a la bahía. En un abrir y cerrar de ojos comenzó a llover de forma torrencial. No era la primera vez que la lluvia le sorprendía paseando por la isla, pero sí la primera que lo hacía tan fuerte y tan lejos del faro. Bajó tan rápido como los años y la espalda le permitían, hasta llegar a las escaleras de piedra, ellas sí ajenas al paso del tiempo. Un torrente de agua caía escaleras abajo. El suelo entre los árboles que abrían el camino hasta el embarcadero comenzó a anegarse. Subió las escaleras apoyándose en la valla de hierro forjado. Una vez arriba vislumbró dos ojos centelleantes que se movían inquietos en la oscuridad. Un relámpago iluminó la silueta de la sombra que se agazapaba junto al faro.

—Tranquilo, Sebastián, soy yo —dijo Xabier, haciéndose oír ante el ruido ensordecedor del trueno.

Su hombre de confianza le abrió la puerta y se apartó para dejarle pasar. Xabier subió por la escalera de caracol hasta el segundo piso, su guarida; Sebastián se alojaba en el primero.

Se desprendió de la chaqueta, completamente empapada, y la dejó en una silla, al lado de la cama. Con una taza de café caliente, Sebastián, siempre tan atento y oportuno, se acercó a la ventana.

Pocos sabían que la isla había sido una cárcel y que después, en el siglo XVI, lazareto de la peste que asoló Donostia. Echó de menos vivir en aquella época, alejado de todo y de todos. Incluso le hubiese bastado con vivir junto a las monjas Clarisas —que daban nombre a la isla— en la ermita de San Bartolomé, destruida por un destacamento francés en 1813. El faro se construyó en el mismo lugar, y ahora funcionaba de manera automática; Sebastián era el encargado de revisarlo de vez en cuando. La lluvia golpeaba el cristal de la ventana. Más allá, la bahía, iluminada por las luces de la ciudad, parecía un paisaje de postal. En un instante la lluvia desapareció y dejó sitio a un viento huracanado que sacudió con fuerza el faro. El ruido de un postigo mal cerrado en el piso de abajo chasqueó en medio del céfiro. Un nuevo relámpago rasgó el cielo. Tan nítido como el destello que alumbró la estancia,

Xabier vio que debía ocuparse de las fosas y del antiguo censo, más pronto que tarde todo saldría a la luz y las gotas del pasado acabarían por salpicarlo. Pero no podía ni debía actuar como en los viejos tiempos. Ya no podían entrar en una casa de noche y llevarse a una persona, ya no podían abandonar un cuerpo en una cuneta o arrojar un cadáver por un barranco, ahora debían elegir un método limpio y efectivo, ocultar las pruebas, eliminar el rastro, en definitiva, ser más cuidadosos; la mierda seguía fluyendo pero había que disimular el hedor. Tendría que olvidarse de reunir a la familia. Él no era don Vito Corleone. La Brigada no era la Familia, aunque algunas veces lo pareciese. Para él los negocios eran lo primero. Contó hasta cinco antes de oír el trueno. Se tomaría otra taza, y después otra. La noche sería larga. Como tantas. Pero mejor desvelado que inmerso en pesadillas donde los monstruos le impedían conciliar el sueño y olvidar. El Dragón fue un golpe de suerte. No volvería a repetirse. El ulular del viento se detuvo. Otro relámpago. Y otro trueno. Esta vez contó hasta tres. La tormenta se acercaba. Casi la sentía. La tenía encima.

Miércoles 19 (un día antes)

Bob la miraba acariciándose el lóbulo de la oreja, oculto por el pasamontañas. Erika le hubiera borrado la sonrisa de un puñetazo. Ya llevaba varios días encerrada y de momento no se había atrevido a tocarla.

—Tienes un bonito tatuaje en el hombro, ¿es reciente? Me gustan esos monstruos alados.

—Que te den por el culo.

—También tienes un bonito culo. Tengo unas ganas de que venga Tom...

—¿Es que tú solo no te atreves? Eres un puto cobarde.

Nagore la miró como suplicando paciencia, que no lo provocase ni lo alterase. Bob se carcajeó. Luego se llevó una mano al estómago y simuló que se moría de risa.

—¿Y quién es Tom? —preguntó Erika.

—Eres muy contestona y haces demasiadas preguntas. ¿No serás de la pasma? Están preguntando por todo San Sebastián por un chico muerto que a nadie, excepto a su familia, le importa una mierda. ¡Qué tontos! Tienen delante de sus narices el caso de sus vidas y ni se enteran. Nadie investiga, nadie os busca.

Nagore bajó la vista, derrotada.

—Te has comido todo el arroz. Buena chica. En cambio, tú... —Miró a Erika—. Casi no lo has probado.

—Que te follen —respondió Erika.

—Eso quisiera hacerte yo..., pero esperaremos a Tom.

Bob desapareció con las cazuelas de barro.

—Tranquila, Nagore —dijo Erika tras esperar prudentemente un rato.

—Nunca saldremos de aquí, bueno, sí, como Amaia, con los pies por delante.

—No seas melodramática.

—No soy tan ingenua, cada vez sustituyen a una, la próxima seré yo.

—Mira lo que tengo. —Le enseñó una cuchara; debía acabar con la fase de negación en que había entrado su compañera—. El maldito psicópata ni se ha enterado, por eso quería provocarlo, para desviar su atención.

—Ya...

—Vamos, Nagore, ánimo, y dime una frase célebre del maestro de Platón. ¿Cómo se llamaba?

—Sócrates.

—Ese.

—Dijo que cada uno de tus actos, palabras y pensamientos sean los de alguien que haya de abandonar la vida, o algo parecido.

—¿Ves?, por lo que yo entiendo, hay que luchar hasta el final, que todos tus actos sean como si fuesen los últimos y te fuese la vida en ello.

—En eso estamos, ¿no? —Amaia sonrió de manera forzada—. Sócrates se estudia en último curso, me he perdido los exámenes del tercer trimestre, tendré que repetir...

Erika asintió. Si pensaba en su futuro es que no todo estaba perdido.

—También dijo que es peor cometer una injusticia que padecerla, porque el que la comete se convierte en injusto y el que la padece, en justo, o algo así.

—Un hombre muy sabio.

—¿Qué vas a hacer con la cuchara?

—Recuerda. El conde de Montecristo. Yo me la quedo, yo cavo.

Erika pensó en Edmundo Dantés, en que planeó su venganza después de fugarse del castillo de If, de eso se ocupaba la novela de Dumas, escapar para vengarse, mientras que ella buscaba vengar la muerte de Lucía y había acabado encerrada en un calabozo. El desenlace era bien diferente y, en este caso, el orden de los factores sí alteraba el producto.

Retiró una baldosa de detrás de la colchoneta sin apenas esfuerzo y simuló que clavaba la cuchara en el suelo. Lo hizo lo más cerca de la pared y lo más alejado de Nagore posible. Cuanto más pensase en aquel plan absurdo, mejor para ella. Pero Nagore apenas le prestó atención y volvió a asumirse en un silencio monacal lleno de pensamientos oscuros.

Viernes 21

Asier se despertó extrañado. Junto a él, en el otro lado de la cama, descansaba el cuerpo de una mujer preciosa, un cuerpo que ni en sueños se hubiese imaginado. Recorrió con las yemas de los dedos su espalda recta y suave y la abrazó. Todos los kilos que le sobraban a él le faltaban a ella. La noche anterior habían hecho el amor dos veces, y en la última no se corrió el primero, todo un récord. Jon Bon Jovi estaría orgulloso. Se levantó de la cama intentando no hacer ruido. No sirvió de mucho, *Rocco* salió por el pasillo y ladró. Lo espantó con un amago de patada y se encaminó a la cocina. Hoy Josefa libraba. Y tenían toda la tarde para ellos: él también libraba y la manifestación de los viernes en el Boulevard se había suspendido tras aparecer el cuerpo de Amaia. Se preparó unos huevos con beicon. Cuando se los sirvió en el plato y comprobó la abundante grasa que soltaba, pasó un papel de cocina por encima. Arrojó el papel impregnado de aceite a la basura y calculó las calorías del plato. Un compañero de la comisaría le decía que cada chocolatina que se metía en el cuerpo representaba una hora de gimnasio. ¿Qué diría del plato que tenía enfrente?, ¿dos horas en la cinta?, ¿tres horas de pesas?

—Joder —murmuró.

Rocco lo miraba ansioso, mientras Asier dudaba, con el plato en la mano. ¿Cubo de la basura o cuenco de comida? Como si le leyese la mente, el chihuahua emitió un aullido.

—A tomar por saco.

Volcó el contenido del plato en el cuenco.

—*Rocco* solo come pienso, no le damos comida de humanos —dijo Lourdes bajo el dintel.

A pesar de no haberse lavado ni siquiera la cara, con el pelo revuelto y el moño desecho, el cinturón de la bata colgando sobre el suelo, Asier vio un ser maravilloso de mejillas sonrojadas, brillo en los ojos y labios separados en una sonrisa que dejaba a la vista unos dientes pequeños y blancos.

—Lo siento, hoy he comenzado mi régimen.

Lourdes acentuó su sonrisa angelical mientras se agachaba e intentaba quitarle el cuenco de comida al perro. Este tenía el hocico manchado de yema y gruñó a su dueña cuando se percató de que pretendía privarlo del manjar.

—Está bien —concedió Lourdes—. Un día es un día. ¿Quieres uno mañanero en la cocina? —dijo, abriendo la bata y dejándola caer al suelo—. Me apetece hacer cosas guarras..., me lo merezco, he estado muchos años conteniéndome...

Asier se abalanzó sobre ella sin darle tiempo a decir nada más.

Max se despertó contento. Por una vez Cristina había accedido a quedarse a dormir en el *loft*. Las hormonas comenzaban a afectarle y cada vez reclamaba más cariño y menos sexo. No lo hacían desde hacía una semana, y por lo que parecía el período de abstinencia se iba a prolongar unas semanas más. Siempre estaba cansada, con sueño y hambrienta. Max se levantó y, sin paredes de por medio, en cinco pasos se hallaba tras los fogones. Como cocinero era un desastre, pero se veía capaz de hacer una tortilla de atún de dos huevos. También preparó en una cafetera de acero un café muy cargado, según el envoltorio, de origen colombiano e intenso. Pensó en su padre, hacía tiempo que no se preguntaba qué sería de él. Era obvio que se las apañaba bien, por qué no iba a hacerlo, él había elegido su vida. Sintió una mano que lo abrazaba por la cintura.

—¿Por qué no dejas eso y vienes a la cama? —dijo Cristina, y su mano buscó más abajo.

Max apagó el fuego. Notó cómo la *pistolita* crecía en la mano de Cristina. Por fortuna se había equivocado en sus predicciones y hoy sí tocaba.

Fue Eneko quien llamó a Itziar y la citó en el hotel Costa Vasca, como en los viejos tiempos. Junto al palacio y los jardines de Miramar, en plena subida del paseo Pío Baroja; su ubicación era la idónea para evitar a los conocidos. Sin embargo, ese día se celebraba en sus salones un *open* de ajedrez que conmemoraba el famoso torneo de San Sebastián de 1911, un torneo que según los entendidos cambió el mundo del ajedrez por ser el primero en ofrecer a los participantes unas condiciones no vistas hasta entonces: pagaba el viaje y la estancia a todos los maestros, y una bolsa de premios, si bien solo cinco, cuantiosa para la época (el ganador se llevaba cinco mil francos de oro).

Eneko cruzó la recepción. El botones ya lo conocía y apenas le solicitó datos personales para darle una habitación. El empresario esquivó las miradas de los jugadores de ajedrez que se paseaban por el vestíbulo a la espera de que comenzase el torneo. Él no era ningún Capablanca, ni siquiera sabía mover las piezas, pero seguro que aquellos extraños personajes de pelo hirsuto, trajes holgados y miradas perdidas pensaban que era un gran maestro y que se alojaba en el hotel por gentileza de la organización.

Al cabo de una hora llamaron a la puerta de la suite con los nudillos y apareció Itziar. No tardaron mucho en acostarse, apenas tenían de qué hablar.

Erika cavaba con tesón, sin parar y sin que se le agotasen las energías. Estaba feliz y contenta, la pala que tenía entre las manos era magnífica, de acero inoxidable y con un mango de madera suave al tacto. ¿De dónde la había sacado? Había cavado varios metros pero seguía sin detenerse. Al final daría con una salida. Se irguió y trepó hasta

el agujero. Su compañera de celda dormía profundamente. Volvió al trabajo, aún quedaba mucho por hacer antes de que los dos psicópatas apareciesen. ¿Por qué no estaba encadenada? Clavó la pala en la tierra húmeda y blanda, que se deshacía al contacto con el acero. Sonó un extraño ruido. Había encontrado un objeto duro y metálico. Cavó a su alrededor y fue descubriendo la forma de un cofre. ¿Había hallado el tesoro?, pero ¿qué tesoro? Había una cadena alrededor del cofre. La golpeó varias veces con un pico hasta que logró romperla. ¿De dónde había sacado tantas herramientas? Y, además, por... Un momento... ¿Adónde había ido a parar toda la tierra que había sacado? Se asomó por el agujero. Ni rastro de tierra. Su compañera, que sí estaba encadenada a la pared, se dio la vuelta. Era Lucía. Qué raro. Una incertidumbre cargada de terror cruzó por su mente. Se agachó y abrió el cofre. No contenía monedas de oro sino cientos de huesos. Cerró la tapa y gritó horrorizada.

Erika abrió los ojos angustiada. La luz permanecía encendida día y noche, como si estar encerradas y encadenadas no fuese suficiente tortura. Nagore dormía, había caído en un sueño profundo y plácido, apenas se movía ni se la oía respirar. Erika lloró en silencio. Consumió el resto de la noche en un duermevela inquieto y lleno de pesadillas sombrías.

Sábado 22

A la mañana siguiente, Eneko no se sentía bien. Había traicionado a su mujer muchas veces, pero en el estado en que ahora se encontraba ella, le parecía mal, francamente mal. Se había prometido hacía meses que nunca más y sin embargo había caído de nuevo. Tal vez Amanda había tenido parte de culpa y lo había empujado; desde que le daban quimioterapia le resultaba más insoportable aún. Se le había avinagrado el carácter, lo trataba a gritos y ya no conversaban, peleaban y chillaban hasta que uno de los dos se marchaba de casa. Ayer fue Eneko quien huyó y cayó en los brazos de Itziar.

Se levantó de la cama intentando hacer el mínimo ruido. Se lavó la cara pero no se duchó; quería evitar a toda costa una despedida. En la recepción, pagó y dejó una suculenta propina y el recado de que no hiciesen la habitación hasta que la señora se despertase. De reojo, vio al fondo del bar a cuatro ajedrecistas sentados a una mesa, posiblemente analizando una posición del día anterior. Uno de los jugadores se percató de su presencia y le susurró algo a otro al oído. Eneko se dijo que debía salir cuanto antes de allí, antes de que le confundiesen con un maestro y le pidiesen su opinión sobre una partida.

El agente de apellidos irlandés y vasco, O'Neill Gurutzealde, observaba a la señora que se sentaba frente a él y no cesaba de hablar. Ahora la veía abriendo y cerrando la boca, contaba su trágica vida. Hacía cinco minutos que no la escuchaba. Joshua pensó que la vida estaba llena de casualidades algunas buenas, otras malas, y que cuando se daban había que sopesar su significado; no creía en un ente superior que movía los hilos desde el cielo, pero sí que esas casualidades significaban algo y en la mayoría de los casos había que aprovecharlas.

—... nunca se me olvidará —decía ella—. Al principio pensaba que era un error, hasta repitieron las pruebas un par de veces, y cambié otras tantas de médico, pero el diagnóstico no varió. Yo ya soy mayor, pero usted aún es joven, no se venga abajo, verá como no es nada. Lo mío de pulmón es por el tabaco, desde los doce años he fumado mucho, pero le digo una cosa, no me arrepiento ni un ápice, cada uno tiene que apechugar con lo que hace, y yo he disfrutado mucho en la vida, si pudiese volver al pasado no cambiaría nada, bueno sí, a mi marido. —Sonrió y buscó la sonrisa cómplice de Joshua, que no se produjo puesto que no le prestaba atención—. Mi abuelo, que en paz descanse, sí tenía cura. El médico le dijo que o dejaba de fumar o se moría, y se murió. Pero casi mejor, a mi abuela se la llevó el alzhéimer y eso sí que es duro, que tu propia madre no te reconozca, te insulte y se haga sus

necesidades encima como un niño, eso sí que es duro...

Joshua se fijó en que Amanda, la madre de Erika, vestía acorde a su estatus social: ropa cara y de marca, zapatos de cuero y joyas en dedos, cuello y orejas. Estaba distinta a la foto del expediente —cuando buscaba a su hija la hizo vigilar por si esta se ponía en contacto con ella—. Ahora llevaba un sombrero que le ocultaba el cabello, si es que con la quimioterapia le quedaba algo, y tenía los ojos hundidos, las mejillas consumidas y los dedos descarnados.

—Tranquila, señora —dijo Joshua, viéndose obligado a decir algo.

Eran los únicos en la sala de espera; el tercer paciente que antes los acompañaba había entrado hacía cinco minutos a la consulta. Después le tocaba el turno a Amanda, y luego ya vería si se decidía a entrar. Le había costado mucho acudir al edificio oncológico del Hospital Universitario de Donostia, y además de costarle tanto, cada vez que daba el paso se encontraba con alguien conocido. El asunto de las casualidades nefastas cobraba sentido. Si en el hospital habían sido Max y Cristina, aquí era la madre de Erika. En el centro de Donosti no habría muchos doctores especialistas en oncología pero seguro que los suficientes para que las probabilidades de coincidir con un conocido estuviesen por debajo del cinco por ciento. Lo suyo era de récord Guinness.

—Es solo una primera consulta —añadió—. Vengo de una visita rutinaria al hospital, para que me comprueben unos datos, ya sabe, unos parámetros de una analítica que han salido alterados, nada grave, pero el doctor ha insistido en que viniese a su consulta del centro porque quiere hacerme unas pruebas.

Amanda lo miró. Era muy joven para que padeciese lo que ella estaba padeciendo, y muy guapo, con un pelo rojizo raro en un vasco y con un rostro salpicado de pecas que le otorgaban un aire de juventud permanente. Si tuviese diez años menos se acostaría con él, aunque solo fuese por venganza contra su marido. El día anterior habían tenido otra fuerte pelea y, rememorando viejas noches, no durmió en casa. No era una mojjigata y sabía desde hacía tiempo que su marido se acostaba con esa profesora de escuela universitaria que parecía una solterona. No sabía qué le veía Eneko y eso era un verdadero problema porque significaba que a ella la veía aún peor. Si se acostase con una jovencita, una modelo o una miss, no sentiría tantos celos, hasta lo comprendería, pero con esa profesora no, su matrimonio se había acabado definitivamente. Llevaban muchos años navegando a contracorriente, intentando mantenerse a flote por Erika, pero cuando su hija se independizó, ella dijo basta. Además no compartía la opinión de Eneko. Si Erika quería ser policía y no seguir sus pasos, había que respetar su decisión. Ella la apoyaba pero él siempre acababa haciéndola callar. No le perdonaba que no le hubiese dado un varón. Ahora sus años de tiranía llegaban al ocaso, ya no tenía autoridad sobre ellas. Contrataría a un detective para que lo siguiese y consiguiera las pruebas necesarias para que cuando pidiese el divorcio pudiera sacarle hasta la última gota de sangre: a Eneko lo que más le enfurecía era rascarse el bolsillo, y cuando se divorciasen el agujero iba a

ser tan grande que cabría un Jumbo.

—Claro, joven, no se preocupe, tiene toda la razón, no será nada...

El anciano que estaba en la consulta salió dejando la puerta abierta. Se despidió de Joshua y Amanda con un gesto de cabeza y sus escasos cincuenta kilos se perdieron por el pasillo en un andar lento y apenado.

—... Que le vaya bien —se despidió Amanda, luego entró en la consulta y cerró la puerta.

—Podemos detenernos cuando subimos, pero nunca cuando descendemos —murmuró Joshua, citando a Napoleón.

Se llevó las manos a las sienes. Un «cañonazo» había esperado a que se quedase solo para disparar, y por el intenso dolor que comenzaba a propagarse era una bola de hierro pesada y de gran calibre.

Itziar Bengoetxea se movió inquieta en la cama. Las antorchas proporcionaban una luz débil, la suficiente para transformar la suntuosa habitación de un hotel de cinco estrellas en la cueva de Anu. Paseó la mirada entre las sombras. Las calaveras de todos los animales que cazaron durante años los primeros pobladores circundaban las paredes de la cueva, colocadas una tras otra en tres filas paralelas, a modo de ofrenda al dios Anu, que tanto los protegió y les indicó el camino a una nueva tierra, la que descubrieron tras desembarcar en el mar Mediterráneo y adentrarse en la península ibérica. Largas jornadas de caminatas hacia el norte, con su sol y su luna, asentamientos eventuales y pequeñas batallas con otros pobladores, hasta llegar a aquella vasta extensión verde y rica en alimentos, rodeada de montañas, cercana a otro mar, el Cantábrico, y donde no faltaba el agua de lluvia. Casi cien años se cumplían de la huida de Mesopotamia por el río Éufrates, y quizá sí era la hora de regresar, pero no con la tablilla y la pócima que describía.

El hombre de barba espesa que estaba sentado frente a ella, en una de las tres sillas de alto respaldo que se distribuían detrás de una mesa redonda, pretendía todo lo contrario. Anhelaba poseer la tablilla.

—*Oruin bihartzên dāgān êtxêru, êlkurtzêu gārê unui-urrêbêi zārê êrrêgêurêntzuko Herensuge êmun dêzuzālu ordāu du*^[9] —dijo el hombre, y señaló con los ojos la tablilla que Itziar protegía entre sus manos como si fuese un recién nacido.

Itziar se retorció temerosa en la cama. Las sábanas se pegaban a su cuerpo y le impedían moverse con soltura. Abrió la pequeña puerta de la cueva, giró la cabeza y vio al hombre en cuclillas sobre la mesa. La barba le colgaba entre las piernas, el rostro crispado de furia se retorcía en una mueca horrenda y sus ojos centelleaban como el fuego. Con los brazos en alto y las manos abiertas como garras parecía un águila real a punto de arrojarse sobre su presa. Itziar se quedó inmóvil un instante contemplando aquella escena sobre la que los Anunnaki no le habían prevenido. El

hombre aprovechó la circunstancia y se abalanzó sobre ella, quien cayó al suelo bocarriba y soltó la tablilla. Comprendió que el hombre había tomado la pócima del Dragón para impedir su huida. Aún presa del susto observó cómo se hacía con la herencia de sus antepasados. Una vez recuperada de la impresión, corrió por el pasadizo sin mirar atrás. Seguro que el hombre no le seguía, ya tenía lo que quería. Pero lo que no sabía aún era que la tablilla se había partido con la caída. Le faltaba una parte, que ella aferraba en una mano. Cuando salió al exterior contempló el trozo a la luz de la luna. Era una esquina, pero lo suficientemente grande como para contener una palabra. Un ingrediente. Un pictograma compuesto por dos rayas, tan común que nadie sería capaz de descubrirlo.

Itziar abrió un párpado y vio unos muebles desconocidos.

Cuando la retina se fue adaptando a la luz que penetraba por la ventana recordó dónde estaba y con quién debía estar. El maldito Eneko lo había vuelto a hacer. Estaba sola en la habitación del hotel Costa Vasca, abandonada como una vulgar prostituta. Ya se le había olvidado. La manía de Eneko de huir de todo compromiso. No se acostumbraba. Le ponía de los nervios acostarse acompañada y despertarse sola. Por lo menos el lugar no había variado. En algún sitio había leído que lo peor que se podía hacer con un niño era acostarlo en un sitio y cuando estuviese dormido trasladarlo a otro diferente, por ejemplo del sofá a la cama. La mayoría se despertaban asustados, recordando dónde se habían dormido y que en nada se parecía al lugar donde se habían despertado. Menos mal que el sueño revelador había proseguido su marcha. Era obvio que tendría que eliminar a los Anunnaki, no creía en ellos. Cada vez veía más claro el origen de los vascos y la pieza del puzle que faltaba para completar la tablilla de arcilla. Sin duda Eneko se rendiría a sus pies con tal de obtener esa información.

Sería más de mediodía. Mientras el servicio de habitaciones no la molestase iba a aprovechar su estancia en el hotel. En casa no tenía una ducha tan grande. Ataviada únicamente con el albornoz y las zapatillas de cortesía se dirigió al baño. Sí, el pictograma de las dos rayas iba tomando forma en su mente. Pero antes debía asegurarse, sería fácil para una profesora de historia. No sabía cómo no se había dado cuenta antes.

La zona de ambiente situada entre la bahía de la Concha y Miramar era conocida popularmente como la Cuesta del Culo. El barrio surgió paralelo a la construcción del Palacio Miramar por la Casa Real española, y personajes tan variopintos como José Canalejas, presidente del Gobierno a principios de 1900, fijaron allí su residencia de verano. Actualmente se llamaba Miraconcha y se había transformado en un barrio residencial de lujo. En la década de los setenta, varios edificios alojaban pubs,

discotecas y locales de alterne en su mayoría gais y la zona se convirtió en el centro de ocio de las noches donostiarras. Entre los locales más famosos se encontraban el pub Master, La Malmaison, Valentino, la discoteca Kristal..., establecimientos que marcaron grandes momentos de la historia secreta y canalla de San Sebastián. Ahora casi todos los locales habían cerrado y el metro cuadrado de los pisos rondaba los nueve mil euros, convirtiendo el paseo en la calle más cara de España.

Max llegó pasadas las 21.40 y la cría estaba esperándolo al principio de la cuesta, moviéndose impaciente en círculos como una fiera enjaulada. El inspector vestía su típica gabardina y ella llevaba una cazadora de cuero negro, que dejaba entrever una camiseta también negra, y un pantalón vaquero negro y rasgado en varios puntos estratégicos. Calzaba unas botas también de cuero, altas y negras, que le llegaban por encima de las rodillas. Ni un solo atisbo de color en su indumentaria. El flequillo había desaparecido de su frente, se había fijado el cabello con gel húmedo en forma de enredadera en lo alto de la cabeza y una parte le caía por los hombros otorgándole un aire de recién levantada de la cama.

—Llegas tarde, Dupin —se quejó Virginia.

Giraba la pulsera blanquinegra alrededor de la muñeca, en un acto que Max supuso de nerviosismo o impaciencia.

—Ya me irás conociendo, ¿hacia dónde?

—Si te parece vamos para abajo, no te digo...

Virginia comenzó a subir por la cuesta en dirección al Palacio de Miramar. Max la siguió a regañadientes, aún no había anochecido y no llamaban mucho la atención. Más tarde, verlos pasear por aquel tramo no resultaría agradable a los ojos de los inquilinos de los pisos lujosos. Max sabía muy bien que al menor atisbo de duda descolgaban el teléfono y llamaban a la Policía, de ahí que cuando eso sucediese él esperaba que la mocosa ya se hubiera ido a dormir.

—No sé cómo puedes andar con esas botas.

—Mira quién habla, el muermo. ¿No tienes una chica que te elija la ropa? Pareces un viejo de ochenta años.

Avanzaron hasta que, a medio camino, la cría cruzó la carretera y se adentró en una callejuela perpendicular a la bahía que se internaba en la ciudad. Al fondo, cuando parecía que no había salida, dobló a la izquierda y se dieron de bruces con un edificio de cuatro plantas. Las paredes estaban pintadas de negro, quizá para resaltar los múltiples y estrafalarios dibujos de calaveras, cuernos, bocas escupiendo fuego y pistolas con llamaradas que salpicaban la fachada. En las dos últimas plantas, ventanas y balcones estaban tapiados con ladrillos, y del primer piso, sujeta por una cuerda atada entre dos balcones, colgaba una pancarta:

GAZTETXE EUSKADI TA ASKATASUNA

De la tercera planta caían pancartas y carteles a favor del movimiento okupa, en contra de la Policía y a favor de que los presos de ETA volviesen a casa. El edificio le recordó a ciertos antros oscuros y lúgubres —curiosamente todos con animales en el nombre— que conoció en su etapa madrileña de policía nacional: La boca del lobo, El rey lagarto, Sala Caracol, Ojos de serpiente, La máscara del zorro...

—¿A que es una preciosidad? —dijo Virginia con la boca abierta.

Un grupo de jóvenes, treinta a lo sumo, se apelotonaban en la entrada esperando su turno. Max se asomó por encima de sus cabezas y comprobó que las puertas estaban abiertas y que un hombre enorme de raza negra controlaba el acceso. La mayoría entraba sin problemas, aunque algunos eran apartados a un lado, donde esperaban impacientes no se sabía muy bien a qué. Se oía de fondo una música estridente y chillona.

—Vuelve a tu casa —le dijo Max a Virginia, y sacó uno de los verdes.

—No te lo crees ni tú.

—¿Y qué piensas hacer, esperarme? Puedo tardar unas horas en salir.

—Yo entro contigo.

—Ni hablar.

—Entonces me pongo a berrear como una loca y digo que eres un pederasta.

Si la cría se ponía a chillar, la placa no le valdría, el revólver S&W sí, pero no pensaba disparar contra unos jóvenes y quién sabe si estos tenían tantos remilgos. Tampoco podía ponerse a discutir de dinero con ella, veía en sus ojos ambarinos que esta vez no la engatusaría. Quería entrar sí o sí.

—Está bien. Detrás de mí, y sin abrir la boca —concedió Max.

Se encaminaron hacia la entrada. Max aferró la mano de Virginia, quien al principio se mostró reticente pero luego accedió. No la notó nerviosa ni preocupada, aquella mocosa o era una inconsciente o los tenía mejor puestos que muchos hombres.

—*Barkatu* —dijo repetidas veces Max mientras se abría paso entre los jóvenes.

Era una de las pocas palabras que conocía en euskera pero siempre venía bien pedir perdón en lengua vasca. Al llegar a la puerta, Muhammad Ali lo miró primero con extrañeza, y al bajar la vista y ver lo que traía cogido de la mano frunció el ceño.

—Me parece que se han equivocado de encierro —dijo con una voz de ultratumba.

—¿Quieres volver a la trena? —preguntó Max.

Muhammad Ali cambió el semblante y el inspector supo que había acertado. Se abrió la gabardina y le mostró la placa fija en un costado del cinturón.

—Vengo con mi hija, nada oficial. No pensarás que estoy tan loco como para traerla y hacer una redada... No quiero problemas, solo que vea al grupo; uno de sus integrantes, Jon, es el hermano de su mejor amiga. Luego nos marcharemos, sin problemas. No pienso dejarla entrar ahí sola, es menor de edad, pero tampoco quiero que se pierda el concierto. Tú tienes la solución.

Muhammad Ali sopesó las posibilidades y optó por lo más fácil: los dejó pasar.

—Qué bien hablas cuando quieres, Dupin —dijo Virginia, y le apretó la mano en señal de agradecimiento.

Tras la puerta se toparon con un angosto y oscuro pasillo que los llevó a una sala circular, donde en un extremo había una barra y en el otro, enfrente, un pequeño escenario. La oscuridad era casi total, el aire estaba viciado por el humo del tabaco y de la marihuana y la música sonaba a todo volumen. La insonorización del local debía de ser estupenda puesto que Max no recordaba ninguna denuncia por ruido o por alteración del orden público.

—De puta madre —dijo Virginia, poniéndose de puntillas para acercar su boca al oído del inspector.

Max barrió el local con la mirada, como siempre que entraba en un sitio desconocido. Era una costumbre que le inculcó su tío. No vio ninguna salida de emergencia, ni ningún recodo donde esconderse. Una encerrona en toda regla, se repitió. Tiró de la cría y se dirigió hacia la barra, saturada de jóvenes con camisetas negras de dibujos diabólicos: monstruos, dragones, serpientes, gárgolas... La música le parecía espantosa, mucha guitarra eléctrica a ritmo de baterías veloces y agresivas, amplificadas con un sonido de distorsión y algún berrido en inglés, posiblemente de culto al diablo. Las canciones eran cortas y se sucedían una tras otra, sin dar tregua. No localizó al pinchadiscos, si es que lo había, solo un montón de altavoces que colgaban del techo. Por fortuna, Virginia le obedecía y no se soltaba de su mano, a pesar de que casaba perfectamente en aquel ambiente de oscuridad y caos juvenil.

—¿Qué es esta mierda de música? —gritó Max.

—Hardcore-punk. Creo. Suena de puta madre, ¿verdad?

Ya en la barra les atendió un joven con greñas y pinta de no haberse duchado en tres días.

—Un manhattan —pidió Max.

—Aquí no servimos cócteles.

—¿Jameson?

—¿Te vale un JB?

—Ok —concedió Max.

—¿Y para ella?

—Otro —dijo la aludida.

—Ni hablar. Una coca-cola.

El barman suspiró.

—No tenemos refrescos.

—Un JB —insistió Virginia.

—Una cerveza y vas servida. —Le apretó la mano hasta que la chica asintió.

Cuando el barman desapareció a por la bebida, Virginia se deshizo de su mano.

—¡Hola, preciosa! —gritó alguien a su lado para hacerse oír entre la música.

Se trataba de un melenudo con una camiseta heavy y un chaleco vaquero

destrozado. Max conocía el grupo por gentileza de Galder. Los Iron Maiden.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el melenudo, mirando a Virginia. Sostenía milagrosamente un porro entre los labios.

—Piérdete —le dijo Max.

—¿Has venido con tu padre?

Cada vez que hablaba, parecía que iba a caérsele el porro, pero se mantenía en el labio inferior como si estuviese pegado.

—Vete a cascártela —contestó Virginia—. Antes se la chupo a un caballo que a ti, maricón.

El tipo levantó las manos en señal de disculpa, agarró su botellín de cerveza casi vacío y se fue mascando un «joder con la niñata».

—Son veinte euros. —Oyó Max a su espalda.

—Ni que hubiésemos atracado un banco —replicó Max, soltando el billete.

El barman se encogió de hombros, agarró el dinero y se dispuso a atender a otro cliente. Max probó el JB. Era fuerte y seguramente de garrafón. Virginia se bebió media cerveza de un trago.

—Tranquila, la noche es muy larga, y con otra vas más que servida. Así que raciónala.

—Ni de coña, ya puedes aflojar la pasta y llenar la barra de birras o perderte. Veo mucho maricón por aquí, quizá tengas hasta suerte.

Max miró hacia el escenario. Había tres micrófonos sujetos a trípodes, dos altavoces Marshall en cada esquina y una batería en el centro. Del techo colgaba una pobre pancarta de tela que indicaba el nombre del grupo que tocaba hoy: The Clasp.

—Vamos a primera fila —propuso Virginia y se colocó la cazadora al hombro.

—De aquí no nos movemos. Se ve perfectamente, y por sonido no será.

Max no quiso ni preguntar qué significaba «Mitos de Cthulhu» escrito en blanco sobre negro en la camiseta de la chica.

—Es mejor si...

De pronto las pocas luces encendidas se apagaron y la música cesó. Un ensordecedor grito de alegría surgió de las gargantas de los presentes, incluida Virginia, que se apretaba al lado de Max. Un par de focos iluminaron al cuarteto de jóvenes que aparecían en el escenario entre aplausos y chillidos enloquecidos. El joven calvo que Max había visto de espaldas en la foto del blog saludó a la concurrencia llevándose las manos a sus partes nobles y dio la orden a los otros tres componentes. Un sonido de guitarra y de tambor de batería hizo las delicias del público. Al momento, el calvo comenzó a taladrar con su estridente voz los oídos del inspector. Le recordó a Bruce Willis pero con voz de hiena histérica.

—Es buenísimo —creyó oír decir a Virginia.

The Clasp tocó solo éxitos punk y sus fans disfrutaron con *God save the Queen*, *Holidays in the sun*, *Pretty vacant* y *Anarchy in the UK*. Con esta última, la gente se revolucionó y dejó de dar botes para empujarse unos a otros.

I am an antichrist, I am an anarchist. Don't know what I want but I know how to get it. I wanna destroy passers-by 'cause I wanna be anar-chy!

A medio concierto, The Clasp comenzó con los solos de guitarra, bajo y batería. Max pudo ver mejor al joven a cargo de la percusión. Gafas oscuras y media melena. John Lennon movía las baquetas entre platillos, tambores y cajas como un verdadero profesional al tiempo que golpeaba el bombo de pedal.

Cuando acabó la actuación, después de tres bises, el cuarteto se juntó, brazos al hombro, e hizo varias reverencias. El vocalista se quitó su ajustada camiseta de tiras y la arrojó al público; el guitarrista y bajista, las púas; y el batería, las dos baquetas. El tumulto que se formó alrededor de cada objeto fue salvaje, y más de uno amanecería al día siguiente con marcas de guerra en la cara. Después se perdieron por detrás del escenario. Max temió haber perdido el tiempo: Jon se le escapaba. Tiró una vez más de la cría y se encaminó hacia el escenario por un lateral.

—¿Ahora que ha terminado te decides a ir a primera fila? No te enteras, Dupin.

Max rodeó el escenario y se coló por una puerta. La seguridad era nula.

—¿Adónde vas? ¿Quieres que nos den una paliza? —protestó Virginia.

Emergieron a un pasillo esta vez bien iluminado gracias a unos fluorescentes alargados que le recordaron a los que apagaba la bruja en el centro cultural Koldo Mitxelena. Al fondo había una puerta y frente a esta se encontraba un hermano de Muhammad Ali. Max no vaciló, no podía permitir que se le escapase la presa y, aunque estaba seguro de que no había otra puerta tras el camerino, no le apetecía llevarse una sorpresa desagradable, no después de la experiencia casi traumática de tener que soportar dos horas de punk. Mostró sin atisbo de duda la placa y parte de la sobaquera del revólver al guardia de seguridad. No se andaría con remilgos.

—Es mi hija. —Virginia forzó una sonrisa—. Quiere conocer al grupo, un autógrafo...

El hermano de Muhammad Ali tampoco quería problemas, aquellos niñatos no eran los Rolling Stones, así que se apartó y dejó pasar al hombre alto y su hija gótica.

El camerino era pequeño. No había otra puerta. Los Clasp sonreían felices. Con el torso desnudo, el vocalista se secaba el sudor de la cabeza con una toalla, el guitarrista estaba sentado en una silla bebiéndose tranquilamente una cerveza y el bajista se fumaba un porro y hablaba con el batería.

—Fuera todos menos tú —dijo Max señalando a Jon.

Los cuatro integrantes del grupo se quedaron estupefactos.

—¿Rocky os ha dejado entrar? —preguntó el calvo sumamente extrañado.

—Queremos un autógrafo de Jon —dijo Max, sacando la placa de identificación del cinturón.

El guitarrista apuró la cerveza, se encogió de hombros y fue el primero en salir. Después lo siguieron los otros dos mientras el batería los miraba asustado.

Una vez solos, Max fue directo al grano.

—¿Tú eres Jon, el exnovio de Amaia?

El chico negó con la cabeza.

—Tocas muy bien —dijo Virginia.

Max vio el temor reflejado en la cara del joven. Aún tenía el ojo derecho amoratado, y por el cuello de la camiseta asomaba el tatuaje de unas baquetas cruzadas.

—Soy Max Medina, inspector de Homicidios, y solo quiero hacerte unas preguntas.

—Vaya pocilga —dijo Virginia, moviéndose por el camerino.

—¿Quieres callarte y estarte quieta? No toques nada, enseguida nos vamos —dijo Max.

—¿Tienes novia?

—Virginia...

Jon los miraba confundido, el temor había desaparecido de su rostro.

—Mira, hijo, estoy aquí por tu amigo Pilón. Está preocupado por ti, y tus profesores también, hace días que no apareces por la universidad. ¿Quién te ha dejado ese ojo tan bonito?

Jon no se decidía a hablar.

—Habla, capullo —soltó Virginia—, si no quieres que te carguen el muerto de las chicas desaparecidas. Dupin es un poco bruto, es capaz de dejarte el otro ojo peor como no le digas lo que quiere, o romperte un par de dedos y no podrás volver a tocar la batería en tu vida.

—Y si contesto, ¿luego os iréis, o tendré que ir a comisaría?

—Nos daremos el piro —dijo Virginia, adelantándose a Max.

—No lo sé —confesó al fin Jon—. No los conocía. Un gordo y un flaco que preguntaban lo mismo que vosotros, por Amaia, y no les dije nada; pero sí, Amaia era mi novia, aunque duramos poco, cuando íbamos a dejarlo, desapareció. Al principio pensé que era una rabieta para que me preocupase, pasé de ella y empecé a salir con otra...

—¡Serás cabrón! —exclamó Virginia.

—... pero cuando salió en los periódicos empecé a preocuparme. Decidí largarme unos días, hasta que la cosa se calmase, pero aquellos tíos me encontraron, me llevaron a un descampado y me dieron una paliza.

—¿Cómo conociste a Amaia?

—En una fiesta universitaria. Fue ella la que se acercó a mí, quería hacerse un tatuaje, el mío le gustaba y me dijo que le recomendase un tatuador. A partir de ahí empezamos a hablar y resultó que teníamos los mismos gustos musicales, yo me hacía el tonto pero seguro que ella sabía que tocaba en un grupo, en la uni se sabe todo. Comenzamos a salir y al principio todo bien, pero enseguida se volvió una histérica. Era muy posesiva, me quería tener controlado, dónde estaba, qué hacía, con quién... Ella sabía que había salido con muchas, se lo dije yo, y pensaba que le iba a hacer lo mismo. Las tías son así, no paran de dar vueltas a las cosas, se vuelven muy

celosas y no se dan cuenta de que acaban provocando lo que intentan impedir.

—Suenan un poco a gilipollez de esas que uno se inventa para dormir mejor, sin remordimientos —dijo Virginia.

—Mierda, mierda y más mierda —protestó Max. Se había tragado el concierto para nada.

Oyeron un golpe en la puerta. Suave, con los nudillos. El calvo se asomó y preguntó si les quedaba mucho. Detrás de él apareció el hermano de Muhammad Ali.

—Un momento —dijo Virginia, y les cerró la puerta en las narices.

—¿Me estás diciendo que saliste unos días con ella, que le fuiste infiel y que pensabas dejarla?

El chico frunció el ceño, no respondió y apartó la mirada. Y para Max, acostumbrado a numerosos interrogatorios de sospechosos, algunos silencios eran más elocuentes que algunas afirmaciones.

—Pues que sepas que eras el amor de su vida —dijo pretendiendo dejar tocado al chico. Le molestaba que se hablase mal de Amaia. Ni muerta la dejaban descansar en paz.

—No quiero ningún autógrafo de este tonto, vámonos.

Virginia abrió la puerta y se dio de bruces con el calvo. Estaba con la oreja pegada a la puerta.

—Serás mamón —dijo la cría, y le propinó un pescozón en el cogote.

Max le aferró la mano y salió del pasillo a la sala y de ahí a la calle. Empujó y se chocó con varios jóvenes pero ninguno protestó. Su rostro reflejaba contrariedad y hastío.

Cuando la puerta se abrió supo que había llegado su hora. No sabía explicarlo pero sintió que había llegado el momento que tanto había temido durante días. Nagore se acurrucó en el rincón y cerró los ojos mientras negaba con la cabeza.

Los dos psicópatas entraron en el calabozo ataviados con los pasamontañas y dejaron la puerta abierta, señal inequívoca de que no pensaban salir solos.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo Tom, señalando a Erika.

La agente se fijó en Tom, a quien veía por primera vez. Unos ojos azules asomaban por los agujeros del pasamontañas. Era más alto que Bob y, si bien ambos eran esbeltos, Tom era más grueso y fibroso; la ropa se ajustaba a un cuerpo musculado de proporciones finas.

—¿Qué te parece?, ¿te gusta? —preguntó Bob entre risas.

—No está mal, pero está muy flaquita, ¿come bien?

—No, es muy protestona y gruñona, lo tira todo. Es una desagradecida.

—Me recuerda a un perro que tuve, necesita que le enseñen modales.

—Vete a la mierda, tú y toda tu familia —dijo Erika.

Nagore seguía en su posición fetal, igual que un perro apaleado que no quiere

volver a recibir un castigo.

Tom alcanzó la bandolera de la mesa y rebuscó en su interior.

Erika rezaba para que no encontrase la Glock.

—Pañuelos de papel, billetes de cien, cartera sin carnés, neceser de maquillaje, unas gafas... Pesada y nada importante, como todas las mujeres —dijo Tom.

—Ya la he registrado. Mucho dinero, unas gafas falsas y ninguna documentación —dijo Bob—. Algo esconde.

—Si algo esconde quizá lo averigüemos en un rato.

—Tienes pinta de maricón —soltó Erika, pretendiendo despistarlo y que dejase de hurgar en la bandolera.

—Así que además eres una malhablada. —Tom lanzó la bandolera a la mesa—. Una contestona sin nombre.

—Venga, vamos a ello —dijo Bob, intentando sofocar un punto de impaciencia en su voz.

—Tendremos que echarlo a suertes —sentenció el otro, y sacó unas esposas.

Arrastró la silla desde la mesa hasta el centro del calabozo, se sentó en ella al revés y puso los brazos en el respaldo. Bob se situó detrás de él, a su derecha, más cerca de la puerta y de Nagore que de Erika.

Por primera vez, la agente tenía a tiro a uno de sus carceleros. Aferró con fuerza la cuchara, que escondía en una mano. Sin embargo, encadenada y débil poco podía hacer. Tal vez darle un golpe en la cabeza, con un poco de suerte clavarle la cuchara en un ojo, pero de ahí no pasaría.

—Vamos a ver —dijo Tom—. Pito, pito, gorgorito... —Comenzó a cantar, señalando con un dedo índice a Nagore y Erika; en el otro índice balanceaba las esposas—. Vende las vacas a veinticinco, y los bueyes a veintiséis. —Señaló a Nagore—. Saben arar. —Señaló a Erika—. Retejar. —Nagore—. Dar la vuelta a la redonda. —Erika—. Periquito... —Nagore—... el que se esconda. —Erika. Bob no podía contener una risita—. Tú. —Nagore—. Y tú. —Erika—. No hay más... —Nagore, y se detuvo—... que tú—. Erika. —Vaya, parece que tenemos ganadora.

Bob aplaudió. Erika se imaginaba su sonrisa sádica tras el pasamontañas. Y no pudo contenerse. Se arrojó sobre Tom con todas sus fuerzas blandiendo la cuchara a modo de navaja. En la carrera derribó bacín y cuenco pero también a su objetivo. La cuchara impactó contra una parte de la cabeza de Tom, quien se cayó a un lado, aferrado a la silla mientras gritaba de dolor. Fue a caer en dirección al otro, que dio un salto hacia atrás para evitarlo. Un pequeño salto, suficiente para sortear la agresión. Erika, que apenas prestó atención al derribado, pretendía agarrar por el cuello a Bob, su verdadero objetivo. Y cuando casi lo tenía la cadena se lo impidió. Notó que su pie no daba más de sí. Bufó de ira, encolerizada y presa de una furia desbocada. Se había quedado a unos centímetros de estrujarle el cuello con las manos. Le lanzó con rabia la cuchara. Entonces se hizo de día y una luz cegadora, un destello blanco sobre blanco, le nubló la vista. El mundo a su alrededor se alejaba, o

era ella quien se alejaba del mundo. Cayó al suelo y la oscuridad lo cubrió todo.

Cundinamarca-Antioquia Sábado 18 de agosto 2012

El inspector no sabía qué hacer mientras el hombre corría hacia él arrastrando un pie. Por un lado le embargaba una inmensa ira, un odio que le hizo apretar los puños y pensar en propinarle un puñetazo en plena cara. Finalmente optó por la vía más diplomática, se mostró indolente, frío y calculador, como si estuviese leyendo la mente de un sospechoso de asesinato. Su padre se detuvo a un par de metros.

—Max, *mijo*, qué sorpresa más agradable... —Miró asustado a su alrededor—. ¿Has venido solo?

—Tranquilo, nadie me ha seguido. Pero no he venido hasta aquí para que me des un abrazo.

—¿Estás bien?

—No me lo creía, me decía que no podía ser que estuvieses vivo.

—Perdóname, fue todo tan rápido que cuando quise darme cuenta ya no había vuelta atrás... Pero acompáñame, esta es mi morada. —Se giró y abarcó con las manos la casa de madera—. Un hogar humilde para una vida humilde, ahora soy el *man* jardinero, tomemos dentro un *tinto* con panela...

—Mejor no, estamos bien así, soy todo oídos.

—Me imagino que has venido buscando respuestas, y el mismo que me trajo a mí, te ha traído a ti hasta aquí.

Su padre hablaba de modo diferente a como lo recordaba, o al menos a lo que podía recordar un niño de diez años. Tenía una voz nasal con cierto acento latino. Le explicó que en el accidente de Barajas del año 1983, los sobrevivientes fueron 43, no 42. Él nunca constó en la lista oficial, lo mantuvieron en un estado de coma inducido y perdió el antebrazo izquierdo y casi una pierna. Lo usaron de cobaya de laboratorio y tras un par de años lograron que *funcionase* como una persona *normal*. En el prolongado, y costoso, tratamiento, se hizo adicto a una droga de diseño que por su descripción encajaba con la pócima del Dragón. Cuando le propusieron que colaborase con ellos no le pareció mal.

—¿Quiénes eran ellos?

—Max, uno no puede contemplar el horror sin que tarde o temprano le afecte. Aléjate de ellos.

—¿De quiénes? —insistió Max.

Su padre desvió la mirada, como si no quisiese hablar del tema.

—Viejos amigos de tu tío —dijo al fin con desgana—. Expolicías que trabajaban en la clandestinidad apoyados por el Gobierno franquista y que luchaban contra el terrorismo.

—¿Cómo el que me trajo aquí?

—Sí. Mantente alejado de él y de BAS.

—Querrás decir BPS. —Max miró con acritud a su padre.

—¿Qué querías que hiciera? Llevabas dos años con tu tío y ya habías superado nuestra muerte. Que un invalido como yo apareciese en tu vida hubiera sido otro *shock*. ¿Recuerdas lo del serial radiofónico: mucho mar a la espalda y mucho grumete enfrente? Ellos me ofrecían una nueva vida, se encargaban de tus gastos y tu tío me tenía al corriente. Tengo una pared entera empapelada con fotos tuyas que me mandaba. Cómo llore cuando te licenciaste en el Cuerpo Nacional de Policía. He seguido todos tus pasos, no sé usar Internet, pero guardo todas sus cartas en un baúl. Por cierto, hace mucho que no recibo correspondencia suya. Desde que se jubiló y tú te fuiste a San Sebastián, las cartas se espaciaban cada vez más en el tiempo, hasta que un día dejaron de llegar, ¿está bien?

—Sí, está bien —mintió Max. «Todo lo bien que se podía estar bajo tierra», se dijo.

—Acá me acogieron bien, y era útil a mi país; no hacía falta hablar inglés ni empuñar una pistola, se conformaban con un espía que los mantuviese informados sobre las posibles relaciones entre ETA y las FARC. Se creía que compartían información y tecnología, y que hasta la selva amazónica era una base de entrenamiento para etarras. Allá por 1986 conocí a Escobar en una de sus fiestas, yo me presentaba como un español que había pasado una temporada en la cárcel por problemas con el régimen de Franco. Era muy importante entrar en contacto con Escobar ya que en la selva camuflaba sus laboratorios clandestinos de producción de cocaína y las FARC custodiaban dichos enclaves a cambio de una parte del pastel. Cuando en 1988 la Brigada confirmó sus temores de que ETA buscaba nuevas formas de financiación porque la extorsión a empresarios vascos no era todo lo fructífera que se había previsto, y que a Escobar le sobraba el dinero y las ganas de declarar la guerra al Gobierno colombiano, yo ya estaba bien posicionado: tenía la confianza de Popeye, uno de los principales sicarios del patrón. Escobar estaba impresionado por los atentados de Hipercor y de la casa cuartel de Zaragoza. Un etarra, de nombre en clave Miguel, viajó a Colombia y enseñó a los narcos a poner carros bomba. ETA recibió medio millón de dólares a cambio. La Brigada había desmantelado al GAL, demasiadas *güevonadas*, el secuestro de Lasa y Zabala fue una chapuza, los últimos asesinatos no tenían ninguna relación con ETA ni con su entorno, y se optó por otras formas de combatir al terrorismo. Ahí aparecía yo, en el epicentro de la guerra sucia y bien posicionado. No tuve muchas dificultades para hacerme amigo de Miguel. Conseguí información vital de pisos francos en Francia, de la infraestructura, la logística, el organigrama y los movimientos que planeaba la banda. Conseguimos información muy valiosa.

—Valiosa... ¿a cambio de qué? Convertisteis a un capo que se creía Dios en un terrorista que ordenó volar un avión entero de civiles para matar a un político...

—A un político no, a César Gaviria, futuro presidente de la República. Ellos ya

eran narcoterroristas, y si no hubiese sido ETA, habría sido cualquier otra banda. Frustramos atentados, desactivamos varios carros bomba en el País Vasco, salvamos muchas vidas...

—A costa de otras. Un nuevo terrorismo de Estado.

—... El primero en caer fue Josu Ternera, en Bayona, luego vino Henri Parot, desarticulamos el comando Argala, detuvimos a varios *legales*, descubrimos cientos de zulos con kilos de amonal y decenas de pistolas.

—El monstruo no estaba en Colombia —replicó Max, negando con la cabeza—, el monstruo vino de España.

—No me arrepiento de nada de lo que hice, lo volvería a hacer. Pero no has venido por eso. Aquí me tienes, soy de carne y hueso... Max, ¿no me vas a dar siquiera un abrazo?

El inspector se volvió y caminó hacia la salida del parque mientras se decía que a los fantasmas había que dejarlos en paz, incluso cuando se trataba de fantasmas vivientes. No se giró, aunque temía que una mano se aferrase a su hombro y le impidiese continuar. En algo tenía razón el viejo, su padre sí murió en el accidente aéreo de Barajas.

En el trayecto de regreso, apenas habló a pesar de que Longinos intentaba mantener una conversación.

—¿Todo fue bien ahí dentro?, parece que le comió la lengua el gato. Ya le dije que no le iba a gustar —añadió el taxista al ver que Max no reaccionaba—. Con una bandeja *paisa* de las que prepara María verá cómo se le quitan todas las penas. ¿Le molesta si pongo un poco de música? —Max negó con la cabeza—. Vallenato, lo mejor.

Sonó *El medallón, La revancha, Jaime Molina, Paloma guarumera, Traicionera...*

Un retén policial rompió el silencio melódico a la media hora de viaje.

—Qué pena con usted. *Tombo* —anunció Longinos. Se santiguó y besó al Cristo—. Qué verraquera. ¿Tiene los papeles en regla?, si no, no se preocupe, quizá toca aflojar un poco de plata, en este país todo se arregla con billetes.

Longinos mostró su cédula de identidad y Max su pasaporte. Ante la mirada severa de un joven militar con un fusil M16 al hombro, pasaron sin problemas el control rutinario. En un país fuertemente armado, el inspector, que siempre llevaba revólver, no tenía permiso para llevar armas.

—No sé quiénes son peores, si estos o las FARC —dijo Longinos—. Tanta guerra nos tiene cansados a todos los colombianos, a ver si las negociaciones en Cuba sirven para algo. Ustedes ya solucionaron sus problemas con ETA, pero nosotros aún sufrimos los grupos paramilitares, el ELN, malditos pendejos, si al menos...

Max dejó de prestar atención a la perorata del taxista y se dejó llevar por la letra de los vallenatos, *El amor mueve montañas, Llegó el amor, La chica gomela...*, y pensó en Cristina.

En plena autopista, Longinos le guiñó un ojo por el espejo retrovisor.

—Si no tiene hambre, siempre puede desfogarse un poco —dijo, girando el volante en dirección al aparcamiento del restaurante—. También puedo conseguirle hoja de coca. Muchos turistas me piden una para llevársela de recuerdo.

Max sonrió mecánicamente. No podía olvidar el consejo que le había dado Xabier cuatro meses atrás: algunos muertos son vivos sin vida y otros vivos son muertos en vida.

CTHULHU

Lunes 24 de junio de 2013

La hamburguesería Muscle Car's, ubicada frente al centro Koldo Mitxelena, era pequeña pero tenía su encanto. Era de un estilo retro década de los sesenta, con carteles de coches clásicos, placas de matrículas de distintos estados de Estados Unidos, unas sillas que imitaban a unos neumáticos y unas mesas decoradas con paneles de las principales marcas de coches americanas. Estaban sentados alrededor de una mesa. Max y Cristina a un lado, Virginia enfrente. Música de los años setenta y ochenta salía de una gramola. El comedor estaba casi vacío. Al fondo se apiñaba un grupo de chicas bebiendo unos refrescos. También había un joven solo comiéndose una hamburguesa en la barra. Max se fijó en el logotipo de la mesa —una cruz dorada—, y aunque para él los Ford eran los mejores, también le agradaban los Chevrolet y todos los antiguos de GM. Vio transformado el logotipo de la cruz en la cobra erguida que aparecía en las tres puertas de su Mustang en honor al piloto de carreras y diseñador de coches Carrol Shelby. Tras unos segundos de sueños vaporosos, la cobra plateada se difuminó en el aire. Siempre acababa pensando en dragones, serpientes y demonios. Algo quería decirle su mente, pero últimamente, tal vez por el embarazo de Cristina, estaba muy espeso.

—¿No vais a decir nada? —dijo Virginia—. No me gusta que me miren mientras papeo.

Cristina miraba embelesada a la cría. Su ropa negra, la misma camiseta que llevaba en el concierto y el flequillo en la cara. En el suelo, apoyada en una pata de la mesa, estaba su mochila. Max, en un acto impropio de él, le había confesado días atrás la existencia de la cría, a la que tanto cariño había cogido por mucho que lo negase, refunfuñase y echase pestes por la boca cada vez que se refería a ella. Cristina insistió en conocerla, y había sido todo un acierto, solo hacía unos minutos que estaba con ella y le caía francamente bien.

—¿No tomáis nada más?

—Yo no tengo hambre —respondió Max, saliendo de su ensimismamiento. Posó sus ojos verdes en los carteles más cercanos. Dodge Challenger del 68, Chevrolet Camaro Fosse del 69, Pontiac GTO «The Judge» del 69, Plymouth Road Runner del 70.

—Y a mí me da miedo la carne —dijo Cristina, llevándose una mano al vientre—. Por los bichitos y todo eso. Hay que quemar la carne para que pueda comérmela y entonces no aprecio su sabor, soy de esas a las que les gusta el chuletón casi crudo. No creas que no tengo hambre, el niño es un tragón, pero con el sándwich es suficiente, luego en casa me hago unos espaguetis.

—No se te nota la *kupela*, ¿de cuánto estás?

—De casi dos meses.

—Lo que no mata, engorda, decía mi padre —confesó Virginia.

Max la miró extrañado y dejó de prestar atención a los cuadros. O a él se lo parecía o era la segunda referencia de la mocosa a su familia tras la afición de su abuelo al Festival de Jazz.

—¿Vives con tus padres? —preguntó Cristina.

—Prohibido hablar de asuntos privados. —Virginia hizo manifiesta su incomodidad girando la pulsera de nudo de serpiente sobre la muñeca—. Díselo, Dupin.

—¿Dupin?

—Sí —afirmó Max—. Me llama Dupin y a ella le gusta que la llamen Virginia.

—Ah.

—Pero no nos hemos acostado juntos, ¿eh? Virginia era prima hermana de Poe. Se casó con él cuando tenía trece años y él veintisiete. Me chiflan sus cuentos de terror, sus historias góticas, sus relatos detectivescos, pero hay que reconocer que Poe era un pederasta, un drogata y un alcohólico.

Cristina se echó a reír. Aquella cría era la bomba. Espontánea, malhablada y seguro que también honesta y buena persona.

—¿Y vosotros?, ¿lleváis mucho tiempo juntos? —preguntó, mojando las patatas fritas en ketchup—. Dupin también es muy reservado y no habla nunca de ti, pero yo sabía que estaba colado por una tía; esos ojos verdes no engañan.

—Un año y unos pocos meses. ¿Y tú?, ¿algún chico en tu vida?

—Recuerda las reglas, nada de asuntos personales.

—Eso no vale —dijo Cristina riendo de nuevo; Max volvía a estar ausente—. Tú preguntas, nosotros respondemos; nosotros preguntamos, tú no respondes.

—Cada uno es muy libre de responder lo que quiera.

—Por lo menos dinos dónde vives, ¿en qué zona?

—Mejor no quieras saberlo. —Acabó con el último trozo de hamburguesa—. Es una pocilga de mala muerte, un barrio apestoso de ratas...

Max pensó que las palabras malsonantes de Virginia y su indumentaria gótica no casaban con el *Sweet Caroline* que sonaba de fondo, ni con los letreros de colorines que había detrás del mostrador: INTENTE ACABAR NUESTRA MAXI HAMBURGUESA DE 3 PISOS, PIDA BATIDO DE FRESA ROCK-OLA Y REPETIRÁ, CUÍDESE: SÁNDWICH VEGETAL JFK, COMA UNA DE NUESTRAS DELICIOSAS GALLETAS DE LA ABUELA Y NO PODRÁ PARAR. Virginia no era una dulce Carolina, pero Cristina tenía razón: la cría le había llegado al corazón.

—... no querrás conocerlo —dijo Virginia.

—No será tan horrible. Por cierto, me encanta tu pelo, ¿a qué peluquería vas? —preguntó Cristina.

—Me lo hago yo misma —respondió la chica soplándose el flequillo—. Me miro en el espejo y voy probando.

—Las modas surgen así, con alguien que sale a la calle y marca tendencia —reconoció Cristina.

—A la mierda las modas, no quiero ser una palurda que sigue a otras, cada una tiene su estilo y cada una se viste como le da la gana.

—No podría estar más de acuerdo. En la Antigüedad, las musas eran voluminosas, se apreciaba más la fertilidad, los cánones de belleza no estaban tan estandarizados.

—Ahora todas las modelos parecen anoréxicas.

Las mujeres conversaron media hora más. Pasaron de la moda, bolsos, zapatos, a las películas favoritas, mientras la gramola escupía canciones: *Sunny, On Broadway, Pretty woman, Dancing queen...* Con el blues *Fattening frogs for snakes*, salieron por la puerta entre risas, como dos viejas amigas que se hubieran encontrado después de mucho tiempo, dejando a Max a cargo de la cuenta.

It took me a long time, to find out my mistakes. Took me a long time, to find out my mistakes, it sho'h did man. But I bet you my bottom dollar, I'm not fattening no more frogs for snakes.

Mientras Max sacaba la cartera prestó atención a la letra de la canción. Su escaso inglés apenas le daba para traducir tiempo, errores y serpientes. Sea lo que fuese que dijese la canción, deseó que no se tratase de una premonición.

La puerta de la pensión de la Parte Vieja no paraba de abrirse y cerrarse, pero solo deambulaban por allí estudiantes y personas jóvenes, la mayoría turistas. Ni un niño, ni un anciano, y menos un hombre manco y tuerto.

—Ese puto pirado de Barbanegra no aparece —protestó Gordo.

—Paciencia —replicó Flaco.

—Llevamos toda la tarde y nada. Nos ha engañado, no vive aquí. Lo que no entiendo es por qué el viejo quiere que lo vigilemos ahora. Lo contrata para que le haga los trabajos sucios y luego hay que vigilarlo, hay que joderse.

—Ya conoces al viejo, no se fía ni de su madre.

—Pero tuvo madre alguna vez...

Ambos rieron con la ocurrencia.

—¿Y si lo vemos?, ¿qué hacemos? —preguntó Gordo.

—¿Tú que crees? Lo perseguimos, avisamos y esperamos.

—¿Y si le pegamos un tiro y decimos que fue una equivocación?

—Sí, que el arma se disparó sola, no te digo..., eres un cebollino. ¿Has visto cómo nos mira la tendera de la esquina? Un par de tipos de pie, frente a una pensión, con sombreros y gafas de sol. Seguro que piensa que somos terroristas. Y ese periódico que te pones para taparte la cara no sirve para nada.

—Joder, siempre estás refunfuñando por todo. Eres insoportable.

—Mira quién habla. —Flaco se miró los zapatos. Odiaba discutir con su

compañero, su único amigo, si es que podría llamarse amistad la relación que los unía desde hacía más de quince años—. Ya tendrás tu oportunidad, ya sabes que el viejo no es amigo de dejar cabos sueltos.

—Entonces, ¿nos ordenará matarlo?

—Pues claro, qué creías. Lo vigilamos para que cuando acabe su trabajo sepamos dónde encontrarlo y quitarlo de en medio.

—Pues por aquí no aparece, así que, de tenerlo controlado, nada de nada. Habrá que mover el culo y presionar a la mujer de la pensión, a ver si sabe algo, un manco tuerto debe de ser fácil de recordar.

—A veces me sorprende lo bien que piensas. Esperaremos un poco más, y luego entramos.

—Y puestos a pensar, entonces habrá un momento en que el viejo se canse de nosotros y ordene a alguien que nos mate. Si como dices no deja cabos sueltos...

—Tal vez, amigo, tal vez, pero por ahora ese momento aún está lejos, antes tenemos otras preocupaciones.

Cuando la puerta se abrió, ambas se acurrucaron al fondo. Ninguna tenía ganas de pelea. Y Bob parece que tampoco estaba para juergas. Dejó las cazuelas de barro a su alcance y se retiró sin abrir la boca.

Erika se removió en la colchoneta. Le dolía todo el cuerpo, pero en especial las muñecas, la espalda y el ano. Recordaba vagamente la otra sala, una especie de sótano de dimensiones parecidas a su prisión y provisto de una escalera que ascendía hacia una salida, a un establecimiento cerrado, a una fábrica abandonada o a un garaje privado, en todos los casos al exterior, a su libertad. Poco más recordaba de la sala, también provista de poca luz, y con un potro de arcos para hacer gimnasia en el centro. También creía recordar unas pesas y un saco de boxeador, y hasta una cámara de vídeo que emitía una luz roja parpadeante, pero todo eran imágenes borrosas. Sí recordaba que la ataron desnuda de cintura para abajo en el potro, de espaldas a sus captores. Lo demás no quería recordarlo. No quería rememorar aquel dolor intenso y penetrante que la desgarraba por dentro.

Nagore miraba apenada a Lucía. La pobre chica había descubierto por sus propios medios lo que había en la otra sala. «La sala de los horrores», como ella la llamaba. Y se calló lo que dijo Sonrisitas cuando la trajeron: el próximo fin de semana repetirían con ella, habían disfrutado mucho. Había que reconocer que a la chica no le faltaban agallas, por poco no le había metido la cuchara en el ojo a Cantarín. Seguro que al otro lado del pasamontañas había una brecha fea, de esas que no desaparecían con el tiempo, que dejaban una cicatriz para no olvidar nunca el día en que se la hizo. Ella tenía una marca en un dedo, el índice, de cuando se lo atrapó con el quicio de una puerta en el colegio. Una marca que se quedaba en nada en comparación con las que le habían hecho Sonrisitas y Cantarín.

—Quizá he sido mala y me lo merezco —susurró. Cerró los ojos.

Martes 25

Max andaba por el camino de gravilla pensando en que la vida estaba llena de casualidades y de sorpresas. Si alguien le hubiese dicho que la llamada que cambiaría el curso de sus pesquisas iba a venir de una persona que casi había olvidado entre la marabunta de personajes que había conocido en las últimas semanas, no se lo habría creído. De hecho, incluía a esa persona en el grupo de las que más bajas posibilidades tenían de aportar nueva información. Lo citó en el Museo Chillida-Leku y en un primer momento pensó en enviar a Asier. Pero notaba a su compañero diferente, demasiado implicado en el caso, como si tuviese algún familiar involucrado. Al final hizo de tripas corazón y optó por acudir en persona. A saber qué había descubierto. Esperaba que no se tratara de una nueva especie de homínido.

Pasó la mayor escultura del museo, donde encontraron el cuerpo de Galder; *Buscando la luz*, había dicho Joshua que se llamaba, y se encaminó hacia el interior. Al fondo, entre la arboleda, alguien aguardaba.

—Buenos días, inspector —dijo Itziar—. Siento haberle hecho madrugar.

Max se fijó en que la mujer seguía llevando el pelo enredado en una mata sin una forma determinada. De algún modo le recordaba a los peinados de Virginia. De su cuello colgaba una nueva cámara Nikon.

—No se preocupe, entiendo que es importante, la he notado muy preocupada por teléfono.

—Venga, es por aquí.

Itziar se internó en el bosque. En un primer momento había pensado en llamar a Eneko, pero aquello era demasiado importante como para esconder pruebas a la Policía. No quería jugarse el pescuezo por una llamada de compromiso. Eneko tenía amigos poderosos, pero también amigos raros, muy raros, que no le inspiraban ninguna confianza.

—Estaba sacando fotos de las esculturas para estrenar la cámara. Tanto botón me agobia.

—¿Y los estudiantes?

—Hoy he venido sola, no hay clase. Tenía intención de relajarme con la naturaleza.

Caminaban entre árboles y vegetación espesa, más propia de un país tropical. A Max le asaltó la imagen de la casa de su padre en Colombia.

—¿Cómo siguen la teorías sobre el origen del euskera?

—Bien, inspector, bien. Cada vez encontramos más similitudes entre la lengua sumeria y nuestra lengua. El último avance es que Mushussu y Herensuge podrían ser la misma divinidad. Si pudiésemos demostrar que ambas serpientes mitológicas están

relacionadas, sería como descubrir el eslabón perdido entre la civilización sumeria y la vasca. Hasta mi nombre tiene raíces sumerias, Itziar deriva del vasco *izar*, que significa estrella. ¿Sabe cómo se llamaba la diosa sumeria del amor y la guerra? Inanna, que con la llegada de los acadios a Mesopotamia pasó a llamarse Ishtar o Ištar: la reina del cielo, la hija de Anu, el dios del cielo, de quien supuestamente provienen los Anunnaki por los que me preguntaba el otro día. Entre las ruinas de Babilonia se descubrieron restos de una pared que formaba la Puerta de Ishtar, donde aparecen en relieve la silueta de dos animales. Uno de ellos es un dragón alado. Mushussu. ¿Sabe cuál es el símbolo de Ishtar? Una estrella. *Izar*. —Se detuvo—. Mire —dijo, señalando un abeto cuyas grandes ramas se abrían y oscurecían a su alrededor la luminosidad natural de la mañana.

Max vio ropa desperdigada alrededor del tronco, unos botellines de agua vacíos, un par de litronas también vacías y restos de comida envasada, como si alguien hubiese arrojado el contenido de una bolsa de basura bajo el árbol.

—Sí, es grave —dijo Max con ironía. Debería haber mandado a Asier—. Sus estudiantes se han corrido una buena juerga, alguno incluso habrá cogido un resfriado. Han dejado todo hecho un asco, parece una pocilga, y entiendo su enfado. El museo es un lugar sagrado. La multa será fuerte, no se preocupe...

Itziar lo miró contrariada. ¿Es que todos los hombres eran estúpidos o qué?

—¡Qué dice! Me toma por loca, cree que le he levantado de la cama para esto. Mire bien lo que asoma detrás de ese envase de plástico. —Señaló el envase con la punta del pie.

Max se acuclilló y sacó un purito. Apartó con él el envase. Apareció un revólver de tambor. Compacto. Culata marrón. De los que no se atascaban.

—Hoy no le permitiré que se lleve mi cámara nueva, inspector. Aún estoy esperando que me devuelva la otra. Esta vez no he hecho ninguna foto de la escena.

¿Estaban a martes o a miércoles? Erika empezaba a dudar. De los días y las noches aún no, a pesar de que la bombilla siempre permanecía encendida y ya se había habituado a su molesto zumbido, como ese indio que no oye el ulular de los papagayos, el fluir del río, los chillidos de los monos porque para él son un sonido más de la naturaleza. Era fácil saberlo por las pautas en las comidas. Por las mañanas tocaba caldo, al mediodía, alimentos consistentes y por las noches, algo ligero.

—Hoy estás más despierta —dijo Erika.

Nagore se pasaba el día en un duermevela constante.

—Sí, estoy recordando cómo le diste a Cantarín. Casi le sacas un ojo, lástima. Tú no te acuerdas pero le dejaste el pasamontañas agujereado.

Ambas rieron.

—¿Y luego qué pasó?

—Que casi alcanzas a Sonrisitas. Tendrías que haberle visto la cara, aún le dura el

susto. Ahora te mira de otra forma...

—Sí, es verdad, ahora elude el contacto visual. Sabe que soy peligrosa y eso tiene un lado negativo, será difícil sorprenderlo con la guardia baja...

—Cantarín te golpeó en la espalda con la silla y perdiste el conocimiento. Ya no hay silla —añadió Nagore como si fuese una tragedia. Erika miró hacia la mesa. La bandolera y el bolso seguían en su sitio. El baúl también. Pero ni rastro de la silla—. Has creado un precedente, lo que en filosofía se llama convención.

—Explícamelo.

—No es fácil.

—Eres una buena estudiante, seguro que lo haces bien, además, tenemos todo el tiempo del mundo.

Nagore se puso de rodillas sobre la colchoneta. Durante un instante, sus ojos brillaron de vida.

—Imagina que dos amigas se encontraron ayer y quieren encontrarse hoy. Las dos podrían volver al mismo lugar donde se encontraron el día anterior pensando que la otra va a hacer lo mismo. Un caso de coordinación por precedente, el logro por medio de la familiaridad adquirida con una regularidad. Eso es la convención. David Hume decía que una convención no necesita haberse generado por convención, una convención es tal por el modo en que persiste, no por el modo en que se origina. La idea de Hume fue elaborada más profundamente por David Lewis.

—Interesante.

Erika se masajeó las muñecas. Aún le dolían.

—Un ejemplo de convención es conducir por la derecha, que se basa en un interés común: no colisionar.

—En nuestro caso...

—Ya no nos traen cubiertos para comer, que se basa en un miedo: ser agredidos.

—Nos temen.

Ambas volvieron a reír. Esta vez más fuerte, con mayor desahogo.

—¿Cómo llevas el agujero? —preguntó Nagore.

—¿Qué agujero? —Erika frunció el ceño.

—El agujero por donde íbamos a escapar.

—Ah, ese. Bien, no te lo puedo enseñar pero pinta bien. No te preocupes, conseguiré otro objeto, ya se me ocurrirá algo.

—Las espinas del pescado. En algún sitio leí que un preso se escapó así de una cárcel, construyó una herramienta con los huesos y las espinas de la comida.

—Muy buena idea. Hoy nos han dejado arroz, quizá mañana haya más suerte. Ya me he aprendido el menú, por la noche nos toca fruta, compota o algo parecido.

—Menú tres estrellas Michelin. Para mantener la figura.

—Sí, no podemos quejarnos. Vamos a salir de aquí hechas unas modelitos.

—Qué bien. Lucía, tú eres morena, ¿verdad?

Erika se llevó instintivamente las manos al pelo. No disponían de espejo, y casi

mejor, si ella veía a Nagore muy sucia y cada día más demacrada, con ojeras permanentes y la tez pálida, a saber cómo estaba ella. Mejor no imaginárselo.

—Sí, soy morena.

—Ah, entonces te tiñes, cuando entraste lo llevabas todo rubio.

—Sí, rubio platino.

—¿Por algún novio?

—No, ¿por?

—Siempre dicen que los hombres las prefieren rubias. Yo no salía con nadie. Amaia me contó que estaba saliendo con un chico muy mono, el batería de un grupo punk. Estaba muy enamorada, de hecho, se hizo un tatuaje por él, pero el muy tonto la iba a dejar por otra. ¿Tú tienes hermanos?

—No, soy hija única.

—Yo también. Al principio me daba pena y les pedía a mis padres un hermanito, pero dejé de insistir cuando se separaron, y ahora que lo pienso, mejor, una persona menos que sufre por mí. Entonces, ¿no te espera ningún chico fuera?

—No —contestó Erika. Había dejado a una chica, pero no fuera, sino más lejos, y por eso estaba aquí, solo que tenía lagunas—. ¿Tú te acuerdas de cómo llegaste?

—Aún no recuerdas nada. En otro momento te lo cuento, tanta conversación me ha dado sueño. Buenas noches.

Nagore se dio la vuelta y se acurrucó en la colchoneta.

No serían ni las cinco de la tarde, calculó Erika, y su compañera ya pensaba en dormirse. Pero ella no, no iba a perder el valioso tiempo que restaba hasta el sábado. Antes debía maquinarse un plan para escapar.

El comisario Alex Pérez se desabrochó el primer botón de la camisa. Al contrario que su acompañante, no llevaba corbata, pero el cuello de la camisa le ahogaba. No había bebido mucho, en parte por respeto, en parte por mantener sus facultades mentales intactas, aunque en verdad ganas no le faltaban: el precio del vino gran reserva de Rioja debía de superar su nómina. Su acompañante se apretó contra el caballete de la nariz las gafas redondas de color rojo y lo miró con aquellos ojos vivarachos e instigadores que tanto le amedrentaban. La última vez que se habían visto fue en el caserío Etxekapare, cuando desenterraron aquel cuerpo desconocido que al final se identificó como Mainer Zalacain, la exnovia de Galder. Alex tragó saliva y dirigió la mirada al bistec, casi intacto. Ya iban por el segundo plato y el juez Castillo aún no le había desvelado el porqué de la invitación a cenar. Rara vez lo invitaba, y cuando lo hacía siempre salía escaldado. Algo tramaba, pero era una persona lo suficientemente poderosa como para rechazar una invitación suya, amén de que después tocaría trabajar al filo de la ilegalidad.

—¿No le gusta la carne? Si quiere, podemos pedir que le cambien el plato...

—No, no es eso. —Alex acompañó sus palabras con un gesto de las manos—. No

acostumbro a cenar mucho, me sienta mal y luego me cuesta dormir —mintió. Lo cierto era que solía cenar copiosamente, junto a su esposa, mientras sus dos hijos o no estaban en casa o se dedicaban a ver la televisión encerrados en su cuarto.

—Claro, pues no coma más si no lo desea, no podemos permitir que nuestra querida Ertzaintza pierda a uno de sus mejores hombres. No le entretendré más. Solo quería saber cómo van las pesquisas sobre las mujeres desaparecidas...

—Estamos en ello...

—Eso ya lo sé. Me refiero a esa mujer que trabaja para usted. Al parecer, media ciudad anda tras ella, y sería una pena que la encontrasen y yo fuese el último en enterarme, usted ya me entiende.

—Perfectamente, no se preocupe, será el primero al que informe...

—Incluso si tienen una pista poco fiable, también quisiera ser el primero. No me gusta que me pillen desprevenido.

El juez Castillo le clavó su mirada astuta mientras se llevaba a la boca un trozo de carne casi crudo. Esta vez Alex aguantó la mirada y la repulsión que le producía ver cómo alguien masticaba algo tan sanguinolento; él había pedido la carne bien hecha. Bebió un poco de vino para que el mal trago resultara más llevadero.

—No se preocupe...

—¿Conoce las características del pez globo?

La pregunta lo cogió por sorpresa y Alex negó con la boca abierta.

—Es un nadador lento y torpe, lo que le hace vulnerable a los depredadores. Por eso, cuando se siente amenazado insufla gran cantidad de agua y aire y se hincha hasta convertirse en una pelota que alcanza varias veces el doble de su tamaño normal, de esa manera evita que se lo coman. Incluso algunas especies tienen espinas. Solo si no advierte el peligro un depredador podrá engullirlo antes de que se hinche.

—Entiendo...

—No, no entiende. —Castillo tragó otro trozo de carne—. El depredador no se sentirá afortunado por mucho tiempo. Los peces globo contienen tetrodotoxina, una sustancia que hace que tenga un sabor muy desagradable... y que lo convierte en letal. El depredador pasa a convertirse en presa.

Alex calló y cortó un trozo de bistec mientras se preguntaba si él era el pez globo, el depredador o ambos.

—Para los humanos —continuó el juez—, la tetrodotoxina es mortal, hasta mil veces más venenosa que el cianuro. Y no hay antídoto conocido. Pese a todo, en Japón se considera un manjar y muchos están dispuestos a correr el riesgo. Un pescado muy caro que solo cocinan chefs expertos. Un mal corte puede significar la muerte del cliente.

—Caramba —fue lo único que se le ocurrió decir al comisario al tiempo que se limpiaba la comisura de los labios con la servilleta de tela.

—Por eso, en cautividad, se recomienda que el pez globo viva solo... —El juez Castillo levantó la mano para pedir la cuenta antes de concluir—: Recuerde, la presa

que se convierte en depredador, incluso si le pillan desprevenido...

Miércoles 26

No recordaba ni una sola vez que hubiera estado solo con Arkaitz en el laboratorio y menos sin una autopsia de por medio, pero hoy era el día, el primer y único día, que ambas circunstancias se daban.

—Lástima que mi hermano no esté, ha ido a dar una charla al Instituto de Criminología de la UPV —se excusó el forense.

—Tranquilo, contigo me basta y me sobra.

—Inspector, es por lo de ayer, ¿verdad? Ya me he enterado de lo que descubrieron en el museo.

—Un revólver Taurus modelo 605 calibre 38 especial. El mismo calibre que se usó para matar a Galder. Y me temo que esté lleno de huellas dactilares del propio Galder, así como lo estarán los restos de comida y bebida hallados junto al arma. La ropa también es suya.

—No lo pongo en duda —dijo Arkaitz bajando la cabeza—. Ahora que lo pienso, todo cuadra. Ya lo he hablado con mi hermano, cambiaremos la causa de la muerte en el informe de la autopsia. ¿Incineraron el cuerpo?

—Creo que no.

Fue Joshua quien acudió al entierro y nada le dijo de exequias crematorias.

—No obstante, creo que no será necesario solicitar la exhumación —añadió Arkaitz apesadumbrado.

—Mejor, no deseo molestar más a la familia —reconoció Max, aunque en realidad pensaba más en el juez Castillo—. Y ahora dame una explicación.

—El cuerpo presentaba un orificio de entrada y otro de salida, por la región occipital izquierda del cráneo. Se pegó un tiro. Pero no murió al instante, ciego y desorientado, al ir perdiendo sangre, su temperatura corporal subió y se quitó la ropa según se alejaba. Por eso encontraron el cuerpo desnudo en un lugar y la ropa en otro diferente.

—Un suicidio a partir del cual se desencadenó la tragedia —afirmó Max.

—Por lo que cuentas, da para una tragedia griega llena de personajes, donde se une el pasado del héroe con el presente, se desarrolla la trama y al final, en el éxodo, el héroe reconoce su error —divagó Arkaitz.

—Todo lo que ha venido de este chico nos ha confundido: un asesinato que al final es un suicidio, el tatuaje de una gárgola que al final es una serpiente...

—Ay, inspector, la vida está llena de trampas y misterios ocultos. —Por primera vez Arkaitz miró de frente a Max. El abatimiento por el error en la autopsia de Galder parecía remitir—. Respecto a los misterios y las serpientes del otro día, en Ohio hay un montículo de un metro de alto y seis de ancho que serpentea a lo largo de casi

medio kilómetro. Lo llaman el Gran Montículo de la Serpiente.

—¿Y qué tiene de misterioso?

—Que está en una meseta, a plena vista, y que fue descubierto a mediados de 1800 cuando en realidad fue construido por una cultura precolombina entre el 800 y el 400 antes de Cristo.

—¿Cómo es posible?

—Porque solo se aprecia su forma de serpiente desde el aire. Es como las líneas de Nazca, tienes que volar en una avioneta para ver su magnitud y alcance. Lo del tatuaje de Galder es parecido, estaba ahí y no lo vimos, y con su muerte nos ha pasado lo mismo.

Max entornó los ojos, intentando recordar algo.

—Lo triste es que en ambos casos no conocemos los hechos ni las circunstancias, y menos su significado.

—Con el montículo pasa igual. Algunos arqueólogos defienden su naturaleza alienígena, basándose en que tiene un significado astronómico, pues la cabeza de la serpiente está alineada con la puesta de sol en el solsticio de verano y la cola con la salida de sol en el solsticio de invierno. Un geoglifo que indica un lugar de aterrizaje para las deidades. La teoría de los protoastronautas. Los Anunnaki.

—Vaya, todo nos conduce al pasado.

—A veces la vida es un ciclo que se repite infinitamente.

—¿Qué me dices de Cthulhu? —preguntó Max, cambiando de tema.

—Sigues buscando monstruos, inspector.

—Ya me conoces...

—Cthulhu es un personaje de Lovecraft. Es uno de los seres mitológicos llamados «Los Grandes Antiguos», que en las novelas pretenden recuperar la Tierra. Creo recordar que Cthulhu es una criatura extraterrestre, marina, con tentáculos, una boca como si se hubiese tragado medio pulpo, cuerpo de dragón y unas habilidades que lo convierten en un dios para los humanos.

—¿Poe?

—Podría buscarte una relación. Davy Jones es un legendario pirata de historias marinas caracterizado de manera similar a Cthulhu. Aparece en *Moby Dick*, *La isla del tesoro* y... *El rey Peste* de Edgar Allan Poe. ¿Ahora te ha dado por las novelas marinas de terror?

—No, ya sabes que lo más parecido que hago a leer es hojear los periódicos.

—Hay que leer, inspector, es bueno para el intelecto.

—Hay tantas cosas buenas y que no hacemos...

Miró a Arkaitz a los ojos. A pesar de que su iris negro resaltaba en su piel pálida, lo veía raro, diferente sin un cadáver de por medio, sin un escalpelo entre las manos. Se asemejaba más a un anodino profesor de historia que a un «médico de muertos», como decía su hermano gemelo.

—Una última cosa, si quisiera obtener más información sobre los años sesenta y

setenta en el País Vasco, algo así como la historia oculta que no aparece en los libros, las relaciones del Gobierno vasco con ETA, los movimientos de Franco, la Social, lo que nunca se dice y todo eso... ¿con quién tendría que hablar?

El forense levantó la cabeza y miró al techo. Fueron unos segundos que a Max se le hicieron eternos. Cuando bajó la cabeza ya tenía una respuesta:

—José Ramón Elorza. Un catedrático en historia y derecho, autor de varios libros entre los cuales destaca una enciclopedia de ocho volúmenes sobre la historia de Euskal Herria. También fue periodista de *El Diario Vasco*, e incluso tuvo que emigrar en los años más oscuros. Sabe más de lo que cuenta en sus libros, y de lo que contaba en sus artículos periodísticos. A buen seguro que puede responder a tus inquietudes... En todas las novelas e historias siempre hay un héroe inquieto, inspector. Yo a ti te veo inmerso en ese personaje, capturando a Cthulhu o Davy Jones.

Max negó con la cabeza.

—No me veo reencarnado en ningún héroe, nunca he sido un héroe, nunca he querido ser un héroe. En un acto benéfico de la Policía en Madrid, un tipo se atragantó con un trozo de carne y tuve que practicarle la maniobra de Heimlich. Los presentes dijeron que era un héroe, que le había salvado la vida. Yo solo quería que el tipo no vomitase en mi plato.

—Ten cuidado, inspector. En las tragedias griegas, a veces, como enseñanza moral, el héroe es castigado por los dioses con la muerte.

El letrero de neón era de un rojo intenso: EL PUERTO. Igor salió por la puerta negra y opaca con una sonrisa en la cara. Un paso. Dos. Tres. Conocía aquel antro desde que era un niño y desde entonces el letrero no había dejado de funcionar. Veinticuatro horas al día. Siete días a la semana. Ubicado en una esquina del puerto de Pasajes, al otro lado de las vías del tren, el local era visitado desde tiempos inmemoriales por los marineros que desembarcaban en la bahía pasaitarra. Ahora una carretera pasaba cerca de la entrada y un supermercado había abierto unos metros más abajo; sin embargo, el local se resistía al progreso, al fin y al cabo sus inquilinas practicaban el trabajo más antiguo del mundo. Diez pasos. Once. La putilla latina le había hecho disfrutar de lo lindo, la chupaba de maravilla y movía las nalgas como una condenada, además tenía una carita de ángel que le quitaba diez años de encima y le otorgaba cierto aire de niña desvalida, lástima que no había podido pegarle para que la fiesta hubiese sido completa. Las prostitutas tenían chulos que las cuidaban, para exprimir las como naranjas, y la mercancía de otro era mejor no tocarla. Podría meterse en problemas que no le convenían. No es que tuviera miedo de los chulos, él se pateaba las calles y llevaba una pistola al cinto cuando ellos iban en pañal, pero «no debo», se repetía una y otra vez. En esas ocasiones, cuando practicaba el sexo sin violencia, sin rastro de sangre, ni siquiera una pequeña herida para ver hacia donde se dirigía la sangre, echaba de menos a Aitziber. Quizá le hiciese una visita en breve.

Quince pasos. Dieciséis. Sacó su móvil de la chaqueta. La aplicación del GPS que le había instalado un antiguo camarada de ETA, uno de los pocos con los que aún se trataba, indicaba que el par de páñfílos se hallaban lejos, en la Parte Vieja. Tal vez estaban vigilando la pensión. Vaya par de estúpidos. Guardó el móvil. Veinte pasos. Tenía que andarse con cuidado al concluir el trabajo cuando fuese a cobrar el dinero del viejo. No se fiaba ni de su madre, y menos aún de Xabier. Si aquellos páñfílos iban a ser los encargados de darle muerte aún le quedaban muchos años de vida. Veinticinco pasos. Se paró en una esquina de la calle. Le habían entrado ganas de orinar y su maltratada y enferma vejiga no atendía a razones. Se arrimó a una pared y se bajó la cremallera. Una anciana que empujaba un carrito cuesta abajo en dirección al supermercado lo miró con desagrado. Igor le sacó la lengua de forma lasciva mientras orinaba. Otra vez oscuro. No, el cólico nefrítico no iba nada bien. Por lo menos no le molestaba para follar. Se la sacudió hasta dejar caer las últimas gotas sin quitarle ojo a la anciana. Cómo corría cuesta abajo la condenada. Unas carcajadas brotaron de su garganta. Se subió la cremallera del pantalón y buscó un taxi con la mirada. Estaba cansado de andar y además había perdido la cuenta de sus pasos. ¿Dónde estaría la poli lesbiana? Sin noticias de Gorka. La misión empezaba a eternizarse. Un paso. Dos pasos. Se tocó la frente. Tres pasos. Cuatro pasos. La cuenca vacía de su ojo perdido ardía de dolor. Cinco pasos. Seis pasos.

Nagore estaba sumida en un duermevela inquieto. Erika daba vueltas en la colchoneta. Iba a ser otra noche larga e insomne. La luz del techo le molestaba cada vez más; se había convertido en una obsesión. Después de la cena le había pedido a Sonrisitas que la apagase al salir —el interruptor estaba en la otra sala—, pero el maldito desgraciado se había reído y al irse la había apagado unos segundos para luego volver a encenderla. «Cierra los ojos», chilló tras la puerta, riéndose. Se moría de ganas de aplastarle los sesos contra la puerta; su decencia como policia, la elegancia y la manera de comportarse educadamente con los civiles que había aprendido en la academia las había perdido en aquel tétrico calabozo. Se giró de cara a la pared e intentó tener pensamientos agradables y dormir. Era imposible. La luz se colaba en todos sus sueños y convertía la noche en día. Se puso de pie y se acercó a la bombilla del techo todo lo que pudo. Aun alargando la mano le restaba un metro y medio para alcanzarla. Se quitó la zapatilla y apuntó sin apartar los ojos de la ampolla de vidrio. La lanzó. Se oyó un ruido de cristales. La débil luz que penetraba por el quicio de la puerta sumió al calabozo en la penumbra.

Jueves 27

A primera hora de la mañana la comisaría siempre estaba abarrotada; desde agentes hasta ciudadanos de a pie, parecía un centro comercial en rebajas. Max se dirigió al armario de los expedientes para dejar en su lugar el de Marian. A saber cuánto polvo acumularía hasta que alguien se volviese a acordar de aquella pobre chica. Para que un caso penal con delito de sangre quedara definitivamente cerrado debían transcurrir veinte años sin que apareciera ningún indicio nuevo. Al expediente de Marian le quedaba mucho tiempo por delante antes de acabar en el sótano. El problema podría ser que, aunque apareciera el culpable, costaría hallar pruebas para acusarlo. Cuando la chica desapareció, Max estaba de servicio, pero al no haber cuerpo no había homicidio. Cuando la encontraron en el contenedor de la basura, él disfrutaba de dos semanas de vacaciones. Viajaba por la Provenza francesa con el Mustang Cobra, bordeando la Costa Azul, pretendiendo desconectar del trabajo mientras visitaba ciudadelas amuralladas y castillos, desde el de Carcassonne hasta los castillos cátaros. Fueron sus últimas vacaciones, y el caso de Marian se convirtió en un pequeño islote en medio del océano que acabó en el ostracismo de los documentos olvidados. Luego vino el del Asesino de Químicas, el noviazgo con Cristina, su embarazo, y ahora este nuevo caso al que la prensa aún no había etiquetado. Sin embargo, él sí había puesto nombre al monstruo que se escondía en las calles de San Sebastián: Cthulhu. Dejó el expediente de Marian y buscó el de Loli Acosta. Este sería más liviano, no había cuerpo, y cuando el cadáver no aparecía y se trataba de chicas jóvenes, en la mayoría de los casos el Departamento de Desaparecidos daba por hecho que se habían escapado de casa. Lo primero que se hacía era investigar a sus padres y el entorno familiar y el menor resquicio en la convivencia era una excusa para abandonar la investigación. Por supuesto, eso no lo sabían las familias, el caso seguía abierto, pero la realidad era bien distinta, cada año menos funcionarios trabajaban en el departamento y, al final, los casos en que se sospechaba que la desaparecida había huido del hogar se perdían en el fondo del cajón.

—Kaixo, Max —oyó a su espalda.

—Asier, ¿cómo te va?

—Bien, no me puedo quejar.

—Tengo trabajo para ti. —Le tendió un papel—. Necesito que me busques la dirección de este catedrático.

—José Ramón Elorza —leyó Asier—. ¿Tiene algo que ver con el caso de Nagore?

—No, no creo. Es otra pista que sigo.

Max miró a los ojos del agente. Estaba más preocupado por encontrar a Nagore

que a Erika y cada vez lo veía más angustiado. Nunca habría dicho que Asier fuese una persona inestable, pero en aquel momento lo parecía.

—¿Estás más delgado o me lo parece?

—*Bai*, he empezado un régimen, y me he apuntado a un gimnasio. Adiós a las chocolatinas.

—Lo celebro. Anda, ayúdame, búscame el expediente de Loli Acosta.

—¿Quién?

—Una estudiante de arquitectura desaparecida en agosto de 2011. Estoy seguro de que el causante de su desaparición es el mismo que en el caso de Nagore.

A Asier le bastó oír ese nombre para apartar al inspector y ponerse a buscar como un poseso el expediente.

—¿Qué hay, compañeros? —los saludó Joshua.

Asier ni se giró mientras Max pensaba que por eso no le gustaba estar en la comisaría. Demasiada gente, demasiados amigos, demasiadas preguntas, demasiadas interrupciones.

—Menuda bomba lo de Galder, nadie se lo esperaba —dijo Joshua.

—No, la verdad es que no.

—¡Max! —se oyó en un grito a lo lejos.

El voluminoso cuerpo del comisario se asomaba por la puerta de su despacho.

—¡Cuando puedas, ven a mi despacho! —vociferó, sin hacer gesto de acercarse y sin importarle que lo oyese media oficina. Cuando fue a esconder su cabeza de pájaro en el nido vio también a Joshua—. ¡Y tú también!

—Estupendo —dijo el irlandés—. Parece que nos toca otra charla sobre el Triángulo de las Bermudas.

Colocó dentro del jarrón chino con forma tubular y cuello aterciopelado un ramo de flores, de corolas amarillas, naranjas, rosas y violetas. Roció los pétalos con agua y vació el resto de la botella sobre la lápida.

—No me gusta que a mi querida Ana le falten las flores, debería venir más a menudo —dijo Xabier como si estuviese solo—. Perdóname, querida mía, no volveré a ser tan descuidado.

Flaco y Gordo lo miraban con cara de circunstancias.

Sonó un móvil. En un acto instintivo, Flaco se llevó la mano al bolsillo del pantalón. No, no se trataba del móvil que Barbanegra le había dado para ponerse en contacto con ellos.

Xabier sacó el suyo de la chaqueta.

—Sí... Hola, Eneko... Sí, he leído el periódico esta mañana. Ya te lo dije... No, no hace falta que te disculpes, ya te dije que yo no tuve nada que ver, nunca miento a mis amigos y tú lo eres aunque no lo creas... Eso espero... No, no sé nada de Erika... Tú también debes confiar en mí... Tengo a un par de agentes las veinticuatro horas

buscándola. Si aparece, nosotros seremos los primeros... Estate tranquilo, seguro que está escondida, aunque me duela reconocerlo es una buena policía, no será fácil dar con ella si no quiere... De acuerdo, no te preocupes... Y recuerda, si se pone en contacto contigo, aunque sea para darte los buenos días, házmelo saber... Claro, cuídate... Otro.

Cortó la comunicación. Ahora eran otra vez amigos. La de vueltas que daba la vida.

—Y vosotros dos, ¿qué? ¿Ni rastro de Igor?

—No, señor —respondió Gordo casi tartamudeando.

Agachó la cabeza. El viejo le intimidaba. Era la única persona que lo trataba como a un adulto, le había dado una oportunidad en la vida de ser alguien y en cierta manera le debía mucho. Esperaba que nunca se viese en la tesitura de decidir entre él y su vida, como afirmaba Flaco.

—¿Y ya está?, ¿nada más?

—Seguimos vigilando la pensión —dijo Flaco—, pero el muy cabrón no aparece. Seguro que se ha mudado.

—O nunca vivió allí. Vosotros sois jóvenes y no sabéis lo que es vivir bajo una dictadura, ni sufrir la lacra de ETA. Cuando Igor nació eran otros tiempos, tiempos de guerra de guerrillas, de lucha armada, de movimientos en la sombra, de crímenes y ejecuciones, de traiciones y canalladas, e Igor tuvo que enfrentarse a todo y blindarse contra todo. Su familia siempre mantuvo relaciones con ETA, quizá por esa razón desde pequeño fue un niño espabilado, de esos que se dicen que nacen con una pistola bajo el brazo y una calculadora en el regazo. Es frío y calculador, y es verdad que en ocasiones no se controla y que convierte algunos trabajos en una cuestión personal, y en vez de callarse y acabar con la víctima, se pone a hablar y a hablar..., y vete a saber qué más hace, sí, sé que es un poco psicópata y que está mal de la cabeza, pero nunca ha dejado un trabajo a medias, es un valor seguro.

—Por eso le agradecemos que confíe en nosotros. Lo encontraremos aunque tengamos que mover cielo y tierra —aseguró Gordo.

Flaco le dedicó una mirada hostil a su compañero. Le había dicho mil veces que no prometiese nada que no pudiese cumplir, pero aquel mentecato no era capaz de grabar un consejo tan sencillo en su corta sesera.

—Está bien, está bien —dijo Xabier haciendo aspavientos con las manos, tanto sometimiento lo abrumaba.

Recolocó el jarrón en dirección al tímido sol que se asomaba entre los cúmulos.

—Es una flor delicada, necesita más de cuatro horas de luz solar al día. Las anaranjadas son especiales, una variedad extraña. Me las traen de Colombia, ¿sabéis su nombre?

—Miró con expresión inquisitiva a sus dos agentes. Ambos negaron. A Flaco le parecía una planta muy común, de las que veía en parques, jardines y rotondas de la ciudad.

—Claro que no —continuó Xabier—. Boca de Dragón, por su forma de boca, que se abre y se cierra cuando la flor se aprieta suavemente. La naturaleza es caprichosa, las hay de todos los colores menos azul. Y dicen que quien la lleva no puede ser engañado.

Como si el comentario fuese por él, Gordo carraspeó avergonzado y sintió empequeñecer su cuerpo orondo.

—Hay otra cosa que me preocupa —reconoció Xabier—: una historia de papeles antiguos que debieron arder en la hoguera pero que nunca lo hicieron, aunque aún no es tarde para que sean pasto de las llamas...

Eneko paseaba los dedos por los lomos de los libros más antiguos y valiosos que contenía su biblioteca: *La llamada de Cthulhu*, *El retrato de Dorian Gray*, *Así habló Zaratustra*... Aquella costumbre era más propia de su hija, pero reconocía que la echaba de menos y era la única forma que se le había ocurrido de estar cerca de ella. Su única hija estaba desaparecida, quién sabe si bajo tierra. La furgoneta de la empresa había aparecido pero ella no. Nunca le habían entendido. Nadie. No, nunca, porque lo que jamás le había perdonado no era lo que hacía, ser policía, sino en lo que se había transformado. ¿Cuándo se dio el cambio?, ¿en la época del instituto? Cierto que no fue una niña de probarse vestidos delante de un espejo, que jugaba más con coches que con muñecas, que su masculinidad resultaba evidente, pero que acabase teniendo novia era algo que no podía asumir. Se avergonzaba de ella y hacía lo imposible por no presentársela a sus amigos empresarios. Él no era una mala persona, tal como otros lo veían, sino un hombre terriblemente herido, humillado y frustrado. No escondió su decepción con el nacimiento de Erika; le parecía normal que un hombre deseara un varón. Siempre pensó que entre padre e hijo existía un acuerdo tácito que los unía, que la obligación de un hijo era continuar con la saga y el negocio familiar, máxime cuando este era una mina de oro. Erika era una niña encantadora, la quiso enseguida, pero siguió esperando con impaciencia. Y el hijo nunca llegó. O sí, pero tenía pechos y se llamaba Erika. Tal vez por eso su matrimonio había sido un fracaso rotundo, su esposa no había sido capaz de darle el varón que tanto deseaba. Y cuando quiso que ocupase el lugar del hijo anhelado, enseñarle el oficio para que algún día lo sustituyese al mando de la empresa, ella se negó. Y ahora añoraba a su hija varón. Ya se veía solo en un par de años, igual que el viejo de Xabier, cuando el cáncer se llevase a su mujer, más preocupado de quitar vidas que de traerlas al mundo. Aunque la primera página de *El Diario Vasco* abría una puerta a la esperanza: el chico se había suicidado. Xabier no le había mentado. Alcanzó el inalámbrico y marcó su número. Tras un par de tonos, el viejo atendió la llamada.

—Hola, Xabier. ¿Has leído el periódico?... Lo siento... Yo también soy tu amigo, siempre puedes confiar en mí... ¿Qué sabes de Erika?... ¿De verdad?... Eso hago...

Espero que esté bien y que no le haya pasado nada malo; las investigaciones sobre el euskera, nuestros orígenes, ¿para qué?... Sí, siempre ha sido muy buena en todo lo que se propone, sigue buscando... Gracias... Sí, mantenme informado... Un abrazo.

Soltó el teléfono sobre la mesilla y paseó la mirada por los libros.

—¿De qué sirve tanta cultura? —se preguntó.

Sin decir palabra y sin quitarle ojo, Sonrisitas había puesto una nueva bombilla. Sabía que había sido ella por más que Nagore asegurase que había explotado por estar tanto tiempo encendida. También barrió y recogió los cristales del suelo. Nagore le había lanzado a Erika la zapatilla, que había caído en su zona, pero Erika no se atrevió a pedirle que le lanzase también un trozo de cristal, el más grande, para usarlo contra sus captores. Nagore cada día estaba más derrotista y Erika no quería verla con un cristal en la mano, en un arrebato era capaz de cortarse las venas.

—¡Cabrones! —gritó Erika.

Nagore se despertó del susto.

—Cabrones —repitió Erika.

—¿Qué haces? —preguntó Nagore, restregándose los ojos con los nudillos.

—Estoy cansada de hacer mis necesidades en una palangana, quiero ir al baño.

—De noche no te van a llevar, nunca lo hacen.

—¡Bastardos!

Nadie respondió.

—¿Ves? —dijo Erika—, no hay nadie, nos dejan encadenadas porque no pueden vigilarnos todo el día. Seguro que esos malnacidos tienen casa, esposa e hijos...

—¿Tú crees?

—Estamos solas, abandonadas hasta mañana.

—¡Eh! —chilló Nagore—. ¡Socorro! ¡Estamos prisioneras! ¡Abrid!

—No te desgañites, déjalo, estamos encerradas en un solar abandonado, lejos de la civilización, en medio del bosque.

Erika recordaba los zulos que los agentes más antiguos describían de los secuestros de ETA. Zulos donde escondían armas y explosivos, pero también personas. Una vez leyó un informe donde se describía el zulo de Ortega Lara en Mondragón: un cubículo húmedo —se encontraba a pocos metros del río Deba—, sin ventanas —disponía de la luz de una pequeña bombilla—, de paredes forradas de madera —abombadas por la humedad— y situado bajo el suelo de una nave industrial, con unas dimensiones de tres metros de largo por dos y medio de ancho y dos metros de altura. Ortega solo podía dar tres pasos. Disponía de una hamaca —una tumbona de lona y tubos a ras del suelo—, una mesilla y una única manta para paliar el frío. Fue alimentado solo con frutas y verduras. No podía salir del habitáculo y hacía sus necesidades en un orinal en el que recibía también el agua para asearse.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritó Nagore de nuevo.

Cuando Ortega fue rescatado por la Guardia Civil, el funcionario de prisiones había perdido veinticinco kilos, masa muscular y densidad ósea, sufría trastornos del sueño, estrés postraumático, ansiedad y depresión. «¡Matadme de una puta vez!», gritó cuando creyó que los agentes de la Guardia Civil que entraron a rescatarle eran miembros de ETA. Había pasado 532 días encerrado. Erika esperaba que lo suyo no se prolongase tanto.

—¡Por favor! ¡Ayuda!

En la operación de rescate intervinieron más de cincuenta agentes y los cuatro secuestradores fueron detenidos. Dudaba de que su caso fuese tan mediático.

—¡Socorro!

—Quizá han pedido dinero a cambio de nuestra libertad —aventuró. Deseaba que Nagore dejase de chillar, la estaba poniendo nerviosa.

—¿Tú crees?

—Claro —mintió—. Yo me apellido Zurutuza, mi padre es dueño de Lácteos Zurutuza, SA, así que por dinero no será.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

—Me encanta la mamilla, está buenísima, me comería ahora mismo diez seguidas.

Erika sonrió abiertamente y le prometió que cuando saliesen la llevaría a visitar la fábrica de Lasarte y le dejaría probar todos los lácteos que quisiera.

—Puede ser —dijo Nagore—, mi padre es un eminente abogado, y no le sobra el dinero pero tiene sus ahorrillos. Puede ser... La pobre Amaia era de familia humilde y tal vez no pagaron su rescate...

—Sin duda. Ahora descansa, Nagore, te necesito despierta, mañana tengo que contarte un plan.

Para la liberación de Ortega, ETA exigió el traslado de los presos a cárceles vascas, exigencia que nunca se cumplió. Erika tenía claro que sus captores no iban a exigir nada, ellas eran juguetes, y cuando una se rompiese o se cansasen de ella la cambiarían por otra muñeca.

Gordo no era un cristiano devoto pero al entrar se santiguó con el agua de la pila bautismal. Cualquier ayuda, aunque fuese celestial, era bienvenida. Una vez dentro se movía como un elefante en una cacharrería. Lo tocaba todo, lo golpeaba todo, lo tiraba todo. El silencio del recinto eclesiástico le incomodaba, el olor a incienso y cera quemada también. Miró a Flaco. Se le veía en su salsa, casi feliz, disfrutando con el comedido.

—¿Quieres dejar de sonreír? —le increpó Gordo.

—¿Qué te pasa? Es divertido.

—¿Divertido? ¿Pegar fuego a una iglesia te parece divertido?

—A la iglesia no, bruto, y es una catedral; a una sala, cebollino.

Flaco aguzó el oído, le había parecido captar un ruido. Marchaba delante mientras su compañero lo seguía como un perrito faldero.

—¿No decías que estábamos solos? —protestó Gordo, quien también había oído como si un objeto pesado se hubiese caído al fondo de la nave.

—Claro que estamos solos, los curas ya no duermen en las iglesias, tienen sus pisos, con televisión, DVD, iPhone y todo eso.

—Joder con los curas. Y yo que pensaba que aún comían pan duro y bebían agua.

—Ja, ja... Me da que precisamente el mendrugo no está en su menú, entre el pueblo, sí, pero ellos, no creo, menudos son. Además les encanta el vino, el buen vino, de Rioja.

Los bancos de madera eran testigos mudos de los pasos del par de individuos que se movían aparatosamente por el interior de la catedral del Buen Pastor. Por las vidrieras de la cabecera entraba la luz del plenilunio. Dejaron atrás los confesionarios, la talla de un santo con vestimenta de peregrino, el retablo del Sagrado Corazón y el altar de la Virgen del Carmen, en el cual unos infieles, que imploraban ayuda a la Virgen con los brazos extendidos, se quemaban en el fuego abrasador del infierno. Al ver el dramatismo del altar Gordo tragó saliva. Flaco ignoró la imagen, apenas prestó atención a los murales y prosiguió hasta detenerse frente a un pasillo que se abría a su izquierda iluminado solo por la luz titilante de unas velas. Gordo se apoyó con una mano en la pared. Al sentir la frialdad de la piedra un escalofrío recorrió su cuerpo. Sus ojos se toparon con la talla de tamaño natural de un Cristo crucificado —el acusado rictus de dolor en el semblante, la corona de espinas sobre la cabeza, los largos cabellos cayendo por los hombros, los brazos alineados al travesaño, los pies sujetos por un solo clavo—, y la angustia de la Pasión creció en su interior hasta que tuvo que sofocar un grito que acabó en un graznido apenas audible.

—Calla y sígueme —le ordenó Flaco—. Es por aquí.

Doblaron a la izquierda y se internaron en el pasillo. A mitad de este había una puerta de madera. Flaco asintió y agarró el pomo. No había sopesado la posibilidad de que la puerta estuviese cerrada, por eso, cuando giró el pomo y la puerta se abrió suspiró aliviado. Hizo una seña a Gordo y ambos penetraron en la estancia. Dejaron la puerta abierta para que la poca luz del pasillo iluminase el interior. Vislumbraron una sala pequeña y ovalada, las cuatro paredes cubiertas de documentos, libros, carpetas de las que sobresalían escritos ajados, legajos, pliegos..., algunos dispuestos en estanterías, sin un orden concreto, al menos a sus ojos; pilas de ellos apoyadas en la pared, varios desperdigados por el suelo, era difícil saber si se habían caído o alguien los había dejado allí a propósito, y otros amontonados en una mesa central. Gordo alargó la mano con intención de coger un libro. Flaco le contuvo.

—Solo faltaría que se cayese algo más.

—¿Pero no has dicho que estamos solos?

—El diablo está en todas partes —dijo Flaco, con una mueca sádica—. Saca el mechero y larguémonos de aquí.

—¿Mechero? Pero si no fumo...

—Entonces las cerillas.

Gordo agachó la cabeza.

—Pensé que tú...

—No me jodas que no has traído fuego... Todo lo tengo que hacer yo. Vamos, vete a por una vela del pasillo.

Salió a regañadientes. Flaco se quedó mirando con curiosidad los libros. Aunque nunca leía, le dio pena que tantos documentos antiguos fuesen pasto de las llamas. Cogió un ejemplar de la mesa. «Años 1856-1870». Lo abrió. Era un legajo de letras y números apenas legibles. Parecían nombres y fechas. Al ver a Gordo en el dintel con las manos vacías le interrogó con la mirada.

—No hay ningún candelabro suelto, y las velas queman.

—Qué inútil —replicó Flaco. Arrancó unas hojas del libro—. Toma esto y no tardes.

A Flaco le dio tiempo a leer solo un par de nombres —vascos y raros— antes de que Gordo volviese. Traía una vela envuelta por la base con el papel. La cera derretida caía por el cuerpo de la vela.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Gordo.

—No será tan difícil...

—¡Mierda!

El papel se había prendido. Gordo lanzó la vela sobre la mesa. Los documentos que había sobre ella enseguida se incendiaron. Se quedaron obnubilados viendo cómo el fuego crecía alimentándose de todo lo que encontraba a su paso y un humo negruzco salía de las llamas.

—Vámonos —ordenó Flaco.

Pusieron pies en polvorosa, esta vez sin tantos miramientos. En la huida, Gordo manoteaba al aire con ambas manos como si cientos de abejas lo persiguiesen. Tiraron, tumbaron y movieron figuras sagradas, crucifijos, candelabros y todo lo que se cruzó en su camino. Según salían por la puerta de la catedral oyeron una voz que gritaba desde el fondo de la nave principal. Gordo tuvo tiempo de volverse y ver a un hombre en sotana que levantaba los puños en señal de amenaza y los increpaba.

—¿No decías que estábamos solos? —gruñó Gordo.

Viernes 28

Se levantó de la cama somnoliento y con ganas de seguir durmiendo. Sus pies desnudos se arrastraron por el frío suelo de cemento del *loft*. Se situó bajo la alcachofa de la ducha antes de abrir el grifo. Para cuando el agua comenzó a calentarse ya estaba más que despierto. Se preparó un café solo y cargado mientras escuchaba la radio. Hoy no iba a prepararle el desayuno a Cristina. Hacía días que no la veía, apenas había pensado en ella, el caso consumía más horas de las que disponía un día. ¿La última vez fue en aquella hamburguesería setentera haciendo de niñera de la cría?

En la radio, su medio informativo, hablaban del incendio nocturno acontecido en un ala de la catedral del Buen Pastor, cerca del piso de Cristina. Por la hora intempestiva del suceso, afortunadamente no había víctimas que lamentar, así que no sería un caso para Homicidios. Cuando buscaba los zapatos debajo de la cama, en camisa y con la sobaquera vacía —la S&W reposaba en la mesilla, su peso cada día le molestaba más y apuraba hasta salir para guardarla en su sitio—, ya había tomado una decisión. Le dedicaría todo el sábado a Cristina. El domingo a descansar. Un fin de semana de relax. Bien merecido a su parecer. No retomaría sus quehaceres de inspector hasta el lunes, y cuanto más tarde, mejor. Cada vez le sentaban peor los madrugones. Seguía sin noticias de Erika, sin embargo intuía que en cualquier momento recibiría otro de sus enigmáticos mensajes. Estaría a resguardo, a la espera de que el caso se resolviese, y seguro que ya se había enterado de que Galder no fue asesinado, aunque era probable que sus ansias de venganza no hubieran disminuido y siguiera investigando por su cuenta.

Por la mañana, Erika se despertó angustiada. La sangre le latía en las sienes y sentía que se estaba ahogando, como si un inmenso peso presionara sus costillas, asfixiándola. Abrió la boca pero el aire no quería entrar. Se dio un par de puñetazos en el pecho hasta notar que el oxígeno llegaba a sus pulmones. Permaneció tumbada de lado, jadeando y empapada en sudor, mientras su pecho subía y bajaba en oleadas, igual que el mar. Se dijo a sí misma que debía tranquilizarse, que lo peor ya había pasado, pero la voz que sonaba dentro de su cabeza no parecía la suya sino la de alguien ajeno. Pugnó por sentarse en la colchoneta. Iba en camiseta y vaqueros, estaba sucia y olía a orina. Se sentía ridícula y estaba muy asustada. Al fin consiguió librarse del pánico y se puso en pie, aunque tuvo que sentarse al momento, pues todo a su alrededor daba vueltas como si estuviese inmersa en un maremoto. Sintió la cadena que culebreaba por el suelo aferrada a su tobillo. Cerró los ojos y el vértigo

empeoró. Sus manos sujetaron el borde de la colchoneta. Todo parecía a punto de volcar, como si estuviese sentada en la proa de un barco y el mar Cantábrico, encabritado y colérico, quisiese tirarla por la borda. Por fin se levantó, fatigada y con dolor de cabeza. Caminó hasta que a los dos pasos la cadena la devolvió a la realidad. Era muy consciente de la presencia de Nagore, que dormía frente a ella. Aunque tal vez no estuviese dormida; tal vez estaba despierta, sintiendo la misma angustia interna y no quería abrir los ojos. ¿Cómo sería despertarse cada mañana y recordar cuando esta pesadilla concluyera? ¿Volverían a dormir como si nada hubiese pasado? Lo dudaba, aquella experiencia las dejaría marcadas de por vida.

Permaneció pendiente de los sonidos que pudieran venir del exterior, de la habitación contigua. En algún momento tendrían que levantarse y enfrentarse al nuevo día. ¿Nagore secundaría su plan?, ¿qué pensaría?, ¿qué diría?

Ondeaban banderas inglesas y portuguesas. Los soldados avanzaban en tropel comandados a caballo por el general sir Thomas Graham y el duque de Wellington. Aferrado por una mano salpicada de pecas, uno de los soldados cayó al suelo abatido por una bala francesa. Para realzar el dramatismo, en el reproductor de música sonaba un DVD: *La cabalgata de las valquirias*.

Joshua estaba frustrado por no dar con el paradero de Erika, agotado por las charlas con el comisario y abrumado por las pruebas a que debía someterse según el oncólogo. Arrodillado en la habitación de juego recreaba una parte de la guerra de la Independencia española, aquella que más le tocaba y de la que tanto se hablaba en los medios vascos porque se cumplían doscientos años de su aniversario; la batalla de Vitoria, acontecida el 21 de junio de 1813, en la cual las tropas napoleónicas fueron derrotadas y buscaron refugio en San Sebastián, ocupada por los franceses desde 1808. Aquella batalla y todo lo que sucedió en los días siguientes lo había comentado largo y tendido con Max, otro ferviente seguidor de la historia militar. Según testimonios de la época, los donostiarras recibieron un trato cordial por parte de los franceses durante esos cinco años y, curiosamente, los liberadores, las tropas anglo-portuguesas, estaban dispuestos a arrasar la ciudad y pasar a cuchillo a todos sus habitantes. Entraron en las casas y se llevaron joyas, plata, oro y todo lo que había de valor, violaron a las mujeres y asesinaron a cientos de ciudadanos, incluidos niños y ancianos. También saquearon las iglesias y mataron a los sacerdotes. Los franceses se retiraron al castillo de la Mota, en la cima del monte Urgull, donde resistía una guarnición francesa compuesta por casi tres mil hombres. Un incendio voraz y fortuito se originó al anochecer y solo se salvaron una treintena de casas, las situadas en la calle de la Trinidad, hoy calle 31 de Agosto, elegidas para acomodo de los mandos ingleses.

En la zona de juego, los soldados aliados comenzaron a caer por fuego cruzado y por los obuses franceses que llegaban desde el aire. Varios soldados fijos en soportes

de plástico corrían buscando refugio. A pesar de que los franceses se rindieron el 8 de septiembre, tras dos meses de asedio, Joshua estaba dispuesto a reescribir la historia. Figuras de soldados españoles pertenecientes al período de las guerras carlistas se sumaron a la masacre. Cuando parecía que la contienda se acababa añadió otras figuras realizadas en madera tallada de egipcios, romanos y asirios que había comprado en el museo de soldaditos de plomo de Valencia.

Sonó el teléfono móvil. Joshua se levantó y bajó el volumen de *Las valquirias*. Nunca, ni en sus fantasías más delirantes, habría imaginado la identidad de quien lo llamó y menos aún la propuesta que le hizo. Cuando cortó la comunicación estuvo varios minutos con el mando de la cadena de música en una mano, incapaz de reaccionar.

La angustia de la mañana se le antojaba lejana. Hacía años que no tenía un ataque de asma tan fuerte. Intentó pensar en positivo. Hoy iban a tener suerte, lo presentía. Apenas había oído ruido en la otra habitación. No había preparativos. Cantarín no se dignaría a aparecer hasta la mañana siguiente. Pensó en su *aita* y se preguntó si ahora la empresa sería tan importante para él o ella ocupaba su lugar, si su hija había adquirido una importancia mucho mayor que cuando estaba libre. Había intentado explicarle cómo era su vida de ertzaina, por qué eligió ir a la academia de Arkaute en vez de matricularse en empresariales; pero su *aita*, ciego, mudo y sordo a todo, no la había escuchado, nunca la había escuchado. ¿Por qué era policía? Para él seguía siendo un absoluto misterio. No había entendido nada de su decisión, nada de su vida y, en el fondo, tampoco nada de su relación con Lucía, de su orientación sexual. Le pareció raro que en esos momentos de angustia pensara más en el *aita* que en la *ama*, quizá era porque él nunca la apoyó y ella siempre buscó su aprobación. Todo lo demás, que creciese sola, sin hermanos, sin amor, era culpa de los dos, que estaban más pendientes de acudir a cualquier evento glamuroso en Donosti que de cuidar a su única hija.

—Ssssss —llamó Erika a Nagore.

—¿Qué pasa?

—Despierta.

Según Erika, debían de ser las seis o las siete de la tarde.

—¿Quién eres?, ¿mamá?

—No, soy Erika.

—¿Quién?

Nagore se frotó los ojos.

—Erika, tu compañera de celda.

—Perdona —dijo Nagore, bostezando—. ¿No te llamas Lucía?

—Esa era mi novia, por eso estoy aquí, o eso creo, no me acuerdo. Perdona por haberte mentado, pero era necesario, no conocía nada de este sitio y tenía miedo.

Nagore se sentó y estiró los brazos al aire, como cuando hacía ejercicios de gimnasia en el colegio. Estaba inquieta, como si una tormenta se hubiese desatado en su interior, pero al mismo tiempo un extraño letargo la paralizaba.

—¿Por qué me has mentado y no has usado tu nombre real?

—Por precaución. Perdóname, por favor. Sé que lo que vas a escuchar te parecerá extraño pero es la pura verdad, esta vez sí. Soy policía y estoy aquí porque estaba investigando tu caso...

Nagore negó con la cabeza. No podía ser, una compañera de celda policía...

—No me acuerdo de cómo llegué aquí, pero estoy segura de que iba tras tu pista.

Erika no las tenía todas consigo, lo más probable es que estuviera encerrada por buscar al asesino de Lucía, o tal vez por pura casualidad, pero no creía que fuese por Nagore. El caso de las chicas desaparecidas había quedado en segundo término después de la muerte de Galder y ella nada sabía de las investigaciones de Max. Pensaba que la Ertzaintza la estaría buscando a ella, y no a Nagore, porque la culpaban de la muerte de Lucía, y si estaba en lo cierto nunca iban a dar con sus captores, tenía la certeza de que no estaban relacionados con la muerte de Lucía y Galder; Cantarín y Sonrisitas eran muy bravucones escondidos tras sus pasamontañas mientras ellas permanecían encadenadas, pero no pasaban de ser unos psicópatas sexuales, no los veía como asesinos de pistola al cinto y sangre fría, no creía que tuviesen armas de fuego, nunca les había visto con ninguna, eran más de método violento, estrangulamiento, ahogo..., nada de tiros en la frente.

—¿Me buscabas?, ¿a mí?

—Sí, a ti y a Amaia.

—No me lo creo, lo dices para animarme, para infundirme valor de cara a esta noche.

—Esta noche Cantarín no vendrá, no me preguntes por qué, pero no vendrá, y Sonrisitas no se atreve a hacernos nada solo. Hoy está tranquilo, y siempre trae caldo para comer cuando por la noche toca..., quizá para evitar que les vomitemos encima, pero hoy ha traído arroz. No toca, de verdad. Sonrisitas no está inquieto, llámalo instinto policial si quieres, pero hoy no toca, mañana sí, pero hoy no...

—¿Policía? —dijo Nagore aún incrédula. Dobló las piernas, se las abrazó y apoyó la barbilla en las rodillas—. Dame una prueba de que dices la verdad.

—¿Una prueba? Conocí a tu madre. Es una mujer atractiva, tiene un tipo que ojalá nosotras tengamos cuando alcancemos su edad.

—¿Cómo se llama?

—*Lourdes*, creo recordar. —Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Nagore—. La vista del salón es espectacular, se ve todo el barrio de Egia, y ese perro tan gruñón que tienes...

—*Rocco*.

—... es un encanto.

—Entonces, ¿no te apellidas Zurutuza?

—Sí, eso era verdad.

—Antes has dicho que estabas aquí por tu novia, por Lucía, ¿qué querías decir?

—No lo sé, no me acuerdo —mintió Erika. Decirle que su novia estaba muerta no conduciría a nada bueno.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? Necesito ver a mis padres, abrazar a mi madre...

—A eso iba, tengo un plan y necesito que me ayudes, yo sola no puedo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Nagore tras un momento de silencio.

—En la bandolera hay una pistola semiautomática. —Nagore miró hacia la mesa—. Si me hago con ella, estaremos salvadas.

Nagore negó, la mesa le parecía inalcanzable. Se tapó los oídos con las manos. Erika pensó en Edmundo Dantés. Aquella mesa era la isla. Después de escapar del castillo de If había caído al agua. Y ahora ellas tenían que nadar hasta su isla.

—Nagore, por favor, escúchame...

Su compañera bajó las manos.

—¿Y el rescate? Tus padres tienen mucho dinero.

—No podemos esperar al rescate, quizá nunca se lleve a cabo. Tú misma lo dijiste, cambian a una por otra, y tú llevas más tiempo aquí que yo, es por tu bien.

—No sé...

—Verás —dijo Erika—, mañana cuando vengan los dos, nos haremos las dormidas. Cantarín empezará con su juego de pito, pito, gorgorito y me elegiré a mí. Yo me haré la perezosa, y, sobre todo, sumisa, como si hubiese aprendido la lección del otro día. Cuando me quiten la cadena, tú te despiertas como una loca y simulas que te está dando un ataque. Debes hacerlo exactamente cuando me liberen, si es antes de que me pongan las esposas, mucho mejor.

—Pero siempre nos ponen las esposas antes de soltarnos.

—Si finjo que estoy dormida y me muevo, dificultando la operación, quizá se confíen y lo hagan todo seguido, sin perder el tiempo en buscarme las manos. Me moveré y fingiré que tengo una pesadilla. Pero lo de las esposas es solo un detalle, conozco un método muy fácil para situar las manos delante: te tumbas y pasas las manos por debajo de las piernas.

Erika hizo una demostración práctica tumbada sobre la colchoneta. Nagore frunció el ceño, poco convencida.

—Es importante, Nagore, debes despertarte cuando me hayan soltado, es nuestra única oportunidad.

—¿Cómo lo sabré si finjo estar dormida?

—¿Nunca has engañado a tus padres de pequeña? Cuando entraban en la habitación a ver si estabas dormida y fingías pero tenías un ojo medio abierto hasta ver que se iban.

—¿Y qué hago?

—Grita, chilla, patatea, con que captas la atención de Sonrisitas es suficiente, bastará con que se te quede mirando, aunque no acuda a socorrerte. Yo me encargaré

de Cantarín, me desembarazaré de él y cogeré la pistola. He calculado cinco segundos, solo necesito cinco segundos para conseguirlo.

Erika no estaba segura de lo que decía. Esposada, aunque consiguiese sacar las manos de la espalda, quizá necesitaría más de cinco segundos. Pero tenía que intentarlo.

—No sé.

—No sabes, no. Nagore, es nuestra única oportunidad.

—Pero ¿no dices que eres de la Policía y que me estáis buscando? También te buscarán a ti. Alguien tiene que saber que has venido aquí.

—Aquí, ¿dónde? Estamos encerradas en un calabozo, en una nave abandonada...

Erika no quería mostrarse dramática ni muy negativa, necesitaba la colaboración de Nagore, no hundirla con pensamientos funestos, por eso se abstuvo de añadir que estaban enterradas en vida.

—Me gusta tu tatuaje —dijo, cambiando de tema.

—Es bonito, ¿verdad? —Nagore se miró el tobillo. El dibujo de un corazón atravesado con una flecha de Cupido lucía en la pierna.

—Yo también tengo uno.

Erika se subió una manga de la camiseta y mostró su dragón alado.

—¿Qué es? No lo veo bien desde aquí.

Ambas se pusieron de pie y se acercaron todo lo que pudieron.

—Parece una serpiente —dijo Nagore.

—Mushussu. Una criatura de la mitología mesopotámica. Una serpiente alada que nos ayudará a salir volando de aquí...

La pesadumbre volvió al rostro de Nagore. Se pasó los dedos por el cabello y bostezó.

—Buenas noches.

Se tumbó a dormir sin decir nada más.

Igor Salaberria vio cómo se apagaba la luz en la ventana de la cocina del segundo piso. Hacía tiempo que no venía por aquella zona de Irún, y la notó muy cambiada. En realidad, la vigilancia a la profesora no era necesaria; pero como en noches anteriores, sabía que aún tardaría en dormirse, que pasaría horas desvelado por el dolor en la cuenca vacía de su ojo, moviéndose sin objeto por la habitación o maldiciendo su mala fortuna asomado a la ventana. Por eso retrasó el momento de meterse entre las sábanas esperando que el destino cambiase. Nunca sabía cuándo una joven hembra podía cruzarse en su camino y cambiarle la cara, pero sí sabía que durmiendo en el piso alquilado nada iba a suceder. Se alejó del lugar. Cincuenta pasos. Pasaba de la una de la madrugada. Sus pies lo condujeron a la frontera de Behobia. Apenas transitaban coches ni viandantes. La ciudad y sus urbanitas dormían. Cien pasos. Las pocas tiendas de la zona tenían las persianas bajadas.

Ciento cincuenta pasos. Los talleres de la ITV permanecían cerrados. Doscientos pasos. Un par de rotondas. Trescientos pasos. Empezaba a estar cansado pero ni rastro de sueño. La calle estaba mal iluminada. Vislumbró al fondo dos figuras sumidas en sombras. Trescientos setenta pasos. En la acera, dos mujeres no perdían de vista la carretera. Igor sabía que no esperaban el autobús, no había ninguna parada cerca, ni trabajaban en una de las empresas de la zona, ni un novio o amigo vendría a recogerlas. De repente, los focos de un vehículo invadieron la noche. Un coche se detuvo junto a ellas. Una de las mujeres, la más alta, se acercó y habló con el conductor por la ventanilla bajada. Después se metió en el coche y desapareció en la oscuridad. Igor también sabía que la escena se repetía a diario en esa zona de Irún, la única localidad de Gipuzkoa en la que aún había prostitución callejera. Lo normal, y adonde él acudía, eran pisos y clubes en los que los precios llevaban congelados muchos años, un completo rondaba los cincuenta euros. En la calle se negociaba, y siempre, con diferencia, era más barato. Pero a él el dinero le traía sin cuidado. Buscaba llegar más lejos. Aquellas latinas sin casa ni familia eran fáciles de convencer para practicar juegos perversos. Se aproximó a la prostituta, que acechaba entre las sombras. Era de baja estatura. Perfecto, las pequeñas la chupaban bien. El pensamiento le provocó una violenta y placentera erección. La mujer salió de la oscuridad y se situó en el escaso contraluz de una farola mortecina que languidecía detrás. Rubia. Melena corta. Un pequeño bolso con estampado de leopardo colgaba de su hombro derecho. Llevaba una chaqueta larga que escondía una blusa de tirantes. El amplio escote mostraba unos pechos generosos, como a él le gustaban, y aunque casi no le veía el rostro, las formas voluptuosas resaltaban.

—¿Desea pasar un buen rato, señor? —dijo con descaro profesional.

La voz tenía un claro acento ruso. Mal asunto. Las del Este eran problemáticas. Casi todas trabajaban para un chulo.

—¿Dónde? —inquirió Igor.

La mujer lo observó sin rastro de temor. La falta del antebrazo causaba esa sensación en los más indefensos y facilitaba las cosas.

—Hay un piso aquí cerca: una cama con sábanas...

—Tengo prisa.

La mujer señaló al otro lado de la carretera. Parecía cansada.

—Hay un banco en la otra acera.

Igor rio. Había dicho en un banco... Maldita puta. Pero qué se creía la muy zorra. La mujer cambió la mirada. Empezaba a dudar. El corderito tal vez era un lobo.

—¿Llevas condones? —preguntó Igor. Aparte de la cartera y la Remington, lo único que llevaba encima era el vaso Dewar. Ni esposas, ni cuerda, ni nada parecido. Acarició el metal del termo.

—Se me han acabado.

—Ya...

La miró con más detenimiento. Era joven. Iba muy maquillada y olía a perfume

fuerte y barato que enmascaraba el olor de los hombres que ya habían pasado por ella.

—Me da igual —reconoció Igor—. Por detrás y por delante...

—No.

—¿Y con la boca?

—No, no...

—Veinte euros.

—No. Lo siento, otro día.

—Treinta.

—Te he dicho que no.

La mujer retrocedió como si las sombras pudiesen protegerla. Masculló algo en voz baja. En ruso. El tono de los insultos valía para cualquier idioma. Igor avanzó, acercándose a su presa. Ella metió la mano en el bolso. Igor dudó. ¿Con qué pensaba defenderse?, ¿una pequeña pistola?, ¿un aerosol de pimienta?, ¿un pintalabios? La sonrisa de Igor se acentuó, pero finalmente se echó atrás. No era necesario complicarse la vida. Toda caza entrañaba un riesgo. En la naturaleza, los depredadores ahorraban energía y solo atacaban a presas fáciles. Elegían el momento adecuado. Ya tendría tiempo de probar el Dragón con otra incauta. Mirar frente a frente a aquellos ojos de fuego de los que todos hablaban en la Brigada. Tal vez después de concluir el encargo. Esas mujeres no solían cambiar de zona. Y los depredadores lo sabían.

Sábado 29

El verano aún no se había asentado en San Sebastián y un *txirimiri* acompañado de un viento más propio del otoño golpeó la ciudad durante toda la mañana. Cuando Max pulsó el timbre, la gabardina chorreaba agua sobre un felpudo con la leyenda ONGI ETORRI en el centro y el símbolo del *lauburu* en una esquina. Por la puerta apareció una señora mayor, pequeña y con la espalda encogida, enfundada en una bata amarilla.

—¡Juanito! Qué agradable sorpresa..., pero pasa, estás empapado.

Lo tomó del brazo y lo introdujo en la casa.

—¿Quién es? —dijo una voz desde el pasillo.

—Es Juanito, querido.

Por el pasillo apareció un señor mayor, también en bata. Pelo abundante y barba blanca. Alto, flaco y un tanto desgarbado.

—Usted debe de ser el inspector Max Medina.

El aludido asintió. Le sorprendió el peinado de los dos inquilinos en comparación con su atuendo; el hombre llevaba la barba arreglada y algo parecido a un flequillo engominado le caía por la frente; la señora, el cabello fijado con tanta laca que parecía recién salida de la peluquería.

—Es un placer conocerle —dijo el señor tendiéndole la mano—. He oído hablar mucho de usted, y todo son elogios.

—Pasa, Juanito, quítate ese abrigo y ven al calor de la estufa. Te voy a preparar un colacao bien caliente —dijo la mujer sin soltar el brazo a Max.

—Perdone a mi esposa. El alzhéimer es una enfermedad terrible, y fatigosa. Le confunde con nuestro hijo.

Liberó a Max del brazo opresor y condujo a su mujer por el pasillo. El piso de madera crujía bajo sus pies. Olía a ambientador de baño. Max los siguió en silencio mientras se hacía una idea del valor económico del inmueble: un piso reformado de no menos de cuatro habitaciones situado en el centro de Irún.

—Mi amor, quédate aquí preparando la comida. —Sentó a su mujer en una silla de la cocina—. Recuerda, de uno en uno —añadió acercando dos cazuelas, una de acero, llena de garbanzos, y otra de barro, vacía.

Antes de darse la vuelta, incómodo por la situación, Max observó de soslayo cómo la señora cogía un garbanzo y tras contemplarlo como si fuese un diamante en bruto lo depositaba en la cazuela de barro.

—Vayamos al salón —dijo el hombre a su espalda.

Cuando el inspector se arrellanó en uno de los dos sillones de orejas enfrentados, a derecha e izquierda del sofá, no pudo dejar de contemplar la excelsa biblioteca que

albergaba el armario del salón. Volúmenes gruesos, desgastados y cosidos en cuero cubrían la mayor parte de las estanterías. Un gran cuadro de caza presidía la estancia.

José Ramón Elorza se sentó en el otro sillón, posiblemente el que ocupaba su mujer hacía unos instantes. De la bata asomaba una camisa blanca.

—Dele recuerdos a Arkaitz de mi parte. Es un buen hombre, y sabe mucho.

—Él también dice lo mismo de usted. Ante todo quiero agradecerle que me haya recibido tan pronto.

—Bah. —José Ramón movió las manos restando importancia al asunto—. Y ¿qué le trae por mi casa?

—Verá, como le dije por teléfono, no se trata de ningún asunto oficial, de investigar un homicidio. Si he de serle sincero, no sé muy bien qué hago aquí, hace tiempo que sigo la pista de algo que me ronda la cabeza y no acaba de concretarse. Necesito cerrar el círculo sobre algo que ni yo mismo sé qué mueve.

—No se preocupe, recibimos pocas visitas, mi hijo trabaja en Vitoria y apenas viene por aquí, y mi mujer, ya ve, sus horas de lucidez cada vez son menos frecuentes, así que me va bien cualquier visita que me dé un poco de charla.

—¿Ya no escribe?

—¿Ha leído alguno de mis libros?

—La verdad es que no, pero en mi defensa debo decir que ni suyo ni de otros, no suelo leer...

—Entonces le da lo mismo la respuesta. ¿Qué desea?

—Que me hable de la Social, de los años sesenta y setenta en el País Vasco, de lo que se sabe pero no se dice, no sé si me entiende...

—Perfectamente. Entonces le interesa más mi faceta de periodista retirado. Y ¿dice que no es nada oficial?

—Ahora mismo soy un español curioso que desea información, la placa de inspector la dejé al cruzar la puerta de su casa.

—Siendo así, necesito que concrete más; me gusta conversar pero podríamos estar todo el día, y entiendo que no es la idea.

—No, no es la idea. Podríamos empezar por ETA y la Social, los personajes que protagonizan la historia.

José se aclaró la garganta, antes de hablar. La cara del historiador y experiodista se transformó en la de un político avezado, un orador nato subido a un atril dispuesto a dar un discurso a un público entregado.

—Hay dos que destacan por encima de todos. Melitón Manzanos y Antonio Juan Creix. Los dos comisarios más paradigmáticos y simbólicos de la represión dictatorial y los únicos que la Transición no recicló. Para comenzar, podríamos situarnos después del asesinato de Melitón en 1968. Muchos creen que la Social cambió. Nada más lejos de la realidad. El Régimen nombró a Creix jefe superior de Policía en Bilbao. De ambos se nutrió la lucha antiterrorista, y este segundo tomó el relevo del primero. Tenían en común ser franquistas convencidos, trabajar para la

Quinta Columna y haber sido prisioneros de los republicanos. No es aventurado afirmar que bajo sus órdenes la Social hizo a sus víctimas aquello que les habían hecho a ellos. Melitón bajo el método alemán, influenciado por Winzer, un oficial de las SS y la Gestapo que estuvo destinado en España instruyendo a los nuevos agentes de la Policía Secreta hasta 1944. Creix bajo el método americano, tras hacer un curso con el FBI y la CIA como preparación de la visita de Eisenhower a España en 1959.

—Por ahora no me ha contado nada nuevo, nada que no ponga en un libro de historia...

Sonó un móvil. Era el de Max. En la pantalla luminosa vio que era Alex. Le quedaba solo una raya de batería. Lo apagó.

—Perdone, era mi jefe.

—¿No contesta?

—En otro momento le llamo, ¿qué me contaba?

—De Melitón a Creix se pasó de violencia física a presión psicológica: infiltraciones, escuchas, registros, confiscaciones, todo valía.

—¿En los años de Creix no se torturaba?

—No, no es eso, la tortura perdió en cantidad pero ganó en calidad. Hasta la muerte de Franco, y la posterior caída del régimen, la Social hizo y deshizo a su antojo por todo el País Vasco. Lo que no se puede decir, para no alarmar a la población, es que muchas personas desaparecieron y sus cuerpos nunca fueron encontrados. Se borró su rastro y el de sus allegados. Familias enteras.

—¿Qué quiere decir?

—Que si cavásemos en los alrededores de la multitud de caseríos que salpican la geografía vasca, en más de la mitad encontraríamos fosas.

—Fosas —repitió Max, recordando el cuerpo desenterrado en el caserío Etxekapare. Al parecer se estaba convirtiendo en una práctica muy común.

—No hay nada de que extrañarse, viene de lejos, fue una práctica muy habitual por ambos bandos durante la Guerra Civil. En Euskadi los franquistas fusilaron a más de 2300 personas y los republicanos a casi 800, y no todos se enterraron en cementerios. Lo peor se produjo en los últimos meses de 1936, cuando los sublevados se apoderaron de Guipúzcoa... Es difícil localizar las fosas, a menudo se confunde el lugar donde mataron con el del enterramiento... ¿Me permite? Necesito un vaso de agua e ir a ver cómo va mi mujer con su tarea. ¿Desea algo?

—No, gracias.

Max paseó la mirada por el salón. Se detuvo en el cuadro. Las pinceladas eran de colores vivos. El autor había querido destacar el zorro, pintado de marrón rojizo, que se escondía tras unos arbustos, pero estaba tan rodeado de perros que parecía no tener escapatoria. Por un extremo asomaban las monturas de los jinetes armados con rifles. Desvió la vista. A través de la ventana se veía un patio de manzana; el cristal difuminaba la ropa tendida en los balcones. Sintió la necesidad de levantarse y caminar. En un brazo del sofá reposaba *El Diario Vasco* abierto por una página cuya

foto mostraba los estragos causados por un incendio en una sala interior de la catedral. Max alargó el cuello intentando leer la noticia. No quería tocar nada. José apareció por la puerta. Traía consigo un vaso de agua que depositó sobre el hule de la mesilla de centro.

—Una pena lo del Buen Pastor —dijo mientras se sentaba y siguiendo la mirada que el inspector retiraba del periódico.

—Sí, una lástima.

—¿Intencionado o fortuito?

—No llevo el caso.

—Claro, no es un homicidio, aunque quemar papeles a veces sea más dramático. Entiéndame, es el punto de vista de un librero frustrado, quizá por eso me dio por el periodismo y luego por la escritura.

—¿Quemar papeles?

—¿No ha leído la noticia? Se ha quemado una sala entera que contenía archivos diocesanos que se remontaban al siglo dieciséis. La mayoría eran registros parroquiales que constituían el único censo hasta que se creó el registro civil en 1870. Unos documentos de un valor incalculable. Justo ahora que precisamente el Gobierno vasco y la diócesis de San Sebastián habían firmado un acuerdo para llevar a cabo la digitalización y difusión de dichos archivos.

—¿Cree que ha sido intencionado?

—Las casualidades no existen. Alguien no quería permitir la difusión por Internet de los registros de nacimiento, matrimonio y defunción de los archivos históricos diocesanos... La Inquisición, con otro nombre, sobrevive en nuestros días, inspector. Por cierto, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, los casos de tortura... Si se les iba de las manos, tiraban al sujeto por la ventana y objetaban que intentaba escaparse, eran...

—¿Algún agente *especial* más?

—González Pacheco —respondió José sin pensarlo—, el conocido como «Billy el niño» por su facilidad para disparar. Llegó a ser el número dos de la Social. Durante la Transición fue inspector de Policía. Publicamos varios de sus atropellos. Actualmente, la justicia argentina ha dictado una orden internacional de busca y captura contra él y reclama su extradición por delitos de tortura.

—Hábleme un poco más de la Social.

Max conocía de sobra la vida y milagros de Pacheco, solo había que caminar por los pasillos de la comisaría aguzando el oído. Pero seguía sin obtener rastro alguno de Xabier.

—Qué quiere que le diga que no conozca. La Brigada Político Social se creó en 1941 y se estructuraba dentro del Cuerpo General de Policía. Sus agentes dependían de los gobernadores civiles y del Ministerio de la Gobernación y su función represora se aplicaba a todo lo que se oponía al franquismo. Cualquier gremio, asociación, persona o bicho viviente era susceptible de ser arrestado. Practicaban torturas policiales con total impunidad, sobre todo en el País Vasco, donde se suspendían los

derechos ciudadanos cuando se declaraban los estados de excepción. Ningún juez iba a firmar un auto en su contra. Pero no me malinterprete, ni me sitúe en el bando equivocado. En la guerra no hay buenos ni malos. Los etarras también tenían sus métodos: secuestros, disparos en la cabeza, bombas lapa... Yo mismo tuve que huir y esconderme una temporada por las amenazas de los *abertzales*. La libertad de expresión era una quimera.

José paró para beber agua mientras afirmaba con la cabeza.

—Aparte de los que ha nombrado, ¿quién se escondía detrás de la Social? —preguntó Max, tras dar tiempo a su interlocutor a tragar el líquido.

—Hombres sin nombre. Sombras en la oscuridad. Franquistas confesos. Políticos. Ministros. Empresarios. Vaya usted a saber...

—¿No conoció a ninguno?

José se mojó los labios. Luego dudó, con el vaso entre las manos, como si no supiera si dejarlo en la mesilla.

—No, los mandamases eran muy cautelosos, eludían a la prensa y las cámaras. Movían los hilos a sus anchas amparados en el anonimato y en el apoyo de Franco. Nunca pude entrevistar a nadie de la BPS.

—Querrá decir BAS —soltó Max con la duda atravesada en la nuez.

Cuando José cambió el semblante y una mueca de desagrado cruzó su rostro, supo que no se había equivocado y que su padre nunca confundió las siglas, tal como había pensado en un principio.

Sobrevino un silencio prolongado.

—¿Perdón? —carraspeó José en un susurro. Rio nervioso, aunque por dentro se le había helado la sangre.

—Ya me ha oído.

Max había agarrado a su presa y no pensaba soltarla, al menos no por el momento.

—¿Quién le ha hablado de la *otra* Brigada?

José miró a izquierda y derecha, como si le preocupase que las paredes oyesen.

—Digamos que un viejo conocido de la familia.

El hombre sondeó el rostro del inspector. Temió haber hablado demasiado y pensó que Max podía ser un agente especial que había venido a ajusticiarlo, pero antes quería saber la clase de información que guardaba su verdugo.

—No sé nada, solo rumores. Es tarde... —José hizo un amago de levantarse mientras miraba el reloj de pulsera sin verlo.

—No nos precipitemos, ni nos confundamos, tal como usted ha dicho antes. He metido a exetarras en prisión, y también a algunos franquistas obcecados en seguir las viejas reglas. Y reconozco que muchas veces me extralimito en mis funciones y no acato las reglas, pero intento siempre cumplir la ley y hacer que se cumpla. En ocasiones no lo consigo, pero todavía puedo cerrar los ojos y dormir por las noches. Y no sé por qué le confieso esto, pero en unos meses voy a ser padre, y nada más

lejos de mi intención que complicarme la vida. He venido aquí en busca de respuestas que cierren puertas, puertas que me temo que alguien de mi familia dejó abiertas hace mucho tiempo.

José se bebió de un trago el resto del agua. Se rascó la nariz, después una oreja y luego la coronilla.

—Solo son rumores, historias parecidas a las que se les cuenta a los niños traviesos que no quieren dormir.

»La Brigada, como se conocía a la BAS, la Brigada Antiterrorista Social, era una escisión de la Social, según se decía. La peor calaña y los peores agentes. Gente sin escrúpulos, asesinos a sueldo cuyo único cometido era la lucha antiterrorista sin que importase el medio para lograrlo, solo valían los resultados. El rumor apareció a mediados de 1970, cuando Creix fue enviado a Sevilla como comandante superior de Andalucía. Se decía que Franco usó la BPS para acabar primero con los maquis y después con los comunistas, pero que ahora necesitaba una nueva organización para acabar con los etarras. Con el asesinato de Carrero Blanco, la BAS obtuvo carta blanca y todo el poder y la independencia que le había faltado a la BPS. La gente desaparecía y nadie sabía nada. No sé más, ahora, si me disculpa...

—¿Cree que siguieron actuando después de la muerte de Franco?

—Puede ser. En la Transición continuaron sucediendo hechos gravísimos; no hay mayor riesgo de mordisco que dejar a un perro rabioso sin amo y sin correa. Yo aún trabajaba en el periódico y con el asesinato de Argala el rumor cogió más fuerza, se dijo que los GAL eran una tapadera de cara a la opinión pública para que los focos no apuntasen a la Brigada.

—¿Y ahora?, ¿en la actualidad?

—¿Que sigan actuando? No, no lo creo, con ETA desaparecida no tendría ningún sentido. Al menos por motivos antiterroristas.

—¿Económicos? Tal vez no saben hacer otra cosa.

—Ya veo por dónde va... Muchos políticos de izquierdas aseguran que ETA siempre ha sido un negocio, que unos cuantos han hecho fortuna a costa de las vidas y los ideales de otros, y que Franco y la Social pudieron acabar con ETA y no quisieron, no convenía al régimen, interesaba más que unos terroristas siguiesen poniendo bombas para justificar la dictadura. Yo no me lo creo. Si la BAS existió, precisamente se creó para acabar de una vez por todas con ese cáncer que significaba ETA y que no paraba de desangrar a policías franquistas.

—Y si le digo que conozco a uno de ellos, tal vez a uno de sus jefes, o el jefe...

—dijo Max, pensando que el perro seguía suelto y mordiendo.

—Conoce a un fantasma, a un hombre invisible, nadie que haya conocido a uno de ellos ha vivido mucho para contarlo.

—Yo debo de ser el primero. Estoy acostumbrado a perseguir dragones, serpientes... y ahora fantasmas.

—No se lo tome a la ligera, inspector. De ser cierto lo que dice, le toca averiguar

por qué sigue con vida, qué tiene usted que lo mantenga a salvo. Si lo descubre, ya puede conservarlo, su vida depende de eso.

—Pero ¿no decía que solo eran rumores?

Max creyó percibir que un ligero temblor recorría el cuerpo del periodista.

—Inspector, al contrario que usted, yo no cierro los ojos y me duermo. Una vez conocí a uno, y todos los días doy gracias a Dios por seguir vivo. Aún recuerdo aquellos ojos de fuego mirándome con la cabeza ladeada; una sombra contemplando a su presa.

Cuando el teléfono sonó, a punto estuvo de tirarlo al suelo en su afán por responder. Llevaba parte del día frente al inalámbrico, esperando la llamada, y justo cuando se había decidido a levantarse tuvo que sonar. Estaba acariciando el lomo de un volumen grueso y antiguo de su biblioteca, una edición francesa ilustrada de *Robinson Crusoe* de finales del siglo XVIII. Al ver el número en la pantalla luminosa la esperanza se evaporó. Se dejó caer en el sillón al tiempo que atendía con desgana.

—¿Sí? —balbuceó por el auricular.

—Kaixo, Eneko.

—Kaixo, Itziar. —Silencio en la línea—. Estoy muy ocupado y hoy no puedo quedar contigo...

—No te llamo por eso —le cortó ella tajante.

—Si es por lo del hotel, perdona, recibí una llamada urgente de una fábrica y tuve que salir pitando, te prometo que la próxima vez...

—Tampoco te llamo por eso, no pienso echarte en cara que me dejes tirada como una colilla en un hotel infestado de ajedrecistas, no te preocupes, te lo escupiré a la cara, qué te piensas... En realidad te llamaba por otro asunto.

Eneko se pasó una mano por el mentón. La barba puntiaguda, de tres días, comenzaba a molestarle.

—Está bien, date prisa, no quiero mantener la línea ocupada mucho tiempo, estoy esperando una llamada importante, Erika sigue desaparecida...

—Pobrecilla, estará asustada, pero seguro que está bien y te llama. Yo no lo habría hecho si no lo considerase oportuno, pero sé lo importante que es para ti. ¿Recuerdas las fotos de la tablilla de arcilla que un amigo tuyo había descubierto?

—Claro. —Como para no acordarse—. Pensé que ya lo habías olvidado, que no trabajabas más en eso, que incluso las habías perdido...

—Y ¿que si averiguaba algo tú serías el primero en saberlo?

—Claro.

—Pues lo he hecho, he descubierto el pictograma del trozo que faltaba.

—¿Cómo?

—Estoy a punto de acabar mis investigaciones sobre las tribus nómadas sumerias, y antes de sacar a la luz mi trabajo quería compartirlo contigo. He encontrado un

patrón en otras tablillas. No ha sido fácil, he tenido que muestrear decenas de ellas, algunas de civilizaciones mucho más recientes, pero en todas, o mejor dicho, en casi todas, se repite un ingrediente, uno muy habitual y que se suele grabar al principio o al final de las recetas, en una esquina de la tablilla...

—¿Me estás diciendo que has hallado el ingrediente que faltaba?

—Creo que sí, y es tan sencillo que pondría la mano en el fuego a que he dado en el clavo. Adivina.

—Por teléfono no, es lo suficientemente importante, debemos quedar.

—Pero ¿no decías que estabas muy ocupado y no podías verme? —soltó con acritud Itziar. La euforia por el descubrimiento se enturbiaba ante las penas del corazón.

Nuevo silencio en la línea.

Eneko debía idear un plan, y rápido.

—No me malinterpretes, esto también tiene que ver con Erika... y con nosotros. Las fotos que tuve que recuperar de la cámara..., es un favor que me hizo un amigo, y ahora yo puedo devolvérselo con tu descubrimiento, sé que le interesa mucho, y además es una persona muy influyente que puede ayudarme a encontrar a mi hija.

—Uno de esos amigos tuyos —susurró Itziar.

—¿Qué dices?

—Nada. A mí no me engañas, quieres el ingrediente para tu propio beneficio...

—Pero no le importaba, ella podía sacar tajada de eso—. ¿Dónde quieres quedarte?, ¿en Irún? —dijo, intentando esconder su deseo y a la vez su inquietud por salir de casa. La sensación de que la observaban, la vigilaban, era cada día mayor.

Eneko suspiró aliviado.

—Demasiado lejos, ¿te acuerdas de la taberna de *pintxos* en Lo Viejo?

Por la tarde las nubes se retiraron, el cielo se abrió vergonzoso y un tímido sol pugnaba por salir.

—Mi madre quiere conocerte —dijo Cristina mientras abrazaba a Max por la espalda.

Se encontraban en la habitación del bebé, perfilando los últimos retoques. El inspector aún estaba digiriendo la conversación de la mañana con José, y sobre todo sus últimas palabras: «Una sombra contemplando a su presa». Parecía un vaticinio de su vida, siempre moviéndose entre sombras y fantasmas, entre cazadores y presas, entre aves rapaces y conejos incautos.

—Está deseando conocer al padre de su nieto —apuntó Cristina.

—No me lo creo.

—Max, por favor, seamos adultos, que parecéis dos críos. Algún día tendréis que veros y charlar, vais a estar en la misma habitación y no quiero peleas ni malos modos, ni siquiera una mirada de reproche o desconfianza; todo lo que haya

alrededor de mi bebé debe transmitir paz y amor, quiero que crezca en un ambiente de armonía y cariño.

—¡Uf! Qué exagerada eres...

—Con Damián no hay exageración que valga.

—¿Damián? Tu madre ya le ha puesto nombre.

—Perdona, he sido yo, y me ha salido sin querer, me pone muy nerviosa que no quieras conocer a mi madre. —Le asaltó la imagen de Virginia. ¿Con quién viviría? —. Sois tal para cual, cabezones y gruñones.

—¿Sabe usar Internet?

—No, ¿por qué? Ya te dije que es como tú, vive anclada en el pasado.

—Para que se escriba con mi padre, tal vez hagan buena pareja. —Max soltó una risa que se quedó a medias al ver la cara de Cristina—. Da igual, no te enfades, mi padre tampoco sabe nada de ordenadores.

—Max, por favor...

El inspector encendió el móvil. No lo había vuelto a utilizar desde la mañana, cuando había sonado mientras conversaba con José.

—¿Damián? Me gusta el nombre.

—¡A qué sí! Es bonito.

—No tendrá una mancha en la frente pero llevará el segundo nombre de Churruca: Cosme Damián Churruca.

—Damián... Ya lo veo con tus ojos verdes...

—A mí me gustan más los tuyos.

—... gateando entre tus piernas. —Cristina miró hacia el suelo—. Habrá que poner moqueta.

—¿Moqueta? Y yo vivo en el pasado... Eso ya no se lleva.

—Da calor.

—Mejor parqué.

—También es verdad, es más fácil de limpiar y no produce alergias. Crearemos un hogar muy acogedor. Por cierto, ¿qué vamos a hacer con Virginia?

—¿A qué te refieres?

—Es obvio que vive sola, o al menos no con unas personas que hagan de padres.

—Ya.

Estaba claro que Cristina tenía razón, la cría no iba al instituto y pasaba todo el día frente a los ordenadores del Koldo Mitxelena.

—Tendremos que ponerla bajo alguna clase de tutela de urgencia.

—¿Tendremos?

A Max la cría le caía bien, hasta reconocía que le había cogido cariño, pero el solo hecho de pensar que debía hacerse cargo de ella lo angustiaba. Aún no era padre, y la posibilidad de que dos criaturas indefensas, cierto que la cría se valía sola, dependieran de él, lo agobiaba.

—Si ponemos el cambiador en esta otra pared...

—No soy uno de tus agentes, no me cambies de tema, Max. Alguien tiene que cuidar de esa niña, y no me refiero a que la encierren en una de esas residencias de menores, con dormitorios cerrados con llave y patios con alambre de púas...

—Se llaman reformatorios.

—Para algo están los servicios sociales. El otro día salió en un programa el caso de un niño con tutela temporal. No tenía familia y uno de sus profesores ejercía de tutor en nombre del Estado.

—Por eso no tengo televisión, ¿qué me dices del cambiador?

—O un hogar de acogida, debe de haber algún lugar para jóvenes en situación de desamparo.

—Bueno, algo hay, pero debido a la crisis económica las oficinas municipales no son precisamente un ejemplo de eficacia y rapidez; están desbordadas. A veces es posible obtener una aprobación provisional, si el caso así lo requiere.

—Prométeme por tu hijo —Cristina puso una mano de Max en su vientre— que harás algo por ella, que te preocuparás por estudiar su caso, averiguar con quién vive y qué hace durante el día, por favor...

—Te lo prometo.

—Gracias. —Lo aferró por el cuello y le estampó un beso en los labios—. Eres un cielo, mi cielo. Ya verás como Virginia no nos defrauda, se la ve honesta. Toda esa ropa negra, y cómo se peina y habla, es solo fachada, las herramientas de las que se vale para protegerse del mundo exterior, no quiere que le hagan daño, tal vez ya se lo han hecho y no quiere que se lo vuelvan a hacer.

—Te veo muy convencida.

—Claro. ¿No has visto todas esas jovencitas llenas de tatuajes y *piercings*? Pero ella no, no se ha profanado la piel, la mantiene virgen; su indumentaria, su comportamiento y su forma de hablar son pura fachada. Por no llevar no lleva ni anillos ni collares ni pendientes, solo esa pulsera de cordones que gira cuando se inquieta y que seguro que tiene algún significado sentimental. Es horrendo lo que hace la juventud hoy en día, pintarse o agujerearse la piel de por vida, en los pies, en las manos, en los brazos...

Un chivato de alarma se encendió en el cerebro de Max. Los engranajes de su mente comenzaron a dar vueltas y vueltas a una idea que llevaba tiempo revoloteando por su cabeza y que ahora comenzaba a tomar forma. Se deshizo con delicadeza del abrazo de Cristina, que aún colgaban de su cuello.

—Todas las chicas se han profanado la piel..., las fotos..., todas..., excepto los cuerpos que encontramos, los miembros que faltan...

—¿Qué dices? —preguntó Cristina alarmada.

—¡Mierda, mierda y más mierda!

—¿Qué sucede? Me estás asustando.

—Tranquila, no es por Virginia, es por Erika. Joder, cómo he podido estar tan ciego.

Le dio un beso rápido y salió disparado hacia la puerta. Cogió su gabardina del recibidor. Bajó las escaleras a la carrera, de tres en tres, no tenía tiempo para ascensores, mientras buscaba en los bolsillos de la chaqueta las llaves del Mustang Cobra. Esperaba no llegar tarde. La guarida de Cthulhu lo aguardaba al otro lado de la ciudad.

Igor estaba aburrido viendo la televisión en su piso alquilado de Amara. En la caja tonta unos críos competían con sus padres por ver quién cantaba mejor. Los niños ganaban por mayoría abrumadora. Las criaturas siempre ganaban. Alcanzó las cinco fotos que había sustraído al viejo. La primera continuaba siendo una incógnita. Y la segunda continuaba molestándolo. Aquel tipo con cara de circunstancias. Cuando fue a verlo parecía que no había roto un plato en su vida. ¿Por qué la lesbiana tenía una foto suya? ¿La Policía había ido a interrogarlo? Dispuso en orden los *selfies* sobre la mesa y los observó mientras se acariciaba la barba. «Basta de remilgos», se dijo. Estaba cansado de esperar. Y seguía sin tener noticias de Gorka. Aquel maldito yonqui había cogido el dinero y se había esfumado. Apagó la televisión, se enfundó la Remington, cogió el vaso de Dewar y las esposas y salió del piso cantando una versión de *Sueño con serpientes* de Barricada:

Sueño con serpientes, con serpientes de mar. Con cierto mar, ay, de serpientes sueño yo. Largas, transparentes, y en sus barrigas llevan lo que puedan arrebatarse al amor. No, no, no, no, no, no, no, no, no, la mato y aparece una mayor. No, no, no, no, no, no, no, no, la mato y aparece una mayor.

Erika intentaba infundir ánimos a su compañera; el día de la verdad había llegado y no la veía ni mucho menos preparada.

—No entiendo por qué nos vamos a arriesgar tanto si eres poli y te están buscando. Tus compañeros deben de estar al caer —dijo Nagore, reafirmando los temores de Erika.

—Tú confía en mí, sé lo que hago, verás como todo sale bien.

Suspiró. Desconocía el tiempo que hacía en el exterior, pero allí dentro negros nubarrones se cernían sobre su futuro como Nagore no le hiciese caso.

—Recuerda —le repitió por sexta vez—, solo actúa cuando me hayan liberado de la cadena. Estate tranquila, tú solo vas a llamar la atención, no vas a golpear ni a atacar a ninguno de los dos, eso déjame a mí, así en el caso improbable de que algo salga mal, solo yo cargaré con la culpa.

Nagore la miró escéptica.

Conducía a toda velocidad. Al tomar la recta del paseo de la Zurriola supo que

adentrarse en el centro en coche no había sido una buena idea. El atasco para entrar en la ciudad era total. La manifestación convocada por Herrira en todas las plazas del País Vasco para protestar contra la política penitenciaria, solicitar el acercamiento de los presos etarras a cárceles vascas y pedir la derogación de la doctrina Parot había sido prohibida por el juez Castillo, lo cual había motivado que la convocatoria fuera todo un éxito. Oyó por la radio que la afluencia en la plaza de la Constitución superaba las cinco mil personas. Al fondo atisbó las luces estroboscópicas de las furgonetas de la Ertzaintza. Tocó varias veces el claxon pero los vehículos de delante no se movieron. Al volante de un cupé *fastback* parecía más un empresario excéntrico que un inspector furioso. Por el retrovisor vio cómo varios coches de la Ertzaintza pedían paso detrás de él y al ver que la fila no se movía invadieron el carril contrario, casi vacío, y se dirigieron a toda velocidad hacia el centro. No se lo pensó dos veces. Pegó un volantazo a la izquierda y se situó detrás de los coches policiales. Avanzaron hasta la altura de los cubos de Moneo, donde unas vallas les impidieron seguir. Las dos rocas varadas contemplaban impertérritas el río humano que se desplegaba sobre las aceras. El tráfico estaba cortado en ambos sentidos. Saltó del coche y arrojó las llaves del Mustang Cobra al primer agente que vio.

—Cuida de él —le dijo, señalando el capó blanquinegro.

El agente capturó al vuelo las llaves y contempló perplejo cómo el inspector atravesaba el puente del Kursaal y se perdía entre la aglomeración de gente.

Bajaba silbando por las escaleras que daban al puerto desde el Paseo Nuevo. Trescientos treinta pasos. Conocía de sobra la que se organizaba con las manifestaciones a favor de ETA, sobre todo las prohibidas, acudió a no pocas en su época de Jarrai, y era un error entrar en la Parte Vieja directamente por el Boulevard, lo mejor era dar un rodeo por atrás, por aquel paseo que serpenteaba entre las faldas del monte Urgull y bordeaba la bahía de la Concha. Los cachorros estarían en estos momentos organizando una buena trifulca —a lo lejos no paraban de sonar sirenas policiales—; ya no quemaban coches ni autobuses, pero sí contenedores de basura, cortaban el tráfico y se disputaban con la Policía a ver quién tenía más cojones. Los veteranos de ETA contaban que antiguamente aún era peor, la chavalada salía preparada para una auténtica batalla campal, se atrincheraba en una callejuela de la Parte Vieja y la Policía no era capaz de echarlos de ahí. Solía suceder en invierno, cuando el frío del mar Cantábrico apretaba y los jóvenes buscaban calentarse, aunque fuera a base de cócteles molotov y pelotas de goma. En las horas siguientes, los controles policiales se sucedían y había que lavarse las manos, porque como la *txakurrada* te las pillase sucias no había bicho viviente que te librara del calabozo. Igor recordaba que por entonces su DNI, un carné azul y grande, tenía todas las esquinas dobladas, señal inequívoca de que lo habían cogido en más de una manifestación. Por eso, aunque llevase las manos limpias, cuando encontraba un

control lo primero que hacía era usar las piernas y poner tierra de por medio. Por entonces también tenía dos manos y podía coordinarlas con los pies.

Igor se acercó a los cañones que custodiaban la entrada al Aquarium. Leyó en una placa de bronce que los dos cañones navales fueron rescatados del fondo de la bahía y que formaban parte de la dotación de un buque británico que participó en el asedio de 1813. Paparruchas históricas, lejanos sentimientos patrios que a nadie interesaban ya, y menos a él. Trescientos cincuenta y dos pasos. Buscó con su único ojo la ubicación desde la cual la lesbiana sacó aquella foto de nitidez tan pésima que no sabía interpretar. Desechó la idea de seguir por ese camino. Se internó en el puerto sin dejar de silbar. De vez en cuando se paraba a contemplar las casas de los antiguos *arrantzales*. Se detuvo en la fachada del Museo Naval. Contempló un mural en blanco y negro que representaba la pesca de la ballena en el siglo XVI: un barco de fondo, un bote con un marinero a proa aferrando un arpón y la aleta y el cuerpo de media ballena sumergiéndose en el mar. Una cubierta típica de *Moby Dick*. No estaría mal semejante arpón en su brazo izquierdo. Leyó el cartel: CAZADORES DE BALLENAS. Y abajo, en cursiva: COLECCIÓN DE ARPONES BALLENEROS. Lástima que estuviese cerrado. Habría entrado. No tenía ninguna prisa. De la escuela recordó al capitán Ahab y dudó si lo suyo era mejor que una pierna de palo. En cada víctima buscaba a su particular ballena blanca, saciar sus ansias de venganza. Quizá cuando diese con la agente lesbiana pudiese abandonar la cubierta del *Pequod* y caminar por un suelo que no se moviese. Cuatrocientos veintiún pasos. Cuatrocientos veintidós.

Erika tosía una y otra vez. Le había entrado una de esas toses molestas y persistentes. Tantos días encerrada sin ver la luz del sol y el aire malsano que albergaba el sótano habían acabado por afectar a sus pulmones y sus antiguos y olvidados problemas asmáticos volvían a incordiarla. Le asaltó de nuevo la imagen de Lucía y cómo se reía de ella y la llamaba niña débil. Veía venir otro ataque de asma en breve. O salía de allí por su propio pie o con los dos pies por delante. La puerta se abrió. Dejó de toser. Por ella aparecieron los dos psicópatas, cada uno fiel a su estilo, y para hacer honor a su apodo uno riéndose y el otro silbando. Nagore yacía acurrucada en su sitio y fingía dormir, aunque su cuerpo dejaba escapar cierto temblor. Por el de Erika circulaba una corriente eléctrica; también simulaba dormir mientras contenía como podía la tos.

—Mira, las tortolitas están dormidas, eso es que se aburren mucho.

Por la voz, Erika supo que se trataba de Cantarín. Sus sentidos se habían aguzado con el cautiverio hasta el extremo de que se veía capaz de distinguir entre una multitud las voces de sus captores y los olores que desprendían sus cuerpos. Sonrisitas usaba una colonia barata de esas que vendían en los supermercados y que no enmascaraba un tufillo a tinta, pegamento y queso rancio; Cantarín, una colonia de marca que casi ocultaba un olor a pan caliente, a pizza recién horneada.

—Nosotros tenemos la solución.

Esta vez era Sonrisitas. Con el rabillo del ojo, Erika comprobó que Nagore seguía en su papel.

—Solo despertaremos a una —dijo Tom—. Pero ¿quién será? Pito, pito, gorgorito...

Max escogía calles de la Parte Vieja intentando dar con alguna descongestionada. Empujaba y apartaba a la muchedumbre sin contemplaciones, pero cada vez avanzaba más despacio. En aquellas circunstancias no podía enseñar la placa; recordaba el caso de un agente infiltrado que, tras las sospechas de varios manifestantes, estos comenzaron a increparle hasta que se vio tan acorralado que sacó su arma reglamentaria y tuvo que pegar dos tiros al aire para espantar a la jauría humana y escapar. Si él disparase al aire, lo único que conseguiría sería provocar una avalancha y el comienzo de la batalla. Ya se imaginaba los titulares más sensacionalistas en los periódicos: «La Policía abre fuego sobre los manifestantes», «Más de cien heridos por las cargas policiales», «Brutalidad policial»...

En un lateral vio a los antidisturbios de la Ertzaintza preparándose. Daban miedo. Los cascos provistos de visera, los chalecos antibalas, los protectores de rodillas y codos, los escudos, las porras y las escopetas lanzapelotas. El consejero de Interior vasco había anunciado que la Ertzaintza dejaría de utilizar dichas escopetas a partir del 1 de enero, salvo contadas y excepcionales ocasiones, pero al parecer hoy era una de ellas. El cuerpo estaba dividido entre adeptos y detractores desde que el año anterior, durante los incidentes ocurridos entre seguidores alemanes y bilbaínos después de un partido de fútbol, un joven del Athletic murió a causa del impacto de una pelota de goma en la cabeza.

Max apartó a un par de chavales que lo miraron con recelo aunque no protestaron. Al fondo, una densa humareda negra se elevaba hacia el cielo por encima de los edificios. Se oyeron un par de pelotazos lejanos. Comenzaba el jaleo y aún le quedaba medio camino por recorrer. La guarida de Cthulhu estaba ubicada en el epicentro de la batalla.

Hasta llegar a la tienda, Igor había contado setecientos treinta y dos pasos. Oyó un par de pelotazos cercanos. De manera instintiva se llevó la mano al pecho; una vez le habían dado con una pelota y estuvo varios minutos tumbado en el suelo hasta que acudieron los servicios sanitarios. Recordó la sensación de ahogo que sintió tras recibir el impacto y el dolor posterior de las tres costillas rotas. Fue también en un mes de junio, pero del año 95, durante una manifestación convocada por Herri Batasuna, y menos suerte tuvo la madre de seis hijos, vecina de Oiartzun y conocida de la familia, que se encontraba en las inmediaciones del estadio de Anoeta cuando

recibió el impacto mortal de una pelota de goma en el abdomen. La bola, lanzada por un agente de la Ertzaintza desde menos de diez metros de distancia, reventó el intestino grueso de la mujer, que falleció a los ocho días por una parada cardiorrespiratoria en el Hospital de Aránzazu. Igor recordaba cómo bufaba de rabia cuando leyó en la prensa nacional el informe de los forenses de la Audiencia de San Sebastián, que dictaminaron que el fallecimiento había sido por causas naturales, debido a un antiguo trasplante de riñón que se complicó. La prensa también insinuó que la mujer había acudido a la concentración de protesta por la actuación de la Ertzaintza durante el entierro de los restos de Lasa y Zabala, y que había participado activamente en una contramanifestación, frente a la que los empleados de Alditrans habían convocado para pedir la libertad de Aldaya, secuestrado por ETA, y que derivó en duros enfrentamientos con la Ertzaintza.

Desde los dieciocho años, Igor había tenido la suficiente madurez para rechazar dos veces la propuesta de unirse a ETA, de convertirse en un héroe a ojos de los demás; sin embargo, después del trágico acontecimiento y de ver cómo los poderes fácticos hacían y deshacían a su antojo, se unió a la lucha armada junto a dos amigos de Oiartzun y fue parte activa en la creación del comando Euskal Herria.

Empujó la puerta sin llamar. Cerrado. La persiana del escaparate estaba bajada y no parecía que hubiera luz dentro. Cualquiera pensaría que el dueño había optado por cerrar la tienda ante los altercados, pero él no era un cualquiera y su instinto animal le indicaba que la comadreja estaba dentro, escondida en la madriguera. Y quien se escondía algo ocultaba. Pulsó con el dedo índice el timbre y no lo retiró. El sonido se coló en la calle, donde los pelotazos y las sirenas aumentaban de volumen, mientras que a él le crecía una amplia sonrisa en el rostro.

—Ya tenemos ganadora —sentenció Tom.

Bob comenzó a reír mientras se dirigía hacia Erika.

—Despierta, muñequita —dijo.

Con el rabillo del ojo, Erika vio que Sonrisitas se acercaba y Cantarín iba detrás de él. Todo según lo previsto. Oyó un ruido molesto y repetitivo pero creyó que solo sonaba en su cabeza. Pero no, Sonrisitas y Cantarín se detuvieron.

—¿Quién cojones será a estas horas? —dijo Tom.

—¿No ve que está cerrado? —se preguntó Bob.

Ambos se miraron indecisos. El ruido no cesaba.

—Voy a ver antes de que me quemem el timbre —dijo Bob—. Será algún chaval, ya les tengo dicho que en la tienda no pueden esconderse de los antidisturbios. Espérame, no empieces sin mí.

Con el sonido persistente del timbre, Erika escuchó el clic en su cerebro, que reconstruyó las horas que habían permanecido perdidas en un hueco de la mente. Se puso en pie de un salto que asustó a sus captores.

—Mira quién se ha despertado, la ganadora —dijo Tom.

Pero Erika no le hizo caso, apretó los puños y miró con fiereza a Sonrisitas.

—Maldito cabrón, yo te conozco y te mataré, te lo juro —prometió.

—Uhhh, qué miedo —replicó Tom, alzando las manos.

Pero Sonrisitas no se reía, se había quedado parado a medio camino de la puerta.

—No pasa nada, nunca pasa nada, todas acaban conociéndonos —dijo Tom, pretendiendo infundir calma a su compañero.

«Y ninguna vive para contarlo», se dijo Erika. Esperaba que el duermevela de su compañera no fuese fingido y no se hubiese enterado de la conversación. Parecía que no, puesto que ella se había saltado el guion y Nagore no daba señales de vida.

Bob salió y Tom se retiró hasta la mesa, donde se sentó. Sacó un móvil y comenzó a jugar con él. Erika no le quitaba ojo de encima mientras mascullaba su mala suerte. A saber cómo actuaban ahora. Sopesó la posibilidad de provocar a Cantarín, a ver si se animaba a acercarse solo, pero no era Sonrisitas, y para quitarle la llave del candado debería dejarlo inconsciente. Se le antojaba hartamente difícil.

Las sirenas, los pelotazos y los gritos se sucedían mientras la histeria invadía las callejuelas de la Parte Vieja. Para el inspector tenía su lado bueno, la gente corría en dirección contraria y el camino se abría, la gente lo miraba extrañada por su prisa en acudir al centro del tumulto. Los turistas menos previsores se apretujaban en el interior de los bares, cuyos dueños luchaban por echarlos a la calle para cerrar. Los donostiarros más avezados andaban con parsimonia en dirección a sus casas; a no ser que una pelota perdida se cruzase en su trayectoria, llegarían sin ningún problema. Los antidisturbios corrían detrás de encapuchados; los fotógrafos de la prensa, de una buena instantánea; los vendedores ambulantes, de un refugio; los mendigos, de calles menos bulliciosas; y el olor a caucho quemado y pólvora mojada inundaba el ambiente. En los edificios los balcones y las ventanas se cerraban, y los comercios echaban las persianas. En unos minutos, la vida social en la Parte Vieja se había extinguido.

Sonó el móvil. La pantalla mostró el número de Alex. Ni una raya de batería.

—Diga —dijo el inspector, atendiendo la llamada.

—Max, por fin, ¿dónde te metes? Llevo toda la mañana detrás de ti.

—Tengo unos asuntos que atender.

Ojalá el comisario no le llamase para que se ocupara de los efectivos destinados a la manifestación.

—Precisamente por eso te llamaba, por esos asuntos del pasado que te traes entre manos. ¿Te acuerdas de que te pregunté por Xabier Andetxaga?

—Sí —dijo sorprendido Max. Aquello no se lo esperaba.

—He estado investigando, pero nada formal ni serio. Además, ya sabes que cuando una persona influyente no quiere dejar rastro le es muy fácil, basta con un par

de llamadas y el extravío de unos documentos. Pero el nombre y, sobre todo, ese apellido tan raro, me sonaban, no sé de qué pero me resultaban conocidos. Hasta que esta mañana lo he recordado. He buscado en tu expediente...

—¿Mi expediente?

—El del traslado. Se abrió para estudiar tu idoneidad en el puesto; sabíamos que habías tenido problemas con tus jefes en el Cuerpo Nacional, y un traslado de Madrid a San Sebastián no es asunto baladí. Se necesitan gestiones, firmas y alguien a quien echar la culpa si no sale bien.

—Vaya, no lo sabía... Pero no entiendo adónde quieres ir a parar, tengo prisa y...

—Las firmas, una de ellas aparece bajo un nombre: Xabier Andetxaga.

—¿Cómo?, ¿qué significa eso?

—Significa que...

El móvil se quedó sin batería. Maldijo su mala suerte. Apretó el paso y a punto estuvo de resbalar sobre la calzada aún mojada por el *txirimiri* matutino. Se hallaba cerca de la calle 31 de Agosto, la única que doscientos años atrás se salvó del incendio. El destino era caprichoso.

Cuando la puerta se abrió, Igor dejó de pulsar el timbre y se fijó en el rostro extrañado del dueño del establecimiento: el tipo se acordaba de él. Le propinó tal directo a la cara que lo tumbó. Entró en la tienda y cerró la puerta de una patada. El hombre sangraba profusamente por la nariz. Quiso protestar mientras intentaba contener la hemorragia con las manos. Igor le apuntó a la cabeza con la Remington.

—Hoy no llevas esa sotana tan absurda, ¿libras o qué?

El tipo retrocedió gateando hacia atrás como un bebé hasta chocar contra el mostrador.

—Ahora tú y yo vamos a hablar, pero dentro —dijo Igor, señalando la cortina que ocultaba la trastienda.

Lauburu se introdujo de rodillas dentro de la tienda, igual que un perro.

—Vaya antro —dijo Igor, contemplando la sala de trabajo del tatuador—. ¿Aquí es donde tatúas a las nenas? Tienes pinta de pajillero, seguro que te has cepillado a más de una con tu rollo *hippy*.

Paseó la mirada por el armario de las vasijas, por los instrumentos de tatuaje y por los dibujos clavados en un mural con chinchetas. Se fijó en estos últimos.

—Me gusta este de la serpiente —dijo Igor, y señaló el dibujo con el cañón de la pistola.

Lauburu seguía en el suelo, pero se había colocado en una posición un poco extraña, casi debajo de la mesa, donde intentaba ocultar una alfombra con su cuerpo.

—Aparta —dijo Igor, y cuando vio el terror dibujado en los ojos del tipo supo que había acertado.

Tuvo que darle un par de patadas para que se apartase. La alfombra estaba

desplazada de su lugar habitual y se veía una rendija.

—Aparta —repitió Igor.

Había una trampilla y un gozne oxidado en la parte superior.

—Vaya vaya... Qué sorpresa más agradable. Me encantan las sorpresas, ¿y a ti?

Lauburu alzó la cabeza y miró hacia el techo. No paraba de sangrar. Igor cogió un trapo de la mesa y se lo lanzó con el dedo pulgar y sin soltar la pistola; había adquirido cierta maña para hacer más de una cosa a la vez con su única mano.

—Tápate bien esa nariz —le ordenó.

Estaba manchando el suelo, y la Científica era muy buena recabando muestras. Si pisaba la sangre y dejaba una huella de sus zapatos, la Policía era capaz de dar con él por la horma. No había decidido aún si el tipo iba a vivir para contarle pero mejor cubrirse las espaldas desde el principio.

—Como verás, tengo solo una mano y no pienso soltar la pistola, así que vas a abrir esa trampilla y tú y yo vamos a bajar al sótano como una parejita de enamorados. Tú primero y yo después, con el cañón pegado a tu nuca.

Totalmente sumiso, Lauburu accedió a lo que le decía. Abrió la trampilla con una mano mientras con la otra apretaba el trapo contra la nariz. Después miró a Igor, quien asintió, y comenzó a bajar por la escalera.

—Despacito, y con buena letra —le indicó Igor, mirando hacia abajo. La luz estaba encendida.

Bajaron unos treinta peldaños hasta llegar a un sótano espacioso, mucho más grande que la trastienda. Lauburu gimoteaba. Igor paseó la mirada por el espacio. Ni rastro de polvo ni abandono. Parecía una sala de gimnasio, con un potro de asas en el centro, un saco de boxeador en un extremo y varias pesas en el suelo. Pero no se dejó engañar, tenía ciertas sospechas y la actitud del tipo no era la de quien mostraba un gimnasio particular sino otra muy distinta. Vio la cámara de vídeo apoyada en un trípode, apuntando al potro, la mesa repleta de objetos extraños —esposas, un pasamontañas, objetos con forma fálica, púas metálicas, un antifaz— y el armario lleno de DVD con títulos desconocidos para él: *A serbian film, 8 mm, Desgarro anal, The making of Guinea pig, Los nuevos mitos de Cthulhu, Holocausto caníbal, El horror de Dunwich...*

«¿A qué juega aquí abajo este tipo?», se preguntó Igor. Entonces vio la puerta. Salía luz por debajo. Se llevó el cañón de la pistola a los labios, pidiéndole silencio, y luego señaló la puerta. «Vamos allá», se dijo.

Mientras esperaban en el calabozo a que Sonrisitas volviese, Nagore dormida y Cantarín manipulando su móvil, Erika se relajó y recordó lo que había sucedido un soleado jueves 13 de junio, dieciséis días antes...

Tras mandar el mensaje a Max desde el móvil dándole las pistas necesarias para

que descubriese lo que ella con sus propios ojos había visto por la noche, se encaminó a la calle 31 de Agosto. Tenía tiempo de sobra para volver al caserío, hacer limpieza, borrar huellas y recoger sus cosas; quizá pasaran días antes de que el inspector diese con las claves ocultas en el mensaje. Hoy dormiría en la habitación que había alquilado días atrás en una residencia de estudiantes de la Parte Vieja y que aún no había estrenado; sin embargo, antes quería abordar un asunto que había dejado a medias. Entró en la pequeña tienda de tatuajes sin llamar. La campanilla anunció su llegada. Lauburu tardó en salir. Siempre estaba solo, nunca había clientes. ¿Cómo se las apañaba para aguantar la crisis y no cerrar? No le hizo falta decir nada. Con una sonrisa, el hombre la invitó a pasar a la trastienda.

Se sentaron igual que la última vez.

—No tiene mala pinta —le anunció, observando el tatuaje.

—Pues me molesta horrores —dijo Erika.

Lauburu acercó la mesa de ruedas con el instrumental. Cogió lo que parecía una jeringuilla. Erika mostró cara de preocupación.

—Tranquila, te voy a inyectar un pequeño antiinflamatorio.

Le pinchó en el hombro. Erika sintió cómo un líquido frío penetraba en su cuerpo.

—En realidad, la crema que te di es una mezcla de lidocaína y prilocaína. Lo que te he puesto ahora es Propofol, un anestésico que se absorbe rápido, la pérdida de la conciencia empieza a los treinta segundos.

Erika notó que se mareaba. Intentó mirar hacia atrás, hacia la bandolera que colgada de la silla, y se le antojó tan difícil de alcanzar como dar la vuelta al mundo.

—Lo bueno del Propofol es que después de la anestesia te recuperas rápido, y casi no da náuseas, vómitos y dolor de cabeza. Por eso me gusta tanto.

Lauburu comenzó a reír. Erika dejó de oír, perdió la conciencia y se cayó de la silla, desplomándose sobre el suelo. En la caída se golpeó la cabeza contra el borde de la mesa pero las falsas gafas no se rompieron.

La puerta se abrió y por ella apareció Sonrisitas.

El inspector se paró frente al local de tatuajes. Las persianas bajadas y sin luz en el interior. Todo parecía indicar que estaba cerrada, pero no pensaba esperar y menos solicitar un permiso al juez, que lo acusase de allanamiento si quería, esta vez no había tiempo para esperar, se lo iba a poner fácil. Desenfundó su revólver S&W y dio un paso hacia atrás, preparado para propinar una patada a la puerta. Al contrario que otros agentes, nunca se le había dado bien la ganzúa ni entraba dentro de su *modus operandi* la pericia combinada con la paciencia. Oyó las aspas de un helicóptero que revoloteaba sobre la Parte Vieja. Unos jóvenes manifestantes surgieron por una callejuela y se dirigieron a la carrera hacia él, pero al verlo en posición de ataque y

con semejante pistola en la mano, frenaron en seco y dieron media vuelta. Max recapacitó y aferró el pomo de la puerta. La vida no era una película. El pomo giró y la puerta se abrió. Se introdujo con sigilo en la tienda. Lo primero que vio fue la sangre del suelo y el mostrador desplazado a un lado, como si alguien hubiese chocado contra él. No se había equivocado. La madre de Nagore dijo que su hija le había pedido permiso para hacerse un tatuaje; Jon, que conoció a Amaia hablando de su tatuaje en el cuello y que la chica le pidió que le recomendase un tatuador; Galder, aunque se había suicidado, se modificó el tatuaje de la gárgola en una serpiente y llevó a Erika, el destino era caprichoso, al mismo sitio para hacerse un tatuaje en recuerdo de Lucía. Había localizado el centro del huracán, la guarida de Cthulhu. Aunque el móvil no tenía batería tampoco pensaba llamar a nadie ni pedir refuerzos: algunas situaciones debía afrontarlas uno mismo.

«Alguien ha entrado antes que yo. Una pelea, el vencedor ni se ha molestado en echar el cerrojo, me espera detrás de la cortina negra», dedujo. Se echó al suelo y se arrastró como si le estuviesen disparando. Lo primero que asomó por la cortina fue el cañón alargado del S&W. No había nadie en la trastienda. Unas pequeñas gotitas de sangre habían salpicado el suelo. La mesa estaba apartada, al igual que una alfombra, y en el suelo había una trampilla abierta por la cual una luz emergía hacia la trastienda. Tocó la sangre con el dedo. Fresca, de hacía solo unos minutos. Se puso de pie y se alejó de la trampilla. No quería asomarse y recibir un disparo en la cabeza. Desde un ángulo intentó ver qué había abajo. No había nadie.

Cuando Sonrisitas apareció Cantarín guardó el móvil.

—Vaya pesado, ¿no? —dijo sin mirarlo. Luego añadió—: Pero ¿qué cojones te ha pasado?, ¿y tú pasamon...?

Se quedó callado al ver al hombre que iba detrás, y que apuntaba a Bob y que después se echó a un lado y lo apuntó a él. Un profundo gruñido escapó de su boca.

—¿Una reunión de parejitas y no me habéis invitado? —dijo Igor—. Qué niños tan malos, con lo que me gustan a mí las fiestas. —Vio a las dos mujeres encadenadas a la pared y enseguida le vino el olor a cerrado y suciedad que invadía el lóbrego sótano. Oscuros recuerdos del calabozo de la Guardia Civil laceraron su mente.

Erika apenas le prestó atención. Observaba entre furiosa y extrañada a Lauburu, alias Sonrisitas, alias Bob. Le resultaba raro verlo sin pasamontañas, sin sotana, sin *piercings* y sin amuletos egipcios.

—Tranquilo —dijo Tom, levantando las manos—. Nosotros no somos el enemigo, hay para todos, y si quieres puedes quedarte con una.

Igor ladeó la cabeza para ver mejor con su único ojo a la mujer situada en la pared opuesta; la otra estaba dormida en una esquina. Se acercó un poco. Tenía el pelo corto y con mechaz blancas, pero su nariz aguileña no dejaba lugar a dudas; había visto sus tres *selfies* en numerosas ocasiones. ¡Eureka! Había encontrado a la lesbiana feúcha,

la presa que le faltaba, el premio gordo para cobrar «un completo» al viejo.

—Erika —se le escapó.

Los ojos de Igor centelleaban. Bob y Tom contrajeron el rostro. Erika frunció el ceño y dejó de observar a Lauburu.

—¿La conoces? —preguntó Tom temeroso de que la mujer fuese un familiar suyo.

—Casi me ahorráis el trabajo —dijo Igor—, y eso no está bien, me quitáis el pan de la boca.

—¿De qué me conoces? —inquirió Erika.

No recordaba a aquel tipo. No lo conocía. Tal vez siguiese sufriendo de amnesia. O se trataba de otro enemigo. El juego tomaba un nuevo rumbo y quería saber cuanto antes si iba a mejor o empeoraba aún más.

—Te he seguido un par de veces, he visto cómo te revolcabas con esa linda mujercita que tenías por novia, lástima lo que le ocurrió...

—¿También la conocías?

—Mejor de lo que te piensas, no puedo olvidar su lunar de la nalga derecha. Y cómo chillaba...

Erika se lanzó sobre Igor pero la cadena le impidió alcanzarlo. Él se echó hacia atrás en un acto reflejo. Cada vez estaba más cerca de Nagore. Sonrisitas y Cantarín permanecían incrédulos, asistiendo perplejos a la conversación entre la mujer y el recién aparecido.

—Aún te queda arrojo y fuerza —dijo Igor con admiración—. ¿Cuántos días llevas encerrada? ¿Catorce? ¿Quince? Me parece que estos tipejos no te han tratado todo lo bien que una señorita se merece.

—Yo también he estado en la cárcel —dijo Tom, probando a ver si aquel tipo se apiadaba de ellos y los dejaba en paz.

Igor rio.

—Eso no te salvará, puedes quitarte si quieres el pasamontañas —Tom negó—. Siempre es agradable irse al otro barrio con el rostro descubierto.

Bob miraba a Igor aterrado. Había tirado el trapo al suelo; la nariz le había dejado de sangrar.

Max oía las voces, pero no parecían provenir de la sala de abajo sino de otra sala contigua. Respiró hondo y se dispuso a bajar. Cada vez aferraba con más fuerza el S&W. Representaba un salvoconducto para salir de allí con vida. Si en algún momento resultaba un blanco fácil era entonces. «Sobrevivir a la guarida de Cthulhu», pensó.

—Mira que me gusta hablar, y mucho, pero se acabó el juego —sentenció Igor.

Nagore cobró vida. Se lanzó contra la espalda de aquel siniestro personaje que apuntaba con la pistola a Sonrisitas y Cantarín. Se subió a su espalda como si fuese una mochila y le mordió. Igor notó un peso sobre su cuerpo y un fuerte dolor en el hombro derecho. Se giró sobre su lado bueno y se quitó la fiera de encima con un

potente golpe con el antebrazo al tiempo que volvía todo el cuerpo. La chica salió despedida contra la pared. Se golpeó en la espalda y cayó al suelo. Al darse la vuelta Igor advirtió cómo se le echaba encima el tipo del pasamontañas.

—¡Dale duro, Tom! —gritó Bob.

Igor vio sus ojos azules que asomaban por los agujeros del pasamontañas antes de dispararle a bocajarro en el pecho. El impacto lanzó a Tom hacia atrás y, tambaleándose, fue a dar contra la mesa. La bandolera y el bolso cayeron al suelo y Tom se desplomó.

Max bajaba por las escaleras despacio y con precaución. Un pie tras otro, un escalón tras otro. No se fiaba, y mientras descendía tenía la inquietante sensación de que se metía en una ratonera. Cuando oyó el disparo se quedó petrificado en un peldaño, evaluando la situación. Seguía pensando que él no era el gato, sino la presa.

Igor no tuvo tiempo de ver venir a Bob. No se lo esperaba. Lo cogió desprevenido y cuando disparó una de las manos de Bob le sujetaba la muñeca y desvió la trayectoria del disparo. La bala fue a incrustarse en la pared. Erika notó que pequeños fragmentos de ladrillo caían sobre su cabeza.

Con el segundo disparo, Max perdió toda la prudencia y bajó rápidamente. «Ahora o nunca», se dijo.

Erika despertó de su letargo y pasó a la acción. Se dirigió hacia donde estaba Tom, que se retorció de dolor, la bandolera se encontraba a su lado. Se tumbó en el suelo y se estiró todo lo que pudo. Rozó la correa de la bandolera con la punta de los dedos. Casi la tenía. Tom, que advirtió sus pretensiones, se acercó la bolsa. Igor y Bob se revolcaban por el suelo y pugnaban por hacerse con la pistola que el primero aún aferraba con fuerza. Pero era un combate desigual y enseguida, la mano de más de Bob se impuso. Le golpeó con saña el rostro, dos, tres veces, hasta que soltó la pistola. Aquel tipo que había entrado en su tienda y le había roto la nariz; iba a pagar muy cara su intromisión. Mientras intentaba contener con las dos manos el agujero del pecho por el cual se le escapa a borbotones la sangre, Tom tocó con el pie un objeto metálico que despedía un brillo especial. Parecía un termo. Dejó de prestar atención a Erika, y a la bandolera, al fin y al cabo, de poco le iban a servir sus pertenencias, concentró las fuerzas que le quedaban en el objeto. Cogió el vaso Dewar. Estaba medio abierto y desprendía un humo blanco. Su interior contenía un tubo de ensayo que despedía una hipnótica luz azul fosforescente. Erika casi tenía la bandolera, apenas un milímetro y sería suya. Se quitó la camiseta sucia y maloliente y la usó de látigo para golpear la bolsa, lo suficiente para que se moviese ligeramente y ella pudiese acercarse con un dedo la correa.

Bob había conseguido hacerse con la pistola de Igor. Ambos estaban sentados frente a frente, sudorosos y jadeantes, evaluando la situación. Bob alzó el arma y le apuntó. Igor dudó que disparase, dudó que el cobarde supiese disparar, que tuviese agallas, pero cuando oyó el disparo supo que se había equivocado y que no iba a morir a causa del cólico nefrítico.

Max cruzó lo que le pareció una sala de gimnasia y se dirigió a la puerta de donde provenían los disparos. «Mucho mar a la espalda y mucho grumete enfrente», se dijo para infundirse ánimos.

Tom desprendió el tapón de plástico del tubo de ensayo con los dientes y se bebió de un trago el contenido. Esperaba que fuese un virus letal y acabase rápidamente con aquel dolor tan intenso en el pecho que le subía hasta la cabeza. Pugnaba por no cerrar los ojos. Vio cómo Erika revolvía nerviosa la bandolera. ¿Dónde estaba la maldita pistola? ¿La habrían descubierto? Al fin dio con el bolsillo secreto. El arma estaba en su sitio. Sacó la Glock con manos temblorosas. Se puso de pie. Al verla, Tom comprendió por qué tenía tanto interés por la bolsa. Intentó gritar, avisar a Bob, pero de su garganta solo surgió un soplido sordo.

—Te dije que te mataría —le dijo Erika a Bob.

Este se giró y vio que le apuntaba con una pistola. Intentó levantar su arma pero oyó un disparo y sintió un dolor agudo en el cuello. Cayó de lado, con los ojos abiertos.

Tom notaba cómo una ola de efervescencia recorría su cuerpo y el dolor desaparecía. Se miró el pecho. Seguía sangrando pero el líquido azul le proporcionaba una fuerza inusitada. Se sentía vital y pletórico. Se moría, y sin embargo lo embargaba una sensación plena de vida. Se abalanzó sobre Erika, que lo daba por muerto y no se lo esperaba. Tom se aferró a su espalda igual que Nagore había hecho segundos atrás con Igor solo que ella dejó escapar la Glock. Sintió cómo unas manos fuertes y poderosas le agarraban el cuello y comenzaban a apretar.

Max contempló horrorizado la escena desde el dintel. Una chica yacía muerta en una esquina, a su lado, un manco con un parche en el ojo estaba sentado con la cabeza gacha, segundo muerto, y Lauburu estaba en una posición grotesca, tumbado en el suelo, con los ojos abiertos. Tercer muerto. El único movimiento en la guarida de Cthulhu era un hombre ensangrentado con pasamontañas sentado sobre la espalda de una mujer encadenada a la pared. La mujer estaba en sujetador y pugnaba por quitarse al engendro de encima. Pataleaba, pero apenas podía mover la cabeza de la fuerza que hacía su agresor. Disparó sin pensarlo. A una extremidad. Cthulhu, el monstruo del pasamontañas, no dio muestras de sentir el disparo. Apuntó al cuerpo y disparó otra vez. Nada. Por los dos agujeros del pasamontañas asomaban unos ardientes ojos escarlata. Ojos de fuego. Disparó a la cabeza. Dos veces. Parte de la tela del pasamontañas voló por los aires y Cthulhu cayó a un lado soltando a su presa. Max se acercó a la mujer sin soltar el revólver. Tenía el cabello empapado con la sangre de Cthulhu. La giró con cuidado.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Erika antes de perder el conocimiento.

EPÍLOGO

San Sebastián

Sábado 31 de agosto de 2013

Los redobles de tambor, el repique de campanas tocando a rebato y los sonidos de cañones se habían adueñado de la ciudad. Era el día principal de la conmemoración del bicentenario de la quema y destrucción, y la posterior reconstrucción, de San Sebastián. Por la mañana, la banda municipal de txistularis tocó diana por la calle 31 de Agosto y por el centro. A mediodía se celebró una misa funeral en la Basílica de Santa María, el disparo de cañonazos desde diferentes puntos de la bahía y la recreación de la toma del puerto. Prosiguió el desfile de tamborradas y su concentración en los jardines de Alderdi-Eder. Por la tarde continuaron los desfiles conmemorativos y las recreaciones históricas. El desfile más numeroso salió desde la plaza de Zuloaga —donostiarras a caballo y a pie, engalanados con los trajes de la época, cañones, emblemas y músicos— y recorrió diversas calles del centro hasta llegar a la Puerta de Tierra y entrar en la plaza Vieja, tal como hicieron los aliados al atravesar La Bretxa.

Max se refugiaba con una camisa de manga larga de la brisa veraniega. Llevaba un libro en la mano. Contempló la luz del atardecer, que iluminaba la bahía de la Concha. Se apoyó en la barandilla del Paseo Nuevo y pensó en lo mágica que se veía la isla Santa Clara.

—¿Has estado? —dijo Joshua, siguiendo la mirada de Max.

—No, nunca.

—Tiene su encanto, mi madre me llevó una vez de pequeño. Siempre la recuerdo como si fuese santa Elena.

—Fue lo poco que quedó en pie...

—Sí, aunque el incendio tampoco vino mal, excepto por las víctimas, obviamente. En 1813 las casas de San Sebastián eran estrechas e insanas, con muchos ángulos y pequeños patios. Las calles eran angostas, tortuosas y sucias. La ciudad tenía nueve mil habitantes, la mitad de ellos en intramuros. En el interior había cerca de seiscientas casas. La muralla tenía siete puertas, pero cinco estaban cerradas habitualmente: las puertas de Tierra y de Marina se abrían al amanecer y se cerraban con la puesta de sol. El centro neurálgico de la ciudad amurallada era la plaza Nueva, hoy plaza de la Constitución, bajo cuyos arcos se celebraba el mercado.

—Me imagino que la vida en aquel entonces era muy diferente.

—La mayoría de los donostiarras vivían de alquiler. No había burbuja inmobiliaria...

Cruzaron una mirada cómplice. Se oyeron un par de cañonazos a lo lejos. Joshua pensó en que últimamente los suyos no se producían. Cruzó los dedos. Al parecer, la

quimio era sumamente efectiva.

—Parece que todo vuelve a la normalidad —comentó Max.

—Por fortuna. Dos meses. Caso cerrado. ¿Has leído el informe final?

—En parte.

—Las conclusiones del psicólogo son de lo más jugosas. Y pensar que todo comenzó con un suicidio... —dijo Joshua—. Es increíble, pensar que una persona permanezca tres días escondida en un bosque debido a una ruptura... Lo veo solo y abandonado, mimetizado con las esculturas, dando vueltas sin parar, hasta que, como explica el psicólogo, en un acto impulsivo y de desesperación, una locura pasajera, presa de un brote psicótico, se pega un tiro en la cabeza.

—El revólver era de su padre, ¿no?

—En efecto. Lo guardaba en la buhardilla y no lo echó de menos, hacía años que no lo cogía. Pobre, se arrepentirá toda su vida de haberlo comprado. Me da que, meses atrás, Galder se modificó el tatuaje porque Maider, su novia, una espía o algo parecido que trabajaba para Xabier, temía por sus vidas, como así sucedió al final, aunque por causas diferentes. Ella quería dejar una pista, una señal, por si acaso, para cubrirse las espaldas, algo que implicase a Xabier si algo malo les sucedía; en cambio, seguramente que para Galder el tatuaje de la serpiente no era más que un recuerdo hacia ella.

—Y la novia atinó.

—Solo que nadie, ni siquiera ella, se esperaba que Galder se quitase la vida por amor. Tras el suicidio, Maider fue asesinada por Igor, tal vez por orden de Xabier, quien temía que lo delatase, o lo matase, encolerizada por creer que él había ordenado la muerte de Galder. La enterraron en el caserío Etxekapare, con Erika de espectadora en primera fila. Antes mataron a Lucía para intentar incriminar a Erika. Un enredo que lo desencadenó todo y nos llevó a descubrir al par de psicópatas.

—Un jodido panadero y un maldito tatuador.

—Tomás Lazkano, alias Tom. Natural de Oiartzun. Treinta y cinco años. Con antecedentes penales por violación e intento de agresión a menores —leyó Joshua de su cuaderno de notas—. Pasó un par de años en Martutene, y hace cinco, en la época en que el Gobierno de Zapatero negociaba con ETA y las leyes penitenciarias se suavizaron, tu *amigo* el juez Castillo soltó a un grupo de presos por buen comportamiento y lo incluyó a él. Tuvo que acudir a dormir a la cárcel durante dos meses. Luego otros dos solo a firmar en el cuartel de Loiola y después, cuando el ayuntamiento le consiguió un trabajo temporal, la libertad total. Ahora trabajaba de noche, para su padre, repartía pan y bollería hasta altas horas de la madrugada por todo Guipúzcoa y solo libraba los fines de semana, cuando iba al local de tatuajes. Era el mediano de tres hermanos; el mayor flirteó con ETA, nada serio, y el menor está limpio. Seguimos registrando su furgoneta de reparto, dudo que encontremos rastros de Amaia o de alguna otra chica, ha transcurrido demasiado tiempo, pero no dudo de que fue usada para transportar los cuerpos.

—Amaia al embalse, Marian al contenedor... ¿Cuántas más faltan?

—El otro psicópata, Borja Arriaran, alias Bob, alias Lauburu —prosiguió Joshua—, suponemos que era un títere en manos del otro, no movía un dedo sin su consentimiento y apenas participaba en las atrocidades que se llevaban a cabo en la otra sala; le bastaba con mirar. Natural de Beasain. Treinta y dos años, sin estudios y apasionado del arte egipcio. Era él quien conseguía las chicas, nunca las raptaba la primera vez, digamos que para asegurarse de que nadie las relacionaba con su negocio. Todas con el mismo perfil: jóvenes, estudiantes y solitarias. Creemos que conoció a Tom en un videoclub, ambos eran fanáticos de las películas gore, pornográficas, *snuff*... y me imagino que lo uno llevó a lo otro, y les pareció divertido filmar sus propias películas.

—¿Muchas chicas?

—No lo sabemos aún, pero por lo que ha dicho Nagore, cada cierto tiempo, cuando conseguían otra chica eliminaban a una y la sustituían por otra. Amputaban los miembros que mostraban los tatuajes para eliminar pistas. Las vasijas de barro que encontramos dentro del baúl contienen los miembros amputados, secados en sosa y embalsamados, a semejanza de como hacían los antiguos egipcios con los órganos de los faraones y los vasos canopos. Hemos contado catorce miembros, todos tatuados, en diez vasijas.

—Malditos bastardos. Pobre Erika. ¿Has ido a verla?

—Sí, al hospital —mintió Joshua.

—¿Cuando vas a tus visitas?

—No se te escapa nada...

—¿Qué son esos dolores de cabeza?, ¿te siguen martirizando?

—Otro día, inspector, otro día...

Joshua miró una vez más hacia el mar. Aunque la pesca seguía siendo una importante actividad en la economía vasca, las actividades lúdicas y deportivas como el surf, las regatas o los paseos en barca le habían dado otro ambiente al Cantábrico.

—Se recuperará —afirmó Max mientras se cambiaba el libro de mano—, es una chica fuerte. Ahora está en Fuenterrabía, en casa de sus padres, al parecer, el secuestro los ha unido más. Además, su madre tiene un cáncer terminal de pulmón.

—¿Y ese libro? —preguntó Joshua, escondiendo su turbación e intentando cambiar de tema—. *Cuentos policíacos*, de Edgar Allan Poe —leyó de la cubierta—. ¿Ahora te ha dado por la literatura?

—Es un regalo para una persona muy especial.

«Para una criatura con quien tengo que hablar de tutelas y hogares de acogida», se dijo.

—¿Cristina?

—No.

«Pero todo es idea suya».

Había elegido ese libro porque era el único que le pareció adecuado para una

adolescente entre los muchos que vio de Poe en una librería del centro, al menos la editorial lo había incluido en su colección de infantil y juvenil a pesar de que en la cubierta aparecía un escarabajo de oro con el cuerpo con forma de calavera.

—¿Qué tal está? ¿Cómo lleva el embarazo?

—Bien, aunque no hace el reposo que debería, ya la conoces, va de un lado para otro y no deja que le ayuden, quiere seguir gobernándolo todo, manejando el barco, pero lo lleva bien, lo llevamos bien.

—No te veo levantándote en mitad de la noche para cambiar pañales.

—Yo tampoco.

—¿Para cuándo lo esperáis?, ¿era en enero?

—Sí, enero. A finales.

Max echó un vistazo al reloj. Las 20.32 horas. En breve se apagarían las luces y se encenderían las velas en la calle 31 de Agosto. Luego vendría un paseo ceremonial a la luz de las antorchas, desde el atrio de san Vicente, donde se interpretaría el primitivo himno de San Sebastián, hasta el atrio de santa María, al son de la *Marcha del 31 de Agosto* a cargo de la Orquesta Sinfónica de Euskadi y el Orfeón Donostiarra. Después fuegos artificiales sobre la bahía, igual que en la Aste Nagusia. Cristina quería ir pero Max se había negado, demasiada gente, demasiado ruido, y ella tenía que hacer reposo.

—¿Qué te parece lo de Asier? —inquirió Joshua.

—Dice que se irá a vivir con Lourdes en unas semanas, cuando a Nagore se le atenúe el trauma. Ya ha salido del hospital. Compartió habitación con Erika. —Joshua asintió, fingiendo que ya lo sabía—. No querían separarse y los médicos dieron su consentimiento. Se han hecho grandes amigas, y por fortuna ninguna presenta secuelas físicas.

—Las psíquicas son las peores. A veces es mejor perder un brazo y estar bien de la cabeza que al revés.

—Pues al pirata parece que no le funcionó, también estaba mal de la cabeza.

—Igor Salaberria, alias Barbanegra. Natural de Oiartzun. Cuarenta y dos años. Perteneciente al comando Euskal Herria, activo desde 1995 al 2000 y cuya zona de influencia se limitaba al País Vasco. Pasó varios años en la cárcel, del 2000 al 2006 —leyó Joshua del cuaderno—, por atentar contra un cabo de la Guardia Civil. Experto en colocación de bombas lapa y en asesinar por la espalda de un disparo en la nuca. Aunque sin delitos de sangre probados, se cree que al menos participó activamente en cuatro asesinatos a sangre fría ocurridos en el País Vasco a finales de la década de los noventa: en Tolosa contra un empresario, en Basauri contra un concejal, en Deusto contra un inspector de Policía y en Zierbena contra un agente de la Ertzaintza. —Max asintió, recordaba todos los atentados—. Nunca se obtuvieron las pruebas suficientes para condenarlo. Se benefició de sus problemas físicos, y también de la tregua de ETA, para la conmutación de la pena. Cuando se dio la ruptura del alto el fuego en marzo de 2006, con el atentado en la T4 del aeropuerto de

Barajas, ya estaba libre. Un exetarra posiblemente reclutado por Xabier para ejecutar determinados trabajos. Un *freelance* del crimen.

Joshua pensó en la extraña llamada que recibió días atrás en su casa, y sobre todo en la extraña propuesta.

—Parece mentira que semejante personaje sea el causante de tantas muertes y tanto dolor.

—Acuérdate de mi paisano Patapalo. Cojo, tuerto y manco humilló a la armada inglesa y resistió al ataque de una flota de casi doscientos navíos sobre Cartagena de Indias con apenas seis barcos.

Max recordó lo mal que le sentó no poder visitar el castillo de San Felipe durante su viaje a Colombia.

—¿Y Gordo y Flaco? —inquirió.

—Numerosas personas atestiguan haberlos visto.

—Erika asegura que fueron los que enterraron a Maider.

—Y el párroco de la catedral asegura que los vio la noche del incendio. Deben de ser reales, de carne y hueso, hay demasiados indicios y demasiados testigos.

—Supongo que también trabajan para Xabier y que no moverán un dedo sin su consentimiento. Este año tengo completo el cupo de psicópatas...

Aún no había hablado con el comisario sobre qué representaba el nombre de Xabier Andetxaga en su expediente de traslado.

—El Año de la Serpiente según el calendario chino —afirmó Joshua—. ¿Otra casualidad? ¿Sabías que Irlanda es la única región de las Islas Británicas donde no hay ofidios silvestres debido a su separación de Gran Bretaña poco después de finalizar la última glaciación? Aunque existe una leyenda que atribuye la hazaña de haber librado a la isla de serpientes a san Patricio, el apóstol de Irlanda y patrón de los irlandeses. Era hijo de un oficial romano, cuya religión era el cristianismo. A los diecisiete años cayó prisionero de piratas irlandeses y fue vendido como esclavo. Encadenado como Erika. Tras varios intentos, logró huir y se convirtió en predicador del Evangelio en Irlanda, que en esos tiempos estaba dividida en numerosos clanes sometidos a la autoridad de los druidas. Murió hacia el año 460, y no por asesinato, ni por enfermedad, simplemente de viejo, una muerte plácida como muchos quisiéramos, vivir lo suficiente y que la muerte venga a buscarte mientras duermes.

—Curioso dato, el de las serpientes, me refiero, no lo conocía.

—Dos mil trece. El Año de la Serpiente de Agua según la cultura oriental. El año pasado fue el del Dragón de Agua. ¿Otra casualidad? ¿Sabes cuál es el signo del zodiaco chino para el próximo año?

—A ver, sorpréndeme.

Se preguntó con qué monstruo tendría que enfrentarse en el año en que iba a nacer Damián, su hijo. Golem, Jentil, Dragón, Serpiente...

—Caballo. El dos mil catorce es el Año del Caballo.

—Bueno, no parece muy preocupante. ¿También de mar?

—No, de madera. El Año del Caballo de Madera. Y el Caballo es compatible con el Dragón, son compañeros de viaje, pero con la Serpiente es incompatible, ambos deben luchar por el amor de la misma persona.

R. A.

Barcelona-San Sebastián, junio 2016

Agradecimientos

Lo mejor de publicar un segundo libro es que ya no se puede decir «ha escrito un libro». Nunca me ha gustado esa expresión. Y, a pesar de que uno ya no escribe en secreto, debe dar las gracias a aquellas personas, algunas sin saberlo, que contribuyeron a mejorar la novela que sostenemos en las manos.

A mi mujer y mi hija, por las horas que la escritura me ha alejado de ellas.

A mis padres, a mis hermanos y a toda mi familia, ellos son la primera línea de combate.

A mis compañeros de trabajo, por las muestras de afecto y cariño recibidas.

A Unai Iriondo e Iker Imaz, mis expertos en euskera, que resolvieron mis dudas con celeridad.

A Cristina Ruiz, doctora en Bellas Artes, por compartir conmigo sus conocimientos sobre la escritura cuneiforme.

A mi familia de Bogotá, sus opiniones y consejos han sido vitales para el periplo colombiano.

A Nuria Ostariz, mi agente, por su encomiable trabajo; siempre dispuesta a ayudar.

A Mathilde Sommeregger, mi editora, gracias a su magnífica labor la serpiente echó a volar.

A todo el equipo de la casa editorial MAEVA, a su lado me siento arropado y una parte importante de esa gran familia que forman.

A todos aquellos que en un momento dado contestaron de forma paciente y comprensiva alguna de mis preguntas, muchos sin saber que estaban relacionadas con la novela.

A los lectores, librereros, periodistas y blogueros que me han apoyado con sus comentarios, mensajes y reseñas, y que me han hecho trabajar con más ganas e ilusión en este segundo volumen.

Y por último, como no podría ser de otro modo, a ti, por llegar al final de estas páginas.



RICARDO ALÍA. Nació en San Sebastián en 1971 y pasó su infancia en Rentería, Guipuzcua.

Tiene dos grandes pasiones: el ajedrez y la literatura. Dejó de competir en torneos internacionales de ajedrez para concluir sus estudios y acabó licenciándose en Ciencias Químicas por la Universidad del País Vasco.

En la actualidad trabaja como químico en Barcelona, ciudad donde reside junto a su familia.

Gran lector de novela negra, escribe en secreto y normalmente guarda los manuscritos en un cajón, pero en este caso ha decidido sacarlos a la luz. *El signo del dragón* es la primera novela de la «Trilogía del Zodíaco» y *El vuelo de la serpiente* es la continuación.

Notas

[1] Oier, deja el bote de leche en la mesa y vete a ver qué le sucede al perro. <<

[2] ¿Quién eres tú? <<

[3] Haz lo que te dicen, Oier. <<

[4] Sí, sigue las instrucciones. <<

[5] Y toma la primera. <<

[6] Vamos adelante. <<

[7] Tú conoces nuestra lengua y símbolos. Cuida de esta tablilla, la fórmula de nuestros antepasados. <<

[8] El que no teme a la muerte muere solo una vez. <<

[9] Ahora que retornamos a casa, que nos unimos a nuestros hermanos, es hora de que entregues el Dragón a tu rey. <<